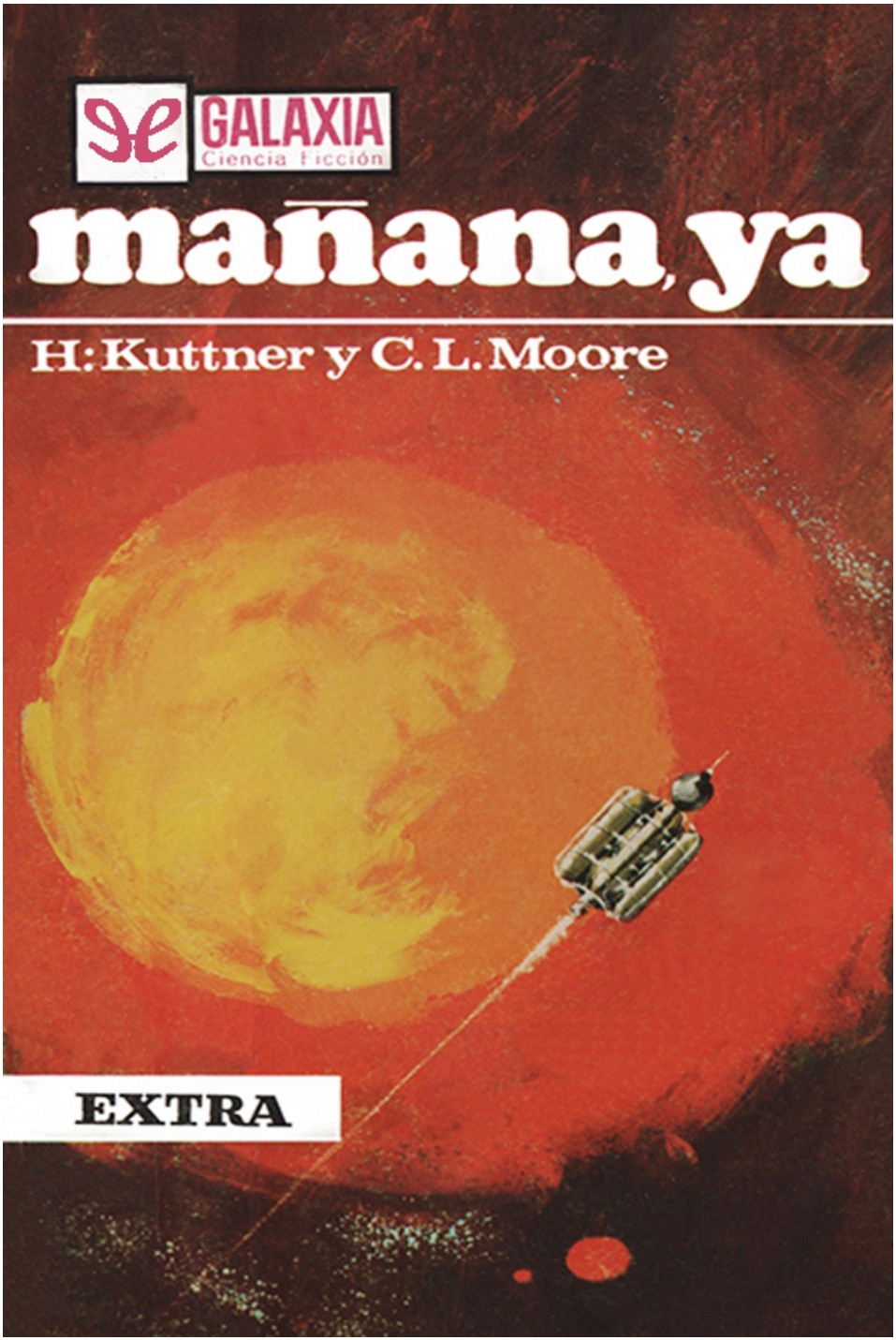
GALAXIA
Ciencia Ficción

mañana, ya

H. Kuttner y C. L. Moore



EXTRA

Colección de relatos de Henry Kuttner y C. L. Moore.

epublibre

Henry Kuttner & C. L. Moore

Mañana, ya

Galaxia - 65

ePub r1.0
Titivillus 20.07.16

Henry Kuttner & C. L. Moore, 1997
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

EL OJO ESTABA EN…

El sociólogo forense contempló atentamente la imagen en la pantalla de la pared. Aparecían dos figuras congeladas, una en el acto de apuñalar a la otra en el corazón con un abrecartas antiguo, como los utilizados en cirugía en el John Hopkins. Antes de la ultramicrotomía, por supuesto.

—Un caso trapacero como pocos… —comentó el sociólogo—. Me llevaré una sorpresa si conseguimos culpar a Sam Clay de homicidio.

El operador hizo girar un dial y volvieron a contemplar las figuras repitiendo sus acciones en la pantalla. Una, la de Sam Clay, agarra el abrecartas de una mesa de escritorio y lo hunde en el corazón del otro hombre. La víctima cae muerta. Clay retrocede con aparente horror.

Entonces se derrumba de rodillas al lado del cuerpo contraído y dice apasionadamente que no se lo había propuesto. El cuerpo bate sus talones sobre la alfombra y se queda tranquilo.

—¡Este toque final fue estupendo! —dijo el operador.

—Bien, tengo que hacer la inspección preliminar —suspiró el sociólogo, instalándose en su silla de dictado y colocando sus dedos sobre el teclado—. Dudo que descubra alguna evidencia. Sin embargo, el análisis puede hacerse más tarde. ¿Dónde está ahora Clay?

—Su portavoz lo colocó en *habeos mens*.

—No creo que seamos capaces de agarrarle. Pero fue un mérito intentarlo. Imagine, con sólo un disparo de escopolamina nos habría dicho toda la verdad. Pero bueno… Lo haremos por el camino difícil, como es habitual. Comience con la marcha atrás, ¿quiere? No le encontraremos sentido hasta que hagamos un recorrido

cronológico, pero tendremos que comenzar por alguna parte. ¡Bendito Blackstone! —exclamó el sociólogo forense, mientras en la pantalla Clay se pone en pie, contemplando cómo el cadáver revive, y se levanta y, a continuación, extrae la plegadera milagrosamente limpia de su corazón, en una secuencia totalmente invertida—. ¡Bendito Blackstone! —repitió—. Por una parte, a veces me gustaría vivir en la época de Jeffreys. En aquel tiempo, el homicida era un homicida…

La telepatía nunca consiguió demasiado. Quizás el desarrollo de la facultad se soterró, como respuesta a una ley familiar y natural, después de que apareció la nueva ciencia, la omnisciencia. Por supuesto que no era exactamente eso. Se trataba de un invento para hurgar el pasado. Y estaba limitado a un lapso de cincuenta años. No había la probabilidad de ver las flechas de Agincourt o el homúnculo de Bacon. Fue lo suficientemente sensible para captar las «huellas digitales» de la luz y las ondas de sonido impresas en la materia, seleccionarlas y recogerlas. Para a continuación reproducir la imagen de lo que había sucedido. Después de todo, la sombra de un hombre puede ser fotografiada sobre hormigón, si tiene la desgracia de ser cogido por una ráfaga atómica. Lo cual es algo. La sombra es todo lo que allí queda.

No obstante, abrir el pasado como un libro no resuelve todo el problema. Fueron necesarias generaciones para desentrañar el laberinto de complejidades, aunque finalmente una tentativa tuvo éxito y se alcanzó el equilibrio. El derecho a matar fue defendido tenazmente por la humanidad desde que Caín mató a Abel. Muchos idealistas alegaron: «La voz de la sangre de tu hermano está clamando desde la tierra». Pero eso no detuvo a los cabilderos y a los grupos de presión. Como réplica se citó la Carta Magna. El derecho al secreto y a la intimidad se defendió desesperadamente.

Y el curioso resultado de este desequilibrio llegó cuando el acto de homicidio se declaró no punible, a menos que exista deseo y premeditación. Naturalmente, se consideró por lo menos perverso el dejarse llevar de la rabia y asesinar a alguien bajo un impulso y existía para eso un castigo nominal, por ejemplo, la prisión, pero en la práctica la cosa jamás funcionó porque se hacían posibles muchas defensas. Locura temporal. Provocación indebida. Autodefensa. Homicidio casual, homicidio en segundo grado, en tercer grado, en

cuarto grado y así sucesivamente. Correspondía al Estado demostrar que el asesino había planeado el crimen de antemano y, solamente entonces, un jurado lo declararía convicto. Y naturalmente, el jurado tenía que renunciar a la inmunidad y someterse a una prueba de escopolamina, para demostrar que las cosas no habían sido amañadas. Pero el acusado no renunciaba jamás a su inmunidad.

La casa de un hombre no era su castillo. No desde que el *Ojo* se había revelado capaz de entrar en ella y escudriñar su pasado. El invento no podía interpretar ni leer su mente. Sólo ver y escuchar. En consecuencia, lo único que seguía siendo una fortaleza de intimidad era la mente humana. Y estaba prohibida hasta el último extremo. Nada de suero de la verdad, nada de hipnoanálisis ni de tercer grado, nada de preguntas tendenciosas…

Si por medio de la contemplación de las acciones pasadas del acusado el fiscal probaba deseo y premeditación, perfecto.

De otra forma, Sam Clay quedaría impune. Superficialmente parecía como si Andrew Vanderman, durante una disputa, hubiese herido a Clay en la cara con el látigo de una raya. Cualquiera que haya sido atormentado en un buque de guerra portugués puede comprenderlo. Situado en este punto, Clay puede argüir locura temporal y autodefensa, así como provocación indebida y posible justificación. Solamente los practicantes del curioso culto de los Flagelantes de Alaska, que fabrican látigos de raya para su ceremonial, saben cómo soportar el dolor. Los Flagelantes incluso disfrutan, ya que la droga que beben en el ritual previo transforma el dolor en placer. Al no haber digerido la droga, Sam Clay tomó sus medidas para protegerse, quizás irracionales, pero bastante lógicas y defensivas.

Nadie más que Clay sabía lo que había pretendido al matar a Vanderman. Esa era la compilación. Clay no comprendía por qué se sentía tan desamparado.

La pantalla fluctuó. Se oscureció. El operador se rió entre dientes.

—¡Caramba! Encerrado en un armario oscuro a la edad de cuatro años. ¡Lo que hubiera hecho con eso uno de los psiquiatras de los viejos tiempos! ¿O debo decir encantadores? ¿O brujos? ¡Lo

he olvidado! De todas formas interpretaban sueños.

—Está confundido… Eran…

—¡Astrólogos! No, tampoco. Me refiero a los que practicaban el simbolismo. Utilizaban una sarta de oraciones y decían «una rosa es una rosa». ¿No era así? ¡Para liberar la mente inconsciente!

—Está adoptando la típica actitud del profano hacia los antiguos tratamientos psiquiátricos.

—Bueno, quizás tenían algo, además… Como quinina y digitalina. Los nativos del Amazonas las utilizaban antes de que la ciencia las descubriera. Pero ¿por qué utilizar el ojo de una lagartija o el dedo de una rana? ¿Para impresionar al paciente?

—No, para convencerse a sí mismos —contestó el sociólogo—. En aquella época el estudio de las aberraciones mentales atraía a los psicóticos potenciales, así que, naturalmente, se recurría al innecesario conjuro. Aquellos médicos intentaban fijar su propio desequilibrio mental mientras trataban a sus pacientes. Pero hoy día es una ciencia, no una religión. Hemos descubierto cómo admitir la desviación psicótica individual en el mismo psiquiatra, de forma que tenemos mayores probabilidades de encontrar el verdadero norte. Pero acabemos con eso. Intente el ultravioleta. ¡Oh, no importa! Alguien lo está sacando de ese armario. ¡Al demonio con todo! Creo que estamos repitiendo desde muy atrás. Aunque le hubiera asustado una tormenta a la edad de tres meses, puede archivarse dentro de La Gestalt e ignorarse. Sigamos un recorrido cronológico. Desvele… Vamos a ver. Incidentes que incluyan a estas personas, Vanderman, la señora Vanderman, Josephine Wells. Y a estos lugares, la oficina, el apartamento de Vanderman, el puesto de Clay…

—¡En marcha!

—Más tarde podemos volver a insistir en los factores más complicados. Pero ahora pasaremos una revista superficial. Primero el veredicto, después la evidencia. —Añadió con una sonrisa—: Todo lo que necesitamos es un motivo…

—¿Y qué hay sobre eso?

Una muchacha hablaba con Sam Clay. El telón de fondo era un apartamento grado

—Lo siento, Sam. Es sólo que… Bien, esas cosas suceden.

—Ya… Vanderman consiguió algo que yo no conseguí.

—Estoy enamorada de él.

—¡Es cómico! Siempre he creído que estabas enamorada de mí.

—También yo… Durante algún tiempo.

—Bien, olvídalo. No, no estoy enfadado, Bea. Incluso te deseo suerte. Pero deberías estar medianamente segura de cómo reaccionaría ante una cosa así…

—Lo siento…

—Aunque pensándolo bien, siempre dejé que dirigieras los tiros. Siempre…

Secretamente, y eso la pantalla no lo podía mostrar, Clay pensaba: «¿Permitírselo? Lo quise así. Era más fácil que tomase ella las decisiones. Cierto que es dominante, pero supongo que yo soy todo lo contrario. Y ahora esto vuelve a suceder…».

«Siempre sucedía. Desde el comienzo cargué con la peor parte. Y siempre sentí que tenía que someterme a la disciplina o cosa por el estilo. Vanderman, ese fanfarrón con su aire arrogante… Me recuerda algo. Estaba cerrado en un armario oscuro; no podía respirar. Lo he olvidado. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Mi padre? No, no lo recuerdo. Pero mi vida siempre ha sido así. Siempre me estaba vigilando y yo pensaba que algún día haría lo que quería hacer. Pero nunca lo hice. Ahora es demasiado tarde. Ya está muerto desde hace mucho.

»Siempre estaba seguro de que yo me sometería. ¡Si lo hubiese desafiado tan sólo una vez…!

»Alguien está empujando siempre y me cierra la puerta. Así que no puedo utilizar mis habilidades. No puedo probar que soy competente. Demostrármelo a mí mismo, a mi padre, a Bea, a todo el mundo… Si pudiera… Me gustaría meter a Vanderman en un armario oscuro y cerrar la puerta. Un lugar oscuro como un ataúd. Me daría por satisfecho sorprendiéndole de esa manera. Sería estupendo si consiguiese matar a Andrew Vanderman».

—Bien, ese es el comienzo de un motivo —comentó el sociólogo —. Sin embargo, mucha gente recibe calabazas y no se vuelven homicidas. Siga manejando…

—En mi opinión, Bea le atrajo porque quería que lo dominasen

—hizo observar el operador—. Tenía que entregarse…

Las cintas metálicas giraban por el aparato. Una escena nueva apareció en el panel oblongo. Era el Bar Paradise.

En cualquier sitio que elija usted para sentarse en el Bar Paradise aparece un competente robot analista que inmediatamente estudia su complexión y sus ángulos faciales, maneja la luz, variando matices e intensidades, para mostrarle en la mejor de sus facetas. La coyuntura era apreciada en las reuniones de negocios. Allí, cualquier estafador podía parecer un hombre honrado. También el local era popular entre las mujeres y algún que otro talento televisivo ligeramente pasado. Sam Clay daba la impresión de un santo ascético y joven. Andrew Vanderman parecía noble, de una forma torva, como Ricardo Corazón de León ofreciéndole su libertad a Saladino, aunque sabía que no iba a hacer nada realmente brillante. *Nobleza obliga*, parecía decir su firme quijada, mientras levantaba la garrafa de plata y servía. Bajo una luz corriente, Vanderman semejaba ligeramente un apuesto
bull-dog
. También, fuera del Bar Paradise, con las mejillas enrojecidas, parecía un hombre colérico.

—Referente al negocio que estamos discutiendo —dijo Clay—, se puede ir a…

La
juke-box
lanzó al aire un sonido de trompetas que de pronto cubrió el bar.

La contestación de Vanderman se quedó sin oír, mientras la música se hizo más ruidosa y las luces giraron rápidamente para mantener el paso con su repentina agitación.

—Es perfectamente fácil despistar a esas máquinas —dijo Clay —. Están afinadas para términos familiares de abuso profano, no para circunloquios. Si le dijese que el arreglo de sus cromosomas habría sorprendido a su padre… ¿Me comprende? No acusarían nada.

Tenía razón. La música se suavizó.

Vanderman tragó saliva.

—Tómelo con tranquilidad —dijo—. Puedo ver por qué está

contrariado. Antes de todo déjeme que le diga…

—Hijo…

Vanderman estaba versado en insultos y no quería oír otro.

—… que le ofrecí ese trabajo porque lo considero un hombre capaz. Tiene potencialidades. No se trata de un soborno. Nuestros asuntos personales quedan fuera de esto…

—Es igual. Bea está comprometida conmigo.

—Clay, ¿está borracho?

—Sí —contestó Clay y lanzó su copa a la cara de Vanderman.

La música comenzó a lanzar música de Wagner a todo volumen. Pocos minutos después cuando los camareros intervinieron, Clay estaba tendido boca arriba y ensangrentado, con la nariz magullada y un puñetazo en el pecho. Vanderman se había despellejado los nudillos.

—Ese es un motivo —dijo el operador.

—Sí, lo es. ¿Verdad? ¿Pero por qué Clay esperó un año y medio? Y recuerde lo que sucedió después. Me pregunto si el asesinato no fue sólo un símbolo. Si Vanderman representaba, ¿cómo diría?, lo que Clay consideraba la fuerza tiránica y opresiva de la sociedad en general, sintetizada en la imagen representativa… ¡Oh, no tiene sentido! Obviamente, Clay estaba intentando probarse algo a sí mismo. Me imagino que ahora cortará hacia delante. Quiero verlo dentro de una cronología normal, no hacia atrás. ¿Cuál es la próxima acción?

—Muy sospechosa. Clay se fue a componer la nariz y luego acudió a un juicio por asesinato.

Pensaba: «No puedo respirar». Demasiado gentío. Encerrado en una caja, en un armario, en un ataúd, ignorado por los espectadores y por la autoridad investida del tribunal. ¿Qué pasaría si me encontrara en el banquillo como ese tipo? ¿Supongo que lo declararán convicto? Eso lo estropearía todo. Otro lugar oscuro. Si hubiera heredado los genes apropiados sería lo bastante fuerte para darle una paliza a Vanderman. Pero estuve dominado mucho tiempo…

«Todavía recuerdo esta canción:

Descarriado del rebaño y el patrón dijo mátalo.

Así que lo golpeé en la rabadilla con el mango de una cacerola.

»Un arma mortal que es de uso corriente no puede parecer peligrosa. Pero si se consigue utilizar de forma homicida… ¡No! ¡El *Ojo* podría indagar sobre ello! Todo lo que uno puede ocultar ahora es el motivo. ¿No se podría invertir el truco? Supongamos que consigo que Vanderman me ataque con lo que cree que es el mango de una cacerola, pero que yo sé que es un arma mortal…».

El juicio que Clay estaba observando era pura rutina. Un hombre había matado a otro. Aconsejado por la defensa sostenía que el homicidio había sido cuestión de instigación y eso, en realidad, sólo podía considerarse como culpable de violencia y negligencia, en el peor de los casos, y más tarde cancelarse la pena por un caso de fuerza mayor.

El fiscal de la acusación mostraba películas de lo que había sucedido antes del hecho. La verdad era que la víctima no había quedado muerta con el golpe, simplemente aturdida. Pero el hecho había sucedido en una playa aislada y cuando subió la marea…

La defensa repetía apresuradamente: «caso de fuerza mayor».

La pantalla mostraba al acusado, algunos días antes del crimen, consultando una tabla de mareas. También, según parece, había visitado el lugar y preguntado a uno de los transeúntes si la playa solía estar muy concurrida.

—No cabe ni un botón —había contestado el hombre—. Solamente está vacía después de la puesta del sol. Para entonces hace demasiado frío. Aunque ya no le serviría de nada. No se puede nadar con tanto frío.

Un lado competía: *Actus non fací! Reum, nisi mens sit rea*, el acto no hace al hombre culpable, a menos que la mente sea también culpable; contra: *Acta exteriora indican! Interiora secreta*, por los actos exteriores se juzgan los pensamientos interiores. Las máximas legales latinas seguían siendo válidas. El pasado de un hombre permanecía sacrosanto a condición de que —y aquí surgía la broma — poseyese el derecho de ciudadanía. Y cualquier acusado de un delito capital perdía automáticamente la ciudadanía hasta que se estableciese su inocencia.

Por consiguiente, ninguna evidencia de huella del pasado se podría introducir en un juicio, a menos que se probase que estaba en conexión directa con el crimen. El ciudadano medio tenía un derecho al secreto de toda su vida anterior. Solamente al perder legalmente ese derecho por ser acusado de un delito serio, se podrían utilizar las evidencias encubiertas, pero solamente en relación con el inmediato cargo. Existían varios subterfugios, por supuesto, pero teóricamente un hombre estaba a salvo de ser espiado mientras permaneciese dentro de la ley.

Ahora el acusado tenía que hacer frente a su pasado abierto. El fiscal mostraba grabaciones de una rubia barata chantajeándolo, y eso confirmaba el motivo y el veredicto: culpable. El hombre condenado se echó a llorar. Clay se levantó y salió de la sala. Por su aspecto, parecía estar pensando.

Y lo estaba. Había decidido que sólo había una forma de matar a Vanderman y salir airoso. No podía ocultar la muerte en sí, ni las acciones tendentes a su consumación, ni ninguna palabra escrita o hablada. Lo único que podía ocultar eran sus propios pensamientos. Y, sin traicionarse a si mismo, tenía que matar a Vanderman de forma que su acto pareciese justificado, lo que quería decir ocultando sus huellas de ayer para el día de mañana.

«Esto puede resumirse así —pensaba Clay— si yo me sitúo de forma que pierdo con la muerte de Vanderman en lugar de ganar, me ayudaría considerablemente.

»Tengo que fingir eso de alguna manera. Pero no debo olvidar que en el momento presente, tengo un motivo obvio. Primero, me roba a Bea. Segundo, me golpea.

»De forma que tendré que conseguir que parezca como si de algún modo me hiciese un favor…

»Tengo que encontrar una oportunidad para estudiar a Vanderman cuidadosamente y tiene que ser una oportunidad normal, lógica e impermeable. Secretario privado. Algo por el estilo. El *Ojo* está ahora en el futuro, después del hecho, pero me está vigilando…

»Debo recordarlo. *¡Ahora me está vigilando!*

»Correcto. Normalmente he tenido que pensar en el asesinato en las condiciones que ahora me encuentro. Y, después, liberarme de esa disposición de ánimo gradualmente. Pero mientras tanto…».

Sonrió.

Yendo a comprar una pistola se sentía incómodo, como si ese presciente *Ojo*, años en el futuro, pudiese hacer un guiño para avisar a la policía. Pero estaba separado de él por una barrera de tiempo que sólo el proceso natural podía acortar. Y de hecho lo había estado vigilando desde su nacimiento. Había que considerarlo de esa forma.

Podía desafiarlo. El *Ojo* no era capaz de leer los pensamientos.

Compró la pistola y se quedó esperando a Vanderman en una oscura callejuela. Pero primero se emborrachó a conciencia. Lo suficientemente borracho como para satisfacer al *Ojo*.

Después de eso…

—¿Se encuentra ahora mejor? —preguntó Vanderman, sirviendo otro café.

Clay enterraba su cara bajo sus manos.

—Estuve loco —dijo con voz apagada—. Tuve que estarlo… Sería mejor que me entregase a la policía.

—Podemos olvidarlo y acabar de una vez… Clay. Estaba borracho, eso fue todo. Y yo… Bueno, yo…

—Apreté una pistola contra usted… Intenté matarlo… Y usted me trajo a su casa y…

—No utilizó esa pistola, recuérdelo, Clay. No es ningún asesino. Todo fue culpa mía. No necesitaba haber sido tan malditamente duro con usted —dijo Vanderman mirando como Ricardo Corazón de León, a despecho de la anacrónica luz de neón.

—No soy bueno. Soy un fracasado. Cada vez que intento algo, aparece un hombre y lo hace mejor. Soy un segunda categoría…

—Clay, deje de hablar así. Estaba trastornado, eso es todo. Escúcheme. Se va a enderezar. Veré lo que puedo hacer por usted. Comenzaremos mañana, encontraremos algo. Ahora beba su café.

—¿Sabe? —dijo Clay—. Usted es todo un tipo…

«El magnánimo idiota picó» —pensó Clay, mientras se preparaba felizmente para dormir—. «¡Estupendo!».

Era el comienzo para custodiar al *Ojo*. Sin embargo, también

suponía el comienzo de rodar la pelota con Vanderman. Deja que un hombre te haga un favor y será tu compañero. «Bueno, Vanderman va a hacerme un montón de favores. De hecho, antes de lo que había supuesto. Tendré todos los motivos para conservar su vida».

Motivos visibles para el *Ojo* desnudo.

Probablemente Clay no había empleado con anterioridad todos sus talentos en la dirección apropiada, porque no conducía su plan de homicidio como un segunda categoría. Necesitaba un canal adecuado a su habilidad y probablemente también necesitaba un patrón. Vanderman rellenaba esa función; seguramente eso aliviaba su conciencia por haberle robado a Bea. Siendo el hombre que era, Vanderman necesitaba evitar incluso la apariencia de bajeza. Naturalmente fuerte y cruel, se dice a sí mismo que es un sentimental. Su sentimentalismo jamás alcanza el punto de que le molesten y Clay lo sabe demasiado bien y tratará de permanecer dentro de los límites.

No obstante, supone una tortura de nervios saber que uno está viviendo bajo el escrutamiento de un *Ojo* extratemporal.

Cuando un mes más tarde caminaba por el vestíbulo del Edificio, Clay se dio cuenta de que vibraciones de luz reflejaban su propio cuerpo, de manera irrecuperable, en el pulido ónice de las paredes y del suelo, quedando fotografiadas allí, en espera de que una máquina las liberase algún día, alguna vez, por medio de un hombre que todavía no conocía ni siquiera el nombre de Sam Clay. Entonces, sentado en su asiento relajador del ascensor, que se movía suavemente en espiral en el interior de las paredes, supo que aquellos muros estaban capturando su imagen, hurtándola, como alguna superstición que recordaba… ¿Cuál?

La secretaria privada de Vanderman le agradó. Clay dejó que su mirada vagara libremente por la elegante figura y la cara suavemente atractiva de la joven. Ella le dijo que el señor Vanderman había salido y que la cita era para las tres, no para las dos. ¿No era así?

Clay consultó su agenda. Hizo chascar los dedos.

—¡Las tres! Tiene razón, señorita Wells. Estaba tan seguro de que era a las dos que no me molesté en mirarlo. ¿Cree que regresará más temprano? Quiero decir, ¿ha salido o se encuentra en una

reunión?

—Ha salido, señor Clay —contestó la señorita Wells—. No creo que vuelva antes de las tres. Lo siento.

Le sonrió eficientemente.

—Bueno, ¿puedo esperar aquí?

—Por supuesto. El equipo estereofónico y las revistas están ahí.

La muchacha volvió a su trabajo y Clay examinó superficialmente un artículo referente al cuidado y manejo de la mariposa luna. Esto le dio la oportunidad de comenzar una conversación preguntando a la señorita Wells si le gustaban las mariposas luna. La joven le respondió que no sabía nada de tales mariposas, pero el hielo ya se había roto.

«Este es el aperitivo del conocimiento —pensó Clay—. Quizás tenga el corazón roto, pero, naturalmente, estoy solitario».

La baza no era comprometerse con la señorita Wells, sino enamorarse de ella de forma convincente. El *Ojo* no dormía.

Clay estaba empezando a despertarse por las noches, con un comienzo de crisis nerviosa y se quedaba allí, mirando el techo. Pero la oscuridad no era un escudo.

—La cuestión es —dijo el sociólogo al llegar a este punto—, si Clay está actuando o no para una audiencia…

—¿Quiere decir para nosotros?

—Exactamente. Se me acaba de ocurrir. ¿Le parece que se está comportando de forma natural?

El operador reflexionó:

—Diría que sí. Un hombre no se casa con una chica solamente para sacar adelante otro plan, ¿lo haría él? Después de todo, se está envolviendo en toda una red de responsabilidades nuevas.

—Sin embargo, Clay aún no se ha casado con Josephine Wells —hizo observar el sociólogo—. Además, esa faceta de la responsabilidad se podría aplicar hace unos cientos de años, ahora no… —comentó al azar—. Imagine una sociedad donde, después del divorcio, un hombre se veía forzado a soportar a una mujer perfectamente saludable y competente. Era degenerado, lo sé, un retorno a los días en que solamente los machos podían ganarse la vida. Pero también imagine el tipo de mujeres que se complacían en aceptar tal soporte. Eso fue un atavismo de la infancia, por no decir…

El operador tosió.

El sociólogo se dio cuenta de su divagación y dijo:

—Oh… Sí. La cuestión es si Clay sería capaz de comprometerse con una mujer a menos que realmente…

—Los compromisos se pueden romper.

—Éste aún no se rompió, hasta donde sabemos. Y *sabemos*…

—Un hombre normal no planearía casarse con una muchacha que no le importase nada, a menos que tuviese una razón muy poderosa. Insisto.

—Bueno, ¿y hasta qué punto Clay es normal? —preguntó el sociólogo—. ¿Sabía de antemano que indagaríamos en su pasado? ¿No se da cuenta que está trampeando en solitario?

—¿Pruebas?

—Hay todo un tipo de cosas que usted no hace si piensa que le están mirando. Recoger una moneda en la calle, beber sopa fuera de la taza, posar ante un espejo. El tipo de locuras o de pequeñas cosas que todo el mundo hace cuando está solo. O Clay es inocente o es un hombre muy diestro…

Era un hombre muy diestro. Jamás proyectó el compromiso con la intención de llegar hasta el matrimonio, aunque sabía que, en cierto modo, el matrimonio podía ser una precaución. Si un hombre habla en sueños, ciertamente su mujer mencionará el hecho. Clay se consideró a sí mismo amordazándose durante la noche si surgía la necesidad. Entonces se dio cuenta de que si hablaba en sueños, no tendría ninguna garantía de no hablar demasiado la primera vez que tuviese auditor. No podía correr el riesgo de semejante apertura. Aunque después de todo, no existía tal peligro. Pensándolo con detenimiento, el problema de Clay era simple: ¿cómo estar seguro de no hablar durante el sueño?

Lo resolvió con bastante facilidad, alquilando un curso narcohipnótico suplementario de idiomas comerciales. Implicaba el estudio mientras se estaba despierto y la repetición de la información al oído durante el sueño. Como una necesaria preparación para el curso fue instruido para instalar un registro gráfico de la profundidad de su sueño, así la narcohipnosis se ajustaría a sus ritmos individuales. Lo hizo varias veces, repitiendo

la prueba un mes después. Y quedó satisfecho.

Por la noche se alegraba de dormir con tal de no tener sueños. Tenía que tomar sedantes desde hacía tiempo. Durmiendo se sentía aliviado de la sensación de que un *Ojo* lo estaba vigilando siempre, un *Ojo* que podría entregarle a la justicia, un *Ojo* que no podía desafiar en pleno día. Pero siempre soñaba con el *Ojo*.

Vanderman le había encargado de un trabajo dentro de la organización, lo que ya era mucho. Clay era simplemente un diente del engranaje, lo que de momento le satisfacía bastante. Todavía no quería más favores. No hasta que no conociese la extensión de las habilidades y obligaciones de la señorita Wells.

Vanderman probablemente se seguía sintiendo culpable a causa de Bea. Se sabía casado con ella y actualmente Bea se encontraba en la Antártida, en el casino. Vanderman tuvo que reunirse con ella, de forma que garabateó un memorándum, deseó a Clay buena suerte y se fue a la Antártida, molesto por no experimentar remordimientos de conciencia. Clay aprovechó la oportunidad para cortejar ardientemente a Josephine.

Por lo que había oído de la nueva señora Vanderman, se sentía secretamente aliviado. Aún no hacía mucho, cuando se encontraba contento de permanecer pasivo, el creciente dominio de Bea le había satisfecho, pero ahora no. Estaba aprendiendo la autoseguridad y le gustaba. En estos momentos, el comportamiento de Bea era más bien malo. Con todo el dinero y la libertad de que disponía, tenía demasiado tiempo entre las manos. De vez en cuando Clay oía rumores que le hacían sonreír en secreto. Vanderman no estaba en una postura muy cómoda. Bea tenía un carácter dominante, pero Vanderman no podía decirse que fuera un cobarde.

Al cabo de algún tiempo Clay le dijo a su jefe que quería casarse con Josephine Wells.

—Supongo que así quedamos en paz —dijo a Vanderman—. Usted me quitó a Bea y yo le voy a quitar a Josie.

—¡Espere un minuto! —exclamó Vanderman—, supongo que no…

—Mi novia, su secretaria… Eso es todo. La realidad es que Josie y yo estamos enamorados.

Lo soltó, pero con cuidado. Era más fácil engañar a Vanderman

que al *Ojo*. Técnicos competentes y sociólogos forenses miraban a su través. A veces pensaba en esas pinturas medievales con un inmenso ojo y eso le recordaba algo vago y angustiante. Después de todo, ¿qué podía hacer Vanderman? Convino en ascender a Clay. Josephine, siempre consciente, se ofreció a continuar en su trabajo durante algún tiempo, hasta que la rutina de la oficina siguiese su curso normalmente. Pero por una cosa u otra siempre surgían problemas. La joven no tenía que llevar trabajo a su apartamento, pero lo llevaba. Clay, diestramente, vio que era lo mejor para mantener ocupada a Josephine y gradualmente comenzó a ayudarla cuando caía por allí. Su trabajo, más los cursos narcohipnóticos, lo habían entrenado ya para esa especie de habilidad en el trabajo de organización. Los negocios de Vanderman eran altamente especializados, importaciones y exportaciones a todo lo ancho del planeta, manteniendo relaciones con grupos específicos, giras estacionales y observando las festividades sectarias, etc. Josephine, como una especie de libro de memorias para Vanderman, tenía trabajo de sobra.

Clay y la joven pospusieron el matrimonio por algún tiempo. Clay, justo lo suficiente, claro, comenzó a aparentar sentirse celoso del trabajo de Josephine y la joven dijo que lo dejaría pronto. Pero una noche se quedó en la oficina y Clay se agarró un berrinche y se emborrachó. Aquella noche estaba lloviendo. Clay consiguió estar lo suficientemente borracho para caminar desprotegido bajo la lluvia y caer dormido en su casa con la ropa mojada. Cayó con gripe. Cuando se estaba recuperando, Josephine enfermó también.

Bajo esas circunstancias, Clay regresó al trabajo y se hizo cargo de las tareas de su novia, de forma puramente temporal. Aquella semana el trabajo rutinario de la oficina era extremadamente complicado y solamente Clay conocía los pros y los contras. Esta solución evitó a Vanderman una gran cantidad de inconveniencias y, cuando la situación se resolvió por sí misma, Josephine tenía un trabajo subsidiario y Clay era el secretario privado de Vanderman.

—Me gustaría saber más sobre él —dijo Clay a Josephine—. Después de todo, debe tener un montón de costumbres y de puntos flacos que se necesitan tener en cuenta. Si, por ejemplo, pide la comida en su despacho, no quiero encargarle lengua ahumada y descubrir que es alérgico a ella. ¿Cuáles son sus *hobbies*?

Aunque tenía cuidado de no sonsacar a Josephine demasiado, a causa del *Ojo*. Y todavía necesitaba sedantes para dormir.

El sociólogo se frotó la frente.

—¡Hagamos una interrupción! —sugirió—. ¿Por qué un tipo quiere cometer un asesinato?

—De una forma o de otra por provecho.

—Yo diría que sólo parcialmente. La otra parte es un deseo inconsciente de que le castiguen. Normalmente por algo también. Por eso usted busca accidentes propensos. ¿No se le ha ocurrido pensar en lo que les sucede a los asesinos que se sienten culpables y que, sin embargo, no son castigados por la ley? Viven una forma de vida podrida. Siempre caminando hacia precipicios, accidentalmente. Cortándose a sí mismos con un hacha, accidentalmente. Y también, por accidente, tocando cables de alta tensión.

—La conciencia, ¿no?

—Hace tiempo la gente pensaba que Dios estaba sentado en el cielo con un telescopio y que vigilaba todo lo que hacían. En realidad, en la Edad Media, y me refiero al comienzo de esa época, la gente vivía con mucho cuidado. Después vino la era de la incredulidad, cuando la gente no creía en nada con demasiada fuerza, y finalmente esto… —señaló la pantalla—. La memoria universal. Por extensión es como una conciencia social universal, una conciencia externa. Es exactamente lo mismo que el concepto medieval de Dios, la omnisciencia.

—Pero no la omnipotencia.

—¡Hum…!

Todopoderoso, el *Ojo* se mantuvo en la mente de Clay durante año y medio. Antes de decir o de hacer algo, se recordaba a sí mismo la existencia del *Ojo* y se aseguraba de que no estaba revelando su motivo con vistas a un futuro juicio. Naturalmente, también había que contar con un *Oído*, pero eso era demasiado absurdo. Uno no podía visualizar a un amplio e incorpóreo *Oído* decorando la pared como un plato en un portaplatos. Con todo, lo que dijese tendría una evidencia importante, a veces tanto como lo que hacía. Así que Sam Clay era en realidad muy puntilloso y su comportamiento

semejaba al de la mujer del César. No desafiaba a la autoridad, sino que trataba de enredarla…

Superficialmente Vanderman se parecía más al César, y su mujer, por aquel entonces, no estaba sin tacha. Tenía demasiado dinero para divertirse. Y encontraba a su marido demasiado inflexible para ser una persona completamente satisfactoria. Bastaba el matriarcado de Bea para iniciar una rebelión contra Andrew Vanderman y, además, existía una carencia de romance. Vanderman tenía poco tiempo para dedicarle. Estaba muy ocupado aquellos días, envuelto en una completa sarta de negocios que le exigían mucho tiempo. Naturalmente Clay también participaba en la cuestión. Su interés por su nuevo trabajo era laudable. Pasaba noches enteras maquinando y planeando, como si esperase que Vanderman lo convirtiese en su socio. De hecho incluso sugirió esa posibilidad a Josephine. Quena conseguirlo por medio de un documento. Habían establecido la fecha del matrimonio y Clay quería obtener antes su ascenso. No tenía intención de ser arrastrado a un matrimonio que se pensaba de conveniencia, ahora que la necesidad se había alejado.

Una cosa que tenía que hacer, y moverse con toda discreción, era conseguir el látigo. Vanderman era un especialista de la digitación. Le gustaba tener siempre algo entre las manos mientras hablaba. Normalmente solía ser un pisapapeles cristalino con una miniatura de una tormenta en su interior, que se iluminaba al ser agitada. Clay lo colocó donde pensó que Vanderman lo haría saltar y lo rompería Entretanto, había concertado un negocio con Callisto Ranches con el único propósito de conseguir un látigo para la mesa de escritorio de Vanderman. Los nativos estaban orgullosos de sus trabajos sobre cuero y de sus trabajos de orfebrería y en cada trato que cerraba siempre se incluía un regalo nominal. En este caso, un bonito látigo en miniatura con las iniciales de Vanderman. Actualmente se encontraba sobre su mesa de escritorio, sirviendo de pisapapeles, excepto cuando Vanderman lo cogía para juguetear con él mientras hablaba.

La otra arma que Clay necesitaba ya estaba allí, era un abrecartas antiguo, utilizado anteriormente en cirugía como escalpelo. Jamás dejaba que su mirada se detuviese demasiado sobre él, a causa del *Ojo*. También llegó el otro látigo.

Negligentemente lo colocó en su mesa de escritorio y pretendió olvidarlo. Era una muestra de los látigos fabricados por los *Flagelantes de Alaska*, para ser utilizados en sus ceremonias y lo necesitaba en su empresa a causa de una investigación que se estaba realizando acerca de las drogas que los *Flagelantes* empleaban para neutralizar el sufrimiento. Por supuesto, Clay también había manejado este nuevo contrato.

En todo esto no había nada sospechoso, la firma retiraba un saneado provecho de aquellas negociaciones y Vanderman le había prometido un porcentaje de beneficios a finales de año de cada contrato que consiguiese. Había pasado año y medio desde que Clay se dio cuenta por vez primera de que el *Ojo* lo buscaba.

Se encontraba estupendamente. Era parsimonioso con los sedantes, y sus nervios, aunque excitados, no se encontraban en absoluto en el punto de saltar. Había hecho un esfuerzo, pero se había entrenado para no tener deslices. Visualizaba al *Ojo* en las paredes, en el techo y en el cielo. Dondequiera que estuviera. Era la única forma de obrar con completa seguridad. Y muy pronto se iba a considerar pagado. Pero tenía que hacerlo enseguida, aquel esfuerzo nervioso no podía continuar indefinidamente.

Quedaban unos cuantos detalles. Arregló las cosas —bajo el *Ojo* está la nariz, para que nos entendamos— de forma que le ofrecieron una posición bien pagada en otra firma. La desdeñó.

Una noche, surgió una emergencia y Clay, muy lógicamente, tuvo que ir al apartamento de Vanderman.

Vanderman no estaba allí. Sólo encontró a Bea. Acababa de reñir violentamente con su esposo. Había bebido, cosa que también Clay esperaba. Si la situación no hubiera resultado exactamente como quería, lo habría intentado otra vez. Pero no hubo necesidad.

Clay fue un poco más cortés de lo necesario. Quizás demasiado cortés. El incipiente matriarcado de Bea la estaba obligando a descarriarse y su marido trataba de sujetarla, cosa a la que no estaba dispuesta. Después de todo, se había casado con Vanderman por su dinero y ahora lo veía tan dominante como ella misma, mientras que miraba a Clay como un símbolo exagerado de romance y sumisión masculina.

El objetivo de una cámara, oculto en la pared en un decorativo bajorrelieve, rechinaba atareadamente, devanando su cinta

grabadora de una forma que indicaba que Vanderman era un esposo celoso y suspicaz. Pero Clay también conocía la existencia del artilugio. En el momento oportuno se dejó caer contra la pared de tal forma que el aparato se rompió.

Entonces, siendo espiado tan sólo por el otro *Ojo*, se hizo tan virtuoso que era una lástima que Vanderman no pudiese ser testigo de su *volte-face*.

—Escucha, Bea —dijo—. Lo siento, pero no comprendo. No es conveniente. Ya no estoy enamorado de ti. Cierto que lo estuve una vez, pero eso fue hace mucho. También existe otra persona y es menester que lo sepas.

—Todavía me sigues amando —dijo Bea con intoxicante firmeza —. Nos pertenecemos.

—Por favor, Bea. Odio tener que decir esto, pero le estoy agradecido a Andrew Vanderman por haberse casado contigo… Yo… Bueno, ya has conseguido lo que querías y yo estoy logrando lo que deseaba. Dejémoslo así…

—Estoy acostumbrada a conseguir lo que quiero, Sam. La oposición es algo que no me gusta. Especialmente cuando sé que tú, en realidad…

Dijo bastantes cosas más y Clay también. Quizás estuvo innecesariamente duro. Pero tenía que marcarse un tanto con el *Ojo* y demostrar que no tenía celos de Vanderman.

Y se marcó el tanto.

La mañana siguiente fue a la oficina antes que Vanderman, limpió su cajón y descubrió el látigo de raya todavía en su caja. «¡Jo!», se dijo chascando los dedos. El *Ojo* vigilaba y era un momento crucial. Quizás todo iba a ocurrir dentro de una hora. Cada movimiento tenía que ser calculado de antemano y no podía producirse la más ligera desviación. El *Ojo* estaba en todas partes. Literalmente en todas partes.

Abrió la caja, sacó fuera el látigo y se fue al sánela sanctorum interior. Tiró el látigo encima de la mesa del escritorio de Vanderman, con tan poco cuidado que uno de los objetos que contenía se vino abajo. Clay lo ordenó todo, dejando el látigo de raya más cerca del borde de la mesa y colocando el látigo de cuero

Callistan al final, medio oculto detrás del intervisor del despacho. No se permitió más que una casual mirada para asegurarse de que el abrecartas seguía estando allí.

A continuación, se fue a tomar café.

Media hora después estaba de vuelta, recogió unas cuantas cartas para llevar a firmar y se encaminó al despacho de Vanderman. Vanderman había cambiado bastante. Parecía más viejo, menos noble y más como un bulldog adulto. Clay pensó fríamente: «Este hombre me robó la novia y me golpeó».

Cautelosamente recordó al *Ojo*.

No tenía que hacer nada más que seguir el plan y dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Vanderman había visto las películas espías, seguro, hasta el momento en que se habían vuelto blancas, cuando Clay cayó contra la pared. Obviamente, no esperaba que Clay se mostrara por allí aquella mañana. ¡Y al ver a aquel piojo diciéndole hola, mientras caminaba a través de la habitación y dejaba unas cartas encima de su mesa de escritorio…!

Clay contaba con el temperamento exaltado de Vanderman, que desde luego no había mejorado con los meses. Naturalmente, el hombre había estado allí sentado, pensando toda clase de cosas desagradables y justo, como Clay sabía que iría a suceder, cogió el látigo y comenzó a juguetear con él. Pero esta vez era el látigo de raya…

—¡Buenos días! —dijo Clay alegremente a su asombrado patrón. Su sonrisa se torció un poco—. Estuve esperando para que diera su visto bueno a esta carta de los criaderos *kirguises*. Podemos encontrar un mercado para esos dos mil cuernos ornamentales…

Al llegar a ese punto, Vanderman, rugiendo, dio un salto, balanceó el látigo y cruzó la cara de Clay. Posiblemente no existe nada más doloroso que el mordisco de un látigo de raya.

Clay se tambaleó. No sabía que doliese tanto. Por un momento el choque y el golpe borraron cualquier otra idea de su cabeza y sólo quedó una ciega irritación.

«¡Recuerda el *Ojo*!».

Lo recordó. Había docenas de hombres entrenados vigilando todo lo que hacía en aquel momento. Literalmente se encontraba de

pie sobre un escenario rodeado de observadores que tomaban notas de cada expresión de su cara, de cada flexión muscular y de cada soplo de su respiración.

Dentro de un momento Vanderman moriría, pero Sam Clay no estaría solo. Una invisible audiencia procedente del futuro se estaba fijando en él con ojos fríos y calculadores. Sólo le quedaba una cosa y el trabajo se habría concluido. Tenía que hacerlo cuidadosamente, mientras todos lo vigilaban.

El tiempo se detuvo. *El trabajo habría concluido*.

Era muy curioso. Había revisado esta serie de acciones tantas veces en lo más secreto de su mente que su cuerpo funcionaba ahora sin nuevas instrucciones. Su cuerpo se tambaleó a causa del golpe, recuperó el equilibrio, miró a Vanderman sacudido por la furia y luego deslizó los ojos hacia el abrecartas a plena vista sobre el escritorio.

Eso era lo que el Sam Clay visible y superficial estaba haciendo. El Sam Clay íntimo y espiritual estaba pasando por una serie de acciones diferentes.

El trabajo habría concluido.

¿Y qué iba a hacer después de eso?

El asesino íntimo y espiritual permanecía quieto con desmayo y sorpresa, contemplando un futuro perfectamente vacío. Jamás había echado una mirada al otro lado de aquel momento. No había hecho planes para su vida después de la muerte de Vanderman. Pero ahora no tenía otro enemigo más que Vanderman. Cuando Vanderman muriese, ¿cómo iba a orientar su vida? ¿En qué trabajaría entonces? Su trabajo también habría concluido. Y su trabajo le gustaba…

De repente se dio cuenta de que le gustaba mucho. Era bueno en ese terreno. Por primera vez en su vida había encontrado un trabajo donde triunfaba.

Uno puede vivir año y medio en un nuevo entorno sin adquirir nuevas metas. El cambio se había producido imperceptiblemente. Era un buen agente comercial. Había descubierto que podía tener éxito. No había tenido que matar a Vanderman para demostrarse eso a sí mismo. Lo había probado sin cometer un asesinato.

En ese momento de éxtasis que había roto con todo para una detención total, miró la cara roja de Vanderman y pensó en Bea. Y también pensó en Vanderman tal y como lo había llegado a

conocer, y no quería ser un asesino.

No quería que Vanderman muriese. No quería ya a Bea. Sólo pensar en ella lo ponía enfermo. Quizás eso era porque él mismo había cambiado de pasivo a activo. Ya no quería o necesitaba una mujer dominante. Podía tomar sus propias decisiones. Si ahora tenía que elegir, elegiría a alguien más parecida a Josephine…

Josephine. Su imagen le resultaba de pronto muy agradable. Josephine con su suave y tranquila belleza y con su admiración hacia Sam Clay, el hombre de negocios con éxito, el joven y progresista importador de la Compañía Vanderman. Josephine, con quien se iba a casar. Porque desde luego se iba a casar con ella. Quería a Josephine. Le gustaba su trabajo. Todo lo quedeseaba era el *statu quo* que había conseguido. Ahora todo era perfecto, por lo menos hasta hacía treinta segundos…

Pero treinta segundos era mucho tiempo. Pueden suceder un montón de cosas en medio minuto. Había sucedido. Vanderman se estaba acercando de nuevo con el látigo en alto. Los nervios de Clay se erizaron frente a la anticipación de su ardiente trallazo por segunda vez.

Si pudiese conseguir agarrar la muñeca de Vanderman antes de que volviese a golpear. Si pudiese hablar con la suficiente rapidez…

La curvada sonrisa seguía aún en su cara. Formaba parte del patrón, aunque en cierta forma oscura no lo comprendía demasiado bien. Estaba actuando como respuesta a unos reflejos condicionados asentados en un período de muchos meses de rígido autoentrenamiento. Su cuerpo estaba ya en acción. Todo lo que había ocupado un lugar en su mente estaba sucediendo de forma tan rápida que no existía solución de continuidad. Su cuerpo conocía su trabajo y lo estaba haciendo. Estaba dirigiéndose hacia el escritorio y hacia la plegadera, y no podía detenerlo.

Todo esto había sucedido antes. Había sucedido en su mente, el único lugar donde Sam Clay había conocido real libertad en el transcurso de año y medio. Durante todo ese tiempo, se había estado forzando a sí mismo a tener conciencia de que el *Ojo* estaba vigilando cada movimiento externo que hacía. Había planeado cada acción de antemano y se había adiestrado para realizarla. Apenas si se permitió a sí mismo actuar una vez de forma impulsiva. La seguridad sólo consistía en seguir el plan con toda exactitud. Estaba

adoctrinado. Quizás demasiado…

Algo no marchaba bien. Aquello no era lo que quería. Seguía asustado, débil, caído…

Acechó la mesa de escritorio, aferró la plegadera y, conociendo su error, la llevó hacia el corazón de Vanderman.

—Es un caso embrollado… —dijo el sociólogo forense al operador —. Muy embrollado.

—¿Quiere que lo volvamos a pasar?

—No, ahora no. Me gustaría pensar el asunto con detenimiento. Clay… esa firma que le ofreció otro trabajo. La oferta ahora se retiró, ¿verdad? Sí, ya lo recuerdo, son muy celosos de la moral de sus empleados. Era algo de seguros. El motivo… Quiero el motivo.

El sociólogo miró al operador.

El operador dijo:

—Hace año y medio tenía un motivo. Pero hace una semana tenía todo que perder y nada que ganar. Ha perdido su trabajo y esa bonificación. Ya no quiere a la señora Vanderman y en cuanto a la paliza que Vanderman le dio una vez… ¿Qué?

—Bueno, intentó disparar a Vanderman en una ocasión y no consiguió herirlo, ¿recuerda? Aunque estaba lleno de valor de alcohol… Pero algo marcha mal. Clay estuvo evitando incluso la apariencia de depravado con demasiada cautela. Sólo que no puedo colocar el dedo encima de nada…

—¿Qué hay sobre las huellas de los primeros años de su vida…? Nos hemos remontado sólo a aquellos cuatro años…

—No encontraríamos nada útil en una época tan lejana. Está claro que temía a su padre, lo odiaba… Las típicas niñerías, tema para la psicología. El padre simboliza para él un juez… Me temo que Sam Clay va a salir impune.

—Pero si usted cree que existe algo desarreglado…

—El peso de la prueba nos rebasa —dijo el sociólogo.

El visor sonó. Una voz habló suavemente.

—No. Aún no tengo la respuesta. ¿Ahora? Correcto. Lo haré —se puso en pie—. El Fiscal quiere hacerme una consulta. Aunque no tengo esperanzas. Me temo que el Estado perderá el caso. Eso es lo que tiene de malo la conciencia externa…

No especificó más. Salió, moviendo la cabeza y dejando al operador que contemplase especulativamente la pantalla. Pero dentro de cinco minutos le fue asignado otro caso, el negociado estaba atascado, y no tuvo la oportunidad de investigar sobre aquel asunto hasta una semana después. Entonces ya no importaba.

Porque una semana después, Sam Clay salió de la sala del tribunal como un hombre libre. Bea Vanderman le estaba esperando en la escalinata. Vestía de luto, pero su corazón no estaba enlutado.

—Sam —dijo.

La miró.

Se sintió algo ofuscado. Todo estaba solucionado. Su plan se había desarrollado a la perfección. Y ya nadie lo vigilaba ahora. El *Ojo* estaba cerrado. La invisible audiencia se había colocado sus sombreros y sus abrigos dejando de amenazar la vida privada de Sam Clay. A partir de ahora haría y diría precisamente lo que le gustase, sin la omnipresencia de un vigilante censor que lo estuviera investigando. Actuaría siguiendo sus impulsos.

Había engañado a la sociedad. Había engañado al *Ojo* y a todos los esbirros de su tecnológica gloria. Él, Sam Clay, un ciudadano corriente. Era una cosa maravillosa y no comprendía por qué lo dejaba tan insensible.

Seguramente se debía al momento desatinado que se había producido antes del asesinato. El momento del *relenting*. Ellos habían dicho que cualquiera conocería el mismo instante de frenético rechazo al borde de una decisión importante. Por ejemplo, antes del matrimonio, ¿o no había sido así? Había oído un montón de ejemplos por el estilo. Por el espacio de un segundo trató de eludir la decisión. Después se había recuperado. La hora antes del matrimonio y el instante después del suicidio… El momento de franca repulsión cuando se va a hacer algo irrevocable. Solamente que ya no se puede. Es demasiado tarde. Todo está hecho.

Bueno, había sido un necio. Afortunadamente, ya *era* demasiado tarde. Su cuerpo había tomado la delantera y lo había forzado al éxito para el que estaba entrenado. El asunto del trabajo era lo de menos. Encontraría otro. Se había demostrado capaz. Si había vencido al *Ojo*, ¿cómo no iba a poder intentar conseguir cualquier

trabajo? Excepto que nadie sabía exactamente lo bueno que era. ¿Cómo iba a demostrar sus capacidades? Se sentía furioso por haber llevado a cabo un éxito tan fenomenal después de una vida llena de fallos y no poder conseguir que le dieran crédito. ¿Cuántos hombres habrían fallado lo que él había intentado con éxito? Hombres ricos, hombres brillantes y hombres audaces que fracasaron al final de un *test* absoluto. El enfrentamiento con el *Ojo*, sus propias vidas al desnudo. Solamente él, Clay, había superado la prueba mundial más importante y no podía solicitar que se lo reconocieran…

—Sabía que no te declararían culpable —decía Bea con voz complacida.

Clay la miró torvamente.

—¿Qué?

—Dije que estoy contenta de que estuvieras libre, cariño. Sabía que no te declararían convicto… Lo supe desde el comienzo.

Le sonrió y por primera vez se le ocurrió que Bea parecía algo así como un bulldog. Era la parte baja de la mandíbula. Pensó que cuando sus dientes estuvieran encajados, las piezas inferiores quedarían por encima de las superiores. Por un momento estuvo a punto de preguntárselo. Después decidió que era mejor que no lo hiciera.

—¿De forma que lo sabías? —dijo.

La mujer apretó su brazo. Indudablemente tenía una mandíbula feísima.

¡Qué raro que no se hubiera dado cuenta antes! Y detrás de las espesas pestañas, sus ojos resultaban muy pequeños. Mediocres.

—Vayamos a donde podamos estar solos —dijo Bea, pegándose a él—. Tenemos tantas cosas que decirnos…

—Ya *estamos* solos… —dijo Clay, volviendo sin darse cuenta a sus anteriores pensamientos—. Nadie nos vigila.

Lanzó una mirada al cielo y luego hacia abajo, hacia el pavimento. Respiró y repitió lentamente:

—Nadie…

—Mi coche deportivo está aparcado aquí. Podemos…

—Lo siento, Bea…

—¿Qué quieres decir?

—Tengo asuntos que resolver.

—Olvida los negocios —le aconsejó la mujer—. ¿No comprendes

que ahora estamos libres? Los dos…

Tuvo la horrible sensación de que sabía lo que la joven quería decir con aquello.

—Espera un minuto —dijo, porque le pareció que aquella era la forma más sencilla de acabar con todo—, yo maté a tu marido, Bea. No lo olvides.

—Pero te han absuelto. Fue en defensa propia. El jurado lo dijo…

—Es que… —hizo una pausa, miró rápidamente los altos muros del Palacio de Justicia y después sonrió con su especial sonrisa de medio lado. Todo estaba correcto. No se veía el *Ojo*. Nunca lo volvería a ver. No lo vigilaban.

—No debes sentirse culpable. Ni dentro de ti mismo… —le dijo Bea con firmeza—. No tuviste la culpa. Tienes que recordar eso. No podías matar a Andrew a no ser por accidente, Sam, de forma que…

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues bien… Sé que el fiscal intentaba probar que tú habías planeado matar a Andrew desde hacía mucho tiempo, pero no debes dejar que esas cosas se te metan en la cabeza. Te conozco, Sam. Y conocía a Andrew. No podrías haber planeado una cosa así y aunque lo hubieras hecho, no te habría salido bien…

La media sonrisa murió.

—¿Qué no me saldría bien?

La mujer lo miró fijamente.

—No. No habrías conseguido desenvolverte —dijo—, Andrew era el mejor y ambos lo sabemos. Era demasiado astuto para caer en algo así.

—¿En algo que se le hubiera ocurrido a una segunda categoría como yo? —preguntó Clay con lentitud. Sus labios estaban apretados—. ¿Y entonces cuál es ahora tu idea? ¿Cuál es tu punto de vista? ¿Que tú y yo, dos segundas categorías, debemos seguir juntos?

—Ven… —dijo Bea y deslizó su brazo a través del suyo. Por un momento se dejó ir. Después arrugó el entrecejo, miró hacia atrás para volver a contemplar el Palacio de Justicia y siguió a Bea hasta su automóvil.

El operador tuvo un momento libre. Por fin pudo investigar la infancia de Sam Clay. Ahora era una cuestión puramente académica, pero le gustaba satisfacer su curiosidad. Siguió la pista de Clay hasta el armario oscuro cuando el muchacho tenía cuatro años, utilizando los rayos ultravioletas. Sam estaba encogido en un rincón, llorando silenciosamente y mirando con ojos asustados hacia un estante que tenía encima.

El operador no podía ver lo que había en el estante.

Mantuvo la onda enfocada en el armario y retrocedió en el tiempo. El armario se abría y se cerraba con frecuencia y a veces Sam Clay era encerrado en su interior como castigo, pero el estante de encima guardaba su misterio hasta que…

Recorrió el camino a la inversa. Una mujer llevó la mano a aquel estante, sacó un objeto y caminó hacia atrás, desde el armario hasta el cuarto de Sam Clay, entrando por la puerta. Aquello era anormal, porque, generalmente era el padre de Sam quien custodiaba el armario.

La mujer colgó un cuadro que representaba un ojo solitario flotante en el espacio. Encima había una leyenda. Las letras decían: «Dios me ve».

El operador siguió la misma huella. Al cabo de un rato se hizo de noche. El niño estaba en la cama, sentado y mirando asustado con los ojos muy abiertos. En la escalera resonaron los pasos de un hombre. El aparato explorador estaba revelando todos los secretos menos los de la mente. El hombre era el padre de Sam Clay, que acudía a la habitación para castigar al niño por algún delito cometido con anterioridad. La luz de la luna entraba por la habitación y mostraba cómo la pared contigua al pasillo temblaba con los pasos que se acercaban. El Ojo en su cuadro también oscilaba un poco. El muchacho parecía abrazado a sí mismo. Una semisonrisa desafiante aparecía en su boca, torcida e insegura.

Aquella vez mantendría su sonrisa, sucediera lo que sucediera. Aguantaría para que su padre la viese y para que el *Ojo* la viese y así sabrían que no se iba a entregar. Que no…

La puerta se abrió.

Ya no pudo aguantar más. La sonrisa se marchitó y desapareció.

—Bueno, ¿qué era lo que le consumía? —preguntó el operador.

El sociólogo se encogió de hombros.

—Diría que jamás llegó a crecer… Es axiomático que los muchachos atraviesen una fase de rivalidad con sus padres. Normalmente consiguen llegar a sublimarla. Los chicos crecen y salen airosos de una forma o de otra. Pero Sam Clay no lo consiguió. Sospecho que desarrolló una conciencia externa desde muy pronto. Tal conciencia simbolizaba a su padre, a Dios. El *Ojo* y la sociedad… Ya sabe, los padres que desempeñan el papel protector, pero también que castigan, que vigilan…

—No creo que se pueda considerar aún una evidencia…

—No vamos a llegar jamás a una evidencia con Sam Clay. Pero eso no quiere decir que vaya a salir adelante en ningún terreno, entiéndame. Siempre le asustará asumir las responsabilidades de la madurez. Jamás superará un reto. Le asustará triunfar en algo porque su simbólico *Ojo* podría echársele encima. Cuando era niño pudo haber resuelto todo el problema dándole una patada en la espinilla a su viejo… Sin duda habría recibido una buena tunda, pero supondría un movimiento para afirmar su individualidad. Pero esperó demasiado. Y entonces desafió lo que no debía, aunque básicamente no se trataba de un desafío. Ya era demasiado tarde. Sus años constructivos se habían ido. Lo único que podía resolver el problema de Clay era su convicción de poder asesinar, pero fue absuelto. Y si lo absolvieron lo dejaron sin poder demostrar al mundo que había acertado desde mucho más atrás… Había dado una patada en la espinilla a su padre, había conservado su sonrisa retadora y había matado a Andrew Vanderman. Creo que, realmente, todo lo que quería era un reconocimiento… La prueba de su habilidad para afirmarse. Trabajó mucho para cubrir sus huellas, si es que había cometido algún desliz, pero eso formaba parte de la apuesta. Ganando, perdió. Las formas normales de escapar están cerradas para él. Siempre tendrá un *Ojo* mirándolo.

—¿Y los tribunales de absolución?

—Todavía no lo considero una evidencia… El Estado perdió su caso. Pero no creo que Sam Clay haya ganado el suyo. Algo sucederá… —suspiró—. Es inevitable. Lo temo. Ya verá, primero la sentencia. Después el veredicto. La sentencia de Clay hace tiempo que se emitió…

Sentada frente a él, en el Bar Paradise, detrás de una botella de plata llena de *brandy*, Bea parecía encantadora y odiosa a la vez. Las luces provocaban su encanto. Se las componían para lanzar sus sombras sobre su barbilla de bulldog y bajo sus espesas pestañas, los pequeños e inquisitivos ojos adquirían la ilusión de la belleza. Pero seguía pareciendo odiosa. Las luces no podían solucionarlo. No podían arrojar sombras en la mente privada de Sam Clay ni distorsionar sus imágenes interiores.

Pensaba en Josephine. Todavía no se había mentalizado en ese aspecto. Pero si bien no sabía lo que quería, no existía sombra de duda acerca de lo que *no quería*…

—Me necesitas, Sam —decía Bea inclinándose sobre las copas.

—Puedo sostenerme con mis propios pies. No necesito a nadie.

Era la forma indulgente de mirarle. Y también la sonrisa que mostraba sus dientes… No podía soportarlo. Veía con toda claridad, como si dispusiese de Rayos X, que sus dientes inferiores se montaban sobre los superiores cuando cerraba la boca. Semejante mandíbula debía tener un montón de fuerza. Contemplaba su cuello y veía su fortaleza. La forma de tenderse hacia él como dispuesta a engancharlo de nuevo con su mandíbula de bulldog.

—Ya sabes que me voy a casar con Josephine —dijo.

—No, no te vas a casar. No eres el hombre para Josephine. Conozco a esa muchacha, Sam. Durante algún tiempo quizás consigas convencerla de que eres un superclase. Pero descubrirá la verdad. Seréis desgraciados juntos. Tú me necesitas a mí, Sam, querido. No sabes lo que quieres… Mira en los líos que te metes cuando intentas actuar por tu propia cuenta. ¡Oh, Sam! ¿Por qué no dejas de fingir? Sabes que jamás fuiste un proyectista… Tú… ¿Qué te pasa, Sam?

Su repentino estallido de risa la asustó. Intentó contestarle pero la risa no lo dejaba. Se recostó en su asiento y comenzó a agitarse. Parecía que se iba a ahogar. Había estado muy cerca, terriblemente cerca de reventar con una baladronada que habría sido una confesión. Sólo para convencer a la mujer. Sólo para que cerrase la boca. Debía dejar de preocuparse por la buena opinión que la mujer tuviese de lo que había hecho hasta ahora. Pero aquella última absurdidad era demasiado. Era ridícula. ¡Que Sam Clay no era un proyectista!

¡Qué estupendo resultaba poder reírse abiertamente! Dejarse ir sin pensar en lo que sucedería más adelante. Volver a actuar según sus impulsos, después de meses de rígida represión… Ninguna audiencia futura se reunía alrededor de aquella mesa para analizar su risa, para observarle en aquel estallido histérico, para contrastar su explosión con las posibles ocasiones del pasado que no habían podido explicarse…

Bueno. ¿Era histeria? ¿Y qué le importaba? Había arriesgado tanto y había conseguido tanto…, que a final de cuentas no había ganado nada, excepto gloria para su propia mente. Realmente no había ganado nada, tan sólo la libertad de mostrarse histérico si sentía así…

Se reía, se reía y no dejaba de reírse, oyendo la nota estridente del perdido control de su propia voz sin importarle.

La gente se volvía parar mirarlos. El propietario del bar lo estaba observando, incómodo, listo para intervenir si hacía falta. Bea se puso en pie y se inclinó por encima de la mesa, agarrándole de los hombros.

—Sam, ¿qué te pasa, Sam?, ¡domínate! Estás dando un espectáculo, Sam. ¿De qué te ríes?

Con un tremendo esfuerzo, la risa retrocedió en su garganta. Su respiración se había hecho entrecortada y no podía hablar. Pero iba a decir unas palabras. Eran las primeras palabras que diría sin una rígida censura desde que había iniciado su plan. Y las palabras llegaron.

—Me estoy riendo de cómo te engañé. Engañé a todo el mundo. ¿Crees que no sabía lo que estaba haciendo, minuto por minuto? ¿Crees que no planeé cada paso que di? Me llevó dieciocho meses, pero maté a Andrew Vanderman con premeditación y alevosía y nadie lo puede probar. Sólo quería que lo supieras…

Cuando recuperó el aliento y su respiración se hizo normal, experimentó la increíble y deliciosa sensación de saber con certeza lo que había hecho y poder decírselo a Bea.

La mujer le miraba sin mover un músculo de su rostro. Estaba totalmente blanca. Hubo un silencio durante un cuarto de minuto. Clay tenía la sensación de que sus palabras se habían marchado por el tejado y que la policía iba a llegar para llevárselo. Pero las palabras apenas se habían oído. Nadie las había oído a no ser Bea.

Por fin, Bea se movió. Le contestó, pero no con palabras. La cara de bulldog sufrió una convulsión y de repente asomó en ella una sonrisa.

Mientras la escuchaba, Clay sentía que todo su alivio y todo su placer se esfumaba. Porque vio que no le creía. Y no había forma de probar la verdad.

—¡Oh, pobre hombrecillo! —soltó por fin Bea, cuando las palabras le vinieron a la boca—. Casi me has convencido por un minuto… Casi te creí…

Volvió a reír y la risa la hizo callar. Su consciente carcajada argentina atrajo la atención de los que les rodeaban, que volvieron las cabezas. Esa nota de conciencia le previno de que la mujer tramaba algo. Bea había tenido una idea. Sus pensamientos se anticiparon a los de ella y supo, un instante antes de que hablara, la idea que se le había ocurrido y cómo iba a aplicarla. Dijo:

—Voy a casarme con Josephine.

Casi al mismo momento, Bea aseguró machaconamente:

—Te vas a casar conmigo. Tienes que hacerlo. No conoces tu propia mente, Sam. Yo sé lo que es mejor para ti y conseguiré que lo hagas. ¿Me comprendes, Sam? La policía no creerá que se trata de una baladronada —dijo—. Ellos te creerán. ¿No querrás contarles lo que me dijiste a mi, verdad, Sam?

Sam la miró en silencio, no viendo la forma de salir de aquello. Aquel dilema era la cornada más dura de todas las que había tenido que sortear. Bea no creía que lo había hecho por más que se esforzase en convencerla, mientras que la policía indudablemente lo creería, echando a perder su doble inversión, esfuerzo y asesinato. Lo había dicho. Estaba grabado en las paredes y lo repetía el eco del aire, esperando que la invisible audiencia del futuro lo observase. Ahora nadie lo escuchaba, pero una palabra de Bea les haría abrir de nuevo el caso.

Una palabra de Bea.

La miró, todavía en silencio, pero con cierto frío cálculo asentándose en el fondo de su mente.

Por un instante Sam Clay se sintió realmente cansado. En ese instante abarcó un buen tramo del tentador tiempo futuro. En su mente dijo que sí a Bea, que se casaba con ella y vivía un período indefinido como su esposo. Y vio cómo sería su vida. Vio a los

inquisitivos ojillos vigilándole, a la implacable mandíbula aferrándolo y la tiranía que iría emergiendo lentamente, o no demasiado, según el grado de su servilismo, hasta que posteriormente quedaba a merced de la mujer que había sido la viuda de Andrew Vanderman.

Más pronto o más tarde. Sus pensamientos eran claros. *La mataré…*

Tenía que matarla. Esa especie de vida con ese tipo de mujer no era una vida que pudiese llevar indefinidamente. Y ya había probado su capacidad para matar y había salido airoso.

¿Y qué sucedería entonces con la muerte de Andrew Vanderman?

Porque en tal caso tendría otra acusación contra él. Esta vez había sido cualitativa. La próxima vez, la balanza se inclinaría hacia lo cuantitativo. Si la mujer de Sam Clay moría acosarían a Sam Clay sin importar la forma en que muriese. Cuando una vez se caía en sospechas, se seguía siendo siempre sospechoso a los ojos de la ley. El *Ojo* de la ley. Darían marcha atrás e investigarían el pasado. Retornarían al momento en que estaba allí, revolviendo en su mente pensamientos de muerte. Y retornarían a los cinco minutos anteriores para oírle decir que había matado a Vanderman.

Un buen abogado podía sacarle del trance. Clamaría que no había dicho la verdad. Diría que se había visto obligado a mostrarse bravucón por las cosas que Bea había dicho. Quizás pudiera salir airoso. La escopolamina era la única prueba y no podían obligarle a tomar escopolamina.

Pero no. Esa no era la respuesta. Esa no era la salida. Alegaría enfermedad, sensación de frustración. Sólo había tenido un momento de gloriosa relajación después de hacer su confesión a Bea y, a partir de entonces, todo parecía ir de nuevo cuesta abajo.

Pero ese momento había sido la meta a la que había tendido durante todo este tiempo de preparación. No sabía en qué consistía ni porqué lo quería. Pero reconoció el sentimiento cuando se produjo. Le gustaría volverlo a experimentar.

¿Y ahora esta sensación de desvalidez y de impotencia era la suma total de lo que había conseguido? Entonces había fracasado, después de todo. De algún modo, y de una forma extraña, comprendía sólo parcialmente que había fracasado. El matar a

Vanderman no había sido la respuesta a todo. No había tenido éxito. Era un segunda categoría, un pasivo y desvalido gusano que Bea manejaría y controlaría a su antojo… A menos que…

—¿Qué te pasa, Sam? —preguntó Bea solícitamente.

—Crees que soy un segunda categoría, ¿no es así? —quiso saber —. Jamás creerás que no lo soy. Crees que no podría haber matado a Vanderman a no ser por accidente. Nunca se te ocurrirá pensar que posiblemente se trataba de un reto…

—¿Cómo? —preguntó Bea, mientras él se callaba.

Había una nueva nota de sorpresa en su voz.

—Pero no se trató de un reto —dijo lentamente—. Sólo de una ocultación y de un regate… Trampeé. Le puse cristales oscuros al *Ojo* porque le temía. Lo que realmente estaba intentando probar…

Bea le dirigió una mirada incrédula y asustada mientras el hombre se ponía de pie.

—¡Sam! ¿Qué vas a hacer? —Su voz se quebró.

—Probar algo… —dijo Clay, sonriendo de través y mirando primero a Bea y después al techo—. ¡Echa un buen vistazo! —le dijo al *Ojo*, mientras aplastaba el cráneo de la mujer con la garrafa.

CAMUFLAJE

Talman sudaba copiosamente cuando llegó al número 16 de Knobhill Road. Tuvo que hacer un esfuerzo para tocar la placa anunciadora. Se oyó un zumbido suave mientras las células fotoeléctricas comprobaban y daban el visto bueno a sus huellas digitales; después, la puerta se abrió y Talman se internó en el oscuro pasillo. Miró hacia atrás, más allá de las colinas, donde las luces del puerto espacial creaban un nimbo pálido y palpitante.

Avanzó, bajó por una rampa y entró en una habitación cómodamente amueblada en la que un hombre gordo y canoso, sentado en un sillón, jugaba con un vaso de cóctel. La tensión dominaba la voz de Talman cuando dijo:

—Hola, Brown. ¿Todo anda bien?

Una sonrisa estiró las mejillas hundidas de Brown.

—Seguro —afirmó—. ¿Por qué no? ¿Acaso la policía te persiguió?

Talman se sentó y comenzó a prepararse un trago en la bandeja cercana. Su rostro delgado y sensible estaba ensombrecido.

—Uno no puede discutir con sus glándulas. De todos modos, eso es lo que el espacio me provoca. Durante todo el camino desde Venus esperaba que alguien se acercara y me dijera: «Se le busca para interrogarlo».

—Nadie lo hizo.

—Yo no sabía qué encontraría aquí.

—La policía no esperaba que nos dirigiéramos a la Tierra —agregó Brown, y revolvió su cabellera gris con una garra informe—. Y la idea te pertenece.

—Sí. Psicólogo consultor para…

—… para criminales. ¿Quieres largarte?

—No —replicó Talman honestamente—. No con los beneficios que ya tenemos a la vista. Esto es grande.

Brown sonrió.

—Claro que sí. Hasta ahora, nunca nadie organizó el delito de este modo. Hasta que nosotros comenzamos, no hubo un solo delito que valiera la pena.

—Pero ¿dónde estamos ahora? Huyendo.

—Fern ha encontrado un escondite infalible.

—¿Dónde?

—En el Cinturón de Asteroides. Pero necesitamos una cosa.

—¿Qué?

—Una planta de energía atómica.

Talman pareció sorprendido. Pero vio que Brown no bromeaba. Un momento después dejó el vaso y frunció el ceño.

—Yo diría que es imposible. Una planta de energía es demasiado grande.

—Sí —reconoció Brown—, con excepción de aquella que va por el espacio hasta Callisto.

—¿Un secuestro? No tenemos hombres suficientes…

—La nave se encuentra bajo el mando de un Trasplante.

Talman ladeó la cabeza.

—Ah. Eso está fuera de mi especialidad…

—Lógicamente, habrá una tripulación reducida. Pero nos encargaremos de ellos…, y ocuparemos sus sitios. Entonces será una simple cuestión de desenganchar al Trasplante y conectar los mandos manuales. No está tan fuera de tu especialidad. Fern y Cunningham se ocuparán del material técnico, pero primero nosotros tenemos que averiguar cuán peligroso puede ser un Trasplante.

—Yo no soy ingeniero.

Brown ignoró el comentario y prosiguió:

—El Trasplante que conduce este transporte a Callisto es Bart Quentin. Tú lo conociste, ¿no?

Talman asintió, sorprendido.

—Seguro. Hace años. Antes…

—En lo que a la policía se refiere, estás limpio. Tienes que ver a Quentin. Sonsacarle algo. Y averiguar… Cunningham te dirá qué tienes que averiguar. Después, podremos continuar. Eso espero.

—No lo sé…, no estoy…

Brown frunció el ceño.

—¡Tenemos que encontrar un escondite! Ahora eso es vital. De lo contrario, daría lo mismo que entráramos en la comisaría de policía más cercana y extendiéramos las manos para que nos pusieran las esposas. Hemos sido astutos, pero ahora…, tenemos que escondernos. ¡Y rápido!

—Bueno…, lo comprendo. Pero ¿sabes qué es en realidad un Trasplante?

—Un cerebro libre. Uno que puede utilizar artilugios artificiales.

—Técnicamente, sí. ¿Viste alguna vez un Trasplante manipulando una excavadora de fuerza? ¿O una draga marina venusiana? ¿Esos mandos terriblemente complicados que sólo una docena de hombres puede manipular?

—¿Estás diciendo que un Trasplante es un superhombre?

—No —replicó Talman lentamente—, no dije eso. Pero sospecho que sería más fácil habérselas con una docena de hombres que con un Trasplante.

—Bueno —agregó Brown—, márchate a Quebec y visita a Quentin. He descubierto que ahora se encuentra allí. Pero primero habla con Cunningham. Resolveremos los detalles. Lo que necesitamos es conocer los poderes de Quentin y sus puntos vulnerables. Y si es o no telépata. Tú eres un viejo amigo de Quentin y, por añadidura, psicólogo, de modo que eres idóneo para la tarea.

—Sí.

—Tenemos que conseguir esa planta de energía. ¡Tenemos que escondernos, ahora!

Talman pensó que, probablemente, Brown había planeado esto desde el principio. El gordo era muy astuto; había sido lo bastante inteligente para comprender que los delincuentes comunes no tendrían posibilidades en un mundo altamente tecnificado y cuidadosamente especializado. Las fuerzas policiales podrían recurrir a la ayuda de las ciencias. Las comunicaciones eran excelentes y rápidas, incluso entre los planetas. Existían artilugios… La única posibilidad de cometer un delito con éxito consistía en hacerlo rápido y realizar después una fuga casi instantánea.

Pero era necesario planear el delito. Cuando se compite con una

unidad social organizada, como hace todo criminal, conviene crear una unidad semejante. Una cachiporra no tiene posibilidades ante un rifle. Un bandido de mano dura estaba condenado a un rápido fracaso por un motivo semejante. Las huellas que dejara serían analizadas; la química, la psicología y la criminología lo rastrearían; se le haría confesar. Se le haría confesar, y sin utilizar métodos de baja categoría. De modo que…

De modo que Cunningham era un ingeniero electrónico. Fern era astrofísico. Talman, psicólogo. El corpulento y rubio Dalquist era cazador, por elección y profesión, un cazador maravillosamente integrado y terriblemente veloz con las armas. Cotton era matemático…, y Brown el coordinador. La combinación había funcionado con éxito en Venus, durante tres meses. Después, inevitablemente, la red se cerró y la unidad retornó a la Tierra, preparada para dar un nuevo paso del plan a largo plazo. Hasta ese momento, Talman no lo conocía. Pero podía comprender rápidamente su necesidad lógica.

Si era necesario, podrían ocultarse para siempre en el vasto yermo del Cinturón de Asteroides y salir para dar un golpe siempre que se presentara la oportunidad. A salvo, podrían formar una organización delictiva clandestina, con un sistema de espías diseminado entre los planetas… Sí, era el camino inevitable. De todos modos, dudaba en poner a prueba su talento ante el de Bart Quentin. El hombre ya… no era… humano…

La preocupación lo dominó durante el viaje a Quebec. Aunque era cosmopolita, no podría dejar de experimentar tensión y turbación cuando se encontrara con Quent. Tratar de ignorar ese…, accidente…, resultaría demasiado obvio. Pero recordaba que…, siete años atrás, Quentin había poseído un hermoso físico musculoso y había estado orgulloso de su capacidad como bailarín. En cuanto a Linda, se preguntó qué había ocurrido con ella. Bajo esas circunstancias, resultaba imposible que aún fuera la señora de Bart Quentin. ¿O lo era?

Miró el San Lorenzo, una barra de plata opaca que se extendía debajo del avión a medida que éste se inclinaba. Pilotos robots…, un delgado haz de luz. Sólo durante las tormentas violentas los pilotos normales asumían el mando. En el espacio, la cuestión era distinta. Y había otros trabajos, terriblemente complicados, que sólo

los cerebros humanos podían abordar. Mejor dicho, un tipo muy especial de cerebro.

Un cerebro como el de Quentin.

Talman se rascó la puntiaguda mandíbula y sonrió débilmente, mientras intentaba localizar la fuente de su preocupación. Entonces encontró la respuesta. ¿Acaso Quent, en su nueva encarnación, poseía más de cinco sentidos? ¿Podía detectar reacciones que un hombre normal no percibiría? Si era así, Van Talman estaba definitivamente hundido.

Miró a su compañero de asiento, Dan Summers, de Wyoming Engineers, por intermedio del cual se había puesto en contacto con Quentin. Summers, un joven rubio con arrugas alrededor de los ojos, producidas por el sol, sonrió afablemente.

—¿Nervioso?

—Puede ser —repuso Talman—. Me preguntaba cuánto habrá cambiado.

—Los resultados varían en cada caso.

El avión, controlado por haces de luz, se deslizó por las pendientes del aire del anochecer en dirección al puerto. Las torres iluminadas de Quebec formaban un telón de fondo irregular.

—¿Entonces cambian?

—Supongo que, psíquicamente, se ven obligados a hacerlo. Usted es psicólogo, señor Talman. ¿Cómo se sentiría si…?

—Tal vez existan compensaciones.

Summers rió.

—Ésa es una afirmación incompleta. Compensaciones…, ¡bueno, la inmortalidad sólo es una de esas compensaciones…!

—¿La considera una bendición? —inquirió Talman.

—Sí, así es. Permanecerá en la cumbre de sus poderes durante sabrá Dios cuánto tiempo. No habrá deterioro. Los venenos de la fatiga son automáticamente eliminados mediante la irradiación. Obviamente, las células cerebrales no pueden reemplazarse a sí mismas del mismo modo…, digamos…, que el tejido muscular; pero no es posible dañar el cerebro de Quent en su caja especialmente construida. La arteriosclerosis no es un problema gracias a la solución plasmática que empleamos…, no hay calcio que se deposite en las paredes arteriales. El estado físico de su cerebro está automática y perfectamente controlado. Las únicas enfermedades

que Quent puede contraer son mentales.

—¿Claustrofobia? No. Usted dice que tiene lentes oculares. Se produciría una sensación automática de extensión.

Summers agregó:

—Si usted percibe algún cambio…, al margen del cambio perfectamente normal del crecimiento mental en siete años…, me interesaría que me lo comunicara. Para mí…, bueno, yo crecí con los Trasplantes. Ya no soy consciente de sus cuerpos mecánicos e intercambiables, del mismo modo que un médico no piensa que un amigo es un conjunto de nervios y venas. Lo que cuenta es la facultad de razonar, que no se ha alterado.

Talman comentó pensativamente:

—De todos modos, usted es una especie de médico para los Trasplantes. Un lego podría experimentar otro tipo de reacción. Sobre todo si estuviese acostumbrado a ver un rostro…

—Nunca tengo conciencia de esa falta.

—¿Y Quent?

Summers vaciló.

—No —replicó por último—. Estoy seguro que no es así. Está maravillosamente adaptado. La readaptación a la vida de Trasplante lleva un año. Después, todo marcha sobre ruedas.

—He visto a los Trasplantes que trabajan en Venus, aunque desde lejos. Pero no hay muchos destinados fuera de la Tierra.

—No tenemos suficientes técnicos entrenados. Exige literalmente la mitad de una vida el entrenar a un hombre para que se ocupe de los Trasplantes. Antes que comience, es necesario que incluso sea un ingeniero electrónico calificado. —Summers rió—. Pero las compañías de seguros cubren gran parte de los gastos iniciales.

Talman estaba asombrado.

—¿Cómo es eso?

—Los aseguran. Gajes del oficio, inmortalidad. ¡Amigo mío, trabajar en la investigación atómica es peligroso!

Salieron del avión hacia el fresco aire nocturno. Mientras caminaban hacia el coche que los esperaba, Talman dijo:

—Quentin y yo crecimos juntos. Pero sufrió el accidente dos años después que yo dejara la Tierra y no he vuelto a verlo desde entonces.

—¿Como Trasplante? Vaya. Bueno, es una palabra desdichada.

Algún imbécil le puso esa etiqueta cuando son los expertos en propaganda los que debieron ocuparse de ello. Desgraciadamente, la palabra prendió. A la larga, tenemos la esperanza de popularizar los…, los Trasplantes. Todavía no. Acabamos de comenzar. Hasta ahora, sólo tenemos doscientos treinta, los exitosos.

—¿Muchos fracasos?

—Ahora no. Al principio… Es complicado. Desde la primera trepanación hasta la última activación y readaptación, se trata de la tarea técnica más desquiciadora, exigente y difícil que el cerebro humano haya realizado. La reconciliación de un mecanismo coloide con un acoplamiento electrónico…, pero el resultado merece la pena.

—Tecnológicamente. Pero me pregunto por los valores humanos.

—¿Psicológicamente? Bueno…, Quentin le hablará de ese aspecto. Y tecnológicamente, usted no sabe ni la mitad. Jamás se ha desarrollado una máquina coloide, como el cerebro…, hasta ahora. Y no es puramente mecánica. Se trata simplemente de un milagro, de la síntesis del tejido vivo e inteligente con una maquinaria delicada y receptiva.

—Pero obstaculizada por las limitaciones de la máquina…, y del cerebro.

—Veremos. Ya hemos llegado. Cenaremos con Quent…

Talman le clavó la mirada.

—¿Cenaremos?

—Sí. —Los ojos de Summers mostraban una expresión burlona —. No, él no come virutas de acero. A decir verdad…

La conmoción de volver a encontrarse con Linda tomó por sorpresa a Talman. No esperaba verla. Ahora no; no en esas condiciones alteradas. Pero ella no había cambiado demasiado; todavía era la misma mujer cálida y amistosa que recordaba, un poco mayor, pero muy hermosa y graciosa. Siempre había sido encantadora. Era delgada y alta, un estrafalario peinado de espirales de color miel ambarina coronaba su cabeza, y sus ojos castaños no mostraban la tensión que Talman podía haber esperado.

Él le tomó las manos.

—No lo digas —le pidió—. Sé cuánto tiempo ha pasado.

—No contaremos los años, Van —le sonrió—. Seguiremos a

partir del mismo punto en que lo dejamos. Con un trago, ¿de acuerdo?

—A mí tampoco me vendría mal un trago —intervino Summers —, pero tengo que presentarme en la central. Sólo veré a Quent un minuto. ¿Dónde está?

—Allí dentro. —Linda señaló una puerta y volvió a dirigirse a Talman—. ¿Así que has estado en Venus? Se te ve bastante desteñido. Cuéntame cómo te ha ido.

—Muy bien. —Tomó la coctelera de sus manos y agitó cuidadosamente los martinis. Se sentía incómodo.

Linda levantó una ceja.

—Sí, Bart y yo seguimos casados. Pareces sorprendido.

—Un poco.

—Él sigue siendo Bart —agregó serenamente—. Tal vez no lo parezca, pero es el hombre con quien me casé. Así que puedes relajarte, Van.

Talman sirvió los martinis. Sin mirarla, murmuró:

—Mientras estés satisfecha…

—Sé en qué estás pensando. Que sería como tener una máquina por marido. Al principio…, bueno, superé esa sensación. Después de un tiempo, ambos la superamos. Había reservas, supongo que las sentirás cuando lo veas. Pero eso, en realidad, carece de importancia. Él es… Bart. —Empujó un tercer vaso hacia Talman y él la miró sorprendido.

—No me…

Ella asintió.

Los tres cenaron juntos. Talman observaba el cilindro de sesenta por sesenta centímetros apoyado en la mesa, frente a él, y trataba de discernir personalidad e inteligencia en los lentes dobles. No podía dejar de imaginar a Linda como a una sacerdotisa que adoraba cierto tipo de imagen de una deidad extraña, concepto que lo perturbaba. En ese momento, Linda introducía camarones congelados y empapados en salsa en el compartimiento metálico, y los recogía cuando el amplificador emitía una señal.

Talman había esperado una voz monótona y sin tono, pero la sonovox daba profundidad y timbre cada vez que Quentin hablaba.

—Esos camarones son totalmente utilizables, Van. Sólo la costumbre hace que tiremos la comida después que la he tenido en

mi caja alimenticia. Es verdad que degusto los alimentos…, pero no tengo jugos salivares.

—Tú…, los degustas.

Quentin rió ligeramente.

—Mira, Van, no intentes simular que esto te parece natural. Tendrás que acostumbrarte.

—A mí me llevó mucho tiempo —contó Linda—. Pero después de un período descubrí que pensaba que era el tipo de tontería que Bart siempre solía hacer. ¿Recuerdas la vez en que te pusiste esa armadura para la reunión de la Junta, en Chicago?

—Bueno, demostré lo que quería —afirmó Quentin—. Ahora he olvidado de qué se trataba, pero…, estábamos hablando del gusto. Van, puedo degustar esos camarones. Faltan ciertos matices, es verdad. Las sensaciones muy sutiles están perdidas para mí. Pero se trata de algo más que dulce y agrio, salado y amargo. Hace años, las máquinas ya podían degustar.

—No hay digestión…

—Y tampoco espasmos del píloro. Lo que he perdido en refinamientos degustativos lo compenso con el verme libre de las enfermedades gastrointestinales.

—Ahora tampoco eructas —agregó Linda—. Gracias a Dios.

—También puedo hablar con la boca llena —agregó Quentin—. Pero, compañero, no soy el cerebro-encarnado-en-una-supermáquina en el que inconscientemente estás pensando. Yo no escupo rayos letales.

Talman sonrió incómodo.

—¿Acaso pensaba en eso?

—Apostaría a que sí. Pero… —El timbre de su voz cambio—. No soy súper. En mi interior soy muy humano, y no creas que a veces no añoro los viejos tiempos. Echarse en la playa y sentir el sol sobre la piel, y ese tipo de cosas. Bailar siguiendo el ritmo de la música y…

—Querido —suplicó Linda.

La voz volvió a cambiar.

—Sí, son los detalles nimios y triviales los que componen una vida completa. Pero ahora tengo sustitutos…, factores paralelos. Reacciones imposibles de describir porque son…, digamos…, vibraciones electrónicas en lugar de las conocidas vibraciones

neurales. Claro que tengo sensaciones, pero a través de los órganos mecánicos. Cuando los impulsos llegan a mi cerebro, son automáticamente traducidos a símbolos conocidos o… —titubeó—. Pero ahora no tanto…

Linda introdujo un fragmento de pescado aplastado en el compartimiento alimentario.

—Delirios de grandeza, ¿no?

—Delirios de alteración…, pero no son delirios, amor mío. Verás, Van, cuando me convertí en un Trasplante, carecía de una pauta de comparación salvo la pauta arbitraria que ya conocía. Y ésa estaba adaptada a un cuerpo humano…, únicamente. Más tarde, cuando sentía el impulso de un artilugio excavador, automáticamente experimentaba la misma sensación que si tuviese el pie apoyado en el acelerador de un coche. Ahora esos viejos símbolos se desvanecen. Ahora…, siento…, más directamente, sin traducir los impulsos a las imágenes de los viejos tiempos.

—Eso debe ser más rápido —comentó Talman.

—Lo es. No tengo que pensar en el valor de pi cuando recibo una señal pi. No necesito desmembrar la ecuación. Comienzo a sentir qué significa la ecuación.

—¿La síntesis con una máquina?

—Pero no soy un robot. Esto no afecta la identidad, la esencia personal de Bart Quentin. —Se produjo un breve silencio, y Talman notó que Linda observaba concentradamente el cilindro. Quentin prosiguió con el mismo tono—. Resolver problemas me produce una enorme alegría. Siempre fue así. Pero ahora no se limita al papel. Yo mismo llevo a cabo toda la tarea, desde su concepción hasta el fin. Organizo el plan de utilización y…, Van, ¡yo soy la máquina!

—¿Máquina? —preguntó Talman.

—Mientras conducías o pilotabas, ¿notaste alguna vez cómo te identificas con la máquina? Es una prolongación de ti mismo. Yo voy un paso más lejos. Y resulta satisfactorio. Supongamos que pudieras llevar la empatía hasta el límite y ser uno de tus pacientes mientras resuelves su problema. Es un éxtasis…

Talman vio que Linda echaba vino blanco en una cámara separada.

—¿Ya no te emborrachas? —preguntó.

Linda se atragantó.

—Con alcohol, no…, ¡pero es indudable que Bart se marea!

—¿Cómo?

—Adivínalo —dijo Quentin, ligeramente presuntuoso.

—El torrente sanguíneo absorbe el alcohol y de allí llega al cerebro… ¿Tal vez el equivalente a las intravenosas?

—Antes preferiría poner veneno de cobra en mi sistema circulatorio —afirmó el Trasplante—. Mi equilibrio metabólico es demasiado delicado, está organizado a la perfección y demasiado alterado por la introducción de sustancias extrañas. No, utilizo estímulos eléctricos…, una corriente de alta frecuencia inducida que me pone como a un gatito.

Talman mantenía fija la mirada.

—¿Y eso es un sustituto?

—Sí, Van, el tabaco y la bebida son irritantes. ¡En este sentido, también el pensar! Cuando siento la necesidad física de una borrachera, cuento con un artilugio que suministra la irritación estimulante…, y te apostaría que obtienes más placer con ello que con un cuarto de mescal.

—Él cita a Housman —intervino Linda—. Y hace imitaciones animales. Bart es una maravilla con su control tonal. —Se puso de pie—. Si me perdonan, tengo un K. P. Automatic en la cocina y todavía falta apretar los botones.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció Talman.

—No, gracias. Quédate aquí con Bart. Querido, ¿quieres que te levante los brazos?

—No —replicó Quentin—. Van puede ocuparse de mi dieta líquida. Auméntala, Linda… Summers dice que tendré que volver muy pronto al trabajo.

—¿Está lista la nave?

—Casi.

Linda se detuvo en el umbral y se mordió los labios.

—Jamás me acostumbraré a que conduzcas tú solo una nave espacial y, menos todavía, esa cosa.

—Tal vez esté provisionalmente equipada, pero llegará a Callisto.

—Bueno…, también hay una tripulación reducida, ¿no?

—En efecto —respondió Quentin—, aunque no es necesaria. Las compañías de seguros exigen una tripulación de emergencia.

Summers realizó un buen trabajo al equipar la nave en seis semanas.

—Con chicle y grapas —comentó Linda—. Espero que aguante.

Se marchó mientras Quentin sonreía. Se produjo un silencio. Talman sintió que su compañero era…, estaba…, había cambiado. Porque sentía que Quentin lo miraba…, y Quentin no estaba allí.

—Coñac, Van —dijo la voz—. Echa un poco en mi caja.

Talman comenzó a obedecer, pero Quentin lo retuvo.

—De la botella, no. Ha pasado mucho tiempo desde que mezclé ron y
Coca-Cola
en mi boca. Utiliza el inhalador. Eso es. Está bien. Bebe tú también un trago y dime cómo te sientes.

—¿A qué…?

—¿No lo sabes?

Talman caminó hasta la ventana y se detuvo a mirar los brillos fluorescentes que se reflejaban en el San Lorenzo.

—Siete años, Quent. Es difícil acostumbrarse a ti…, en esta forma.

—No he perdido nada.

—Ni siquiera a Linda —afirmó Talman—. Tienes suerte.

Con voz serena, Quentin dijo:

—Ella quiso quedarse conmigo. El accidente que tuve hace cinco años me destrozó. Estaba realizando una investigación atómica y existían algunos riesgos que era necesario correr. La explosión me destrozó, me liquidó. No creas que Linda y yo no lo habíamos pensado antes. Conocíamos los gajes del oficio.

—Pero tú…

—Calculamos que el matrimonio podría durar, a pesar de… Pero después, prácticamente insistí en el divorcio. Ella me convenció del hecho que todavía podíamos hacer algo. Y así es.

Talman asintió.

—Yo diría que sí.

—Eso…, durante un tiempo, evitó que enloqueciera… —agregó Quentin suavemente—. Sabes lo que siento por Linda. Siempre ha sido una ecuación perfecta. Aunque los factores han cambiado, nos hemos adaptado. —La risa súbita de Quentin hizo girar al psicólogo —. No soy un monstruo, Van. ¡Intenta superar esa idea!

—Nunca pensé que lo fueras —protestó Talman—. Eres…

—¿Qué?

Nuevamente, el silencio. Quentin gruñó:

—En cinco años he aprendido a percibir cómo reaccionan las personas ante mí. Dame un poco más de coñac. Todavía imagino que lo degusto con mi paladar. Es extraño cómo persisten las viejas asociaciones.

Talman vertió el coñac en el inhalador.

—De modo que piensas que, salvo físicamente, no has cambiado.

—Y tú me consideras un cerebro puro en un cilindro de metal. No como el muchacho con el que solías emborracharte en la Tercera Avenida. Oh, claro que he cambiado. Pero se trata de un cambio normal. No hay nada implícitamente extraño en los miembros que son extensiones metálicas. Es un paso más allá de la conducción de un coche. Si yo fuera el tipo de superartilugio que inconscientemente supones que soy, sería un introvertido total y dedicaría mi tiempo a resolver ecuaciones cósmicas. —Quentin empleó una palabrota vulgar—. Y si hiciera eso, enloquecería. Porque no soy un superhombre. Soy un muchacho común, un buen físico, y he tenido que adaptarme a un nuevo cuerpo. Y éste, naturalmente, tiene sus desventajas.

—Por ejemplo, ¿cuáles?

—Los sentidos. O la falta de ellos. He contribuido al desarrollo de muchos aparatos compensadores. Leo literatura de evasión, me emborracho mediante una irritación eléctrica, degusto incluso aunque no pueda comer. Miro los espectáculos de televisión. Intento conseguir el equivalente de todos los placeres sensitivos puramente humanos que puedo. Esto conforma un equilibrio muy necesario.

—Puede ser. Pero ¿funciona?

—Mira, tengo ojos sumamente sensibles a los matices y gradaciones de color. Poseo dispositivos en los brazos que pueden perfeccionarse hasta el punto de manejar aparatos microscópicos. Puedo dibujar…, y, con seudónimo, soy un caricaturista bastante popular. Eso lo hago como cosa secundaria. Mi verdadero trabajo sigue siendo la física. Y todavía es un buen trabajo. ¿Conoces la sensación de placer puro que se siente cuando se resuelve un problema de geometría, electrónica, psicología o cualquier otra cosa? Ahora puedo resolver problemas infinitamente más

complicados, que además de cálculos exigen reacciones en fracciones de segundo. Como la conducción de una nave espacial. Más coñac. En una habitación caliente, se convierte en material volátil.

—Sigues siendo Bart Quentin —afirmó Talman—, pero me siento más seguro de ello cuando tengo los ojos cerrados. Conducir una nave espacial…

—No he perdido nada humano —insistió Quentin—. Los elementos emocionales básicos no han cambiado. En realidad…, no es agradable que entres y me mires claramente horrorizado, pero puedo comprender por qué lo haces. Hemos sido amigos durante mucho tiempo, Van. Tal vez tú lo olvides antes que yo.

Súbitamente, la transpiración se heló en el estómago de Talman. A pesar de las palabras de Quentin, ya se sentía seguro de tener una parte de la respuesta que había ido a buscar a Quebec. El Trasplante no tenía poderes anormales…, no había funciones telepáticas.

Evidentemente, tendría que hacer más preguntas.

Sirvió más coñac y sonrió al cilindro que brillaba opacamente sobre la mesa. Podía oír a Linda, que cantaba con voz suave en la cocina.

La nave espacial no tenía nombre, por dos motivos. Primero, porque sólo realizaría un viaje, hasta Callisto; el segundo motivo era más extraño. No era, básicamente, una nave con un cargamento, sino un cargamento con una nave.

Las plantas de energía atómica no son dínamos comunes que puedan desarmarse y colocarse en un cajón de embalaje. Son enormemente grandes, poderosas, voluminosas y colosales. Completar una estructura atómica lleva dos años y después la activación inicial debe tener lugar en la Tierra, en la inmensa planta de control de patrones que ocupa siete distritos de Pennsylvania. El Departamento de Pesos, Medidas y Energía, de Washington, tiene un trozo de metal en una caja de cristal controlada por termostatos: se trata del metro patrón. De modo semejante, existe en Pennsylvania, bajo increíbles medidas de precaución, el único desintegrador atómico clave del Sistema Solar.

Sólo había una exigencia en cuanto al combustible: lo mejor era filtrarlo por una pantalla de alambre de un calibre de aproximadamente dos centímetros y medio. Y era una cuestión

arbitraria, conveniente para la preparación de un patrón de combustibles. Por lo demás, la energía atómica lo consumía todo.

Pocas personas se ocupaban de la energía atómica; por su cualidad violenta. Los ingenieros investigadores operaban según un sistema simulado. A pesar de ello, sólo el seguro de inmortalidad —el Trasplantidae— evitaba que las neurosis se convirtieran en psicosis.

La planta de energía destinada a Callisto era demasiado grande para cargarla en la nave mayor de las líneas comerciales, pero tenía que llegar a Callisto. Por eso los técnicos construyeron una nave alrededor de la planta de energía. Aunque no estaba equipada de modo precario, sin duda alguna no cumplía las normas. En ocasiones, las cuestiones de diseño diferían exorbitantemente de la norma. Las exigencias especiales se satisfacían con destreza, frecuentemente de manera heterodoxa, a medida que surgían. Puesto que el mando total reposaría en las manos del Trasplante Quentin, sólo se organizaron adaptaciones provisionales para la comodidad de la reducida tripulación auxiliar. Ésta no recorrería toda la nave a menos que una avería los obligara a hacerlo, pero era prácticamente imposible que se produjera una avería. A decir verdad, la nave casi era una entidad viviente. Pero no del todo.

El Trasplante contaba con extensiones —instrumentos— en las diversas secciones de la gran nave. Estaban especializadas para hacer frente al trabajo que realizarían. No había acoplamientos sensitivos, salvo los auditivos y oculares. Por el momento, Quentin era, simplemente, el mando de vuelo de una supernave espacial. El cilindro cerebral fue trasladado a la nave por Summers, que lo insertó —¡en algún lugar!—, lo conectó y así puso fin al trabajo de construcción.

La planta móvil de energía despegó hacia Callisto.

A una tercera parte del camino hacia la órbita marciana, seis hombres vestidos con trajes espaciales entraron en una inmensa cámara que constituía la pesadilla de los técnicos.

Desde un amplificador mural, la voz de Quentin dijo:

—¿Qué haces aquí, Van?

—Está bien —dijo Brown—. Ya está. Ahora trabajaremos velozmente. Cunningham, localiza la conexión. Dalquist, mantén el arma preparada.

—¿Qué tengo que buscar? —preguntó el rubio corpulento.

Brown miró de soslayo a Talman.

—¿Estás seguro del hecho que carece de movilidad?

—Estoy seguro —replicó Talman mientras movía los ojos. Se sentía expuesto a la mirada de Quentin y eso no le gustaba.

Cunningham, delgado, arrugado y con el ceño fruncido, agregó:

—La única movilidad corresponde al mecanismo de transmisión propiamente dicho. Estaba seguro de ello antes que Talman lo comprobara por partida doble. Cuando se conecta un Trasplante para una tarea, queda limitado a los instrumentos que necesita para ello.

—Bueno, no perdamos tiempo charlando. Desconecta el circuito.

Cunningham observó a través de su visor.

—Espera un momento. Éste no es un equipo normalizado, sino experimental…, accidental. Tendré que rastrear algunos…

Subrepticiamente, Talman intentaba divisar las lentes oculares del Trasplante, pero sin éxito. Sabía que, desde algún punto de ese laberinto de tubos, espirales, cables, redes y embrollo mecánico, Quentin lo observaba. Sin duda alguna, desde diversos puntos, contaría con una visión global, con los ojos dispuestos estratégicamente alrededor de la habitación.

Esa cámara central de mandos era muy amplia. La luz era de color amarillo brumoso. Debido a su altura vacía e imponente, parecía una extraña catedral sobrenatural, y su inmensidad empequeñecía a los seis hombres. Las redes al descubierto, anormalmente grandes, zumbaban y chispeaban; los grandes tubos al vacío llameaban extrañamente. Alrededor de las paredes, por encima de sus cabezas, se extendía una plataforma de metal, a seis metros de altura, con una barandilla de metal protectora. Se llegaba a ella por dos escaleras, situadas en las paredes opuestas de la habitación. En lo alto pendía un globo celeste, y el apagado palpitar de la poderosa energía murmuraba en la atmósfera clorada.

El amplificador dijo:

—¿Qué es esto? ¿Un acto de piratería?

Brown afirmó indiferentemente:

—Llámelo así, si quiere. Y relájese. No le haremos daño. Tal vez le enviemos de regreso a la Tierra, cuando encontremos un modo seguro de hacerlo.

Cunningham investigaba un engranaje y tenía buen cuidado de no tocar nada.

Quentin agregó:

—Este cargamento no merece un secuestro. Saben que no transmito por radio lo que transporto.

—Necesito una planta de energía —comentó Brown secamente.

—¿Cómo se metieron a bordo?

Brown levantó una mano para limpiarse el sudor de la frente, pero después, sonriente, se contuvo.

—Cunningham, ¿has encontrado algo?

—Dame tiempo. Sólo soy especialista en electrónica. Este tinglado es un embrollo. Fern, échame una mano con esto.

La incomodidad de Talman iba en aumento. Comprendió que, después del primer comentario de sorpresa, Quentin le había ignorado. Una compulsión indefinible le llevó a echar hacia atrás la cabeza y a pronunciar el nombre de Quentin.

—Sí —respondió Quentin—. ¿Y bien? ¿De modo que estás con esta pandilla?

—Sí.

—Y en Quebec me sonsacaste, para cerciorarte del hecho que yo era inofensivo.

Talman agregó inexpresivamente:

—Teníamos que estar seguros.

—Comprendo. ¿Cómo se metieron a bordo? El radar esquiva automáticamente las masas que se acercan. No pudieron acercar vuestra nave en el espacio.

—No fue eso lo que hicimos. Nos quitamos de encima la tripulación auxiliar y tomamos sus trajes.

—¿Se la quitaron de encima?

Talman dirigió la mirada hacia Brown.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? No podemos permitirnos acciones a medias en un juego tan grande como éste. Más tarde, cuando nuestro plan comenzara a funcionar, se habrían convertido en un peligro para nosotros. Nadie sabrá nada de esto, salvo nosotros. Y tú. —Talman volvió a mirar a Brown—. Quent, creo que será mejor que te pongas de nuestra parte.

El amplificador ignoró la amenaza que esa sugerencia implicaba.

—¿Para qué quieren la planta de energía?

—Hemos elegido un asteroide —respondió Talman, y echó la cabeza hacia atrás para estudiar el enorme hueco atestado de la nave, que nadaba ligeramente en la neblina de su atmósfera venenosa. Había esperado que Brown lo interrumpiera, pero el gordo no abrió la boca. Pensó que era muy difícil hablar persuasivamente con alguien cuya situación ignoraba—. El único problema es que carece de atmósfera. Con la planta, podremos fabricar nuestra propia atmósfera. Sería un milagro que alguien nos encontrara en el Cinturón de Asteroides.

—¿Y después, qué? ¿Piratería?

Talman no respondió.

La caja de la voz agregó pensativamente:

—Es posible que fuera una buena opción. Al menos, durante un tiempo. El suficiente para acumular bastantes beneficios. Nadie espera algo semejante. Sí, tal vez la idea dé resultado.

—Bien, si eso piensas —dijo Talman—, ¿cuál es el paso lógico siguiente?

—No lo que tú piensas. No les seguiría la corriente. Esto no se debe a motivos morales, sino a cuestiones de autoconservación. Yo sería inútil para ustedes. La necesidad de los Trasplantes sólo existe en una civilización altamente compleja y extendida. Me convertiría en exceso de equipaje.

—Si te diera mi palabra…

—Tú no eres el mandamás —le interrumpió Quentin.

Instintivamente, Talman dirigió otra mirada inquisitiva a Brown. De la caja de la voz de la pared surgió un extraño sonido parecido a una risa ahogada.

—Está bien —dijo Talman, y se encogió de hombros—. Naturalmente, no te decidirás a favor nuestro de inmediato. Piénsalo. Recuerda que ya no eres Bart Quentin, aunque tienes ciertas desventajas mecánicas. Aunque no tenemos mucho tiempo, podemos perder un poco, digamos diez minutos, mientras Cunningham estudia las cosas. Entonces…, bueno, Quent, no estamos jugando a las canicas —apretó los labios—. Si te pones de nuestro lado y guías la nave según nuestras órdenes, podremos permitir que vivas. Pero debes decidirte rápidamente. Cunningham te encontrará y se hará cargo de los mandos. Después…

—¿Por qué estás tan seguro de encontrarme? —preguntó

Quentin serenamente—. Sé cuánto valdría mi vida en cuanto aterrizara donde quieren. Ustedes no me necesitan. Aunque quisieran, no podrían proporcionarme el mantenimiento adecuado. No, terminaría reuniéndome con los tripulantes que se quitaron de encima. Ahora yo les daré un ultimátum.

—Tú…, ¿qué?

—Quédense quietos, no manoseen nada y yo aterrizaré en una parte aislada de Callisto y dejaré que se escapen —propuso Quentin —. Si no lo aceptan, que Dios les ayude.

Por vez primera, Brown demostró que había reparado en esa voz lejana. Se volvió hacia Talman.

—¿Es una jugada falsa?

Talman asintió lentamente.

—Tiene que serlo. Él es inofensivo.

—Un engaño —afirmó Cunningham sin abandonar la tarea.

—No —le comunicó serenamente el amplificador—, no estoy diciendo falsedades. Y tenga cuidado con esa tabla. Forma parte del acoplamiento atómico. Si toca incorrectamente las conexiones, es probable que nos desintegre a todos en el espacio.

Cunningham se apartó del laberinto de cables que sobresalían de la baquelita. Fern, que se encontraba a cierta distancia, giró su rostro moreno para mirar.

—Tranquilo —aconsejó—. Tenemos que estar seguros de lo que hacemos.

—Cállate —gruñó Cunningham—. Yo sé. Tal vez el Trasplante tenga miedo a esto. Seré muy cuidadoso y me mantendré alejado de las conexiones atómicas, pero… —calló, a fin de estudiar la maraña de cables—. No. Creo…, que esto no es atómico. Tampoco son los plomos de mando. Supongamos que corto esta conexión… —Su mano enguantada esgrimía una cortadora forrada en goma.

La caja de la voz dijo:

—Cunningham…, no lo haga.

Cunningham acomodó la cortadora.

El amplificador suspiró:

—Entonces, usted primero. ¡Ahí va!

Talman sintió que la placa transparente de la cara golpeaba dolorosamente su nariz. La enorme habitación se bamboleó vertiginosamente mientras él resbalaba hacia atrás, incapaz de

detenerse. A su alrededor vio grotescas figuras vestidas con traje espacial que se tambaleaban y trastabillaban. Brown perdió el equilibrio y cayó pesadamente.

Cunningham había quedado enganchado en los cables cuando la nave disminuyó bruscamente la velocidad. Ahora colgaba como una mosca atrapada en la maraña; sus miembros, su cabeza y todo su cuerpo se sacudían y se contraían con espasmódica violencia. La furia de la diabólica danza aumentó.

—¡Sáquenlo de allí! —chilló Dalquist.

—¡Esperen! —gritó Fern—. Cortaré la energía…

Pero no sabía cómo hacerlo.

Talman, con la garganta seca, vio que el cuerpo de Cunningham se estiraba, se arqueaba y temblaba con espasmódica agonía. Los huesos crujieron súbitamente.

Ahora, Cunningham se sacudía con más flaccidez, y su cabeza caía pesadamente.

—Bájenlo —ordenó Brown.

Pero Fern sacudió negativamente la cabeza.

—Cunningham está muerto y ese acoplamiento es peligroso.

—¿Cómo? ¿Muerto?

Bajo el delgado bigote, los labios de Fern se separaron en una sonrisa carente de humor.

—Cualquiera puede romperse el cuello durante un ataque epiléptico.

—Sí —afirmó Dalquist, notoriamente conmovido—. Es verdad que tiene el cuello roto. Miren cómo se le mueve la cabeza.

—Pasa una corriente alterna de veinte ciclos a través de tu cuerpo y también sufrirás convulsiones —advirtió Fern.

—¡No podemos dejarlo allí!

—Podemos —aseguró Brown, con el ceño fruncido—. Se mantendrán alejados de las paredes. —Miró con furia a Talman—. ¿Por qué no…?

—Claro, lo sé. Pero Cunningham debió ser lo bastante sensato para mantenerse apartado de los cables pelados.

—Por aquí hay muy pocos cables aislados —gruñó el gordo—. Tú dijiste que el Trasplante era inofensivo.

—Dije que carecía de movilidad. Y que no era telépata. —Talman notó que su voz parecía a la defensiva.

Fern agregó:

—Se supone que suena una señal cada vez que la nave aumenta o disminuye la velocidad. Esta vez no sonó. El Trasplante debió desconectarla para que no nos avisara.

Levantaron la mirada hacia ese vacío zumbante, enorme y amarillo. La claustrofobia se apoderó de Talman. Las paredes parecían a punto de unirse…, de replegarse, como si él estuviera en la mano ahuecada de un titán.

—Podemos destrozar sus células oculares —propuso Brown.

—Encuéntralas. —Fern señaló el laberinto del equipo.

—Todo lo que tenemos que hacer es desconectar al Trasplante. Interrumpir su conexión. Entonces está liquidado.

—Por desgracia —dijo Fern—, Cunningham era el único ingeniero electrónico con el que contábamos. ¡Yo sólo soy astrofísico!

—No te preocupes. Tiramos de un enchufe y el Trasplante se desmaya. ¡Y eso puedes hacerlo!

La ira aumentó. Pero Cotton, un hombrecillo de parpadeantes ojos azules, quebró la tensión.

—Las matemáticas…, la geometría…, deberían ayudarnos. Queremos localizar al Trasplante y… —Levantó la mirada y quedó helado—. ¡Hemos cambiado de rumbo! —exclamó por último, y se humedeció los labios resecos—. ¿Ven ese indicador?

En lo alto, Talman podía divisar el enorme globo celeste. Un punto de luz roja se distinguía claramente en su superficie oscura.

El rostro moreno de Fern mostró una expresión burlona.

—Seguro. El Trasplante corre a protegerse. Y la Tierra es el lugar más próximo en el que puede conseguir ayuda. Pero nosotros tenemos tiempo de sobra. No soy un técnico de la capacidad de Cunningham, pero tampoco soy un imbécil. —No miró el cuerpo que se balanceaba rítmicamente sobre los cables—. No es necesario que comprobemos todas las conexiones de la nave.

—De acuerdo; entonces, hazlo —gruñó Brown.

Incómodo dentro del traje, Fern se acercó a una abertura cuadrada del suelo y observó el emparrillado de tela metálica que se extendía veinticinco metros más abajo.

—Correcto. Aquí está el tubo de alimentación. No es necesario que rastreemos las conexiones por toda la nave. El combustible sale

por ese tubo delantero de allí arriba. Ahora miren. Aparentemente, todo lo relacionado con la energía atómica está marcado con lápiz de cera de color rojo. ¿Ven?

Lo vieron. En diversos lugares, en las placas y las tablas sin aislar, había extrañas marcas rojas. Y otros símbolos en color azul, verde, negro y blanco.

—Nos basaremos en ese supuesto —agregó Fern—. Al menos, por ahora. El rojo es la energía atómica. Verde…, azul…

Súbitamente, Talman dijo:

—No veo nada que se parezca a la caja cerebral de Quentin.

—¿Esperabas verla? —preguntó irónicamente el astrofísico—. Se encuentra en algún hueco acolchado. El cerebro puede soportar más atmósferas que el cuerpo, pero siete suele ser el máximo en ambos casos. Lo cual, dicho sea de paso, nos viene bien. Sería inútil otorgar un potencial de alta velocidad a esta nave. El Trasplante no podría soportarlo, al igual que nosotros.

—Siete atmósferas —murmuró Brown.

—Que también harían que el Trasplante se desmayara. Tendrá que permanecer consciente para pilotar la nave al atravesar la atmósfera terrestre. Tenemos tiempo de sobra.

—Ahora vamos muy despacio —intervino Dalquist.

Fern echó una rápida mirada al globo celeste.

—Eso parece. Trabajaré con esto. —Tomó una cuerda de su cinturón y se ató a una de las columnas centrales—. Así estaré protegido contra cualquier accidente.

—El rastreo de un circuito no puede ser tan difícil —comentó Brown.

—Normalmente no lo es. Pero en esta cámara todo está mezclado: el control atómico, el radar, el fregadero de la cocina. Y esas etiquetas sólo sirvieron para la construcción. No existió un anteproyecto de esta nave. Es un modelo único. Puedo encontrar el Trasplante, pero llevará tiempo. Así que cállense y déjenme trabajar.

Brown frunció el ceño, pero no dijo nada. La calva de Cotton estaba empapada en sudor. Dalquist rodeó con el brazo una columna metálica y aguardó. Talman volvió a mirar la galería que colgaba de las paredes. En el globo celeste aparecía un disco de luz roja que reptaba.

—Quent —dijo.

—Sí, Van —la voz de Quentin sonaba ligeramente distante.

Brown se llevó indiferentemente una mano hasta el desintegrador que colgaba de su cinturón.

—¿Por qué no cedes?

—¿Por qué no ceden ustedes?

—No puedes luchar con nosotros. El hecho que atraparas a Cunningham fue una casualidad. Ahora estamos en guardia…, no puedes dañarnos. Encontrarte sólo es una cuestión de tiempo. Y entonces no esperes piedad, Quent. Nos ahorrarás problemas si nos dices dónde estás. Estamos dispuestos a pagar por eso. Después que te encontremos, por nuestra iniciativa, no podrás negociar. ¿Qué me dices?

—No —respondió Quentin sencillamente.

Hubo unos minutos de silencio. Talman observaba a Fern, que desenrollaba cautelosamente la cuerda e investigaba la maraña de la que el cadáver de Cunningham todavía pendía.

Quentin dijo:

—No encontrará la respuesta allí. Estoy perfectamente camuflado.

—Pero estás desvalido —agregó Talman rápidamente.

—Y ustedes también. Pregúntale a Fern. Es posible que destruya la nave si manipula incorrectamente las conexiones. Analiza vuestro problema. Regresamos hacia la Tierra. He adoptado un nuevo rumbo que concluirá en el amarradero. Si ceden ahora…

—Nunca se modificaron los viejos estatutos —afirmó Brown—. La pena por piratería es la muerte.

—Hace cien años que no hay un caso de piratería. Si se juzgara un caso real, tal vez fuera distinto.

—¿Encarcelamiento? ¿Readaptación? —preguntó Talman—. Antes prefiero estar muerto.

—Perdemos velocidad —gritó Dalquist, y se aferró con más fuerza a la columna.

Al mirar a Brown, Talman pensó que el gordo sabía lo que él mismo estaba pensando. Si los conocimientos técnicos fracasaban, tal vez no ocurriera lo mismo con la psicología. Y Quentin, después de todo, era un cerebro humano.

«En primer lugar, hacer que el sujeto baje la guardia».

—Quent.

Pero Quent no replicó. Brown hizo una mueca y giró para mirar a Fern. El sudor caía por el rostro moreno del físico mientras se concentraba en los acoplamientos y trazaba diagramas en un bloc que llevaba sujeto en el antebrazo.

Poco después, Talman comenzó a marearse. Sacudió la cabeza, notó que la velocidad de la nave era casi nula y se sujetó con más fuerza a la columna más próxima. Fern lanzó una maldición. Tenía dificultades para mantener su postura.

Después, cuando la nave se liberó, la perdió por completo. Cinco figuras cubiertas con trajes espaciales se sujetaron a los asideros convenientes. Fern espetó:

—Tal vez estemos en un punto muerto, pero eso tampoco ayuda al Trasplante. Yo no puedo trabajar sin gravedad…, él no puede llegar a la Tierra sin aceleración.

La caja de la voz dijo:

—He enviado un SOS.

Fern rió.

—Hablé de eso con Cunningham…, y usted también conversó demasiado con Talman. Con un radar que evita meteoros, no es necesario un aparato de señales, y usted no lo tiene. —Miró los aparatos que acababa de dejar—. Pero tal vez me haya acercado demasiado a la solución, ¿no? ¿Es por eso que…?

—No estaba ni siquiera cerca —afirmó Quentin.

—Da lo mismo…

Fern dio una patada para alejarse de la columna y soltó la cuerda a sus espaldas. Se pasó un lazo por la muñeca izquierda y, colgado en medio del aire, se dedicó a estudiar el acoplamiento.

Brown perdió el asidero en la columna resbaladiza y flotó libremente, como un globo demasiado inflado. Talman llegó de un impulso hasta la barandilla de la galería. Se aferró la barra de metal con las manos enguantadas, saltó como un acróbata y miró hacia abajo —aunque no era realmente hacia abajo—, a la cámara de mandos.

—Creo que será mejor que cedan —insistió Quentin.

Brown flotaba para reunirse con Fern.

—Jamás —afirmó y, simultáneamente, cuatro atmósferas sacudieron la nave con el impacto de un martinete.

No se trataba de una aceleración hacia delante. Iba en otra dirección, prevista de antemano. Fern se salvó a costa de una muñeca casi dislocada…, pero el lazo lo salvó de una zambullida fatal en los cables sin aislamiento.

Talman chocó contra la galería. Vio que los demás caían a plomo y golpeaban duramente contra las duras superficies. Sin embargo, nada detuvo a Brown.

Había rondado el agujero del tubo de alimentación cuando se produjo la aceleración.

Talman vio que el cuerpo voluminoso desaparecía por la abertura. Se oyó un sonido indescriptible.

Dalquist, Fern y Cotton forcejearon hasta ponerse de pie. Se acercaron cautelosamente al agujero y miraron.

Talman gritó:

—¿Está…?

Cotton se había alejado. Dalquist permanecía en el mismo sitio, aparentemente fascinado, según pensó Talman, hasta que lo vio levantar los hombros. Fern miró hacia la galería.

—Atravesó la pantalla del filtro —explicó—. Es una red metálica de dos centímetros y medio de grosor.

—¿La rompió?

—No —respondió Fern decididamente—. No la rompió. La atravesó.

Cuatro atmósferas y una caída de veinticinco metros equivalen a algo terrible. Talman cerró los ojos y gritó:

—¡Quent!

—¿Ceden?

Fern estalló:

—¡Ni por su vida! Nuestra unidad no es tan interdependiente. Podemos arreglarnos sin Brown.

Talman se sentó en la galería, se sostuvo de la barandilla y dejó que sus pies colgaran en el vacío. Miró hacia el globo celestial, que se encontraba a su izquierda, a doce metros. El punto rojo que representaba a la nave se encontraba inmóvil.

—Creo que ya no eres humano, Quent —afirmó.

—¿Porque no utilizo un desintegrador? Ahora tengo otras armas con las que luchar. No me engaño a mí mismo, Van. Estoy luchando por mi vida.

—Todavía podemos negociar.

—Te dije que olvidarías nuestra amistad antes que yo —agregó Quentin—. Debiste saber que este secuestro sólo podía terminar con mi muerte. Pero, evidentemente, no te importó.

—No esperaba que tú…

—Sí —lo interrumpió la voz de la caja—. Me pregunto si habrías estado tan dispuesto a continuar con el plan si yo todavía tuviera forma humana. En cuanto a la amistad…, utiliza tus propios trucos psicológicos, Van. Tú ves mi cuerpo mecánico como un enemigo, como una barrera entre tú y el verdadero Bart Quentin. Es posible que, inconscientemente, lo odies y, en consecuencia, estás dispuesto a destruirlo. A pesar que incluso así me destruirías a mí. No lo sé…, tal vez lo racionalizas creyendo que así me rescatarías de la cosa que ha levantado la barrera. Pero olvidas que, básicamente, no he cambiado.

—Solíamos jugar juntos al ajedrez —agregó Talman—, pero no destrozábamos los peones.

—Estoy en jaque —respondió Quentin—. Sólo puedo luchar con los caballos. Y tú todavía tienes torres y alfiles. Puedes avanzar en línea recta hacia tu meta. ¿Cedes?

—¡No! —exclamó Talman. Tenía la mirada fija en la luz roja. Vio que un temblor la movía y se aferró frenéticamente a la barandilla de metal. Su cuerpo se balanceó mientras la nave se sacudía. Una mano enguantada perdió su asidero. Pero la otra aguantó. El globo celeste se agitaba violentamente. Talman pasó una pierna por encima de la barandilla, trepó hasta su percha precaria y miró hacia abajo.

Fern seguía sujeto a su cuerda auxiliar. Dalquist y el pequeño Cotton resbalaban por su suelo y finalmente chocaron estrepitosamente contra una columna. Alguien gritó.

Talman bajó con cautela y bañado en sudor. Cuando llegó junto a Cotton, el hombre ya estaba muerto. Las resquebrajaduras radiactivas de la placa de su rostro y sus facciones contorsionadas y descoloridas ofrecían la respuesta.

—Chocó conmigo. —Dalquist tragó saliva—. Su placa se estrelló contra la parte de atrás de mi casco…

La atmósfera clorada de la nave herméticamente cerrada había puesto fin a la vida de Cotton, no fácil sino rápidamente. Dalquist,

Fern y Talman intercambiaron miradas.

El gigante rubio dijo:

—Quedamos tres. Esto no me gusta. No me gusta nada.

Fern mostró los dientes.

—De modo que seguimos subestimando esa cosa. A partir de ahora, sujétense a las columnas. No se muevan sin un anclaje seguro. Manténganse apartados de todo lo que podría crear problemas.

—Aún nos dirigimos hacia la Tierra —dijo Talman.

—Sí —admitió Fern—. Podríamos abrir una portilla y salir al espacio libre. ¿Y entonces, qué? Pensábamos utilizar esta nave. Y ahora tenemos que hacerlo.

—Si cediéramos… —comenzó a decir Dalquist.

—La ejecución. —Fern le interrumpió de plano—. Todavía tenemos tiempo. He localizado algunas conexiones. También eliminé muchos acoplamientos.

—¿Crees que todavía puedes hacerlo?

—Creo que sí. Pero no se separen de los asideros ni un solo instante. Encontraré la respuesta antes que entremos en la atmósfera.

Talman hizo una sugerencia:

—El cerebro emite pautas vibrátiles reconocibles. ¿Tal vez un detector direccional?

—Si estuviéramos en medio del Mojave, funcionaría. Pero aquí, no. La nave está repleta de corrientes y radiaciones. ¿Cómo podríamos desenmarañarlas sin aparatos?

—Trajimos algunos aparatos. Y hay montones más en las paredes.

—Enganchados. Y tendré mucho cuidado antes de alterar el *status quo*. Ojalá Cunningham no hubiera caído por el desagüe.

—Quentin no es tonto —comentó Talman—. Primero se libró del ingeniero electrónico y después de Brown. Luego te buscó a ti. Alfil y reina.

—¿Y eso en qué me convierte?

—En torre. Si puede, te atrapará. —Talman frunció el ceño e intentó recordar algo. Entonces lo supo. Se agachó sobre el bloc del brazo de Fern y, con el cuerpo, ocultó lo que escribía de toda célula fotoeléctrica que pudiera encontrarse en las paredes o en el techo.

Escribió: «Se emborracha con altas frecuencias. ¿Puedes hacerlo?».

Fern arrugó el trozo de papel y lo rompió torpemente con las manos enguantadas. Guiñó un ojo a Talman y asintió.

—Bueno, seguiré intentándolo —dijo, y desplegó la cuerda hacia el equipo de aparatos que él y Cunningham habían subido a bordo.

Dalquist y Talman se sujetaron a las columnas y esperaron. Nada podían hacer. Talman ya había hablado con Fern y Cunningham acerca de esta cuestión de la irritación por altas frecuencias; entonces, esa información no les había parecido valiosa. Ahora podía ser la solución, con la psicología práctica aplicada que complementaría a la tecnología.

Mientras tanto, Talman deseaba un cigarrillo. Sudoroso dentro del incómodo traje, sólo pudo manipular un artilugio incorporado que le permitió ingerir una gragea de sal y unos tragos de agua. El corazón le latía fuertemente y sentía un dolor sordo en las sienes. El traje espacial era incómodo; no estaba acostumbrado a un encierro tan personal.

A través del artilugio receptor incorporado, podía oír el silencio zumbante, interrumpido tan sólo por el crujido acolchado de las botas revestidas cuando Fern se movía. Talman parpadeó ante el caos de herramientas y cerró los ojos; la insoportable luz amarilla, que no estaba destinada a la visión humana, emitía pequeños latidos que palpitaban nerviosamente en algún punto de sus órbitas oculares. Pensó que Quentin estaba en algún lugar de esta nave, probablemente en esa misma cámara. Pero camuflado. ¿Cómo?

¿Material epistolar robado? Muy improbable. Quentin no había tenido motivos para esperar secuestradores. Un accidente puro había intervenido para proteger al Trasplante en un escondite tan magnífico. Eso y los métodos rústicos de los técnicos que construían una pieza única de equipo con la precaria comodidad de un palo enjabonado.

Pero si lograba que Quentin revelara su situación…, pensó Talman.

¿Cómo? ¿A través de una irritación cerebral inducida…, de una intoxicación?

¿Mediante una apelación a las cuestiones básicas? Pero un cerebro no podía perpetuar la especie. La autoconservación era la única constante. Talman deseó haber llevado a Linda. Así habría

tenido una ventaja.

Si Quentin hubiese tenido un cuerpo humano, no habría sido tan difícil encontrar la solución. Y no necesariamente a través de la tortura. Las reacciones musculares automáticas, ese viejo recurso de los magos profesionales, podría haber conducido a Talman hasta su meta. Por desgracia, el mismo Quentin era la meta: un cerebro sin cuerpo en un cilindro de metal aislado y acolchado. Y su médula espinal era un cable.

Si Fern lograba localizar un aparato de alta frecuencia, las radiaciones debilitarían las defensas de Quentin…, tanto en un sentido como en otro. Por el momento, el Trasplante era un contrincante muy peligroso. Y estaba perfectamente camuflado.

Bueno, perfectamente, no. Era evidente que no. Talman comprendió con un súbito destello de entusiasmo que Quentin no estaba sentado, ignorando a los piratas y escogiendo el camino más rápido de retorno a la Tierra. El hecho de desandar el rumbo en lugar de seguir hacia Callisto demostraba que Quentin deseaba conseguir ayuda. Y mientras tanto, a través del asesinato, hacía todo lo que podía para distraer a sus inesperados invitados.

Porque, evidentemente, era posible encontrar a Quentin.

Con tiempo.

Cunningham habría podido hacerlo. Hasta Fern era una amenaza para el Trasplante. Eso significaba que Quentin tenía miedo…

Talman absorbió una bocanada de aire.

—Quent —dijo—, te voy a hacer una propuesta. ¿Me escuchas?

—Sí —replicó la voz lejana y dolorosamente conocida.

—Tengo una solución para todos nosotros. Tú quieres seguir con vida. Nosotros queremos esta nave, ¿no es así?

—Correcto.

—Supongamos que te lanzamos en paracaídas al entrar en la atmósfera terrestre. Después podemos tomar los mandos y volver a salir. De ese modo…

—Y Bruto es un hombre honrado —comentó Quentin—. Claro que no lo era. Yo no puedo confiar en ti, Van. Los psicópatas y los delincuentes son demasiado amorales. Y despiadados, porque consideran que el fin justifica los medios. Van, eres un psicólogo psicópata y precisamente por eso nunca creería en tu palabra.

—Corres un gran riesgo. Sabes que si encontramos a tiempo el acoplamiento preciso, no habrá negociación.

—Si lo encuentran.

—Hay un largo camino hasta la Tierra. Ahora tomamos precauciones. No podrás matar a ninguno más. Seguiremos trabajando hasta encontrarte. ¿Qué me dices ahora?

Después de una pausa, Quentin dijo:

—Prefiero correr riesgos. Conozco los valores tecnológicos mejor que los humanos. Mientras dependa de mi propia esfera de conocimientos, estaré más seguro que si intento meterme con la psicología. Sé de coeficientes y cosenos, pero no conozco mucho acerca de la máquina coloide de tu cráneo.

Talman bajó la cabeza; las gotas de sudor cayeron de su nariz al interior de la placa de la cara. Experimentó una repentina claustrofobia; temor al ceñido espacio del traje y temor a la mazmorra que eran la cámara y la nave propiamente dicha.

—Estás limitado, Quent —afirmó con voz demasiado alta—. Tus armas son limitadas. No puedes adaptar aquí dentro la presión atmosférica porque, de lo contrario, ya la habrías comprimido, aplastándonos.

—Y al mismo tiempo destruiría el equipo vital. Además, esos trajes soportan una gran presión.

—Tu rey sigue en jaque.

—Y el tuyo también —replicó Quentin serenamente.

Fern dirigió a Talman una lenta mirada que denotaba aprobación y ligero triunfo. El acoplamiento comenzaba a tomar forma bajo los guantes torpes que manipulaban los delicados instrumentos. Afortunadamente, fue una tarea de conversión más que de construcción, que habría exigido demasiado tiempo.

—Que te diviertas —agregó Quentin—. Pondré todas las atmósferas que podamos resistir.

—No siento nada —aseguró Talman.

—He dicho todas las que podamos resistir y no todas las que podría dar. Adelante y que se diviertan. No pueden ganar.

—¿No?

—Bueno…, calcúlalo. Mientras permanezcan sujetos en un sitio, estarán relativamente a salvo. Pero si comienzan a moverse, podré destruirles.

—Eso significa que tendremos que movernos…, hasta algún sitio…, a fin de alcanzarte, ¿no?

Quentin rió.

—No he dicho eso. Estoy bien camuflado. ¡Desconecta esa cosa!

El grito retumbó y volvió a retumbar contra el techo abovedado, agitando el aire ambarino. Talman se sacudió nerviosamente. Se topó con la mirada de Fern y vio la sonrisa del astrofísico.

—Lo está alcanzando —dijo Fern.

Durante varios minutos reinó el silencio.

La nave saltó bruscamente. Pero el inductor de frecuencias estaba fuertemente anclado y los hombres también estaban sujetos por sus cuerdas.

—Desconéctenlo —repitió Quentin. No controlaba plenamente su voz.

—¿Dónde estás? —inquirió Talman.

No obtuvo respuesta.

—Quent, podemos esperar.

—¡Entonces, sigan esperando! El temor personal no…, no me distrae. Es una de mis ventajas.

—Un alto valor irritante —murmuró Fern—. Funciona rápidamente.

—Vamos, Quent —agregó Talman persuasivamente—. Aún posees el instinto de autoconservación. Y esto no te puede resultar agradable.

—Es…, demasiado agradable —dijo Quentin con voz quebrada —. Pero no funcionará. Siempre pude aguantar los tragos que bebía.

—Esto no es alcohol —afirmó Fern. Tocó un cuadrante.

El Trasplante rió; satisfecho, Talman notó que había comenzado a perder el dominio verbal.

—No funcionará, digo. Soy demasiado inteligente para ustedes…

—¿Sí?

—Sí. No son imbéciles…, ninguno de ustedes lo es. Quizá Fern sea un buen técnico, pero no lo suficiente. Van, ¿recuerdas que en Québec me preguntaste si se había producido algún cambio…? Te respondí que no. Pero ahora descubro que me equivoqué.

—¿Cómo?

—La ausencia de distracción. —Quentin hablaba demasiado: un síntoma de intoxicación—. Un cerebro en un cuerpo nunca puede

concentrarse plenamente. Es demasiado consciente del cuerpo. Lo cual es un mecanismo imperfecto. Demasiado especializado para resultar eficaz. La respiración, la circulación…, todos los sistemas interfieren. Hasta la costumbre de respirar es una distracción. Por el momento, la nave es mi cuerpo…, pero se trata de un mecanismo perfecto. Funciona con eficacia absoluta. Mi cerebro es igualmente mejor.

—Superhombre.

—Supereficaz. En general, la mejor mente gana al ajedrez porque puede prever los gambitos. Yo puedo prever todo lo que podrían hacer. Y ustedes tienen una desventaja terrible.

—¿Por qué?

—Son humanos.

«Egotismo —pensó Talman—. ¿Era éste el talón de Aquiles? Evidentemente, el anticipo de triunfo había cumplido su tarea psicológica y el equivalente electrónico de la borrachera había liberado inhibiciones. Bastante lógico. Después de cinco años de trabajo rutinario, por muy novedoso que pudiera ser, esa situación súbitamente alterada (ese cambio de activo a pasivo, de máquina a protagonista) podría haber sido el catalizador. Ego. Y el pensamiento turbio».

Porque Quentin no era un supercerebro. Definitivamente, no lo era. Cuanto mayor es el coeficiente intelectual, menor es la necesidad de autojustificación, sea directa o indirecta. Extrañamente, de pronto Talman se sintió absuelto de todo remordimiento persistente. El verdadero Bart Quentin jamás habría sido culpable de pautas de pensamiento paranoico.

De modo que…

La articulación de Quentin era clara, no había omisiones. Pero ya no hablaba con un paladar mullido, la lengua, los labios y a través de una columna de aire. Ahora el control tonal estaba perceptiblemente alterado y la voz del Trasplante iba de un susurro sostenido hasta casi un grito.

Talman sonrió. De algún modo, ahora se sentía mejor.

—Somos humanos —afirmó—, pero seguimos sobrios.

—Tonterías. Mira el indicador. Nos acercamos a la Tierra.

—Acaba de una vez, Quentin —dijo Talman cansinamente—. Estás diciendo falsedades y ambos lo sabemos. No puedes soportar

una cantidad indefinida de alta frecuencia. Ahorra tiempo y entrégate ya.

—Cedan ustedes —replicó Quent—. Puedo ver todo lo que hacen. De todos modos, la nave es un laberinto de trampas. Desde aquí arriba, lo único que tengo que hacer es mirar hasta que se acerquen a una de ellas. Planeo mi jugada de antemano, y cada gambito está preparado para dar jaque mate a uno de ustedes. No tienen ninguna posibilidad. No tienen ninguna posibilidad.

«Desde aquí arriba», pensó Talman. ¿Arriba, dónde? Recordó que el pequeño Cotton había comentado que podían recurrir a la geometría para localizar al Trasplante. Claro que sí. Geometría y psicología. Dividir la nave en dos, en cuatro y seguir bisecando los restos…

No era necesario. Arriba era la palabra clave. Talman se aferró a ella con una ansiedad que su rostro no exteriorizó. Arriba, aparentemente, reducía a la mitad la zona que tendrían que escudriñar. Podrían excluir la parte inferior de la nave. Ahora tendría que dividir en dos la sección superior y utilizaría el globo celeste como línea divisoria.

Como es lógico, el Trasplante poseía células oculares en toda la nave, pero provisionalmente Talman decidió que Quentin se consideraba situado en un lugar determinado, y no diseminado por toda la nave, localizado en todo lugar donde estuviera incorporado un ojo. En su opinión, una cabeza de hombre en su lugar.

Quentin podía ver el punto rojo del globo celeste, pero eso no significaba, necesariamente, que estuviera situado en la pared frente a ese hemisferio del globo. Mediante trampas, tendría que lograr que el Trasplante diera referencias sobre su relación física real con los objetos de la nave…, y sería difícil, porque el mejor modo de hacerlo era por referencias visuales, el enlace más importante del individuo normal con lo que le rodea. Y la vista de Quentin era casi omnipotente. Podía verlo todo.

De algún modo, tenía que existir una localización…

Un test de asociación de palabras serviría. Pero eso implicaba su cooperación y Quentin no estaba tan borracho.

Nada obtendría sabiendo lo que Quentin podía ver porque su cerebro no se encontraba necesariamente cerca de alguno de sus ojos. Existiría una comprensión sutil e intrínseca de localización por

parte del Trasplante; el conocimiento que él —ciego, sordo y mudo a no ser por sus distantes mecanismos sensitivos extensores— se encontraba en determinado lugar. A no ser por un interrogatorio reveladoramente directo, ¿cómo se podría lograr que Quentin diera las respuestas adecuadas?

«Es imposible», pensó Talman, con una desesperanzada sensación de ira frustrada. La ira aumentó. Le provocó sudor en el rostro y le despertó un odio sordo y doloroso por Quentin. Y la culpa del hecho que Talman estuviera encarcelado en ese odioso traje espacial y en esa enorme nave muy peligrosa era de Quentin. Culpa de una máquina…

Repentinamente, divisó el camino.

Era claro que dependería del grado de borrachera de Quentin. Miró a Fern, lo interrogó con la mirada y éste, como respuesta, accionó un cuadrante y asintió.

—Malditos sean —susurró Quentin.

—Mentiras —afirmó Talman—. Diste a entender que ya no tienes el instinto de autoconservación.

—Yo…, no…

—¿No es cierto?

—No —replicó Quentin en voz muy alta.

—Quent, olvidas que soy psicólogo. Tendría que haber visto antes los matices. El libro estaba abierto, listo para leer, incluso antes que te viera. Cuando vi a Linda.

—¡No menciones a Linda!

Talman experimentó una visión momentánea y enfermiza del cerebro borracho y torturado oculto en algún lugar de las paredes, una pesadilla surrealista.

—Seguro —agregó—. No quieres pensar en ella.

—Cállate.

—Tampoco quieres pensar en ti mismo, ¿no?

—Van, ¿qué intentas? ¿Enloquecerme?

—No —respondió Talman—. Simplemente estoy harto, podrido y asqueado de todo este asunto. De simular que eres Bart Quentin, que todavía eres humano, que podemos tratar contigo en los mismos términos.

—No habrá trato…

—No me refería a eso y lo sabes. Acabo de comprender qué eres

—dejó las palabras suspendidas en el aire sutil. Imaginó que escuchaba la respiración dificultosa de Quentin, aunque sabía que sólo era una ilusión.

—Van, por favor, cállate —pidió Quentin.

—¿Quién me pide que me calle?

—Yo.

—¿Y eso qué es?

La nave pegó un salto. Talman estuvo a punto de perder el equilibrio. La cuerda atada a la columna lo salvó. Rió.

—Quent, te compadecería si tú fueras tú… Pero no lo eres.

—No caeré en ningún truco.

—Tal vez sea un truco, pero también es la verdad. Y tú mismo te lo has preguntado. Estoy seguro de ello.

—¿Qué es lo que me he preguntado?

—Ya no eres humano —agregó Talman suavemente—. Eres una cosa. Una máquina. Un artilugio. Un trozo de carne esponjosa y gris en una caja. ¿Creíste realmente que me acostumbraría a ti…, ahora? ¿Que podría identificarte con el viejo Quent? ¡Ni siquiera tienes rostro!

La caja sonora emitió ruidos. Parecían metálicos.

—Cállate —volvió a decir Quentin después, casi quejumbrosamente—. Sé lo que intentas hacer.

—Y no quieres hacerle frente. Pero, tarde o temprano, tendrás que hacerlo, tanto si nos matas como si no lo haces. Este asunto es secundario. Pero los pensamientos seguirán creciendo y creciendo en tu cerebro. Y tú seguirás cambiando y cambiando. Ya has cambiado muchísimo.

—Estás loco —aseguró Quentin—. No soy un monstruo…

—Eso esperas, ¿no? Analízalo lógicamente. No te has atrevido a hacerlo, ¿verdad? —Talman levantó su mano enguantada y chasqueó las puntas de sus dedos revestidos—. Intentas, con desesperación, seguir aferrado a algo que se aleja…, la humanidad, la herencia con la que naciste. Te aferras a los símbolos, con la esperanza que éstos equivalgan a la realidad. ¿Por qué finges comer? ¿Por qué insistes en beber coñac de una copa? Sabes que se te podría arrojar a chorros desde una lata de petróleo.

—No. ¡No! Se trata de una cuestión estética…

—Tonterías. Vas a los espectáculos de televisión. Lees. Simulas

que eres tan humano como para ser caricaturista. Todas estas simulaciones son una adhesión desesperada y sin solución a algo que ya ha desaparecido de ti. ¿Por qué sientes la necesidad de emborracharte? Estás mal adaptado porque simulas que sigues siendo humano y ya no lo eres.

—Soy…, bueno, algo mejor…

—Tal vez…, si hubieses nacido como máquina. Pero fuiste humano. Tuviste un cuerpo humano. Tuviste ojos, pelo y labios. Y Linda debe recordarlo, Quent. Tendrías que haber insistido en el divorcio. Mira…, si sólo hubieses quedado mutilado por la explosión, ella podría haberte cuidado. La habrías necesitado. Pero eres una unidad autosuficiente y autocontenida. Ella cumple un buen trabajo de simulación, lo reconozco. No intenta pensar en ti como en un helicóptero en vuelo. Un aparato. Una gota de tejido celular húmedo. Debe resultarle difícil. Te recuerda tal como eras.

—Me ama.

—Te compadece —afirmó Talman implacablemente.

En la quietud zumbante, el punto rojo se arrastró por el globo. Fern sacó la lengua y se humedeció los labios. Dalquist observaba serenamente, con los ojos entrecerrados.

—Sí —agregó Talman—, hazle frente. Y piensa en el futuro. Existen compensaciones. Obtendrás un gran placer en mezclar tus palancas. Finalmente, dejarás de recordar que fuiste humano. Entonces serás más feliz. Porque no puedes aferrarte a ello, Quent. Se aleja. Durante un tiempo podrás seguir simulando pero, a la larga, ya no importará. El hecho de ser un aparato te dará satisfacción. Verás belleza en una máquina y no en Linda. Tal vez eso ya ha ocurrido. Quizá Linda sabe que ha ocurrido. Por ahora no necesitas ser honesto contigo mismo. Eres inmortal. Pero yo no aceptaría como regalo ese tipo de inmortalidad.

—Van…

—Yo sigo siendo Van. Pero tú eres una máquina. Adelante, mátanos si quieres, y si puedes. Después regresa a la Tierra y, cuando veas nuevamente a Linda, mírala a los ojos. Mira su rostro cuando ella no sabe que la observan. No te resultará difícil hacerlo. Aparéjate a la célula fotoeléctrica de una lámpara o a algo así.

—¡Van…, Van!

Talman dejó caer las manos a los costados.

—De acuerdo. ¿Dónde estás?

El silencio creció mientras un problema inaudible recorría la inmensidad amarilla. Tal vez el problema estaba en la mente de todos los Trasplantes. El problema de un precio…

¿Qué precio?

La soledad total, la certeza enfermiza que los viejos lazos se rompían uno a uno y que en lugar de una humanidad viva y cálida quedaría…, ¿un monstruo mental?

Sí, se lo había preguntado…, este Trasplante que había sido Bart Quentin lo había hecho. Se lo había preguntado mientras las orgullosas y enormes máquinas que conformaban su cuerpo seguían preparadas para saltar hacia una vida vibrante.

«¿Estoy cambiado? ¿Todavía soy Bart Quentin?».

«¿O acaso ellos, los humanos…, me consideran como a un…? ¿Y ahora Linda qué opina realmente de mí? ¿Soy yo…?».

«¿Soy yo… eso?».

—Sube a la galería —dijo Quentin. Su voz sonaba extrañamente apagada y muerta.

Talman hizo un gesto rápido. Fern y Dalquist se pusieron en actividad. Cada uno subió por una de las escaleras situadas en los lados opuestos de la habitación, con cuidado, sujetando las cuerdas a cada peldaño.

—¿Dónde está? —preguntó Talman delicadamente.

—La pared sur… Oriéntate según la esfera celeste. Puedes alcanzarme… —La voz se apagó.

—¿Sí?

Silencio.

—¿Se ha desmayado? —gritó Fern hacia abajo.

—¡Quent!

—Sí…, aproximadamente en el centro de la galería. Te lo diré cuando llegues.

—Tranquilo —advirtió Fern a Dalquist. Pasó una vuelta de la cuerda por la barandilla de la galería y avanzó lentamente, escudriñando la pared con la mirada.

Talman utilizó una mano para limpiarse la placa del rostro, que se había empañado. El sudor caía por su cara y por sus costados. La persistente luz amarilla y la quietud zumbante de las máquinas que tendrían que atronar portentosamente sometieron sus nervios a una

tensión insoportable.

—¿Aquí? —preguntó Fern.

—¿Dónde estás, Quent? —preguntó Talman—. ¿Dónde estás?

—Van —dijo Quentin, con un tono agónicamente horrible y apremiante—. No es posible que hablaras en serio. No puede ser. Esto es…, ¡tengo que saberlo! ¡Estoy pensando en Linda!

Talman tembló. Se humedeció los labios.

—Quent, eres una máquina —afirmó con voz pausada—. Eres un aparato. Sabes que nunca habría intentado matarte si todavía fueras Bart Quentin.

Entonces, con asombrosa violencia, Quentin rió.

—¡Ahí va, Fern! —gritó y los ecos entrechocaron y rugieron por la cámara abovedada.

Fern intentó aferrarse a la barandilla de la galería.

Fue un error fatal. La cuerda que lo sujetaba a esa barandilla se convirtió en una trampa…, porque no vio el peligro a tiempo para desatarse.

La nave dio un salto.

Estaba maravillosamente evaluado. Fern salió disparado hacia la pared, pero la cuerda lo detuvo. Simultáneamente, el enorme globo celeste se soltó del soporte y trazó un arco pendular con el impulso de una palmeta de las proporciones de un gigante. El impacto destrozó instantáneamente la cuerda de Fern.

La vibración resonaba en las paredes.

Talman se aferró a una columna y mantuvo la vista fija en el globo. Se balanceaba en un arco decreciente a medida que la inercia superaba el impulso. Del globo chorreaba un líquido.

Vio que el casco de Dalquist aparecía por encima de la barandilla. El hombre gritó:

—¡Fern!

No obtuvo respuesta.

—¡Fern! ¡Talman!

—Estoy aquí —le informó Talman.

—¿Dónde…? —Dalquist giró la cabeza y clavó la mirada en la pared. Lanzó un grito.

De su boca surgieron obscenidades múltiples. Se arrancó el desintegrador del cinturón y apuntó al laberinto de aparatos que se extendían debajo.

—¡Dalquist! —gritó Talman—. Espera.

Dalquist no oía.

—Destrozaré la nave —gritaba—. Des…

Talman sacó su desintegrador, apoyó el cañón contra la columna y disparó a la cabeza de Dalquist. Vio que el cuerpo sobrepasaba la barandilla, caía y se estrellaba contra las placas del suelo. Después rodó boca arriba y permaneció así, emitiendo sonidos enfermizos y pesarosos.

—Van —dijo Quentin.

Talman no replicó.

—¡Van!

—¡Sí!

—Desconecta el inductor.

Talman se irguió, caminó con paso inseguro hasta el aparato y arrancó los cables. No se molestó en buscar un método más sencillo.

La nave aterrizó largo rato después. La vibración zumbante de las corrientes se apagó. Ahora la oscura y enorme cámara de mandos parecía extrañamente vacía.

—He abierto una portilla —dijo Quentin—. Denver se encuentra aproximadamente a setenta y cinco kilómetros en dirección norte. A unos seis kilómetros hay una carretera en esa dirección.

Talman se levantó y miró a su alrededor. Su rostro parecía arrasado.

—Nos engañaste —musitó—. En todo momento jugaste con nosotros. Mi psicología…

—No —aseguró Quentin—. Estuviste a punto de triunfar.

—¿Qué…?

—En realidad, no me consideras un aparato. Fingiste hacerlo, pero una ligera cuestión semántica me salvó. Cuando comprendí lo que habías dicho, recuperé mi sentido.

—¿Qué dije?

—Bueno, que nunca habrías intentado matarme si yo todavía fuera Bart Quentin.

Talman luchaba lentamente por salir del traje espacial. El aire fresco y limpio ya había reemplazado a la atmósfera venenosa de la nave. Sacudió la cabeza, embotado.

—No comprendo.

La risa de Quentin resonó y ocupó la cámara con sus vibraciones

cálidas y humanas.

—Van, es posible detener o destruir una máquina —explicó—. Pero no se la puede… matar.

Talman permaneció en silencio. Ya se había liberado del pesado traje y se dirigió vacilante hacia una puerta. Miró hacia atrás.

—La puerta está abierta —afirmó Quentin.

—¿Me dejas marchar?

—En Quebec te dije que olvidarías nuestra amistad antes que yo. Será mejor que te apresures, Van, mientras haya tiempo. Probablemente ya han enviado helicópteros desde Denver.

Talman recorrió con una mirada inquisitiva a la enorme cámara. En algún lugar, perfectamente camuflado entre las poderosas máquinas, había un pequeño cilindro de metal, protegido y acunado en su hueco oculto. Bart Quentin…

Tenía seca la garganta. Tragó saliva, abrió la boca y volvió a cerrarla. Salió.

A solas en la nave silenciosa, Bart Quentin aguardaba a los técnicos que volverían a acomodar su cuerpo para el vuelo a Callisto.

FANTASMA

El presidente de la *Integración* hacía juego con su sillón. Sus rojas mejillas empalidecieron, su mandíbula cayó, sus dos ojos, tras las lentes de contacto, perdieron su aire inquisitivo y mostraron estupefacción. Ben Halliday giró lentamente en su asiento y contempló los rascacielos de Nueva York, como para asegurarse que vivía en el siglo XXI, la edad de oro de la ciencia.

Ninguna bruja cabalgando en su escoba era visible a lo lejos.

Apenas tranquilizado, Halliday se volvió hacia el vivaz personaje, de cabello gris, de labios muy finos, que estaba al otro lado de su escritorio. El doctor Elton Ford, no se parecía en nada a Caliostro. Parecía lo que era: el más grande de los sicólogos vivos.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó débilmente Halliday.

Ford colocó las puntas de sus dedos unos contra otros, con precisión, y meneó la cabeza.

—Me oyó usted muy bien. Son fantasmas. Su estación antàrtica de integración está hechizada.

—¿Bromea usted?

Halliday parecía esperarlo así.

—Yo le doy mi teoría en los términos más sencillos posibles. Naturalmente, sólo la puedo comprobar en el mismo lugar en donde ocurre.

—*¡Fantasmas!*

Un asomo de sonrisa apareció en los finos labios de Ford.

—Sin sudarios ni arrastrar de cadenas. Se trata de una clase de fantasma simplemente lógico, señor Halliday. Y que no tiene nada que ver con la superstición. No podía existir más que en nuestra era científica. Habría sido absurdo encontrarlo en el castillo de Otrante. Hoy, con los integradores, han abierto ustedes el camino a lo

sobrenatural. Me imagino que éste es el primero de una larga serie, si es que no se tomar ciertas precauciones. Me parece que podré resolver este problema… y los que seguirán de una manera empírea. Cazaré al fantasma sin sombrero de alas bajas, sin campana, sin cirio y sin libros sagrados… usando tan sólo la sicología.

—¿*Cree* usted en los fantasmas?

—Desde ayer creo en un cierto tipo de fantasma, muy especial. En sus orígenes, este caso no tiene nada en común con las apariciones del folklore. Pero al ser resultante de nuevos factores, la ecuación es exactamente parecida a… la Horla, a los temas de Blackwood. A los mismos «*Cazadores y Cazados*», de Bulwer-Lytton. Las manifestaciones son idénticas.

—No comprendo.

—En tiempos de la hechicería, una arpía mezclaba hierbas en un calderón y añadía al hechizo sapos y murciélagos, curando la enfermedad del corazón de su paciente. En nuestra época, hemos abandonado el uso de la fauna, pero utilizamos la vegetalina.

Halliday sacudió la cabeza con aire descontento.

—Doctor Ford, no sé qué decir. Supongo que sabe usted de lo que habla…

—Seguro que sí.

—Pero…

—Escuche. Desde la muerte de Bronson no ha podido usted conservar más que un solo operador en su estación antàrtica. Ese hombre… Larry Crockett… se ha quedado más tiempo que los demás. Pero también acusa el fenómeno. Una sorda depresión, sin esperanza, en extremo pasiva y más fuerte que su voluntad.

—¡Pero la estación es uno de los centros de la ciencia mundial! ¿Fantasmas en ese lugar?

—Es una nueva especie de fantasma —repitió—… pero también parece ser, de las más antiguas. Peligrosa. La ciencia moderna, querido señor, por último ha efectuado un circuito completo y creado un lugar embrujado. Ahora mismo partiré para la Antártida y trataré de exorcizar.

—Dios mío —murmuró Halliday.

La razón de ser de la estación era la inmensa sala subterránea, irreverentemente conocida con el nombre de «Cazuela de los Cerebros». Se inspiraba directamente en arquitectura antigua (Karnak, Babilonia, Ur); un alto techo y enteramente desnuda a no ser por la doble fila de estrechas columnas que flanqueaban sus muros.

Estas columnas, en plástico blanco, estancas, medían seis metros de altura y dos de largo, sin otras características. Encerraban dentro de sí los nuevos cerebros radioatómicos perfeccionados por la Integración. Los Integradores.

En absoluto coloidales, dichos integradores se componían de máquinas cerebrales que actuaban a velocidades máximas próximas a la de la luz. No eran robots, adecuadamente hablando. No eran tampoco cerebros ordinarios, capaces de la consciencia del ego. Los sabios habían eliminado los factores que hacen inteligente al cerebro, creado equivalentes supercargados, y obtenido organismos delicados, que funcionaban de maravilla y estaban dotados de un I.Q. fantásticamente alto. Se les podía utilizar solos o en serie. El rendimiento aumentaba en proporción.

La cualidad principal de los integradores era la eficacia. Podían responder a las preguntas, y resolver problemas complicados o determinar la órbita de un meteoro en unos minutos, o en segundos, mientras que un experto astrofísico hubiese pasado semanas para obtener el mismo resultado. En el ágil mundo del año 2030, funcionando sin sobresalto ni interrupciones, el tiempo tenía un gran valor. En cinco años, los integradores se habían mostrado de un valor inestimable.

Esos eran los supercerebros, pero limitados. Se mostraban capaces de autoajustarse; no tenían personalidad.

Treinta columnas blancas se elevaban en el recinto y sus cerebros radioatómicos trabajaban con una eficacia sorprendente.

¡Eran… *espíritus*! Espíritus delicados, sensibles y poderosos.

Larry Crockett era un gran irlandés, de cara colorada, de cabellos negros y de un temperamento violento. En la cena, sentado frente al doctor Ford, miró cómo salía el postre de un automático sin interesarse. Los ojos mudos del sicólogo le observaban.

—¿Me entendió usted, señor Crockett?

—¿Qué? ¡Oh, sí! Pero no tengo nada en particular. Me falta valor, eso es todo.

—Tras la muerte de Bronson, seis hombres ocuparon este puesto. Todos se sintieron desanimados.

—Es que… vivir aquí solo, bajo el hielo…

—Ellos también habían vivido solos en otras estaciones. Lo mismo que usted.

Crockett efectuó un dilatadísimo y lento encogimiento de hombros.

—No lo sé… quizá yo debería marcharme, también.

—¿Es que… es que tiene miedo de quedarse aquí?

—No. No hay nada que me pueda dar miedo.

—¿Ni los fantasmas? —preguntó Ford.

—¿Fantasmas? ¡Algunos fantasmas animarían la atmósfera!

—Antes de ser destinado aquí, tenía usted ambiciones. Deseaba casarse, trabajar para el día de mañana…

—Sí.

—¿Qué hay? ¿Ya no os interesa eso?

—Algo hay de lo que usted dice —reconoció Irockett—. No encuentro más interés… en hacer lo que sea.

—Pero goza usted de buena salud. Las pruebas que le hice lo demuestran. Hay una sombra de profunda depresión aquí; yo mismo la noto.

Ford se interrumpió. La pesada laxitud que notara en la cabeza, avanzaba lentamente, como una marea suave y lánguida. Contempló lo que le rodeaba. La estación era brillante y alegre. Por tanto, no resultaba deprimente. Continuó:

—He estudiado un poco los integradores y los encontré muy interesantes.

Crockett no respondió. Miraba su café con aire distraído.

—Muy interesantes —replicó Ford—. A propósito: ¿sabe usted lo que le pasó a Bronson?

—Sí. Se volvió loco y se mató.

—¿Aquí?

—Sí. ¿Y qué?

—Se quedó su fantasma —dijo Ford.

Crockett levantó la cabeza. Se arrellanó en la silla, dudando

entre la risa y la estupefacción; optó, finalmente, por la carcajada… pero no sonó muy alegre.

—Entonces, Bronson no era tan listo como me imaginé —observó.

Ford asintió.

—Bajemos a ver los integradores.

Crockett sostuvo la mirada del sicólogo. Parecía profundamente enojado y tamborileó nervioso los dedos en la mesa.

—¿Abajo? ¿Por qué?

—¿Es que le molesta?

—Diantre, no —murmuró Crockett después de un silencio—. Lo que pasa… es que…

—La influencia allí es más fuerte. Se siente más deprimido cuando se acerca a los integradores. ¿Tengo razón?

—Sí —murmuró Crockett—. ¿Y después?

—La perturbación proviene de allí. Visiblemente.

—Funcionan perfectos. Nosotros hacemos las preguntas y obtenemos las respuestas deseadas.

—No hablo del intelecto —precisó Ford—, sino de las emociones.

Crockett soltó una risita.

—Esas cochinas máquinas no tienen emociones.

—Sin duda no tienen ninguna emoción personal. No pueden creer. Todas sus facultades les han sido inculcadas al fabricarlas. Pero escuche, Crockett… Tome una máquina pensante en extremo complicada, un cerebro radioatómico: necesariamente es muy sensible, muy receptivo. Tiene que serlo. Por eso pueden tener una instalación de treinta unidades… y están en un punto de equilibrio con sus corrientes magnéticas.

—¿Y entonces?

—Acerque un imán a una brújula, ¿y qué pasa? La brújula funciona por magnetismo, los integradores funcionan por otra cosa. Están delicadamente arreglados… magníficamente equilibrados.

—¿Intenta usted decirme que se han vuelto locos? —preguntó Crockett.

—Eso sería demasiado sencillo —contestó Ford—. La locura implica un flujo. Hay períodos variables - Los cerebros de los integradores son tan… digamos, reglados, bloqueados dentro de

límites, fijos inevitablemente en sus órbitas. Pero son sensibles a una cosa, puesto que se ven obligados. Su fuerza les proporciona su propia *debilidad*.

—¿Y…?

—¿Ha visto usted ya a algún lunático? Seguro que no. La luna tiene un cierto… efecto… sobre las gentes sensibles. Los integradores son mucho más influenciables que el ser humano.

—Habla usted de locura provocada —dijo Crockett. Ford, con aire satisfecho, asintió.

—Más que nada, una fase provocada de locura. Los integradores no pueden seguir el proceso de la locura; no son capaces. No son más que cerebros radioatómicos. Pero son receptivos. Tome un disco de gramófono, virgen, e interprete una melodía, grábela y obtendremos un disco que repetirá la misma cosa sin parar. Ciertas partes de los integradores son como discos vírgenes. Los integradores, anormalmente sensibles, han grabado un proceso mental y lo reproducen. El proceso de Bronson.

—Así las máquinas Se han vuelto chifladas —dijo Crockett.

—No. La locura implica consciencia de su propia existencia. Los integradores registran y repiten. He ahí por qué seis operadores han tenido que abandonar esta estación.

—Pues bien, yo haré lo mismo. Antes de volverme loco a mi vez. Esto es en verdad… un lugar que te hace perder el juicio.

—¿Qué teme usted?

—Pues… me mataría si no fuese tan fatigoso —explicó sucintamente el irlandés.

Ford sacó una libreta de celoflex.

—Aquí tengo la historia del caso Bronson. ¿Conoce usted diversos tipos de locura?

—No muchos. Bronson… a ése sí que le conocí. Por momentos se veía de un humor negro, después volvía a sus cabales.

—¿Habló alguna vez de suicidio?

—No que yo sepa.

Ford asintió con la cabeza.

—Si hubiese hablado, no se habría matado. Era un maniático depresivo: crisis de depresión profunda alternando con períodos de lucidez. Al principio de la psiquiatría, las enfermedades se clasificaron en dos grupos: paranoia y *dementia praecox*. Pero esto

no dice nada. No hay línea de demarcación; los tipos se sobreponen. Actualmente tenemos: los maniáticos-depresivos y los esquizofrénicos. Los esquizofrénicos no tienen curación, los otros sí. Usted, señor Crockett, es del tipo maniático-depresivo, fácilmente influenciable.

—¿Ah, sí? Eso no quiere decir que yo estoy bien, por tanto.

Ford sonrió.

—Ni mucho menos. Pero como cada cual, usted tiende hacia una cierta dirección. Si alguna vez se vuelve loco, será un maniático-depresivo. Mientras que yo sería un esquizofrénico, porque soy del tipo esquizoide. Algunos sicólogos lo son; ése es el resultado de un complejo compensando, canalizando socialmente.

—¿Quiere usted decir…?

El doctor prosiguió; tenía un buen motivo para exponer estas cosas a Crockett. La comprensión completa forma parte de la terapia.

—Veamos, los maniáticos-depresivos son casos relativamente sencillos; saltan de la normalidad a la depresión… un gran salto, al encuentro del trazado regular, rápido del gráfico esquizoide. Eso puede durar días, semanas o meses. Cuando un maniático-depresivo experimenta una crisis, su peor período está en el descenso: la depresión. Él se queda sentado y no hace nada. Es el tipo más desgraciado de los hombres… a veces tan desgraciado que viene a quejarse. No se muestra activo más que en el momento en que la curva empieza a remontar. Entonces rompe las cadenas que le oprimen y debe ser contenido con una camisa de fuerza.

Crockett estaba actualmente interesado. Se aplicaba a sí las palabras de Ford; era la reacción normal.

—El esquizoide no tiene un proceso tan simple —continuaba Ford—. Todo le puede ocurrir. Es tal el desdoblamiento de la personalidad, las fijaciones sobre la madre y los complejos: de Edipo, de regreso a la infancia, de persecución, de superioridad… una variante casi indefinida. Un esquizoide es incurable, pero, felizmente un maniático-depresivo no lo es. Nuestro fantasma es un maniático-depresivo.

El irlandés tenía algo de palidez en su cara colorada.

—Empiezo a comprender.

Ford asintió.

—Bronson se volvió loco aquí y los integradores son profundamente receptivos. Se mató durante el descenso de su curva de maniático-depresivo, ese período de depresión intolerable; en la explosión mental (la extrema concentración de la locura de Bronson), quedó impresa en los cerebros radioatómicos de los integradores. Acuérdese del disco del gramófono. Los impulsos eléctricos de los cerebros emiten sin parar ese proceso de depresión y los integradores son tan poderosos, que nadie en la estación puede dejar de recibir tales impresiones.

Crockett bebió lentamente su café.

—¡Buen Dios! Es… es horrible.

—Es un fantasma —dijo Ford—. Un fantasma completamente lógico, el resultado lógico de los mecanismos pensantes, ultrasensibles. Y no se puede aplicar a un integrador una terapéutica de diversión.

—¿Un cigarrillo? Hum —Crockett expidió el humo y gruñó—. Me ha convencido de una cosa, doctor: voy a marcharme.

Ford agitó la mano.

—Si mi teoría es exacta, hay una cura posible… por inducción.

—¿Eh?

—Bronson pudo curarse si se le hubiese tratado a tiempo. Existen terapias. Ahora… —Ford tamborileó jos dedos sobre su libreta—. Establecí una tabla completa de la sicología de Bronson. Encontré también un maniático-depresivo que es casi un doble de Bronson, un caso parecido por su historia y sus antecedentes, por su carácter. Un imán enfermo quizá pueda curarse por desmagnetización.

—Esperémoslo —dijo Crockett, destacando su tono mórbido—. Pero entre tanto, tenemos un fantasma.

No obstante terminó por interesarse por las curiosas teorías de Ford y sus terapias. Esa tranquila aceptación de la leyenda supersticiosa… ¡y su prueba!… fascinaban al gran irlandés. Por la sangre de Crockett corría la herencia de sus abuelos celtas, un misticismo acentuado por la rudeza. En los últimos tiempos había encontrado casi insoportable la atmósfera de la estación. Ahora…

La estación era un grupo autónomo; un solo operador bastaba.

Los integradores, con células de lubricación selladas. Una vez construidos, eran perfectos y nc exigían reparaciones. En apariencia, nada podía ocurrirles… de no ser, claro, una crisis síquica provocada.

Y esto mismo no afectaba en absoluto a su eficacia Los integradores continuaban resolviendo problemas difíciles y sus respuestas eran siempre exactas. Un cerebro humano puede desenervarse, pero los cerebros radioatómicos tienen fijo su proceso, se han visto ahora alterados por la caída maniático-depresiva y la difunden… desesperadamente.

Había sombras en la estación. Al cabo de alguna; días, el doctor Ford las noto, laxas, intangibles, que como vampiros extraían la vida y la energía de cualquier cosa. Su sola influencia se sentía más allá, también, de la estación. Crockett iba en ocasiones al exterior y, embutido en su «*parca*» calefactora, daba peligrosos paseos. Marchaba hasta el agotamiento, como si esperase huir de la monstruosa depresión oculta bajo el hielo.

Pero las sombras se espesaron. El cielo gris, plomizo, nunca había antes deprimido a Crockett; las altas montañas lejanas le parecieron siempre inertes. Y he aquí que ahora semejaban casi vivas, muy fatigadas para desplazarse, vagamente satisfechas de continuar posadas sobre el horizonte de los perpetuos campos de hielo. Mientras que los glaciares bajaban lenta, sorda, implacablemente, la depresión se apoderaba de Crockett, su espíritu se encogía, si así puede decirse, y se sentía sumergido.

Luchó, pero el mal secreto se aproximaba y nada podía contenerlo. Eso le impregnaba como por osmosis. Era traicionero y mortal.

Bronson, refugiado en el silencio, los ojos fijos en la nada, caía en un pozo negro que lo aprisionó eternamente… Crockett se imaginaba esto y se estremecía. Con mucha frecuencia, en las últimas fechas, sus pensamientos volvían a los cuentos ilógicos que había leído, los de M. R. James y su predecesor, Henry James, de Bierce, de May Sinclair, y de otros que habían escrito historias imposibles de fantasmas.

Antaño Crockett se deleitaba con historias de fantasmas; hallaba un estímulo permitiéndose creer, momentáneamente, en lo increíble. ¿Podían existir tales cosas? Sí, se dijo en aquella época,

pero sin creerlo. En el presente había un fantasma en la estación y las teorías lógicas de Ford no podían combatir el viejo instinto supersticioso de Crockett.

Desde el tiempo en que los hombres peludos se acurrucaban en las cavernas, el miedo a la oscuridad existía. Los carnívoros de largos colmillos que rugían en la noche, no siempre han sido bestias. La sicología ha transformado sus gritos espantosos lanzados en la oscuridad, más allá del fuego de su campamento solitario, han dado nacimiento a los monstruos, a los hombres-lobo, a los vampiros, a los gigantes y a los magos de espalda jorobada.

Sí… el miedo… pero sobre todo, peor que un toro en activo, estaba la capa asfixiante, pasiva, de la horrible depresión.

El irlandés no era comodón. Desde la llegada de Ford decidió quedarse por lo menos hasta el éxito o fracaso de la experiencia del sicólogo. De todos modos, el invitado de Ford no le agradaba: el famoso maniático-depresivo del que había hablado el médico.

William Quayle no se parecía en absoluto a Bronson, pero, al pasar el tiempo, se lo recordaba mucho a Crockett. Quayle tenía alrededor de treinta años, era seco, moreno, con ojos muy vivos, sujeto a violentos accesos de rabia cuando alguna cosa le desagradaba Su ciclo se extendía alrededor de una semana. Entonces pasaba de la depresión más negra a la alegría más delirante. El proceso jamás variaba. Y él no parecía haber estado afectado por el fantasma; Ford declaró que la intensidad de su curva ascendente era tan fuerte que bloqueaba el efecto de las emisiones deprimentes. De los integradores.

—Tengo su ficha —dijo Ford—. Fácilmente le habrían podido curar en el asilo en donde lo encontré; pero, por suerte, antes que lo curasen logré hacerme cargo de él. ¿Ve usted cómo se interesa en las materias plásticas?

Se encontraban en la «Cazuela de los Cerebros» y Crockett prefería efectuar su inspección de los integradores.

—¿Ha trabajado en plásticos, doctor? —preguntó el irlandés. Experimentaba el deseo de hablar; el silencio intensificaba lo siniestro de la atmósfera de: lugar.

—No, pero es hábil. El trabajo ocupa su espíritu tanto como a sus manos; cosa que corresponde a su sicología. De eso hace ya tres semanas, ¿verdad?, y Quayle está en vías de curación.

—Pero aquí no ha cambiado nada… no…

Crockett señaló con un gesto las torres blancas.

—Lo sé. Todavía no, pero no desespere. Cuando Quayle esté completamente curado, me parece que los integradores absorberán toda la terapia que le aplico, por inducción… Es el único tratamiento aplicable a un cerebro radioatómico. Lástima que Bronson estuviera tanto tiempo solo aquí. Pudo curarse, al menos…

Pero Crockett no quería pensar en ello.

—¿Y los sueños de Quayle?

Ford emitió una especie de ronquido.

—Un galimatías, ¿verdad? Pero en su caso, justificado. Quayle tiene dificultades… sino no se habría vuelto loco. Sus dificultades le aparecen en los sueños, deformadas por el lápiz del censor. Debo traducirlas, rascar el simbolismo y después de lo que sé de él. Sus pruebas de asociación de palabras me ayudan mucho.

—¿Cómo?

—Es un inadaptado. Temía y detestaba a su padre, que era un tirano. Quayle, niño, llegó a sentir que no podría luchar contra nadie, que siempre perdería. Identifica a su padre con los obstáculos.

Crockett meneó la cabeza; se quedó mirando fijamente a un vernier.

—Usted quiere destruir ese rencor referente a su padre, ¿verdad?

—Más que nada, veía que su padre era *todopoderoso*. Debo enseñar a Quayle sus propias capacidades y así romper sus creencias en la infalibilidad de su padre. La manía religiosa también interviene, quizá naturalmente, pero es un factor menor.

—¿*Fantasmas*? —dijo de pronto Crockett.

Miró al integrador más próximo.

En la fría luz fluorescente, Ford siguió la mirada se su compañero. Hizo una especie de mueca. Se volvió para contemplar la gran sala subterránea en toda su longitud; las columnas eran enormes e impasibles.

—Lo sé —dijo Ford—. No crea que yo no los capto también. Pero combato… esa cosa, Crockett. Ahí está la diferencia. Si permaneciese simplemente sentado en un rincón, al absorver cierta depresión, ésta me dominaría. Yo continuo activo… considero a la

depresión como un adversario —su rostro duro pareció enternecerse —. Es el medio mejor.

—¿Cuánto, tiempo todavía…?

—Nos acercamos al fin. Cuando Quayle esté curado, lo sabremos definitivamente.

> *Bronson, recreado en la sombra, se lanzó al abatimiento, apático, desesperado, inmerso en un horror vago, tan espeluznante que el mismo pensamiento, era un esfuerzo inútil e intolerable. Su voluntad de combatir, de luchar, había desaparecido, no dejando nada que el miedo y la aceptación de aquel robusto negro aniquilador…*

Ese era el estado de ánimo de Bronson. Sí, pensó Crockett, existen los fantasmas, actualmente, en nuestro siglo XXI. Quizás así mismo existen por primera vez. Antes, los fantasmas vivían en la superstición; aquí, en la estación bajo el hielo salen de las sombras… allá donde no había nada de sombra. El alma de Crockett estaba continuamente asaltada en sus sueños y en su trabajo por esta fantástica presencia. Sus pesadillas se caracterizaban por una oscuridad imperceptible, basta, informe, que avanzaba inexorable hacia él, mientras que intentaba huir… pero no pudiendo hacerlo porque tenía las piernas paralizadas.

Pero el estado de Quayle mejoró.

Tres semanas, cuatro, cinco, seis al fin bastaron. Crockett estaba destrozado y triste, notando que aquel lugar sería su prisión hasta su muerte, que no podría jamás marchar. Pero lo soportaba con una insistencia testaruda. Ford mantenía su firmeza; se mostraba más aplomado, más seco, más contenido. Ni en su5 palabras ni en sus actos admitía la fuerza de la invasión síquica.

Pero para Crockett, los integradores adquirían personalidad. Eran espíritus demoníacos, taciturnos, inhumanos, encerrados en aquella cazuela, indiferentes a los humanos que se ocupaban de ellos.

Una tempestad envolvía el centro de observaciones, impidiendo sus expediciones. Crockett se volvió más sombrío que nunca. Los

autómatas, perfectamente provistos, proporcionaban las comidas; de no ser así, nuestros hombres habrían muerto de hambre. Crockett apareció demasiado febril para hacer algo más que su trabajo rutinario y Ford se puso a hacerlo atentamente. La tensión no disminuía.

Un cambio, si se producía, por ejemplo, una sola variación en la mortal monotonía de la prisión, indicaría que era posible una esperanza. Pero el registro estaba fijado para siempre en aquella misma fecha. Demasiado desesperado, demasiado disgustado para el suicidio. Crockett trataba de conservar el dominio sobre su razón vacilante. Se aferraba a ese pensamiento: Quayle iba a curar y el fantasma quedaría destruido.

Lenta, imperceptiblemente, la terapia triunfaba. El doctor Ford, sin descanso, se ocupaba de Quayle con el máximo cuidado, guiándolo hacia la razón, hacia un báculo en el que se apoyase y Quayle utilizaba el báculo dejando descansar sobre él su peso; pero los resultados eran satisfactorios.

Los integradores continuaban emitiendo su proceso de depresión, pero en un tono diferente.

Crockett fue el primero en notarlo; llevó a Ford a la «Cazuela de los Cerebros» y preguntó al doctor cuáles eran sus reacciones.

—¿Reacciones? ¿Por qué? ¿Piensas que hay…?

—Hay una diferencia —terminó Crockett, con los ojos brillantes —. ¿No la nota?

—Sí —respondió despacio Ford, después de una larga pausa—. Hay una diferencia. No es muy fácil de captar.

—Pues sí, los dos experimentamos la misma cosa.

—Cierto. Noto un relajamiento… una sensación. Hum. ¿Qué hizo usted hoy, Crockett?

—¿Yo? Pues… lo de costumbre. ¡Oh, volví a tomar ese libro de Aldous Huxley!

—El que hacía semanas que no cogía. Buena señal, la intensidad de la depresión disminuye. No seguirá ya una curva ascendente, seguro; desaparecerá simplemente. Terapia por inducción… Al curar a Quayle, automáticamente curé a los integradores.

Ford respiró larga, profundamente. El cansancio parecía pesarle de repente.

—Ha triunfado, doctor —dijo Crockett con una luz de

admiración en los ojos.

Pero Ford no le escuchaba.

—Estoy cansado —murmuró—. ¡Dios, qué cansado estoy! La tensión ha sido terrible. Luchar contra este consagrado fantasma en todos los momentos… ni siquiera me he permitido el lujo de un sedante. En todo caso, ahora voy a romper ya el hechizo.

—Venga a beber alguna cosa. Debemos festejarlo… —Crockett miró al integrador con aire de duda—. Si es que está usted seguro…

—No quedan más que ligerísimas dudas… Deseo dormir. Eso es todo.

Tomó un ascensor y desapareció. Sólo en la «Cazuela de los Cerebros», Crockett sonrió con malicia. Todavía había sombras en la lejanía, pero empezaban a aclararse.

Llamó a los integradores con un nombre que no se puede escribir. Las máquinas siguieron imperturbables.

—¡Oh, claro! —exclamó Crockett—. ¡No sois más que máquinas! Condenadamente demasiado sensibles, eso es todo. ¡Fantasmas! ¡Puaf! Pues bien, de ahora en adelante soy yo quien manda. Invitaré a mis amigos de allá arriba y armaremos una juerga que vaya desde el amanecer hasta el crepúsculo. ¡Y el sol no se pone con mucha frecuencia en estas latitudes!

Con aquel pensamiento estimulante siguió a Ford. El sicólogo se había dormido ya; respiraba normalmente, su rostro mostraba cómo se le distendían los rasgos fatigados. Parecía más envejecido, pensó Crockett. ¿Pero quién no lo parecía?

Con el pulso más tranquilo desapareció también la depresión. Ya casi podía captar el flujo descendente. Esa depresión irracional ya no era tan poderosa. El… sí… comenzaba a devorar planes.

—Voy a hacer un buen chile —decidió Crockett—…, como me enseñó a hacer aquel tipo de El Paso. Y sembraré *whisky* escocés a manta. Aunque tenga que celebrar la fiesta sólito, el éxito requiere una orgía.

Pensó durante un instante en invitar a Quayle y lo miró. Pero Quayle estaba leyendo una vieja novela e hizo un gesto casi imperceptible a su anfitrión.

—Salud, Crockett. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada… me encuentro bien. Eso es todo.

—Yo también. Ford dijo que estoy curado. Ese tipo es

maravilloso.

—Claro que sí —aprobó cálidamente Crockett—. ¿Necesitas algo?

—Nada que no pueda proporcionarme yo mismo.

Quayle señaló el tablero del automático mural.

—Dentro de algunos días seré libre —dijo—. Me has tratado como a un hermano, pero me alegraré de estar en mi casa. Me espera trabajo… y puedo hacerlo sin estorbos.

—¡Bravo! Me gustaría marcharme contigo. Pero he de terminar aún un período de dos años aquí, a menos de que dimita, o que consiga un traslado.

—Tienes todas las comodidades posibles.

—¡Sí! —exclamó Crockett, estremeciéndose ligeramente.

Se apresuró a preparar su chile, animándose con un doble *whisky*. De pronto le asaltó un pensamiento: ¿y si iba a vender ya la piel del oso cuando todavía no lo había cazado? ¿Y si acaso esa insoportable depresión no estaba eliminada del todo? ¿Si volvía con tanta o más fuerza que antes?

Crockett bebió más *whisky*. Le sentaba bien.

En sí, se sentía reconfortado. El alcohol intensifica el buen humor. Crockett no se había atrevido a tocarlo durante la crisis, pero en el presente se sentía más feliz y terminó su chile canturreando. No tenía medio alguno de comprobar, con instrumentos, la emanación síquica de los integradores; sin embargo, la desaparición de este ambiente mortal tenía una significación evidente.

Los cerebros radioatómicos estaban curados. La exploración mental de Bronson, con sus efectos de destrozos, había terminado en fin su curva y la había eliminado por inducción.

Tres días después, un avión tomó a Quayle y partió hacia el norte, a América del Sur, dejando a Ford para que solventase los últimos detalles e hiciera una última verificación.

La atmósfera de la estación había cambiado enormemente. Era brillante, alegre, funcional. Los integradores ya no parecían monstruos diabólicos o sagrados en su infierno particular. No eran más que tubos capaces, eficaces, también agradables al ojo como un Brancusi, con sus cerebros radioatómicos que fielmente respondían a las preguntas que les formulaba Crockett. La estación funcionaba

sin intermitencias, teniendo allí arriba el cielo gris y el viento helado que barría el casquete polar.

Crockett se preparó para el invierno. Tenía libros, sacó su libreta de dibujo y examinó las acuarelas que había pintado; notó que no tendría dificultad en seguir pintándolas en primavera. No había nada deprimente *per se* en la estación. Bebieron una copa y marchó a dar una vuelta de inspección.

Ford estaba delante de los integradores. Los estudiaba con aire pensativo; rehusó el vaso que le ofrecía Crockett.

—No, gracias. Esos aparatos creo que van bien por ahora. La depresión ha desaparecido por completo.

—*Debería* usted beber algo. Ha sufrido una prueba muy ruda. Eso facilita la recuperación.

—No… necesito redactar mi informe. Los integradores son en conjunto tan maravillosamente magníficos, que sería una lástima que cayesen en la demencia. Por suerte, eso no ocurrirá… ahora que he demostrado que se puede curar la locura por inducción.

Crockett hizo una mueca dirigida a los integradores.

—Pequeños demonios. Miradme. Parecéis niños maleables.

—Hum. ¿Cuándo cesará la tormenta? Quiero pedir un avión.

—No se puede decir. La penúltima duró una semana. Esta… —Crockett se encogió de hombros—. Trataré de averiguarlo, ahora haré investigaciones meteorológicas, pero nada puedo decirle.

—Tengo prisa en marcharme.

—Bueno… —contestó Crockett.

Tomó el ascensor, regresó a su oficina y verificó las solicitudes. Hizo la lista de las preguntas a formular a los integradores. Una de ellas era importante. Se trataba de un estudio geológico del control supertécnico californiano de los movimientos de la corteza terrestre. Pero podía aguardar hasta que las otras solicitudes fuesen cumplimentadas.

Crockett decidió no tomarse otro *whisky*. Por algún motivo desconocido, no se encontraba mareado. Silbando dulcemente, volvió a la «cacerola». La estación le parecía que funcionaba con exactitud. Quizá, se dijo, porque acaba de escapar de la muerte y porque la depresión que sufrió fue peor que la certidumbre de morir… ¡Puaf!

Entró en el ascensor; era una plataforma con una barandilla que

funcionaba según los principios de los antiguos ascensores. No se podían utilizar elevadores magnéticos cerca de los integradores. Oprimió el botón y, al mirar abajo vio la cazuela a sus pies, con sus blancos cilindros decreciendo por la perspectiva.

Sonaron pasos. Al volverse, Crockett advirtió a Ford que corría hacia él. El montacargas empezaba a descender y los dedos de Crockett buscaron a toda prisa el botón de parada.

Cambió de idea cuando vio cómo Ford levantaba la mano y exhibía una pistola. La bala se le hundió en el muslo. Retrocedió titubeando y se apoyó en la barandilla. En este momento Ford saltó al ascensor; la figura de éste último ya no era impasible. Sus ojos tenían un fulgor demencial y sus labios estaban húmedos y le colgaban.

Gritó una serie de frases incomprensibles y oprimió de nuevo el gatillo de su arma. Crockett se lanzó haza adelante con desesperación. La bala le pasó rotando, aunque entonces no estuvo muy seguro de haber resultado ileso en este segundo disparo y su cuerpo catapultado se estrelló contra Ford. El sicólogo, que estaba en equilibrio precario cayó contra la barandilla. Cuando trataba de disparar de nuevo, Crockett le lanzó un puñetazo en la mandíbula.

Al instante el movimiento resultó fatal. Ford pasó por debajo del barandal… Después de un largo instante, Crockett oyó cómo el cuerpo se estrellaba allá abajo.

El montacargas descendió dulcemente con el arnu en su plataforma. Crockett comenzó a gemir y hacer tiras de su camisa para improvisar un torniquete; tenía una herida en el muslo que sangraba terriblemente.

La fría luz de lámparas fluorescentes hizo aparece: las torres de los integradores, a nivel de Crockett, para después elevarse, a medida que se efectuaba el descenso. Si hubiese mirado por encima de la barandilla habría podido ver el cuerpo de Ford. Pero no tardaría en verle de todos modos.

Guardaba un espantoso silencio.

La tensión, evidentemente, la reacción retardada de Ford debió sentir un ataque. El alcohol pudo ser un motivo para la reacción violenta después de aquellas largas semanas de infierno, semanas de combatir contra la depresión, meses en los que Ford había estado sobre ascuas; considerando la amenaza como un adversario

personal, cayó víctima de la enfermedad que pretendía curar.

Después el éxito, el fin de la depresión y el silencio mortal, terrible… llegó el tiempo de detenerse, de reflexionar.

Ford se volvió loco.

Había hablado de eso semanas antes, recordó Crockett. Hay sicólogos que tienen una cierta tendencia a la inestabilidad mental, y por eso pueden comprender a sus pacientes.

El montacargas se detuvo. El cuerpo inmóvil de Ford quedaba a cosa de un metro. Crockett no podía verle la cara. La locura… Los maniáticos-depresivos son casi relativamente simples. Los esquizofrénicos son más complicados e incurables. Incurables… incurables.

El doctor Ford era esquizoide. Al principio se lo dijo. Y ahora el doctor Ford, víctima de la locura esquizofrénica, había perecido de muerte violenta… como Bronson. Treinta columnas se elevaban dentro de la cazuela, enigmáticas, impasibles y Crockett las miró con un lento y sordo horror.

De treinta cerebros radioatómicos, ultrasensible, prestos a registrar un nuevo proceso en los discos de virgen. Pero no un proceso maniático-depresivo; esta vez, nada de depresión.

Al contrario, sería una locura esquizofrénica, incontrolada… e incurable.

Una explosión mental, sí. El doctor Ford estaba muerto, allá, con un proceso de locura, fijo en su cerebro en el momento de su muerte, proceso que podía ser cualquier cosa indefiniblemente siniestra.

Crockett contempló a los treinta integradores y se preguntó lo que pasaba en el interior de sus cárteres blancos y pulidos. Enfermo de dolor, deseó huir para no saberlo, pero comprendió también que lo averiguaría antes de que terminase la tormenta.

Porque la estación estaba nuevamente hechizada.

TEMPORADA DE GRAN PRODUCCIÓN

Tres personas recorrieron el camino hasta la vieja mansión en el amanecer de una perfecta mañana de mayo. Oliver Wilson, aún en pijama, las observó desde una ventana a través de una confusión de emociones contradictorias, donde predominaba el resentimiento. No las quería allí.

Eran forasteros. Sólo sabía eso de ellos. Tenían el curioso apellido de Sancisco, y sus nombres de pila, escritos con garabatos en el contrato, parecían ser Omerie, Kleph y Klia, aunque le resultaba imposible descifrarlos por la firma. Ni siquiera estaba seguro de que fueran hombres o mujeres, y esperaba algo un poco menos cosmopolita.

El corazón de Oliver se encogió un poco cuando los vio seguir al taxista por el camino de acceso.

Esperaba menos seguridad en sus inquilinos no deseados, porque pretendía echarlos de la casa si podía.

Desde aquí, no parecía muy prometedor.

El hombre entró primero. Era alto y moreno, y su ropa y su porte tenían esa peculiar seguridad arrogante que viene de una confianza perfecta en cada fase del ser. Las dos mujeres reían mientras le seguían. Sus voces eran livianas y dulces, y sus rostros eran hermosos, cada uno a su exótico modo; pero lo primero que Oliver pensó cuando las miró fue: «¡Qué clase!».

No era sólo la pátina de perfección que parecía habitar en cada línea de sus vestidos increíblemente sin mácula. Hay grados de opulencia más allá de lo cual la propia opulencia deja de tener significado.

Oliver había visto antes, en raras ocasiones, algo como esta seguridad de que la tierra al girar bajo sus pies bien calzados lo

hacía sólo para su capricho.

En este caso le sorprendió un poco, porque tuvo la sensación de que los hermosos vestidos que llevaban tan confiadamente no era ropa a la que estuvieran acostumbradas. Había un curioso aire de condescendencia en la forma en que se movían. Como mujeres disfrazadas. Oscilaban un poco sobre sus delicados talones, extendían un brazo para mirar el corte de una manga, volvían la cabeza de vez en cuando para mirar dentro de sus vestidos como si el tejido les pareciera extraño, como si estuvieran acostumbradas a algo completamente diferente.

Y había una elegancia en la forma en que les sentaba la ropa que pareció sorprendentemente inusitada incluso a Oliver. Sólo una actriz en la pantalla, que puede detener el tiempo y la película para ajustar todos los pliegues de su vestuario y así parecer perpetuamente perfecta, podría aparecer ataviada con tanta perfección. Pero esas mujeres se movían como querían, y cada pliegue de sus vestidos seguía perfectamente el movimiento y volvía a caer en su sitio exacto. Casi podría sospecharse que la ropa no era de tela ordinaria o que estaba cortada siguiendo algún plan desconocido y sutil, con muchas diestras costuras ocultas colocadas por un sastre increíblemente hábil en su oficio.

Parecían excitadas. Hablaban con voces altas, claras y muy dulces, y contemplaban el perfecto cielo azul y transparente donde el amanecer era aún rosa. Miraron los árboles del jardín, las translúcidas hojas verdes con un tono dorado, los bordes arrugados por haber estado constreñidos en los nuevos brotes.

Sus voces, felices y excitadas, llamaron al hombre, y cuando éste respondió, su propia voz se fundió con las de ellas en una perfecta cadencia que resonó como si tres personas cantaran a coro. Sus voces, como sus ropas, parecían tener una elegancia muy por encima de lo común y estar completamente bajo control, de un modo que Oliver Wilson jamás había soñado antes de aquella mañana.

El taxista sacó el equipaje, que era de un hermoso material pálido que no parecía del todo cuero, y tenía curvas tan sutiles que parecía cuadrado hasta que se veía cómo dos o tres piezas encajaban en un solo bloque equilibrado para ser llevadas. El equipaje estaba gastado, como si hubiera sido muy usado. Y aunque

eran varios bultos, el taxista no parecía encontrar pesada su carga. Oliver le vio menear la cabeza de vez en cuando y sopesarlos con incredulidad.

Una de las mujeres tenía el pelo muy negro, una piel como crema, y ojos azul humo de largas pestañas.

La mirada de Oliver siguió a la otra mujer mientras recorría el sendero. Su cabello era pelirrojo claro, y su rostro tenía una dulzura tal que Oliver pensó que sería terciopelo al tacto. Mostraba un bronceado ámbar algo más oscuro que su pelo.

Cuando llegaron a los escalones del porche, la mujer pelirroja alzó la cabeza y miró hacia arriba. Sus ojos se encontraron con los de Oliver y éste vio que los de ella eran muy azules, y mostraban cierta diversión, como si hubiera sabido todo el tiempo que él estaba allí. Los ojos también admiraban francamente.

Sintiéndose un poco aturdido. Oliver corrió a su habitación para vestirse.

—Estamos aquí de vacaciones —dijo el hombre moreno, aceptando las llaves—. No deseamos ser molestados, como dejé claro en nuestra correspondencia. Tengo entendido que ha contratado un cocinero y un ama de llaves para nosotros. Esperamos que saque sus propias pertenencias de la casa, y…

—Espere —dijo Oliver, incómodo—. Ha sucedido algo. Yo…

Vaciló. No sabía cómo presentarlo. Eran unos tipos tan extraños…

Incluso su forma de hablar era rara. Hablaban con plena claridad, sin contraer ninguna palabra. El inglés parecía tan familiar para ellos como una lengua materna, pero todos hablaban como cantantes entrenados, con perfecto control de la respiración y de la voz.

Y había una frialdad en la voz del hombre como si hubiera una brecha entre Oliver y él, tan profunda que ninguna sensación de contacto humano podría tender un puente.

—Me pregunto si podría encontrarles un sitio mejor para vivir en algún otro lugar de la ciudad —dijo Oliver—. Hay un lugar enfrente que…

—¡Oh, no! —dijo la mujer morena con voz ligeramente horrorizada, y los tres se echaron a reír.

Era una risa distante y fría que no incluía a Oliver.

—Escogimos esta casa con sumo cuidado, señor Wilson —dijo Oliver—. No nos interesa vivir en ningún otro lugar.

—No veo por qué —dijo Oliver, desesperado—. Ni siquiera es una casa moderna. Tengo otras dos en mejores condiciones. Incluso al otro lado de la calle tendrían una buena vista de la ciudad. Aquí no hay nada. Las otras casas tapan la vista, y…

—Contratamos habitaciones aquí, señor Wilson —dijo el hombre con determinación final—. Esperamos usarlas. ¿Quiere hacer los preparativos para marcharse tan pronto como sea posible?

—No —respondió Oliver obstinadamente—. Eso no está en el contrato. Pueden ustedes vivir aquí hasta el mes que viene, ya que han pagado pero no pueden echarme. Me quedo.

El hombre abrió la boca para decir algo. Miró fríamente a Oliver y la volvió a cerrar. La sensación de distancia entre ellos era gélida. Hubo un momento de silencio.

—Muy bien —dijo entonces el hombre—. Tenga la amabilidad de mantenerse apartado de nuestro camino.

Era un poco raro que no preguntara los motivos de Oliver, quien no estaba lo bastante seguro del hombre para explicarse. No podía decir: «Desde que se firmó el contrato, me han ofrecido el triple del precio de la casa si la vendo antes de final de mayo». No podía decir: «Quiero el dinero, y voy a molestarles todo lo que pueda hasta que estén dispuestos a marcharse». Después de todo, no parecía haber ninguna razón para que no lo hicieran, pues estaba claro que debían de estar acostumbrados a un ambiente infinitamente superior a esta casa gastada por el tiempo.

Era muy extraño el valor que había adquirido súbitamente la casa.

No había ninguna razón para que dos grupos de personas semianónimas estuvieran tan ansiosos de poseerla durante el mes de mayo.

En silencio, Oliver condujo a sus inquilinos al piso de arriba hasta los tres grandes dormitorios que cubrían la parte delantera de la casa. Era plenamente consciente de la mujer pelirroja y de la manera en que le miraba, con una especie de obvio interés encubierto, bastante cálidamente, y con cierta curiosidad que no podía situar del todo. Era familiar pero elusiva. Pensó lo agradable que sería hablar con ella a solas, aunque fuera sólo para capturar

esa actitud elusiva y ponerle nombre Poco después, se dirigió al teléfono y llamó a su prometida.

La voz de Sue chilló un poco de excitación al otro lado de la línea.

—¿Oliver, tan pronto? Vaya, apenas son las seis. ¿Les hablaste de lo que te dije? ¿Van a marcharse?

—No puedo decirlo todavía. Lo dudo. Después de todo. Sue, ya sabes que acepté su dinero.

—¡Oliver, tienen que irse! ¡Tienes que hacer algo!

—Lo estoy intentando, Sue. Pero no me gusta.

—Bueno, no hay ninguna razón por la que no puedan alojarse en algún otro lugar. Y vamos a necesitar ese dinero. Tendrás que pensar algo.

Oliver miró sus propios ojos preocupados en el espejo situado sobre el teléfono y frunció el ceño. Su pelo de color paja estaba enmarañado y había una brillante espinilla en su agradable rostro bronceado.

Lamentaba que la pelirroja le hubiera visto en este estado tan desastroso. Entonces su conciencia le remordió al sonido de la voz de Sue.

—Lo intentaré, querida —dijo—. Pero acepté su dinero.

De hecho, los forasteros habían pagado una gran cantidad de dinero, considerablemente más de lo que valían las habitaciones incluso en aquel año de altos precios y altos salarios. El país se dirigía a una de esas fabulosas épocas que más tarde son llamadas los alegres cuarenta o los dorados sesenta: un agradable período de euforia nacional. Era una época estimulante para estar vivo…, mientras durase.

—Muy bien —dijo Oliver, resignado—. Haré lo que pueda.

Pero era consciente, a medida que pasaban los días, de que no hacía nada. Había varias razones. Desde el principio, la idea de convertirse en una molestia para los inquilinos había sido de Sue, no de Oliver.

Y si Oliver hubiera sido un poco menos complaciente o Sue un poco menos enérgica, el proyecto nunca habría funcionado. La razón estaba de parte de Sue, pero…

Para empezar, los inquilinos eran fascinantes. Todo lo que decían y hacían tenía una extraña especie de inversión, como si se

hubiera colocado un espejo ante la vida ordinaria y el reflejo mostrara extrañas variaciones a la norma. Oliver pensaba que sus mentes trabajaban en una premisa básica diferente a la suya. Parecían encontrar diversión en las cosas más insignificantes; se comportaban de manera distante con una frialdad que no les impedía, para desazón de Oliver, reírse inexplicablemente demasiado a menudo.

Él los veía ocasionalmente, de camino a sus habitaciones. Eran amables y distantes, y sospechaba que su presencia no levantaba furia, sino pura indiferencia.

Pasaban la mayor parte del día fuera de la casa. El perfecto clima de mayo se mantenía, y ellos parecían entregados totalmente a admirarlo, confiados por completo en que la cálida luz dorada y el aire aromático no se verían interrumpidos por la lluvia o el frío. Estaban tan seguros de ello que Oliver se sentía incómodo.

Sólo tomaban una comida al día en casa, la cena. Y sus reacciones a la comida eran inexplicables. La risa saludaba algunos de los platos y una especie de delicado disgusto a otros. Ninguno de ellos tocaba la ensalada, por ejemplo. Y el pescado parecía causar una oleada de extraño embarazo en la mesa.

Se vestían primorosamente para cada cena. El hombre (se llamaba Omerie) estaba extraordinariamente elegante con sus ropas, pero parecía un poco sombrío y Oliver oyó dos veces a las mujeres reírse porque tenía que vestir de negro. Oliver tuvo una súbita visión, sin ninguna razón, del hombre vestido con ropas tan brillantes y tan sutilmente cortadas como las de las mujeres, y sin saber por qué le pareció correcto. Llevaba incluso las ropas oscuras con una cierta petulancia, como si en el fueran normales prendas de oro.

Cuando estaban en casa a otras horas, comían en sus habitaciones. Debían de haber traído gran cantidad de comida con ellos, del misterioso lugar de donde procedían. Oliver se preguntaba cada vez con más curiosidad de dónde podría ser. A veces, olores deliciosos llegaban al salón a horas extrañas.

Oliver no podía identificarlos, pero el olor era casi siempre irresistible. Unas cuantas veces el olor a comida fue sorprendentemente desagradable, casi nauseabundo. «Hace falta ser un experto —reflexionó Oliver— para apreciar lo decadente». Y,

desde luego, esta gente era experta.

Por qué vivían tan contentos en este caserón destartalado era algo que perturbaba sus sueños por la noche. O por qué rehusaban mudarse.

Conseguía fascinantes atisbos de sus habitaciones, que parecían haber sido cambiadas casi por completo con adiciones que no podría definir muy claramente por las breves visiones que tenía de ellas.

La sensación de lujo que evocó su primera mirada quedó confirmada por la riqueza de los tapices que al parecer habían traído consigo, los ornamentos medio entrevistos, los cuadros de las paredes, incluso las vaharadas de perfume exótico que brotaba de las puertas entreabiertas.

Veía a las mujeres pasar a su lado por los pasillos, moviéndose suavemente a través de la penumbra marrón con sus vestidos tan increíblemente perfectos, tan ricos, tan vívidamente coloreados que parecían irreales. Aquella pose nacida de la confianza en la subordinación del mundo les daba un imperioso distanciamiento, pero más de una vez Oliver, al encontrar la mirada azul de la mujer del cabello rojo y la piel suave y bronceada, pensó que veía un fugaz interés en ella. La mujer le sonreía en la penumbra y continuaba su camino en una neblina de fragancia y un halo de increíble belleza, y el calor de la sonrisa permanecía después de que ella se hubiera marchado.

Él sabía que la mujer no pretendía que este distanciamiento durara.

Estuvo seguro desde el principio. Cuando llegara el momento, ella propiciaría la oportunidad de estar a solas con él. La idea era confusa y tremendamente excitante. Oliver no podía hacer más que esperar porque sabía que ella le vería cuando quisiera.

Al tercer día, Oliver almorzaba con Sue en un pequeño restaurante del centro, frente a la gran extensión de la metrópoli al otro lado del río.

Sue tenía brillantes rizos castaños y ojos del mismo color, y su barbilla era un poco más prominente de lo que se entiende estrictamente por belleza. Desde la infancia, Sue había sabido lo

que quería y cómo conseguirlo, y a Oliver le parecía que nunca había querido nada con más ansia que la venta de la casa.

—Es una oferta maravillosa para el viejo mausoleo —dijo ella, atropellándose con un gesto de violencia—. Nunca tendremos una oportunidad como ésa, y los precios son tan altos que necesitaremos el dinero para empezar a montar la casa. ¡Seguro que podrás hacer algo, Oliver!

—Lo estoy intentando —le aseguró Oliver, incómodo.

—¿Has oído algo más de la loca que quiere comprarla?

Oliver sacudió la cabeza.

—Su abogado telefoneó ayer otra vez. Nada nuevo. Me pregunto quién será.

—No creo que lo sepa siquiera el abogado. Todo este misterio…, no me gusta, Oliver. Incluso esos Sancisco… ¿Qué han hecho hoy?

Oliver se echó a reír.

—Han pasado una hora telefoneando a cines de la ciudad, comprobando un montón de películas de tercera fila de las que querían ver sólo partes.

—¿Partes? Pero ¿por qué?

—No lo sé. Creo…, oh, nada. ¿Más café?

El problema era que pensaba que lo sabía. Era una suposición demasiado improbable para contársela a Sue, y sin estar familiarizada con las rarezas de los Sancisco ella sólo creería que Oliver estaba perdiendo la chaveta. Pero por su charla, él había sacado la clara impresión de que Había un actor en pequeños fragmentos de aquellas películas cuyas actuaciones mencionaban en forma parecida a la reverencia. Hablaban de él como Golconda, aunque ése no parecía ser su nombre, así que Oliver no tenía forma de adivinar qué oscuro actor era aquel a quien admiraban tan profundamente. Golconda podría haber sido el nombre de un personaje que hubiera interpretado alguna vez…, y con habilidad superlativa, a juzgar por los comentarios de los Sancisco, pero para Oliver no significaba nada en absoluto.

—Hacen cosas curiosas —dijo, removiendo su café por reflejo—. Ayer, Omerie, ése es el hombre, llegó con un libro de poemas publicado hace unos cinco años, y los tres lo trataron como si fuera una primera edición de Shakespeare. Yo ni siquiera había oído hablar del autor pero parece que es un dios en su país, esté donde

esté.

—¿Sigues sin saberlo? ¿No han dejado entrever nada?

—No hablamos mucho —le recordó Oliver con un poco de ironía.

—Lo sé, pero… Oh, bueno, supongo que no importa. Continúa, ¿qué más hicieron?

—Bueno, iban a pasar esta mañana estudiando a «Golconda» y su gran arte, y esta tarde creo que van a ir río arriba a una especie de capilla de la que nunca he oído hablar. No está muy lejos, dondequiera que esté, porque sé que volverán para la cena. Creo que es el lugar de nacimiento de algún gran hombre.

Prometieron traer a casa recuerdos del lugar si podían conseguir alguno. Son turistas típicos, claro, aunque me gustaría adivinar qué hay detrás de todo esto. No tiene sentido.

—Nada relacionado con la casa tiene ningún sentido. Desearía…

Ella continuó hablando con voz petulante, pero Oliver dejó súbitamente de escucharla, porque ante la puerta, caminando con elegancia imperial sobre sus altos tacones, pasó una figura familiar. No le vio la cara, pero pensó que sería capaz de conocer aquella pose, aquella riqueza de línea y movimiento, en cualquier lugar de la tierra.

—Discúlpame un momento —le murmuró a Sue, y se levantó de la silla antes de que ella pudiera hablar.

Llegó a la puerta con media docena de largas zancadas y la hermosa y elegante transeúnte quedó sólo a unos pocos pasos cuando la alcanzó.

Entonces, con las palabras que había pretendido decir convertidas ya en un murmullo, guardó silencio y se quedó mirando.

No era la pelirroja. No era su morena compañera. Era una absoluta desconocida. Se la quedó mirando, mudo, mientras la imperiosa y encantadora criatura seguía avanzando entre la multitud y desaparecía, moviéndose con la pose familiar, la seguridad y una extrañeza igualmente familiar, como si el hermoso y exquisito vestido que llevaba fuera para ella un disfraz exótico, como siempre parecía con las mujeres Sancisco. Las demás mujeres de la calle parecían desaliñadas e incómodas junto a ella. Caminando como una reina, la mujer se fundió en la multitud y

desapareció.

Procedía de su país, se dijo Oliver, aturdido. De modo que alguien más tenía misteriosos inquilinos en este mes de mayo de clima perfecto.

Otra persona se devanaba los sesos en vano con la rareza de las personas de aquella tierra sin nombre.

En silencio, regresó junto a Sue.

La puerta estaba entornada, invitándole. Oliver redujo sus pasos mientras se acercaba, y su corazón empezó a acelerarse. Era la habitación de la mujer pelirroja, y pensaba que la puerta no estaba abierta por accidente. El nombre de la mujer, ahora lo sabía, era Kleph.

La puerta chirrió un poco sobre sus goznes.

—¿No quiere pasar? —dijo desde dentro una voz muy dulce y perezosa.

La habitación parecía muy distinta. La gran cama había sido retirada contra la pared y habían colocado una colcha sobre ella que cubría el suelo a su alrededor como una alfombra peluda, excepto que era de un pálido verdiazul y chispeaba como si cada pelo estuviera rematado por cristales invisibles. Había tres libros abiertos sobre la alfombra, una revista de aspecto muy curioso con letras débilmente luminosas y una página de fotos que a primera vista parecían tridimensionales. Había también una pipa de porcelana rematada por flores de la misma materia, y del cuenco surgía una débil columna de humo Sobre la cama colgaba un gran cuadro que mostraba un agua azul tan real que Oliver tuvo que mirar dos veces para asegurarse de que no ondulaba suavemente de izquierda a derecha. De un cordón de vidrio en el techo colgaba un globo de cristal. Giraba lentamente y la luz de las ventanas creaba rectángulos curvados en sus lados.

Bajo la ventana central había una especie de sofá que Oliver nunca había visto antes. Sólo pudo suponer que era neumático en parte y que lo habían traído en el equipaje. Había una tela de caro aspecto cubriéndolo y ocultándolo, envolviéndolo todo de brillantes dibujos metálicos.

Kleph se retiró lentamente de la puerta y se hundió en el sofá con un suspirito de alivio. El sofá se amoldó inmediatamente a su cuerpo con lo que pareció un confort delicioso. Kleph se rebulló un

poco y luego sonrió a Oliver.

—Pase. Siéntese ahí, donde pueda ver la ventana Me encanta su hermoso clima primaveral. Ya sabe, nunca hubo un mayo como éste en los tiempos civilizados —habló con bastante seriedad, con los ojos azules fijos en los de Oliver, y había un tono de dominio en su voz como si el clima hubiera sido dispuesto especialmente para ella.

Oliver empezó a cruzar la habitación y entonces se detuvo y miró sorprendido al suelo, que parecía inestable. No había advertido antes que la alfombra era absolutamente blanca, inmaculada, y se hundía aproximadamente una pulgada bajo la presión de sus pies. Vio entonces que los pies de Kleph estaban descalzos, o casi. Llevaba algo parecido a zapatillas hechas de una especie de película entretejida que se ajustaban a sus pies perfectamente. Las suelas desnudas eran de color rosa y las uñas tenían un brillo líquido, como pequeños espejos. Oliver se acercó, y no se sorprendió como hubiera debido al ver que eran realmente espejos diminutos pintados con una laca que les daba una superficie reflejante.

—Siéntese —repitió Kleph, agitando un brazo en dirección a una silla, junto a la ventana.

Llevaba una bata que parecía recortada y suelta, pero que seguía perfectamente cada movimiento que hacía Y había algo curiosamente diferente en su forma hoy. Cuando Oliver la veía con ropa de calle, tenía la figura esbelta y de hombros cuadrados que todas las mujeres ansían, pero con esta bata parecía…, bueno, diferente. Hoy había una especie de inclinación como de cisne en sus hombros, una redondez y suavidad en ella que parecía extraña y muy atractiva.

—¿Quiere un poco de té? —preguntó Kleph, y sonrió cálidamente.

Había una bandeja y varias tacitas cubiertas en una mesita entre ellos, cosas encantadoras con un brillo interno, como cuarzo rosado, un color que brillaba profundamente como del interior de varias capas de transparencia. Ella tomó una de las tazas (no había platos) y se la ofreció a Oliver.

La taza le pareció frágil y delgada en la mano. No pudo ver su contenido a causa de la tapa, que parecía unida a la taza y que sólo dejaba una pequeña media luna abierta en el borde. Brotaba humo

de la abertura.

Kleph tomó una taza a su vez y se la llevó a los labios, sonriendo a Oliver por encima del borde. Era muy hermosa. El cabello rojo claro peinado en brillantes bucles a un lado de la cabeza y la corona de rizos como un halo sobre la frente podrían haber sido colocados como una corona. Cada cabello conservaba tan perfectamente el orden, como si hubiera sido pintado, aunque la brisa que entraba por la ventana los agitaba de vez en cuando.

Oliver probó el té. Su sabor era exquisito, muy caliente, y el regusto que quedaba en la lengua después era como el aroma de las flores. Era una bebida extremadamente femenina. Volvió a sorber, y se sorprendió al descubrir cuánto le gustaba.

El aroma a flores pareció aumentar mientras bebía, girando como humo alrededor de la cabeza.

Después del tercer sorbo, notó un débil zumbido en los oídos. Las abejas entre las flores, quizá, pensó incoherentemente, y volvió a sorber.

Kleph le observaba, sonriendo.

—Los otros estarán fuera toda la tarde —le dijo a Oliver tranquilamente—. Pensé que eso nos proporcionaría una ocasión agradable para conocernos.

—¿Qué la hace hablar así? —se oyó decir Oliver, horrorizado.

No había pretendido hacer la pregunta; algo parecía haber aflojado su control sobre su propia lengua.

La sonrisa de Kleph aumentó. Se llevó la taza a los labios, y había indulgencia en su voz cuando dijo:

—¿A qué se refiere?

Oliver agitó la mano vagamente y notó con sorpresa que parecía tener seis o siete dedos mientras se movía ante la cara.

—No sé…, a la precisión, supongo. ¿Por qué no habla con giros más coloquiales?

—En nuestro país nos instruyeron para hablar con precisión —explicó Kleph—. Asimismo, somos instruidos para movernos, vestirnos y pensar con precisión. Cualquier descuido es reprimido en la infancia. Entre ustedes, naturalmente, esto no es un fetiche nacional. Entre nosotros, tenemos tiempo para las amenidades. Nos gustan.

Su voz se había vuelto más y más dulce mientras hablaba, hasta

que se hizo indistinguible de la dulzura del aroma de flores en la cabeza de Oliver y el delicado sabor del té.

—¿De qué país vienen? —preguntó él, y cogió la taza para volver a beber, medio sorprendido al advertir que parecía inacabable.

La sonrisa de Kleph fue claramente superior en esta ocasión, lo que no irritó a Oliver. Nada podría irritarle ahora. Toda la habitación flotaba en un hermoso brillo rosado tan fragante como las flores.

—No debemos hablar de eso, señor Wilson.

—Pero… —Oliver hizo una pausa. Después de todo, no era asunto suyo—. ¿Esto son unas vacaciones? —preguntó vagamente.

—Llámelo una peregrinación, tal vez.

—¿Peregrinación? —Oliver se interesó tanto que por un instante su mente se centró—. ¿A…, qué?

—No debería haber dicho eso, señor Wilson. Por favor, olvídelo. ¿Le gusta el té?

—Mucho.

—Ya habrá supuesto que no es sólo té, sino un euforizante.

Oliver se sorprendió.

—¿Euforizante?

Kleph hizo en el aire un círculo descriptivo con una mano, y se echó a reír.

—¿No siente todavía los efectos? ¿Seguro que no?

—Me siento como me sentiría después de haber tomado cuatro *whiskies* —dijo Oliver.

Kleph se encogió delicadamente de hombros.

—Tratamos nuestra euforia menos dolorosamente. Y sin los efectos posteriores que solían tener sus bárbaros alcoholes —se mordió el labio—. Lo siento. Debo de estar eufórica para hablar tan libremente. Por favor, perdóneme. ¿Escuchamos un poco de música?

Kleph se inclinó hacia atrás en el sofá y extendió la mano hacia la pared. La manga, al caer de su brazo redondo y bronceado, dejó al desnudo el interior de la muñeca, y Oliver se sorprendió al ver el largo rastro rosado de una cicatriz. Sus inhibiciones se habían disuelto en los humos del fragante té; contuvo la respiración y se echó hacia adelante para mirar.

Con un rápido gesto, Kleph cubrió la cicatriz con la manga. Bajo el suave bronceado, el color acudió a su cara y no quiso mirar a Oliver a los ojos. Una extraña vergüenza parecía haber caído sobre ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Oliver, sin ningún tacto—. ¿Qué pasa?

Ella siguió sin mirarle. Mucho más tarde, él comprendió aquella vergüenza y supo que tenía razones para ello. Ahora escuchó con la mente en blanco mientras ella decía:

—Nada…, nada en absoluto. Una…, una vacuna. Todos nosotros…, oh, no importa. Escuche la música.

Esta vez extendió el otro brazo. No tocó nada, pero cuando acercó la mano a la pared un sonido cubrió la habitación. Era el sonido del agua, el susurro de las olas lamiendo la playa. Oliver siguió la mirada de Kleph hacia el cuadro del agua azul sobre la cama.

Las olas se movían. Más aún, el punto de visión se movía. Lentamente, el paisaje marino avanzó moviéndose con las olas, siguiéndolas hacia la costa. Oliver observó, medio hipnotizado por un movimiento que parecía a la vez aceptable y no del todo sorprendente.

Las olas se alzaron, rompieron en cascada y corrieron hacia una playa arenosa. Entonces, a través del sonido del agua, empezó a sonar la música, y a través del agua misma la cara de un hombre apareció en el marco, sonriendo íntimamente a la habitación. Sostenía un instrumento extrañamente arcaico, en forma de laúd, con el cuerpo veteado de claro y oscuro como un melón, y cuyo largo cuello se curvaba por encima de su hombro. El hombre cantaba, y Oliver se sintió un poco sorprendido por la canción.

Era muy familiar y a la vez muy extraña. Examinó los raros ritmos y por fin encontró una pista para descubrir la canción…, era *Make-Believe*, de Barco fluvial, pero desde luego un barco fluvial que nunca había surcado el Mississippi.

—¿Qué está haciendo? —preguntó después de unos instantes de atención—. ¡Nunca he oído nada así!

Kleph se rió y volvió a alargar el brazo.

—Lo llamamos kylear —dijo enigmáticamente—. No importa. ¿Qué le parece esto?

Era un comediante, un hombre medio disfrazado de payaso, con los ojos tan exagerados que parecían cubrirle media cara. Se encontraba junto a una gran columna de cristal ante una cortina oscura y cantaba una alegre canción en *stacatto* intercalada con ruidos acompasados que parecían improvisados, y mientras tanto su mano izquierda hacía un intrincado movimiento musical sobre las clavijas de la columna. Los ritmos de sus uñas se mezclaban con la canción y se perdían en pautas propias, y volvían a mezclarse sin interrupción.

Era difícil de seguir. La canción tenía aún menos sentido que el monólogo, que tenía algo que ver con una zapatilla perdida y estaba llena de alusiones que hacían sonreír a Kleph, pero que resultaban completamente incomprensibles para Oliver. El hombre tenía un estilo seco y duro que no era muy divertido, aunque Kleph parecía fascinada. Oliver se interesó al ver en él una extensión y una variación de aquella extrema confianza que marcaba a los tres Sanciscos. Pensó que era claramente una marca racial.

Siguieron otras actuaciones, algunas de ellas fragmentadas, como sacadas de una versión más completa.

Conocía una. La pegadiza melodía le llamó la atención antes que las figuras: hombres desfilando contra la bruma, una gran bandera ondeando tras ellos en el humo y figuras de fondo dando grandes zancadas y gritando rítmicamente: «¡Adelante, adelante van las banderas de lis!».

La música resonaba, las imágenes eran difusas y pobremente coloreadas, pero había un gusto en la actuación que captó la imaginación de Oliver. Se quedó mirando mientras recordaba una antiquísima película.

Dennis King y un coro harapiento cantando la canción de los vagabundos en… ¿Rey vagabundo?

—Muy antigua —dijo Kleph, a modo de disculpas—. Pero me gusta.

El vapor del mareante té giraba entre Oliver y el cuadro. La música subía y bajaba a través de la habitación, los fragantes humos y su propio cerebro eufórico. Nada parecía extraño. Había descubierto cómo beber el té. Como el óxido nítrico, el afecto no era acumulativo. Cuando se llegaba a una cima de euforia, no se podía aumentar. Era mejor esperar para sumergirse levemente en el

efecto del estimulante antes de tomar más.

Por lo demás, tenía la mayoría de los efectos del alcohol. Después de un rato todo se disolvió en una deliciosa niebla a través de la cual todo lo que veía era uniformemente encantador y como salido de un sueño. No se preguntaba nada. Más tarde, no estaría seguro de cuánto había soñado realmente.

Estaba la muñeca bailarina, por ejemplo. La recordaba claramente: una mujer pequeña y esbelta de larga nariz, ojos oscuros y mandíbula puntiaguda. Se movía delicadamente a través de la blanca alfombra…, a la altura de las rodillas, exquisita. Sus rasgos eran tan móviles como su cuerpo, y danzaba de forma liviana, con fuertes zancadas que resonaban como una campana. Era una especie de danza ceremonial, y cantaba incansablemente como acompañamiento, haciendo divertidas muecas.

Ciertamente, era una muñeca-retrato, dirigida para imitar al original perfectamente en voz y movimientos. Después, Oliver creyó que debía haberlo soñado.

No pudo recordar qué más sucedió. Sabía que Kleph había dicho algunas cosas curiosas, pero todas tuvieron sentido en su momento, aunque después no pudo recordar ni una palabra. Sabía que le había ofrecido unos caramelos brillantes en un plato transparente, y que algunos de ellos le habían sabido deliciosos y otros tan amargos que su lengua aún se agitaba al día siguiente cuando los recordaba, y uno (Kleph los chupaba con afán) tenía un gusto puramente nauseabundo.

Y en cuanto a la propia Kleph, Oliver no estaba seguro de lo que había pasado realmente. Pensaba que podía recordar la suavidad de sus brazos tras su cuello, mientras se reía ante él y le exhalaba a la cara la fragancia floral del té. Pero aparte de eso, Oliver no podía recordar nada más.

Hubo un breve intervalo más tarde, antes del olvido producido por el sueño. Estaba casi seguro de que recordaba un momento en que los otros dos Sanciscos se le quedaron mirando, el hombre con el ceño fruncido, la mujer sonriendo burlonamente.

—Kleph, sabes que esto va contra todas las reglas… —dijo el hombre desde una enorme distancia.

Su voz comenzó con un tenue murmullo y voló fantásticamente más allá del radio de su audición.

Oliver creía recordar la risa de la mujer morena, débil y distante también, y el zumbido de su voz como abejas en vuelo.

—Kleph, pequeña idiota, ¿nunca podremos perderte de vista?

Entonces, la voz de Kleph dijo algo que no parecía tener sentido:

—¿Importa aquí?

El hombre contestó con aquel murmullo lejano y zumbante.

—… cuestión de tu compromiso antes de marchar, no interferir. Sabes que firmaste las reglas…

Y la voz de Kleph, más cercana y más inteligible:

—Pero aquí la diferencia es… ¿Aquí no importa? Los dos lo sabéis. ¿Cómo podría importar?

Oliver sintió el roce de la manga de ella contra su mejilla, pero no vio nada excepto el lento reflujo como de humo y la oscuridad ante sus ojos.

Oyó las voces discutir musicalmente en la distancia, y las oyó cesar.

Cuando despertó a la mañana siguiente, solo en su propia hal itación, lo hizo con el recuerdo de los ojos de Kleph mirándole pesarosamente, su hermosa cara bronceada observándole, el pelo rojo cayendo a cada lado y su tristeza y compasión. Pensó que probablemente lo había soñado. No había ninguna razón para que nadie le mirara con esa tnsteza.

Sue le telefoneó.

—Oliver, la gente que quiere comprar la casa está aquí. La loca y su marido. ¿Los llevo?

La mente de Oliver había estado nublada todo el día con los vagos y asombrosos recuerdos del día anterior. La cara de Kleph seguía flotando ante él, anulando la habitación.

—¿Qué? Yo…, oh, bueno, tráelos si quieres —dijo—. Pero no veo de qué va a servir.

—Oliver, ¿qué te pasa? Acordamos que necesitábamos el dinero, ¿no? No comprendo cómo puedes siquiera pensar en pasar por alto una oferta tan maravillosa sin mover un dedo. Podríamos casarnos y comprar nuestra propia casa ahora mismo, y sabes que nunca nos harán una oferta así por ese viejo montón de basura. ¡Despierta, Oliver!

Oliver hizo un esfuerzo.

—Lo sé, Sue… Lo sé. Pero…

—¡Oliver, tienes que pensar algo! —Su voz era imperiosa.

Oliver sabía que ella tenía razón. Con Kleph o sin Kleph, el acuerdo no debería ser ignorado si había alguna forma de echar a los inquilinos.

Volvió a preguntarse por qué la casa parecía tan súbitamente valiosa para tanta gente. Y qué tenía que ver la última semana de mayo con todo aquello.

Una súbita curiosidad taladró las brumas de su mente. La última semana de mayo era tan importante que toda la venta de la casa se basaba en ocuparla para esa fecha. «¿Por qué? ¿Por qué?».

—¿Qué va a pasar la semana que viene? —preguntó retóricamente al teléfono—. ¿Por qué no pueden esperar a que esa gente se marche? Estaría dispuesto a rebajar un par de miles del precio si…

—¡Ni hablar, Oliver Wilson! Podemos comprar todos nuestros refrigeradores con ese dinero extra.

Tendrás que idear un medio para entregarles la casa la semana que viene, y eso es todo. ¿Me oyes?

—No te canses —dijo él pacíficamente—. Sólo soy humano, pero lo intentaré.

—Voy a llevarlos para allá —le dijo Sue—. Mientras los Sancisco están todavía fuera. Ahora pon la mente a trabajar y piensa en algo, Oliver. —Hlzo una pausa, y cuando volvió a hablar su voz sonó reflexiva—: Son…, terriblemente raros, querido.

—¿Raros?

—Ya los verás.

Eran una mujer mayor y un hombre muy joven. Oliver supo inmediatamente qué era lo que había llamado la atención de Sue. No se sorprendió al ver que los dos llevaban la ropa con el aire familiar de elegante despreocupación que tan bien conocía ya. También ellos miraban a su alrededor con satisfecha indolencia y una leve condescendencia. Oliver supo antes de oírlos hablar lo musicales que serían sus voces y lo meticulosamente que pronunciarían cada palabra.

No había ninguna duda. La gente del misterioso país de Kleph estaba llegando a oleadas…, por algo.

¿Para la última semana de mayo? Se encogió de hombros mentalmente; no había forma de adivinarlo…, todavía. Estaba

seguro de una cosa: todos ellos debían proceder de aquella tierra sin nombre donde la gente controlaba sus voces como cantantes y sus ropas como actores que podían detener la bobina del tiempo para ajustar cada pliegue desordenado.

Desde el principio, la mujer mayor tomó todo el peso de la conversación. Se quedaron juntos en el porche ajado y sin pintar, y Sue no tuvo ni siquiera oportunidad para hacer las presentaciones.

—Joven, soy Madame Hollia. Éste es mi marido —su voz tenía un tono subyacente de rudeza, quizá debido a la edad.

Y su cara parecía casi encorsetada, la carne floja convertida en algo parecido a la firmeza por algún método invisible que Oliver no podía imaginar. El maquillaje era tan habilidoso que ni siquiera estaba seguro de que fuera maquillaje, pero tenía la clara sensación de que la mujer era mucho mayor de lo que aparentaba. Haría falta toda una vida de dar órdenes para poner tanta autoridad en aquella áspera y profunda voz controlada musicalmente.

El joven no dijo nada. Era muy guapo. Su clase, al parecer, era de las que no cambian mucho no importa a qué cultura o país pertenezcan. Llevaba ropa magníficamente cortada y portaba en una mano enguantada una caja de cuero rojo, del tamaño y la forma aproximada de un libro.

—Comprendo su problema respecto a la casa —continuó Madame Hollia—. Desea vendérmela, pero está atado legalmente por su contrato con Omerie y sus amigas. ¿No es así?

Oliver asintió.

—Pero…

—Déjeme terminar. Si Omerie se viera obligado a marcharse antes de la semana próxima, aceptaría nuestra oferta. ¿No? Muy bien. ¡Hara! —Volvió la cabeza hacia el muchacho que la acompañaba.

Éste la atendió al instante, y se inclinó levemente.

—Sí, Hollia —dijo, y se metió una mano enguantada en la chaqueta.

Madame Hollia cogió el pequeño objeto que él ofrecía en su palma, haciendo un gesto casi imperial, como si su brazo extendido estuviera cubierto por ropas reales.

—Aquí hay algo que puede ayudarnos. Querida —se volvió hacia Sue—, si puede esconder esto en algún lugar de la casa, creo

que sus inquilinos no deseados no les molestarán mucho más.

Sue tomó el objeto con curiosidad. Parecía una cajita de plata, de una pulgada cuadrada, con la superficie dentada y sin ninguna línea que mostrara que podía abrirse.

—Espere un momento —interrumpió Oliver, incómodo—. ¿Qué es eso?

—Nada que dañe a nadie, se lo aseguro.

—Entonces, ¿qué…?

El imperioso gesto de Madame Hollia le silenció de inmediato e hizo que Sue se adelantara.

—Continúe, querida. De prisa, antes de que vuelva Omerie. Puedo asegurarle que no hay peligro para nadie.

—Madame Hollia —volvió a interrumpir Oliver, decidido—, tendré que saber cuáles son sus planes. Yo…

—¡Oh, Oliver, por favor! —Los dedos de Sue se cerraron sobre el cubo plateado—. No te preocupes.

Estoy segura de que Madame Hollia sabe lo que hace. ¿Quieres echar a esa gente?

—Por supuesto que sí. Pero no quiero que la casa estalle o…

La profunda risa de Madame Hollia fue indulgente.

—Nada tan burdo, se lo prometo, señor Wilson. ¡Recuerde, queremos la casa! De prisa, querida.

Sue asintió y se introdujo rápidamente en el pasillo. Superado numéricamente, Oliver se rindió. El joven, Hara, dio un negligente golpecito con el pie y admiró la luz del sol mientras esperaban. Era una tarde tan perfecta como todas las de mayo, de un dorado translúcido, tocada con un tonillo frío en el aire que servía como perfecto contraste con el verano ya cercano. Hara miró a su alrededor confiadamente, como un hombre que paga justo tributo a un escenario dispuesto por completo para él.

Incluso observó un zángano que volaba y siguió el rumbo de un gran avión intercontinental medio disuelto en una bruma dorada junto al sol.

—Magnífico —murmuró con voz satisfecha.

Sue regresó y pasó la mano por el brazo de Oliver, que apretó excitada.

—Ya está —dijo—. ¿Cuánto tiempo tardará, Madame Hollia?

—Eso dependerá, querida. No mucho. Ahora, señor Wilson, unas

palabras con usted. ¿Vive también aquí? Por su bien, acepte mi consejo y…

Una puerta se cerró en algún lugar de la casa y una voz clara y aguda cantó una escala sin palabra.

Entonces oyeron pasos en la escalera, y un verso de una canción: Ven, acércale mi amor.

Hara se sobresaltó y estuvo a punto de dejar caer la caja de cuero rojo que llevaba.

—¡Kleph! —dijo en un susurro—. O Klia. Sé que las dos acaban de llegar de Canterbury. Pero creía…

—Calla —los rasgos de Madame Hollia adquirieron una imperiosa neutralidad.

Respiró triunfalmente por la nariz, se dio la vuelta y se encaró a la puerta.

Kleph llevaba la misma túnica suave que Oliver había visto antes, pero hoy no era blanca, sino de un azul claro que daba a su bronceado un tono de albaricoque. Sonreía.

—¡Vaya, Hollia! —Su tono era completamente musical—. Me pareció reconocer voces muy conocidas.

Cuánto me alegro de verte. Nadie sabía que vendrías al… —se interrumpió, miró a Oliver y luego volvió a desviar la mirada—. Y Hara también está aquí —dijo—. Qué agradable sorpresa.

—¿Cuándo ha regresado? —preguntó Sue llanamente.

Kleph le sonrió.

—Usted debe de ser la pequeña señorita Johnson. No he salido. Estaba cansada de visitas. He estado durmiendo en mi habitación.

Sue inspiró y el gesto terminó siendo un bufido de incredulidad. Una mirada destelló entre las dos mujeres, se mantuvo por un instante, y ese instante fue atemporal. Fue una pausa extraordinaria en la que se desarrolló gran cantidad de comunicación sin palabras en el espacio de un segundo.

Oliver vio la cualidad de la sonrisa que Kleph ofrecía a Sue, esa misma expresión de tranquila confianza que había advertido con tanta frecuencia en aquella extraña gente. Vio el rápido repaso que Sue daba a la otra mujer, y cómo cuadraba los hombros y se enderezaba, alisando su vestido de verano sobre sus planas caderas, de forma que durante un instante posó conscientemente, mirando con desdén a Kleph.

Fue deliberado. Asombrado, Oliver volvió a mirar a Kleph.

Los hombros de Kleph se hundieron suavemente, llevaba la bata sujeta a la cintura y le colgaba francamente en profundos pliegues alrededor de las caderas redondeadas. Sue era la figura a la moda, pero fue la primera en rendirse.

La sonrisa de Kleph no vaciló. Pero en el silencio se produjo un brusco cambio de valores, basado solamente en la inconmensurable cualidad de la confianza de Kleph en sí misma, la sonrisa silenciosa y segura. De repente quedó muy claro que la moda no es una constante. Las curiosas curvas pasadas de moda de Kleph se convirtieron sin aviso en la norma, y Sue se convirtió en una criatura extraña, angulosa y medio masculina junto a ella.

Oliver no tenía ni idea de cómo había sucedido esto. De algún modo la autoridad pasó en un instante de una mujer a otra. La belleza es casi por completo cuestión de moda; lo que es hermoso hoy habría sido grotesco un par de generaciones antes y será grotesco un par de generaciones después. Será peor que grotesco; será pasado de moda y por tanto levemente ridículo.

Eso era Sue. Kleph sólo tenía que ejercer su autoridad para dejarlo claro a todos los que estaban en el porche. Kleph era una belleza, súbita y muy convincentemente, hermosa en la moda aceptada, y Sue estaba burlonamente pasada de moda, era un anacronismo con su esbeltez y sus hombros cuadrados.

No encajaba. Resultaba grotesca entre estas personas extrañamente inmaculadas.

El desplome de Sue fue completo. Pero el orgullo y el asombro la sostuvieron. Probablemente nunca llegó a entender por completo lo que pasaba. Dirigió a Kleph una mirada de ardiente resentimiento y cuando sus ojos volvieron a Oliver había en ellos recelo y desconfianza.

Al recordarlo más tarde. Oliver pensó que en ese momento, claramente por primera vez, empezó a sospechar la verdad. Pero no tuvo tiempo para reflexionar al respecto, pues después del breve instante de enemistad las tres personas de alguna parte empezaron a hablar de inmediato, como en un intento premeditado para cubrir algo que no querían que fuera advertido.

—Este hermoso clima… —dijo Kleph.

—Eres tan afortunada de tener esta casa —dijo Madame Hollia.

—Cenbe te envió esto, Kleph. Lo último —dijo Hara más fuerte que nadie, alzando la caja de cuero rojo.

Kleph extendió ansiosamente las dos manos, y las mangas se replegaron en sus brazos. Oliver advirtió rápidamente aquella misteriosa cicatriz antes de que la manga volviera a su lugar, y le pareció que había un débil rastro de una cicatriz similar en la muñeca de Hara.

—¡Cenbe! —exclamó Kleph, con voz aguda, dulce y complacida —. ¡Qué maravilloso! ¿De qué período?

—De noviembre de mil seiscientos sesenta y cuatro —dijo Hara —. Londres, por supuesto, aunque creo que puede haber algún contrapunto de noviembre de mil trescientos cuarenta y siete. No lo ha terminado, naturalmente —miró nervioso a Oliver y Sue—. Un ejemplo maravilloso. Maravilloso. Si se tiene el gusto para ello, desde luego.

Madame Hollia se encogió de hombros con poderosa delicadeza.

—¡Ese hombre! —dijo—. Fascinante, por supuesto…, un gran hombre. ¡Pero… tan avanzado!

—Hace falta ser un experto para apreciar por completo el trabajo de Cenbe —dijo Kleph con voz levemente mordaz—. Todos estamos de acuerdo en eso.

—Oh, sí, todos conocemos a Cenbe —concedió Hollia—. Confieso que ese hombre me asusta un poco, querida. ¿Esperamos que se reúna con nosotros?

—Eso supongo —dijo Kleph—. Si su…, trabajo no ha terminado todavía, entonces seguro. Ya conoces los gustos de Cenbe.

Hollia y Hara se echaron a reír.

—Entonces va sé cuándo buscarle —dijo Hollia. Miró al sorprendido Oliver y la sometida pero furiosa Sue, y volvió a llevar la conversación a su tema—. Eres tan afortunada, querida Kleph, al tener esta casa —declaró pesadamente—. Vi un tridimensional de ella…, después, y aún era bastante perfecta. Qué afortunada coincidencia. ¿No consideraríais cambiar vuestro contrato? Digamos por un trono en…

—Nada podría comprarnos. Hollia —le dijo Kleph alegremente, apretando la caja roja contra su vientre.

Hollia le dirigió una fría mirada.

—Podéis cambiar de opinión, mi querida Kleph —pontificó—.

Aún hay tiempo. Siempre podéis poneros en contacto con nosotros a través del señor Wilson. Tenemos habitaciones calle arriba, en Montgomery House… Nada como lo vuestro, naturalmente, pero servirán. Para nosotros, servirán.

Oliver parpadeó. Montgomery House era el hotel más caro de la ciudad. Comparado con esta vieja casa que se caía a trozos, era un palacio.

No Había forma de comprender a esta gente. Sus valores parecían haber sufrido una inversión completa.

Madame Hollia se dirigió majestuosamente hacia los escalones.

—Encantada de haberte visto, querida —dijo por encima del hombro—. Disfrutad de vuestra estancia.

Mis saludos a Omerie y Klia. Senor Wilson… —Hizo un ademán hacia el camino—. Quiero hablar con usted.

Oiiver la siguió calle abajo. Madame Hollia se detuvo y le tocó el brazo.

—Un consejo —dijo bruscamente—. ¿Dijo que dormía usted aquí? Múdese, joven. Múdese antes de esta noche.

Oliver buscaba sin seguir ningún método el escondite que Sue había encontrado para el misterioso cubo plateado cuando los primeros sonidos empezaron a llegarle desde la escalera. Kleph había cerrado la puerta, pero la casa era vieja y extrañas cualidades en el sonido de arriba parecían filtrarse a través de la madera como una gotera casi visible.

En cierto modo era música. Pero era mucho más. Era un sonido terrible, los sonidos de calamidad y de todas las reacciones humanas a la calamidad, desde la histeria hasta la angustia, desde la alegría irracional a la aceptación racionalizada.

La calamidad era… única. La música no intentaba poner en correlación todas las penas humanas; se centraba bruscamente en una y seguía las ramificaciones hacia afuera. Oliver reconoció las bases de los sonidos en un levísimo instante. Eran esenciales, y parecían batir en su cerebro con los primeros acordes de la música, que era mucho más que música.

Pero cuando alzó la cabeza para escuchar, perdió toda comprensión sobre el significado del sonido y todo fue mezcolanza y confusión. Pensar en ello era nublar la mente desesperanzadamente, y no pudo recobrar aquel primer instante de

aceptación irracional.

Subió la escalera casi en trance, sin saber apenas lo que hacía. Abrió la puerta de Kleph. Miró en el interior…

Después no pudo recordar exactamente lo que vio allí, excepto en una niebla borrosa tan vaga como las ideas difusas que la música despertaba en su cerebro. Media habitación se había desvanecido tras una bruma, y la bruma era una pantalla tridimensional sobre la que había proyectadas… No había palabras. Ni siquiera estaba seguro de que las proyecciones fueran visuales. La bruma giraba con movimiento y sonido, pero esencialmente lo que Oliver vio no era ni sonido ni movimiento.

Era una obra de arte. Oliver no conocía ningún nombre para ello.

Trascendía todas las formas de arte que conocía, las mezclaba y producía sutilezas de esa mezcla que su mente no llegaba a captar. Básicamente, era el intento de un maestro compositor de poner en correlación todos los aspectos esenciales de una vasta experiencia humana en algo que podía ser transferido en unos pocos momentos a todos los sentidos a la vez.

Las visiones cambiantes de la pantalla no eran imágenes en sí mismas, sino atisbos de imágenes, contornos sutilmente seleccionados que pulsaban la mente y de un diestro toque hacían que acordes completos resonaran a través de la memoria. Quizá cada espectador reaccionara de forma diferente, ya que la verdad de la imagen se encontraba en el ojo y la mente del espectador. No habría dos personas conscientes del mismo panorama sinfónico, pero cada una vería desplegarse esencialmente la misma terrible historia.

Todos los sentidos eran tocados por aquel genio diestro e implacable.

Color, forma y movimiento fluctuaban en la pantalla, insinuando mucho, evocando recuerdos insoportables en las profundidades de la mente; de la pantalla emanaban olores y tocaban el corazón del espectador con más agudeza de lo que podría hacer ninguna visión. La piel reaccionaba a veces como si una tangible mano fría la hubiera tocado. La lengua reaccionaba con recordadas amarguras y dulzores.

Era abrumador. Violaba las intimidades más profundas de la

mente del hombre, convocaba secretos largamente ocultos bajo cicatrices mentales, forzaba su terrible mensaje implacablemente sobre el espectador, aunque la mente amenazara con romperse bajo su presión. Y sin embargo, a pesar de toda esta vívida consciencia, Oliver no sabía qué calamidad retrataba la pantalla. No dudaba que era real, vasta y abrumadoramente temible. Era innegable que había sucedido una vez. Atisbó destellos de rostros humanos distorsionados por el temor y la enfermedad y la muerte…, rostros reales, rostros que habían vivido una vez y que ahora eran vistos en el instante de morir. Vio a hombres y mujeres con ricos ropajes superpuestos sobre miles de personas harapientas, grandes tropeles pasaron en un instante, y vio que la muerte no hacía ninguna distinción entre ellos.

Vio mujeres hermosas reír y agitar sus cabellos, y la risa se convirtió en aguda histeria y la histeria en música. Vio la cara de un hombre, una y otra vez: una cara larga y melancólica, llena de arrugas, pesarosa, la cara de un hombre poderoso, sabio y mundano, urbano…, e indefenso.

Aquella cara fue durante un rato un motivo recurrente, siempre más torturada, más indefensa que antes.

La música se interrumpió en mitad de un *crescendo*. La bruma se desvaneció y la habitación reapareció ante él. A Oliver le pareció que por un instante la cara sombría y angustiada se imprimía por todas partes que miraba, como un fosfeno en los párpados. Conocía aquella cara.

La había visto antes, no a menudo, pero debería conocer su nombre.

—Oliver, Oliver… —Surgió de la niebla la dulce voz de Kleph.

Él estaba aturdido y se apoyaba contra el quicio de la puerta, mirándola a los ojos. También ella tenía aquella expresión mareada que él debía mostrar en su propio rostro. El poder de la temible sinfonía todavía los atenazaba a ambos. Pero incluso en este confuso momento Oliver vio que Kleph había disfrutado del ejercicio.

Se sintió profundamente mareado, aturdido y lleno de repulsión a causa de la superposición de miserias humanas que acababa de contemplar. Pero Kleph…, en su cara sólo se veía aprecio. Para ella había sido solamente magnificencia.

Oliver recordó los nauseabundos caramelos que le gustaban a ella, los nauseabundos olores de la extraña comida que a veces brotaban de su habitación.

¿Qué era lo que ella había dicho abajo un rato antes? Sólo un experto podría apreciar un trabajo tan…, tan avanzado como el del llamado Cenbe.

Una bocanada de intoxicante dulzor pasó ante la cara de Oliver. Le colocaron algo frío y suave en la mano.

—Oh, Oliver, lo siento tanto —murmuró apesadumbrada la voz de Kleph—. Tenga, beba el euforizante y se sentirá mejor. ¡Por favor, beba!

Notó en la lengua la fragancia familiar del té dulce y caliente antes de darse cuenta de que había accedido a beberlo. Sus vapores relajantes subieron a su cerebro y en un momento el mundo volvió a parecerle estable. La habitación era como siempre lo había sido. Y Kleph…

Sus ojos eran muy brillantes. En ellos había simpatía hacia él, pero ella misma estaba aún disfrutando de lo que acababa de experimentar.

—Venga y siéntese —dijo amablemente, tirándole del brazo—. Lo siento tanto, no debería haberlo puesto estando usted aquí para poder oírlo. No tengo excusa, realmente. Es que olvidé qué efecto tendría sobre alguien que nunca hubiera oído antes las sinfonías de Cenbe. Estaba tan impaciente por ver lo que había hecho con… con su nuevo tema. ¡Lo siento muchísimo, Oliver!

—¿Qué era eso? —La voz le sonó más firme de lo que esperaba.

El té era el responsable. Volvió a dar un sorbo, contento por la euforia consoladora que producía su fragancia.

—Una…, una interpretación compuesta de… ¿Oh, Oliver, sabe que no puedo responder preguntas?

—Pero…

—No, beba su té y olvide lo que ha visto. Piense en otras cosas. Venga, escucharemos música…, otro tipo de música, algo alegre…

Extendió la mano hacia la pared junto a la ventana, y como antes.

Oliver vio el amplio cuadro de agua azul sobre la cama ondear y palidecer. Otra escena empezó a formarse como olas alzándose bajo la superficie del mar.

Divisó un escenario de oscuro telón sobre el que se movía un hombre dando largas e inquietas zancadas, con una oscura túnica estrecha y calzas, las manos y el rostro sorprendentemente pálidos contra el negro que lo envolvía. Cojeaba; era jorobado y pronunciaba versos familiares.

Oliver había visto a John Barrymore una vez como Ricardo III y le pareció vagamente sorprendente que ningún otro actor ensayara aquel difícil papel. Nunca había visto a éste antes pero el hombre tenía unos modales fascinantemente tranquilos y su interpretación del rey Plantagenet era bastante nueva y algo con lo que Shakespeare nunca habría soñado.

—No —dijo Kleph—, esto no. Nada sombrío —y volvió a extender la mano.

El desconocido Ricardo se difuminó y se produjo un remolino de imágenes y voces cambiantes, todas juntas, hasta que la escena se solidificó en un escenario lleno de bailarinas con pálidos tutús de *ballet* que ejecutaban sin esfuerzo una complicada serie de movimientos. La música que acompañaba la imagen era también liviana y sin esfuerzo. La habitación se llenó de la clara y flotante melodía.

Oliver soltó su taza. Ahora se sentía mucho más seguro de sí mismo, y pensó que el euforizante había hecho por él todo lo que podía. No quería que su mente volviera a nublarse. Había cosas que pretendía conocer. Ahora. Consideró cómo empezar.

Kleph le miraba.

—Esa Hollia —dijo súbitamente—. ¿Quiere comprar la casa?

Oliver asintió.

—Ofrece mucho dinero. Va a sentirse horriblemente decepcionada si… —vaciló.

Tal vez, después de todo, Sue no se sintiera decepcionada. Recordó el pequeño cubo plateado con la enigmática función y se preguntó si debería mencionárselo a Kleph. Pero el euforizante todavía no había alcanzado ese nivel de su cerebro, y recordando su deber hacia Sue guardó silencio.

Kleph sacudió la cabeza, mirándole cálidamente con…, ¿era simpatía?

—Créame —dijo—, no lo encontrará…, importante, después de todo. Se lo prometo, Oliver.

Él la miró.

—Me gustaría que se explicara.

Kleph se rió con una nota más apenada que divertida. Pero a Oliver se le ocurrió súbitamente que ya no había condescendencia en su voz. Imperceptiblemente, aquel aire de delicada diversión se había desvanecido de sus modales hacia él. El frío despegue que aún marcaba la actitud de Omerie y Klia ya no estaba en Kleph. Era una sutileza que Oliver no pensaba que ella pudiese asumir. Tenía que ser espontáneo o no existir. Y por ninguna razón en concreto que estuviera dispuesto a examinar, ara Oliver se hizo muy importante que Kleph no se mostrara condescendiente hacia él, que sintiera hacia él lo mismo que él sentía hacia ella. No lo pensaría.

Miró su taza, que exhalaba una débil columna de humo por su abertura en forma de media luna. Esta vez, pensó, tal vez podría hacer que el té trabajara a su favor. Pues recordaba cómo aflojaba la lengua, y Había muchas cosas que necesitaba conocer. La idea que había tenido en el porche en el instante de silenciosa rivalidad entre Kleph y Sue parecía ahora fantástica. Pero allí debía de haber alguna respuesta.

La propia Kleph proporcionó la oportunidad.

—No debo tomar demasiado euforizante esta tarde —dijo, sonriéndole por encima de su taza rosada—. Me aturdirá, y vamos a salir esta noche con unos amigos.

—¿Más amigos? —preguntó Oliver—. ¿De su país?

Kleph asintió.

—Amigos muy queridos que hemos esperado durante toda la semana.

—Me gustaría que me dijera —dijo Oliver bruscamente— de dónde vienen. No son de aquí. Su cultura es demasiado diferente de la nuestra…, incluso sus nombres —se interrumpió al ver que Kleph sacudía la cabeza.

—Ojalá pudiera decírselo. Pero eso va contra las reglas. Incluso va contra las reglas el que yo esté aquí hablando ahora con usted.

—¿Qué reglas?

Ella hizo un gesto de indefensión.

—No debe preguntarme, Oliver —se arrellanó en el sofá, que se ajustó lujosamente con el movimiento, y le sonrió con dulzura—. No debemos hablar de esas cosas. Olvídelo, escuche la música,

disfrute si puede… —Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra los cojines.

Oliver vio la redonda garganta bronceada hincharse mientras ella empezaba a tararear una tonada. Con los ojos aún cerrados, Kleph volvió a pronunclar las palabras que había cantado en la escalera.

—Ven, acércate mi amor…

Un recuerdo chasqueó súbitamente en la mente de Oliver. Nunca había oído antes la extraña tonada, pero pensó que conocía las palabras Recordó lo que el marido de Hollia había dicho al escuchar el verso de la canción, y se inclinó hacia adelante. Ella no contestaría a una pregunta directa, pero tal vez…

—¿Era el clima cálido en Canterbury? —preguntó, y contuvo la respiración.

Kleph murmuró otro verso y sacudió la cabeza, los ojos aún cerrados.

—Allí era otoño —dijo—. Pero brillante, maravillosamente brillante. Incluso sus vestidos, ¿sabe?…

Todos cantaban esa nueva canción, y no puedo quitármela de la cabeza.

Cantó otro verso, y las palabras resultaron casi ininteligibles… Inglés, aunque no un inglés que Oliver pudiera comprender.

Él se levantó.

—Espere —dijo—. Quiero buscar una cosa. Volveré en un momento.

Ella abrió los ojos y le sonrió brumosamente, aún canturreando. Oliver bajó la escalera a toda prisa… El suelo se tambaleaba un poco, aunque su cabeza estaba ahora casi despejada, y entró en la biblioteca. El libro que buscaba estaba viejo y ajado, lleno de notas a lápiz de sus años de estudiante. No recordaba muy bien dónde estaba el párrafo, pero repasó las estrofas y por pura suerte lo encontró en cuestión de minutos. Entonces volvió a subir la escalera, mientras sentía un extraño vacío en el estómago a causa de lo que casi creía ahora.

—Kleph —dijo firmemente—, conozco esa canción. Sé en qué año se oyó por primera vez.

Los párpados de la mujer se alzaron lentamente; le miró a través de una bruma de euforizante. Oliver no estaba seguro de que

hubiera comprendido. Durante un largo instante ella sostuvo aquella mirada.

Luego movió un brazo y extendió sus bronceados dedos hacia él. Se rió profundamente.

—Ven, acércate mi amor… —dijo.

Él cruzó lentamente la habitación y le tomó la mano. Los dedos de ella se cerraron cálidamente en torno a los suyos. Kleph tiró de él, de forma que tuvo que arrodillarse a su lado. Alzó el otro brazo.

Volvió a reírse suavemente, cerró los ojos y alzó su cara hacia la suya.

El beso fue largo y cálido. Oliver sintió un poco de euforia por efecto de la fragancia del té respirado ante su cara. Y se sorprendió al final del beso, cuando los brazos de ella se aflojaron sobre su cuello, al sentir el súbito impulso de su aliento contra su mejilla. Había lágrimas en el rostro de ella, y el sonido que emitió fue un sollozo.

Oliver se apartó de ella y la miró, aturdido. Ella sollozó una vez más, inspiró profundamente y dijo:

—Oh. Oliver, Oliver… —Entonces soltó la cabeza y se volvió para ocultar el rostro—. Yo…, lo siento.

Por favor, perdóneme. No importa… Sé que no importa, pero…

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no importa?

—Nada. Nada…, por favor, olvídelo. Nada en absoluto —cogió un pañuelo de la mesa y se sonó la nariz, sonriéndole con un efecto de resplandor a través de las lágrimas.

De repente, Oliver se sintió muy furioso. Ya había oído suficientes evasivas y enigmáticas verdades a medias.

—¿Cree que estoy loco? —dijo bruscamente—. Ahora sé suficiente para…

—¡Oliver, por favor! —Ella alzó su taza, que humeaba olorosamente—. Por favor, no más preguntas. Tenga, euforia es lo que necesita, Oliver. Euforia, no respuestas.

—¿En qué año oyó esa canción en Canterbury? —demandó él, apartando la taza.

Ella parpadeó, con las lágrimas brillando en sus pestañas.

—¿Por qué…, qué año cree?

—Lo sé —le dijo Oliver sombríamente—. Sé en qué año fue popular la canción. Sé que acaban de venir de Canterbury…, el

marido de Hollia lo dijo. Ahora es mayo, pero era otoño en Canterbury, y hace tan poco que han llegado de allí que la canción aún resuena en su cabeza. El bardo de Chaucer cantó esa canción a finales del siglo catorce. ¿Vio a Chaucer, Kleph? ¿Cómo era Inglaterra hace tanto tiempo?

Los ojos de Kleph se clavaron en los suyos durante un silencioso instante. Entonces sus hombros se hundieron y todo su cuerpo se volvió fláccido de resignación bajo la suave bata azul.

—Soy una idiota —dijo amablemente—. Debe de haber sido muy fácil atraparme. ¿Cree realmente…, lo que ha dicho?

Oliver asintió.

—Pocas personas lo creen —dijo ella en voz baja—. Ésa es una de nuestras máximas cuando viajamos. Estamos a salvo de recelos porque la gente antes de que El Viaje comenzara no lo creerá.

El vacío en el estómago de Oliver dobló súbitamente su volumen.

Durante un instante el suelo desapareció y el universo se volvió inestable a su alrededor. Se sintió enfermo. Se sintió desnudo e indefenso.

Los oídos le zumbaron y la habitación se oscureció ante él.

No había creído realmente…, no hasta este instante. Había esperado alguna explicación racional por parte de ella, algo que convirtiera todos sus descabellados pensamientos y recelos en algo que un hombre pudiera aceptar como creíble. No esto.

Kleph se secó los ojos con el pañuelo celeste, y sonrió trémulamente.

—Lo sé —dijo—. Debe de ser terrible de aceptar. Ver que todos sus conceptos se tambalean… Lo sabemos desde la infancia, naturalmente, pero para usted…, tenga, Oliver. El euforizante lo hará más fácil.

Cogió la taza, donde la débil mancha del carmín de ella aún marcaba la abertura en forma de media luna. Bebió y sintió la mareante dulzura a través de la cabeza, y el cerebro rodó un poquito en el cráneo mientras la volátil fragancia hacía efecto. Con aquellas vueltas, la concentración cambió y todos sus valores con ella.

Empezó a sentirse mejor. La carne se aposentó sobre sus huesos

de nuevo, y la cálida envoltura de la seguridad temporal se posó sobre su carne, y ya no se sintió desnudo y perdido en el vórtice del tiempo inestable.

—En realidad, la historia es muy simple —dijo Kleph—. Nosotros…, viajamos. Nuestro propio tiempo no está realmente muy por delante del suyo. No, no puedo decir cuánto. Pero aún recordamos sus canciones y poetas y algunos de sus grandes actores. Somos un pueblo consagrado al ocio, y cultivamos el arte de divertirnos.

»Lo que hacemos es un viaje…, un viaje a través de las estaciones del año. Estaciones de cosecha. El otoño en Canterbury fue el otoño más magnífico que nuestros investigadores pudieron encontrar en ninguna parte. Cabalgamos en peregrinación hasta el altar… Fue una experiencia maravillosa, aunque los vestidos resultaban un poco incómodos.

»Ahora este mes de mayo está casi terminado…, el mayo más encantador que se conoce. Un mayo perfecto en un período maravilloso. No tienen ustedes forma de saber en qué período tan bueno y alegre viven, Oliver. La misma sensación en el aire de las ciudades, esa maravillosa confianza y felicidad nacionales…, todo es como un sueño. Hubo otros mayos con buen clima, pero cada uno de ellos tenía guerra, o hambre o alguna otra cosa mala —vaciló, hizo una mueca y continuó rápidamente—. Dentro de unos pocos días nos reuniremos en Roma para asistir a una coronación. Creo que el año será el 800 de la Era Cristiana. Nosotros…

—Pero ¿por qué insisten en esta casa? —interrumpió Oliver—. ¿Por qué los otros quieren quitársela?

Kleph le miró. Oliver vio las lágrimas alzarse de nuevo en pequeñas y brillantes lunas crecientes que se reunieron sobre sus párpados inferiores. Vio la expresión de tenacidad bajo el rostro suave y bronceado. Ella sacudió la cabeza.

—No debe preguntarme eso —extendió la taza humeante—. Tenga, beba y olvide lo que he dicho. No puedo decirle más. Nada más.

Cuando despertó, Oliver no tuvo idea de dónde estaba durante un instante. No recordaba haber dejado a Kleph o bajado a su propia

habitación. No le importaba tampoco, pues despertó a un sentido de terror abrumador.

La oscuridad estaba llena de aquello. Su cerebro se mecía sobre oleadas de miedo y dolor. Yació inmóvil, demasiado asustado para moverse, algún recuerdo atávico le advertía que se estuviera quieto hasta que supiera desde qué dirección amenazaba el peligro. Un dolor irrazonable le barrió en una oleada: le dolió la cabeza con su violencia y la oscuridad latió con los mismos ritmos.

Llamaron a la puerta.

—¡Wilson! ¡Wilson! ¿Está despierto? —dijo la profunda voz de Omerie.

Oliver lo intentó dos veces antes de poder responder.

—S-sí… ¿qué pasa?

El pomo de la puerta giró. La sombría figura de Omerie buscó el interruptor de la luz y la habitación cobró visualidad. La cara de Omerie estaba retorcida por el esfuerzo, y se sostenía la cabeza con una mano como si le doliera al compás con la de Oliver.

Fue en ese momento, antes de que Omerie volviera a hablar, cuando Oliver recordó la advertencia de Hollia: «Múdese, joven, múdese antes de esta noche». Salvajemente, se preguntó qué los amenazaba a todos en esta casa oscura que latía con los ritmos del terror puro.

Con voz furiosa, Omerie respondió a la pregunta no formulada.

—Alguien ha colocado un subsónico en la casa, Wilson. Kleph cree que tal vez sepa usted dónde está.

—¿Un s-subsónico?

—Llámelo un aparato —interrumpió Omerie, impaciente—. Probablemente una cajita de metal que…

—Oh —dijo Oliver, en un tono que debió decírselo todo a Omerie.

—¿Dónde está? —demandó—. Rápido. Acabemos con esto.

—N-no lo
s-sé
—con esfuerzo, Oliver logró controlar el castañeteo de los dientes —. ¿Q-quiere decir que todo esto…, todo esto es por la cajita?

—Naturalmente. Ahora dígame cómo encontrarla antes de que todos nos volvamos locos.

Oliver se levantó tembloroso de la cama y buscó su bata con sus

manos sin nervios.

—S-supongo que lo escondió en alguna parte de la planta baja —dijo—.

N-no

tardó mucho.

Omerie le sacó toda la historia con unas pocas preguntas breves.

Apretó los dientes con exasperación cuando Oliver la terminó.

—Esa estúpida Hollia…

—¡Omerie! —gimió desde el pasillo la voz quejumbrosa de Kleph—. ¡Por favor, date prisa, Omerie!

¡Es demasiado para poder soportarlo! ¡Oh, Omerie, por favor!

Oliver se incorporó bruscamente. Entonces una ola redoblada de dolor inexplicable pareció explotar en su cráneo con el movimiento, y tuvo que agarrarse a la cabecera de la cama y retroceder.

—Vaya a buscarlo usted —se oyó decir, mareado—. Ni siquiera puedo caminar…

Omerie estaba también tenso con la presión de la habitación. Agarró el hombro de Oliver y le sacudió.

—Usted lo dejó entrar —dijo—, ahora ayúdenos a sacarlo, o…

—¡Es un aparato de su mundo, no del mío! —exclamó furioso Oliver.

Y entonces le pareció que se hacía un súbito silencio y frío en la habitación. Incluso el dolor y el absurdo terror hicieron una pausa durante un momento. Los fríos ojos claros de Omerie se clavaron en Oliver con una mirada tan fría que casi pudo sentir el frío en ellos.

—¿Qué sabe usted de nuestro…, mundo? —demandó Oliver.

Oliver no dijo una palabra. No necesitaba hacerlo; su cara debió de traicionar lo que sabía. No podía ocultar nada en la tensión de este terror de pesadilla que aún no era capaz de comprender.

Omerie mostró sus blancos dientes y pronunció tres palabras completamente ininteligibles. Entonces se dirigió hacia la puerta y exclamó:

—¡Kleph!

Oliver pudo ver a las dos mujeres acurrucadas en el pasillo, sacudiéndose violentamente con involuntarias oleadas de aquel extraño terror sintético. Klia, con una luminosa bata verde, se controlaba rígidamente, pero Kleph no hacía ningún esfuerzo para reprimirlo. Su túnica era esta noche de un suave color dorado;

temblaba y las lágrimas le corrían libremente por las mejillas.

—Kleph —dijo Omerie con voz peligrosa—, ¿volviste a tomar euforizante ayer? —Kleph miró asustada a Oliver y asintió, sintiéndose culpable—. Hablaste más de la cuenta. —Era toda una acusación en una sola frase—. Ya conoces las normas, Kleph. No se te permitirá viajar de nuevo si alguien informa de ello a las autoridades.

De pronto, la preciosa y suave cara de Kleph se arrugó para formar hoyuelos impenitentes.

—Sé que estuvo mal. Lo siento mucho…, pero no me detendréis si Cenbe dice que no.

Klia agitó los brazos en un gesto de furia inevitable. Omerie se encogió de hombros.

—En este caso, no se ha hecho ningún gran daño —dijo, dirigiendo a Oliver una mirada indescifrable.

—Pero podría haber sido serio. Tal vez lo sea la próxima vez. Debo hablar con Cenbe.

—Primero tenemos que encontrar el subsónico —les recordó Klia, temblando—. Si Kleph tiene miedo de ayudar, puede salir un rato. Confieso que estoy harta de su compañía.

—¡Podríamos entregar la casa! —gritó Kleph salvajemente—. ¡Que Hollia se la quede! ¿Cómo podéis soportar esto lo suficiente como para buscar…?

—¿Entregar la casa? —repitió Klia—. ¡Debes de estar loca! ¿Con todas nuestras investigaciones cursadas?

—No habrá necesidad de eso —dijo Omerie—. Podemos encontrarlo si buscamos todos. ¿Se siente capaz de ayudar? —Miró a Oliver.

Con esfuerzo, Oliver controló su propio dolor absurdo mientras sus oleadas barrían la habitación.

—Sí —dijo—. Pero ¿qué hay de mí? ¿Qué van a hacer?

—Eso debería resultar obvio —dijo Omerie; en la oscuridad, sus ojos claros contemplaban impasibles a Oliver—. Se quedará en la casa hasta que nos marchemos. Ciertamente, no podemos hacer menos. ¿Lo comprende? Y no hay motivo para que hagamos más. Todo lo que necesitamos imponer es silencio. Es todo lo que prometimos cuando firmamos nuestros papeles de viaje.

—Pero… —Oliver buscó la falacia en aquel razonamiento. No

tenía sentido. No podía pensar con claridad. El pánico cruzó locamente su mente, surgido del aire que le rodeaba—. Muy bien. Vamos a buscar.

Amanecía cuando encontraron la caja, escondida dentro de la espuma de uno de los cojines del sofá.

Omerie la llevó a su habitación sin decir una palabra. Cinco minutos más tarde, la presión en el aire decayó bruscamente y la paz se extendió por toda la casa.

—Lo intentarán de nuevo —dijo Omerie desde la puerta del negro dormitorio—. Debemos estar alerta. Y en cuanto a usted, Oliver, me encargaré de que se quede en la casa hasta el próximo viernes.

Por su propio bien, le aconsejo que me haga saber si Hollia intenta cualquier otro truco. Confieso que no estoy del todo seguro sobre cómo obligarle a quedarse en la casa. Podría usar métodos que le resultarían muy incómodos. Pero preferiría aceptar su palabra.

Oliver vaciló. El relajamiento de la presión en el cerebro le había dejado exhausto y entorpecido, y no estaba seguro de qué decir.

—En parte ha sido culpa nuestra por no asegurarnos de tener la casa entera para nosotros —continuó Omerie tras un momento—. Al vivir aquí con nosotros, no podía dejar de sospechar. ¿Y si a cambio de su promesa le reembolso una parte por su pérdida del precio de venta de esta casa?

Oliver se lo pensó. Aquello pacificaría a Sue. Y sólo eran dos días sin salir. Además, ¿de qué serviría escapar? ¿Qué podría decir a la gente para que no le llevaran directamente a una celda acolchada?

—Muy bien —dijo, cansado—. Lo prometo.

El viernes por la mañana seguía sin haber ninguna señal de Hollia.

Sue telefoneó al mediodía. Oliver reconoció el parloteo de su voz al otro lado de la conexión cuando Kleph tomó la llamada. Incluso el parloteo sonaba histérico: Sue veía que su trato se le escapaba de las manos sin esperanza.

La voz de Kleph fue tranquilizadora.

—Lo siento mucho —dijo innumerables veces, en los intervalos cuando la otra voz se detenía—. Lo siento muchísimo. Créame, descubrirá que no importa. Lo sé…, lo siento.

Por fin, colgó el teléfono.

—La muchacha dice que Hollia ha desistido —comunicó a los demás.

—¿Hollia? Nunca —dijo Klia firmemente.

Omerie se encogió de hombros.

—Nos queda poco tiempo. Si intenta hacer algo más, será esta noche. Debemos vigilar.

—¡Oh, esta noche no! —La voz de Kleph parecía aterrada—. ¡Ni siquiera Hollia haría eso!

—Hollia, querida mía, es a su modo tan poco escrupulosa como tú —le dijo Omerie con una sonrisa.

—Pero… ¿nos arruinaría las cosas sólo porque no puede estar aquí?

—¿Tú qué crees? —demandó Klia.

Oliver dejó de escuchar. La charla no tenía sentido, pero sabía que esta noche el secreto quedaría revelado por fin, fuera cual fuese. Estaba deseando esperar a ver.

Durante dos días la excitación se había estado acumulando en la casa y en las tres personas que la compartían con él. Incluso los criados la advertían, y se sentían nerviosos e inseguros. Oliver había dejado de hacer preguntas (sólo turbaban a sus inquilinos) y observaba.

Todas las sillas de la casa fueron reunidas en los tres dormitorios del frente. Los muebles fueron recolocados para hacer espacio para ellas, y pusieron en sus bandejas docenas de tazas cubiertas. Oliver reconoció entre ellas el juego de cuarzo rosa de Kleph. No surgía vapor de las aberturas en forma de media luna, pero las tazas estaban llenas. Oliver alzó una y sintió un líquido denso moverse en su interior, como algo medio sólido, viscoso.

Estaba claro que esperaban invitados, pero la hora habitual de la cena llegó y pasó, y nadie se presentó.

Terminó la cena; los criados se fueron a casa. Los Sancisco se retiraron a sus habitaciones para vestirse, entre una sensación de tensión acumulada.

Oliver salió al porche después de cenar, tratando en vano de adivinar qué creaba tal clima de expectación en la casa. La luna en cuarto menguante flotaba envuelta en brumas en el horizonte, pero las estrellas que habían caracterizado todas las noches del mes de mayo eran oscuras esta noche. Al atardecer habían empezado a acumularse nubes, y el despejado clima de todo el mes parecía a punto de romperse por fin.

Tras Oliver, la puerta se abrió un poco y se cerró. Notó el olor de Kleph antes de volverse y una tenue vaharada de la fragancia del euforizante al que era adicta. Kleph se colocó a su lado y le tomo la mano.

Le miró a la cara en la oscuridad.

—Oliver —dijo en voz baja—. Prométame una cosa. Prométame que no saldrá de la casa esta noche.

—Ya lo he prometido —respondió él, un poco irritado.

—Lo sé. Pero esta noche…, tengo un motivo concreto para querer que se quede en casa. —Apoyó un momento la cabeza en su hombro y, a su pesar, Oliver notó que su irritación remitía.

No había visto a Kleph a solas desde la última noche de sus revelaciones; suponía que nunca volvería a estar solo con ella durante más de unos pocos minutos. Pero sabía que no olvidaría aquellas dos noches sorprendentes. Sabía también que ella era muy débil y alocada, pero seguía siendo Kleph y él la había tenido entre sus brazos, y no era probable que olvidara aquello.

—Puede resultar…, herido si sale esta noche —dijo ella con voz apagada—. Sé que al final no importará, pero…, recuerde lo que prometió, Oliver.

Se marchó de nuevo, y la puerta se cerró tras ella antes de que él pudiera dar voz a las fútiles preguntas de su mente.

Los invitados empezaron a llegar poco antes de medianoche. Desde lo alto de la escalera Oliver los vio venir en parejas y tríos, y se sorprendió al ver cuántas personas del futuro debían de haberse congregado aquí en las últimas semanas. Pudo ver claramente cómo diferían de la norma de su propio período. Su elegancia física era lo que se advertía primero: vestidos perfectos, modales meticulosos, voces cuidadosamente controladas. Pero porque todos eran, en cierto modo, ociosos cazadores de sensaciones, había cierto tono chillón subrayando sus voces, especialmente cuando se las oía todas

juntas. Bajo los buenos modales se notaba petulancia y autoindulgencia. Y esta noche, una penetrante excitación.

A la una de la madrugada todos se habían reunido en las habitaciones delanteras. Las tazas de té empezaron a humear, aparentemente por su cuenta, y la casa se llenó de la tenue fragancia que inducía una especie de euforia por todas las habitaciones, envuelta en el perfume del té.

Oliver se sintió liviano y mareado. Estaba decidido a permanecer despierto mientras los otros lo estuvieran, pero debió de dar una cabezada en su habitación, junto a la ventana, con un libro en el regazo.

Pues cuando sucedió no estuvo seguro durante unos cuantos minutos de si era un sueño o no.

El vasto e increíble estruendo fue más fuerte que el sonido. Oliver notó que toda la casa temblaba bajo él, sintió más que oyó las maderas rechinar unas sobre otras como huesos rotos, mientras aún se hallaba en la frontera del sueño. Cuando se despertó del todo, estaba en el suelo entre fragmentos rotos de la ventana.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí tendido. El mundo aún estaba sacudido por aquel tremendo sonido, o sus oídos todavía se hallaban ensordecidos por él, pues no se oía nada en ninguna parte.

Había recorrido la mitad del pasillo hacia las habitaciones delanteras cuando el sonido empezó a regresar desde el exterior. Al principio fue un rumor bajo e indescriptible, punteado con incontables gritos lejanos. Oliver se sentía aturdido por el terrible impacto del vasto sonido inaudito pero empezaba a recuperarse y oyó antes de verlas las primeras voces de la ciudad herida.

La puerta de la habitación de Kleph se le resistió durante un momento. La casa se había resentido un poco por la violencia de la…, ¿la explosión?, y la puerta había salido del marco. Cuando consiguió abrirla sólo pudo mirar estúpidamente en la oscuridad. Todas las luces estaban apagadas, pero seguía habiendo una especie de susurro contenido en muchas voces.

Las sillas habían sido acercadas a las ventanas para que todo el mundo pudiera ver; el aire estaba lleno de la fragancia de la euforia. Había luz suficiente como para que Oliver pudiera ver que

unos pocos espectadores aún se cubrían los oídos con las manos pero todos estiraban ansiosamente el cuello para poder ver.

A través de una neblina como surgida de un sueño. Oliver vio la ciudad extenderse con imposible claridad bajo la ventana. Sabía bastante bien que una fila de casas al otro lado de la calle bloqueaba la visión…, y sin embargo ahora veía la ciudad, en un panorama ilimitado desde aquí hasta el horizonte.

Las casas de en medio se habían evaporado.

En la lejanía, el fuego era ya una mesa sólida que pintaba las nubes de escarlata. La luz sulfurosa reflejada sobre las ciudades revelaba fila tras fila de casas arrasadas donde las llamas empezaban a asomar, y más allá el amasijo informe de lo que unos minutos atrás habían sido casas y ahora no eran nada.

La ciudad había empezado a cobrar voz. El sonido de las llamas era aún más fuerte, pero se comenzaba a oír un murmullo de voces humanas como una marea distante, y el ruido en *staccato* de los gritos dibujó una especie de pauta que iba y venía continuamente a través de la red de sonido. Abriéndose paso en oleadas ondulantes, el ruido estridente de las sirenas unía la malla en una terrible sinfonía que tenía, a su modo, una extraña belleza inhumana.

Brevemente, a través de la aturdida incredulidad de Oliver, pasó el recuerdo de aquella otra sinfonía que Kleph había hecho sonar aquí un día, otra catástrofe recontada en términos de música y formas móviles.

—Kleph… —dijo roncamente.

El cuadro junto a la ventana se rompió. Todas las cabezas se volvieron, y Oliver vio las caras de los forasteros mirándoles, algunos evitaban sus ojos vergonzosamente, pero la mayoría le observaba con aquella ávida e inhumana curiosidad que es común en todas las multitudes en las escenas de accidentes.

Pero esta gente estaba aquí voluntariamente, era el público de un gran desastre casi coordinado para su llegada.

Kleph se levantó con dificultad, su vestido de terciopelo le entorpecía el movimiento. Soltó una taza y se tambaleó mientras se dirigía a la puerta.

—Oliver… Oliver… —dijo con tono dulce e inseguro.

Él vio que estaba borracha, y que la catástrofe la había elevado a un tono de estimulación en donde no estaba muy segura de lo que

hacía.

—¿Q-qué ha sido eso, Kleph? —se oyó decir Oliver con una voz que no era la suya—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué…?

Pero pasado parecía una palabra tan inadecuada para el increíble panorama de abajo que tuvo que reprimir una risa histérica entre sus preguntas, y se interrumpió, tratando de controlar el temblor que se había apoderado de su cuerpo.

Kleph se inclinó y tomó una taza humeante. Se acercó a él, tambaleándose, y se la tendió: su panacea para todos los males.

—Tenga, beba, Oliver… Todos estamos a salvo aquí, bastante a salvo —le empujó la taza hasta los labios y él tragó automáticamente, agradecido a los vapores que empezaban a surcar lentamente su cerebro con el primer sorbo.

—Fue un meteoro —dijo Kleph—. Bastante pequeño, en realidad. Aquí estamos perfectamente a salvo. Esta casa no fue alcanzada.

—¿Sue? ¿Está Sue…? —se oyó decir Oliver desde alguna célula de su inconsciente. No pudo terminar.

Kleph volvió a ofrecerle la taza.

—Creo que puede estar a salvo…, durante algún tiempo. Por favor, Oliver… olvídese de todo y beba.

—Pero ¿ustedes lo sabían? —La comprensión llegó tarde a su cerebro aturdido—. Podrían haber avisado, o…

—¿Cómo podríamos cambiar el pasado? —preguntó Kleph—. Lo sabíamos…, pero ¿cómo podríamos detener el meteoro? ¿O advertir a la ciudad? Antes de venir aquí debemos dar nuestra palabra de no interferir nunca…

Sus voces se habían elevado imperceptiblemente por encima del sonido cada vez mayor de abajo. La ciudad rugía ahora, con llamas y gritos y el estrépito de los edificios al caer. La luz de la habitación se volvió cárdena y latió sobre las paredes y el techo con tonos rojos, tiñendo la oscuridad.

Una puerta golpeó abajo. Alguien se rió. Fue una risa aguda, ronca, furiosa. Entonces, de entre la multitud, alguien jadeó y se produjo un coro de lamentos desesperados. Oliver trató de concentrarse en la ventana y el increíble panorama de más allá, y descubrió que no podía.

Tras parpadear decididamente varios segundos, comprendió que

fallaba algo más que su visión. Kleph gimió suavemente y se apretó contra él. Sus brazos se cerraron sobre ella automáticamente, y se sintió agradecido por la carne cálida y firme contra él. Al menos podía tocar y sentirse seguro, aunque todo lo demás pudiera ser un sueño. El perfume de ella y el denso aroma del té se unieron en su cabeza, y durante un instante, mientras la abrazaba en lo que seguramente sería su último abrazo, no le importó que pasara algo terriblemente malo en el aire de la habitación.

Era ceguera…, no continua, sino una serie de rápidas ondas cada vez más amplias, y a través de ella podía atisbar las otras caras de la habitación, doloridas y sorprendidas contra la luz fluctuante de la ciudad.

Las ondas se hicieron más rápidas. Ahora sólo había entre ellas un parpadeo de visión, y los parpadeos eran más y más breves, los intervalos de oscuridad más amplios.

La risa volvió a elevarse desde la planta baja. Oliver pensó que conocía la voz. Abrió la boca para hablar, pero una puerta cercana se abrió de golpe antes de que pudiera encontrar su lengua, y Omerie gritó hacia la escalera.

—¿Hollia? —rugió por encima del estruendo de la ciudad—. ¿Hollia, eres tú?

Ella volvió a reírse, triunfante.

—¡Os lo advertí! —gritó su voz áspera y ronca—. ¡Ahora salid a la calle con el resto de nosotros si queréis ver más!

—¡Hollia! —gritó Omerie, desesperado—. Detén esto o…

La risa sonó burlesca.

—¿Qué harás, Omerie? Esta vez lo he escondido bien…, bajad a la calle si queréis ver el resto.

Se produjo un furioso silencio. Oliver podía sentir la rápida y excitada respiración de Kleph contra su mejilla, los suaves movimientos de su cuerpo en sus brazos. Trató conscientemente de hacer durar el momento, de estirarlo hasta el infinito. Todo había sucedido demasiado rápido para imprimir claramente en su mente todo lo que no pudiera tocar y sostener. La abrazó con suavidad, conscientemente, aunque quería hacerlo de forma tensa, desesperada, porque estaba seguro de que éste era el último abrazo que compartirían.

Los dolorosos parpadeos de luz y ceguera continuaron. Desde la

distancia, el estruendo de la ciudad en llamas continuaba, sostenido por las largas cadencias de las sirenas que convertían todos los sonidos en uno.

Entonces, en la sorprendente oscuridad, sonó otra vez. Era la voz de un hombre, muy profunda, muy melódica.

—¿Qué es esto? ¿Qué estás haciendo aquí? Hollia…, ¿eres tú?

Oliver sintió a Kleph envararse en sus brazos. Contuvo la respiración, pero no dijo nada en ese momento, mientras pesados pasos empezaban a subir la escalera con andar confiado que hacía sacudirse a la vieja casa.

Entonces Kleph se zafó de los brazos de Oliver.

—¡Cenbe! ¡Cenbe! —oyó gritar a su voz dulce, aguda y excitada mientras corría para reunirse con el recién llegado a través de las oleadas de oscuridad y luz que barrían la casa sacudida.

Oliver echó a andar, tambaleándose, y sintió el asiento de una silla tras sus piernas. Se hundió en ella y se llevó a los labios la taza que aún sostenía. Notaba el vapor cálido y húmedo en la cara, aunque apenas podía distinguir la forma del borde. Alzó la taza con las dos manos y bebió.

Cuando abrió los ojos, la habitación estaba a oscuras y en silencio, a excepción de un leve y melodioso murmullo casi por debajo del umbral de sonido. Oliver se debatió con el recuerdo de una monstruosa pesadilla. La apartó resueltamente de su mente y se irguió sintiendo una cama desconocida chirriar y ondularse bajo él.

Estaba en la habitación de Kleph. Pero no…, Kleph ya no estaba. Sus brillantes tapices habían desaparecido de las paredes, su blanca alfombra luminosa, sus cuadros. La habitación tenía el aspecto que había tenido antes de que ella viniera, excepto en una cosa.

En un rincón había una mesa (un bloque de materia transparente) de donde surgía suavemente una luz.

Había un hombre sentado en un taburete ante ella, inclinado hacia adelante. Sus anchos hombros se dibujaban contra el resplandor. Llevaba auriculares y tomaba rápidas notas erráticas en una libreta que apoyaba en su rodilla mientras se mecía un poco, como siguiendo el ritmo de una música no oída.

Las cortinas estaban echadas, pero tras ellas se oía un ruido distante y apagado que Oliver recordó de su pesadilla. Se llevó una mano a la cara, consciente de un calor febril y de los movimientos

de la habitación ante sus ojos. Le dolía la cabeza y sentía un profundo malestar en todos los nervios y miembros.

Cuando la cama crujió, el hombre del rincón se volvió y se quitó los auriculares. Tenía un rostro fuerte y sensible, y barba oscura y recortada. Oliver nunca le había visto antes, pero tenía ese aire que ahora conocía tan bien, ese tono remoto que era el conocimiento de que el tiempo mismo se extendía como un golfo entre ellos.

Cuando el hombre habló, su voz fue impersonalmente amable.

—Ha tomado demasiado euforizante, Wilson —dijo con una simpatía distante—. Ha dormido mucho.

—¿Cuánto? —Oliver sintió la garganta pastosa.

El hombre no respondió. Oliver sacudió la cabeza experimentalmente.

—Creía que Kleph dijo que no habría resaca con… —dijo. Entonces otro pensamiento interrumpió al primero—. ¿Dónde está Kleph? —Miró confundido hacia la puerta.

—Deben de estar en Roma. Viendo la coronación de Carlomagno en San Pedro el día de Navidad hace mil años.

Aquélla no era una idea a la que Oliver pudiera agarrarse fácilmente. Su cerebro dolorido se apartó de ella; encontraba extrañamente dificultoso el hecho de pensar. Al contemplar al hombre, llegó dolorosamente a una conclusión.

—Ellos se han ido…, pero usted se ha quedado atrás. ¿Por qué? Usted… ¿usted es Cenbe? Oí su…, sinfonía, como la llamó Kleph.

—Oyó parte de ella. No la he terminado aún. Necesitaba… esto —Cenbe inclinó la cabeza hacia las cortinas. Más allá, el rugido mitigado continuaba todavía.

—¿Necesitaba…, el meteoro? —El conocimiento se abrió paso dolorosamente a través de su cerebro abotargado hasta que pareció golpear alguna zona todavía respetada por el dolor, una zona todavía viva a las implicaciones—. ¿El meteoro? Pero…

En la mano alzada de Cenbe había un poder implícito que volvió a hacer que Oliver se tendiera en la cama.

—Lo peor ya ha pasado, durante una temporada —dijo Cenbe pacientemente—. Olvide si puede. Eso fue hace días. He dicho que durmió usted durante un tiempo. Yo le dejé descansar. Sabía que esta casa estaría a salvo…, al menos del fuego.

—Entonces… ¿va a suceder algo más? —Oliver sólo murmuró la

pregunta.

No estaba seguro de querer una respuesta. Había sentido curiosidad durante mucho tiempo, y ahora que el conocimiento estaba casi al alcance, algo en su cerebro parecía no querer escuchar. Quizá esta febril sensación de cansancio y mareo pasaría cuando lo hicieran los efectos del euforizante.

La voz de Cenbe continuó suavemente, tranquilizadora, casi como si no quisiera que Oliver pensara.

Era más fácil, quedarse allí tumbado y escuchar.

—Soy compositor —decía Cenbe—. Estoy interesado en interpretar ciertas formas de desastre en mis propios términos. Por eso me quedé. Los otros eran diletantes. Vinieron por el clima de mayo y el espectáculo. Los efectos posteriores…, bueno, ¿para qué querrían esperarlos? Y en cuanto a mí…, Supongo que soy un experto. Encuentro los efectos bastante fascinantes, los necesito. Necesito estudiarlos de primera mano, para mis propios propósitos.

Sus ojos se posaron agudamente sobre Oliver durante un instante, como los ojos de un médico, impersonales y observadores. Ausente, extendió la mano hacia su pluma y su libreta. Al moverse, Oliver vio la marca familiar en el dorso de la gruesa y bronceada muñeca.

—Kleph también tenía esa cicatriz —se oyó susurrar—. Y los demás.

Cenbe asintió.

—Vacunación. Era necesario, dadas las circunstancias. No queríamos que la enfermedad se extendiera en nuestro tiempo-mundo.

—¿Enfermedad?

Cenbe se encogió de hombros.

—No reconocería el nombre.

—Pero sí pueden ustedes vacunarse contra la enfermedad — Oliver se apoyó en un dolorido brazo.

Ahora tenía un pensamiento medio apresado y no quería dejarlo escapar. El esfuerzo parecía hacer que las ideas llegaran más claramente a través de su confusión. Con enorme esfuerzo, continuó.

—Ya lo comprendo —dijo—. Espere. He estado intentando reflexionar. ¿Pueden ustedes cambiar la historia? ¡Sí! Sé que

pueden. Kleph dijo que tuvo que prometer no interferir. Todos tuvieron que prometerlo. ¿Significa eso que podrían cambiar realmente su propio pasado…, nuestra época?

Cenbe volvió a soltar la libreta. Miró pensativamente a Oliver, con expresión sombría y decidida bajo sus pobladas cejas.

—Sí —dijo—. Sí, el pasado puede cambiarse pero no fácilmente. Y cambia el futuro también, necesariamente. Las líneas de probabilidad se cambian a nuevas pautas…, pero es extremadamente difícil, y nunca se ha permitido. El rumbo fisiotemporal tiende siempre a volver a su norma. Por eso es tan difícil forzar cualquier alteración —se encogió de hombros—. Una ciencia teórica. No cambiamos la historia, Wilson. Si cambiáramos nuestro pasado, nuestro presente sería alterado también. Y nuestro tiempo-mundo es enteramente de nuestro gusto. Puede que haya algunos descontentos, pero no se les permite el privilegio del viaje temporal.

—¡Pero tienen ustedes el poder! —gritó Oliver contra el rugido de más allá de las ventanas—. Podrían alterar la historia si quisieran…, acabar con todo el dolor, el sufrimiento y la tragedia.

—Todo eso pasó hace mucho tiempo —dijo Cenbe.

—¡No ahora! ¡No esto!

Cenbe lo miró enigmáticamente durante un instante.

—Esto también —dijo por fin.

Y de repente Oliver advirtió desde qué distancia le observaba Cenbe. Una distancia enorme, según se mide el tiempo. Cenbe era un compositor, un genio, y necesariamente muy enérgico, pero su lugar físico estaba muy lejano en el tiempo. La ciudad moribunda de fuera, todo el mundo de ahora no era del todo real para Cenbe, surgido de la realidad a causa de aquella variación básica del tiempo. Era simplemente uno de los bloques de construcción que sostenían el edificio sobre el que se basaba la cultura de Cenbe en un futuro brumoso, desconocido y terrible.

A Oliver le pareció terrible. Incluso Kleph…, todos ellos habían sido tocados de mezquindad, la facultad que había permitido a Hollia concentrarse en sus maliciosos planes para conseguir un asiento de primera fila mientras el meteoro se aproximaba a la atmósfera de la Tierra. Todos eran diletantes, Kleph y Omerie y los demás. Viajaban por el tiempo, pero sólo como espectadores.

¿Estaban aburridos, saciados, con su existencia normal?

Básicamente, no lo bastante saciados como para desear cambiar. Su propio tiempo-mundo era un vientre colmado, una perfección manifiesta para sus necesidades. No se atrevían a cambiar el pasado…, no podían arriesgarse a estropear su propio presente.

La repulsión lo sacudió. Al recordar el contacto de los labios de Kelph, sintió amargor en la lengua.

Ella había sido seductora, lo sabía bien. Pero las consecuencias…

Había algo equivocado en esta raza del futuro. Lo había sentido tenuemente al principio, antes de que la cercanía de Kleph hubiera acabado con su cautela y amortiguado sus sensibilidades. Viajar por el tiempo meramente como medio de escape parecía casi blasfemo. Una raza con tal poder…

Kleph…, se había marchado a la espléndida y barbárica coronación en Roma un millar de años atrás…

¿Cómo le había visto a él? Desde luego, no como a un hombre vivo. Lo sabía con certeza. Los de la raza de Kleph eran espectadores.

Pero leyó algo más que interés casual en los ojos de Cenbe. Había avidez en ellos, una curiosidad brillante y fascinada. El hombre había vuelto a colocarse los auriculares…, era diferente a los demás.

Era un experto. Después de la estación de cosecha venía la segunda siega…, y Cenbe.

Cenbe observaba y esperaba, con la luz fluctuando suavemente en el bloque translúcido ante él, los dedos sobre la libreta. El experto fundamental esperaba saborear las rarezas que nadie que no fuera exquisito podía apreciar.

Aquellos débiles y distantes ritmos de sonido que casi eran música empezaron a ser audibles de nuevo por encima de los ruidos del fuego lejano. Al escuchar, al recordar, Oliver casi pudo descubrir la pauta de la sinfonía mientras la escuchaba, todo entremezclado con el destello de rostros cambiantes y las hileras e hileras de muertos…

Se tendió en la cama y dejó que la habitación girara en la oscuridad tras sus párpados cerrados y lastimados. El dolor estaba implícito en cada célula de su cuerpo, casi un segundo ego tomando

posesión y sacándolo de sí mismo, un ego fuerte y seguro que se hacía cargo mientras él se dejaba ir.

¿Por qué había mentido Kleph?, se preguntó aturdido. Ella había dicho que la bebida que le había dado no producía ningún efecto secundario. Ningún efecto secundario…, y sin embargo esta dolorosa posesión era lo suficientemente fuerte como para mantenerle fuera de su propio cuerpo.

Kleph no había mentido. No era un efecto secundario de la bebida.

Lo sabía… Pero el conocimiento ya no alcanzó su cerebro o su cuerpo.

Se quedó inmóvil, rendido al poder de la enfermedad que era la consecuencia de algo mucho más fuerte que la bebida más fuerte. La enfermedad que no tenía nombre…, todavía.

La nueva sinfonía de Cenbe fue un resonante triunfo. Se estrenó en el Salón Antares, y recibió ovaciones. La historia misma, por supuesto, era la artista…, la obertura con el meteoro que ocasionó las grandes plagas del siglo XIV y el final con el clímax que Cenbe había capturado en el umbral de los tiempos modernos. Pero sólo Cenbe podría haberlo interpretado con tanta sutileza.

Los críticos hablaron de la maestría con la que había escogido la cara del rey Estuardo como motivo recurrente contra el montaje de emoción, sonido y movimiento. Pero había otros rostros, desvaneciéndose a través del gran cuerpo de la composición, que ayudaban a construir el tremendo clímax. Una cara en particular, un momento que el público absorbió ansioso. Un momento en el que la cara de un hombre flotó enorme sobre una pantalla, con todos los rasgos evidentes. Los críticos estuvieron de acuerdo en que Cenbe nunca había capturado tan efectivamente una crisis emocional.

Casi se podía leer en los ojos del hombre.

Después de que Cenbe se hubiera marchado, Oliver permaneció inmóvil durante largo rato. Pensaba febrilmente…

«Tengo que encontrar algún medio de decírselo a la gente. Si lo hubiera sabido con antelación, tal vez podría haberse hecho algo. Les habríamos obligado a decirnos cómo cambiar las

probabilidades. Podríamos haber evacuado la ciudad».

«Si pudiera dejar un mensaje…».

«Tal vez no para la gente de hoy. Para la de más adelante. Ellos viajaban a través del tiempo. Si se les pudiera reconocer y capturar de algún modo, en algún momento, y se les obligara a cambiar el destino…».

No fue fácil levantarse. La habitación continuaba dando vueltas. Pero lo consiguió. Encontró papel y lápiz y a través del balanceo de las sombras escribió lo que pudo. Suficiente. Suficiente para advertir, suficiente para salvar.

Colocó las hojas sobre la mesa, a la vista, y las aseguró antes de volver tambaleándose a la cama a través de la oscuridad que le rodeaba.

La casa fue dinamitada seis días más tarde, como parte de los inútiles intentos por detener la implacable extensión de la Muerte Azul.

PUNTO DE RUPTURA

Quedaron muy sorprendidos cuando consiguieron el apartamento, a pesar del alto alquiler y sus cláusulas, y Joe Calderon se sintió afortunado de hallarse sólo a diez minutos en metro de la universidad. Su esposa, Myra, se ahuecó el rojo cabello y dijo que los caseros, al parecer, esperaban partenogénesis por parte de sus inquilinos, en el supuesto de que quisiera decir eso, porque la partenogénesis ocurría cuando un organismo se dividía en dos y daba dos especímenes maduros como resultado.

—Fusión binaria, nena —dijo Calderon, con una sonrisa.

Después, contempló al joven Alex, de dieciocho meses, que andaba a gatas por la alfombra, y se preparaba para adoptar una posición erguida sobre sus gruesas piernecitas.

Con todo, era un apartamento agradable. Soleado en ocasiones, disponía de más habitaciones de las que tenían derecho a esperar por aquel precio. La vecina de al lado, una rubia ondulante que apenas si hablaba de otra cosa que no fuesen sus jaquecas, decía que era difícil conservar a los inquilinos del
4-D.
No es que estuviera encantado; pero tenía visitantes de lo más raro. El último inquilino, un agente de seguros que bebía como un cosaco, se marchó un día hablando de hombrecillos que llamaban a la puerta a todas horas preguntando por un tal señor Pott, o algo por el estilo. Pasó algún tiempo antes de que Joe identificara Pott con Cauldron… o Calderon.

Se encontraban cómodamente sentados en el sofá, mientras observaban a Alexander. Era un hermoso bebé. Como todos los niños, tenía un collarcito de grasa en la nuca, y sus piernas, según dijo Calderon, eran como dos enormes trozos de piedra y sin

tronco…, al menos producían ese efecto. Los ojos se detuvieron en sus increíbles cuencas rosadas, fascinados. Alexander rió como un loco, se puso en pie, y avanzó tambaleándose como un borracho hacia sus padres, con murmullos ininteligibles.

—Loco —dijo Myra, cariñosa, y le dio al niño un cerdito de peluche que le encantaba.

—Pues ya estamos instalados para el invierno —dijo Calderon.

Era un hombre alto, delgado, con aspecto fatigado; un buen investigador físico, y muy interesado en su trabajo en la universidad. Myra era una pelirroja frágil, con la nariz algo ladeada y burlones ojos marrón oscuro. Hizo un ruido de desprecio.

—Si conseguimos una doncella. De lo contrario, tendré que arrastrarme.

—Pareces un alma en pena —comentó Calderon—. ¿Qué quieres decir con eso de que te arrastrarás?

—Como una fregona. Barrer, cocinar, limpiar. Los bebés dan mucho trabajo. Pero merecen la pena.

—No digas eso delante de Alexander. Se lo creerá.

El timbre de la puerta sonó. Calderon se levantó, cruzó la habitación y abrió. Parpadeó a la nada. Entonces, bajó un poco la mirada, y lo que vio bastó para hacerle vacilar un poco.

Había cuatro hombrecillos en el pasillo. Es decir, eran pequeños por debajo de las cejas. Sin embargo, sus cráneos eran inmensos, con el tamaño y la forma de un melón, o, de lo contrario, llevaban cascos de metal resplandeciente anormalmente grandes. Sus rostros eran máscaras picudas y marchitas surcadas de líneas y arrugas, de colores raídos y desagradables; parecían hechos de papel.

—¿Eh? —murmuró Calderon, en blanco.

Los cuatro hombrecillos intercambiaron rápidas miradas.

—¿Es usted Joseph Calderon? —preguntó uno de ellos.

—Sí.

—Somos los descendientes de su hijo —dijo el más arrugado del cuarteto—. Se trata de un superniño. Hemos venido a educarle.

—Sí —dijo Calderon—. Sí, por supuesto. Yo…, ¡oigan!

—¿Qué?

—Super…

—Ahí está —chilló otro enano—. ¡Es Alexander! ¡Por fin dimos con el tiempo adecuado!

Pasó por entre las dos piernas de Calderon y entró en la habitación. Calderon hizo unos cuantos movimientos inútiles, pero los hombrecillos le eludieron con facilidad. Cuando se volvió, estaban congregados en torno a Alexander. Myra había recogido las piernas y les observaba con expresión sorprendida.

—Mirad eso —dijo un enano—. ¿Veis su tifitzi potencial? —Al menos sonó a *tifizti*.

—Pero su cráneo, Bordent —intervino otro—. Es lo más importante. Los *vrings* son casi perfectamente coblastables.

—Maravilloso —reconoció Bordent.

Se inclinó hacia adelante. Alexander alargó la mano hacia el montón de arrugas, agarró la nariz de Bordent, y se la retorció dolorosamente. Bordent lo soportó con estoicismo hasta que la tenaza se relajó.

—Subdesarrollado —dijo, tolerante—. Le desarrollaremos.

Myra se levantó del sofá de un salto, recogió a su hijo, y se mantuvo a raya, observando a los hombrecillos.

—Joe, ¿vas a consentir algo así? —preguntó—. ¿Quiénes son estos duendes maleducados?

—Dios sabe —respondió Calderon. Se lamió los labios—. ¿Qué clase de broma es ésta? ¿Quién les ha enviado?

—Alexander —dijo Bordent—. Desde el año… ah… más o menos el dos mil cuatrocientos cincuenta. Es prácticamente inmortal. Sólo la violencia puede matar a uno de los súpers, y eso no existe en estas fechas.

Calderon suspiró.

—No, en serio. Una broma es una broma. Pero…

—Lo hemos intentado una y otra vez. En los años cuarenta, cuarenta y cuatro del siglo veinte, siempre alrededor de esa época. Llegábamos demasiado temprano o demasiado tarde. Pero ahora hemos localizado el sector temporal adecuado. Nuestra misión es educar a Alexander. Ustedes deberían de sentirse orgullosos ante el hecho de ser sus padres. ¿Saben? Les adoramos a ustedes. Son los padre de la nueva raza.

—¡Bah! —dijo Calderon—. ¡Venga ya!

—Necesitan pruebas, Dobish —le advirtió uno de ellos—. Recuerda que ésta es la primera vez que oyen decir que Alexander es un *homo superior*.

—¡*Homo* narices! —exclamó Myra—. Alexander es un bebé perfectamente normal.

—Es perfectamente supernormal —repuso Dobish—. Y nosotros somos sus descendientes.

—Eso le convierte en todo un *superman* —dijo Calderon con escepticismo, mirando al hombrecito.

—No del todo. No existen muchos del tipo X Libre. La norma biológica es la especialización. Sólo unos pocos son supertotales. Unos se especializan en lógica; otros, en botánica; algunos, como nosotros, son guías. Si fuéramos *supers* de X Libre, ustedes no podrían estar ahí de pie y hablarnos. O mirarnos. Sólo somos partes. Los del tipo de Alexander son los gloriosos completos.

—¡Oh, diles que se larguen! —exclamó Myra, cansada—. Me siento como una estúpida.

Calderon asintió.

—Muy bien. Largo, caballeros. Dense el piro, vamos.

—Desde luego, necesitan pruebas —dijo Dobish—. ¿Qué hacemos? ¿Eskiskinar?

—Demasiado retorcido —repuso Dobish—. Lección objeto, ¿eh? El paralizador.

—¿Paralizador? —preguntó Myra.

Bordent sacó un objeto de entre sus ropas de papel y lo hizo girar en sus manos. Sus dedos tenían dos articulaciones. Calderon sintió que una pequeña descarga eléctrica le atravesaba.

—Joe —dijo Myra, con el rostro blanco—. No puedo moverme.

—Yo tampoco. Tranquilízate. Esto es… —Se detuvo.

—Siéntense —ordenó Bordent, haciendo girar el objeto todavía.

Calderon y Myra retrocedieron hasta el sofá y se sentaron. Sus lenguas se paralizaron como el resto de sus personas.

Dobish se acercó, subió al sofá y soltó a Alexander de la mano de su madre. El horror asomó a los ojos de Myra.

—No le haremos daño —prometió Dobish—. Sólo queremos darle su primera lección. ¿Tienes el material básico, Finn?

—En la bolsa.

Finn sacó una bolsa de medio metro de largo de entre sus ropas. Empezó a extraer objetos increíbles de su interior. Pronto, la alfombra quedó cubierta de aquellos objetos…, problemáticos en su diseño, naturaleza y uso. Calderon reconoció una tesela.

El cuarto enano, cuyo nombre resultó ser Quat, sonrió consolando a los preocupados padres.

—Observen. Ustedes no pueden aprender, no tienen el potencial. Son *homo sapiens*. Pero Alexander…

El niño se encontraba en uno de sus arrebatos de humor. Se sentía diabólicamente contento. Con la endiablada obstinación de todos los bebés, se negó a colaborar. Se arrastró hacia atrás. Estalló en apenados sollozos. Observó sus pies con sorprendida alegría. Se metió el puño en la boca y lloró con amargura por el resultado obtenido. Hablaba sobre cosas invisibles en un tono suave y críptico. Y le propinó un golpe a Dobish en el ojo.

Los hombrecillos tenían una paciencia inagotable. Dos horas después, acabaron por fin. A Calderon no le pareció que Alexander hubiera aprendido mucho.

Bordent volvió a hacer girar el objeto. Asintió, afable, y ordenó la retirada. Los cuatro hombrecillos salieron del apartamento, y, un momento después, Calderon y Myra pudieron moverse.

Ella se puso en pie de un salto, con las piernas entumecidas y tambaleándose, tomó a Alexander entre sus brazos y se desplomó en el sofá. Calderon corrió hacia la puerta y la abrió. El pasillo estaba desierto.

—Joe… —dijo Myra, con voz trémula.

Calderon regresó junto a ella y le acarició el cabello. Miró la brillante cabecita de Alexander.

—Joe. Tenemos que hacer algo.

—No sé. Si resultara…

—Ha resultado. Se han llevado esas cosas consigo. Alexander. ¡Oh!

—No han intentado lastimarle —dijo Calderon, vacilante.

—¡Nuestro *bebé*! No es ningún *superboy*.

—Bien —repuso Calderon—. Sacaré mi revólver. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Yo haré algo —prometió Myra—. ¡Duendecillos desagradables! Desde luego que lo haré, espera y verás.

Sin embargo, no pudieron hacer gran cosa.

Al día siguiente, ignoraron el tema; pero a las cuatro de la tarde, la misma hora de la primera visita, se hallaban con Alexander en un cine, viendo la última película en technicolor. Los cuatro

hombrecillos no podrían encontrarles allí…

Calderon sintió que Myra se envaraba, y sospechó lo peor. Ella se levantó de un salto, con la respiración contenida. Sus dedos le apretaron el brazo.

—¡No está!

—¿N-no?

—Ha desaparecido. Le tenía sujeto. ¡Salgamos de aquí!

—Tal vez le has soltado —dijo Calderon con expresión estúpida, y encendió una cerilla.

Hubo gritos desde la parte de atrás. Myra se abría ya camino hacia el pasillo. No había ningún bebé bajo el asiento, y Calderon se reunió con su esposa en el vestíbulo.

—Ha desaparecido —lloriqueaba Myra—. Así de fácil. Tal vez esté en el futuro, Joe. ¿Qué vamos a hacer?

Calderon, gracias a un milagro, encontró un taxi libre.

—Iremos a casa. Es el lugar más probable. Espero.

—Sí. Claro que sí. Dame un cigarrillo.

—Estará en el apartamento.

Y así era. Sentado en el suelo, mostraba un decidido interés en el aparato que Quat le enseñaba. Se trataba de una batidora de huevos de alegres colores con extensiones cuatridimensionales. El niño hablaba con vocecita aguda. No en inglés.

Bordent sacó el paralizador y empezó a hacerlo girar mientras la pareja entraba. Calderon agarró a Myra por el brazo y la sujetó.

—Espere —dijo, ansioso—. No será necesario. No intentaremos nada.

—¡Joe! —Myra trató de liberarse—. ¿Vas a dejarles que…?

—¡Cállate! Bordent, baje esa cosa. Queremos hablar con usted.

—Bien, si prometen no interrumpir…

—Lo prometemos —Calderon guió a Myra hacia el sofá y la retuvo allí—. Mira, querida, Alexander se encuentra bien. No le están haciendo daño.

—¿Hacerle daño? —repitió Finn—. Él nos despellejaría vivos en el futuro si le hiciéramos daño en el pasado.

—Calla —ordenó Bordent. Parecía ser el jefe de los cuatro—. Me alegra de que coopere, Joseph Calderon. Va contra todas mis creencias usar la fuerza contra un semidiós. Después de todo, usted es el padre de Alexander.

Este alargó una mano gordezuela y trató de tocar el irisado remolino de la batidora de huevos. Parecía fascinado.

—El kivelish está chispeando. ¿Dilato?

—No tan rápido —dijo Bordent—. Será racional dentro de una semana, y entonces podremos acelerar el proceso. Ahora, Calderon, relájese, por favor. ¿Quiere algo?

—Un trago.

—Se refiere al alcohol —le aclaró Finn—. El Rubaiyat lo menciona, ¿recuerdas?

—¿El Rubaiyat?

—La gema roja cantarina de la Biblioteca Doce.

—Ah, sí —dijo Bordent—. Eso. Ahora pensaba en las tablas de Jehová, la de los efectos de trueno. ¿Quieres hacer un poco de alcohol, Finn?

Calderon tragó saliva.

—No se molesten. Tengo un poco en aquel mueble. ¿Puedo…?

—No son ustedes «prisioneros» —la voz de Bordent sonó sorprendida—. Pero necesitamos que escuchen unas cuantas explicaciones; después de eso…, bueno, todo será diferente.

Myra negó con la cabeza cuando Calderon le tendió una copa, pero él la miró con el ceño fruncido.

—No la sentirás. Adelante.

Ella no había apartado la mirada de Alexander. El bebé imitaba el ruido de la batidora. Era algo desagradable.

—El rayo funciona —informó Quat—. Pero el visor muestra un poco de resistencia cortical.

—Regula la energía —le indicó Bordent.

—¿Modjewabba? —dijo Alexander.

—¿Qué es eso? —preguntó Myra con voz forzada—. ¿Superlenguaje?

Bordent le sonrió.

—No, sólo balbuceos de bebé.

Alexander empezó a lloriquear.

—Superbebé o no —dijo Myra—, cuando llora así, hay buenas razones. ¿Su tutelaje se extiende hasta ese punto?

—Por supuesto —respondió Quat con toda tranquilidad.

Finn y él sacaron a Alexander de allí. Bordent sonrió de nuevo.

—Están empezando a creer —dijo—. Eso ayuda.

Calderon bebió un sorbo, y sintió los calientes vapores del alcohol en el interior de sus mejillas. Su estómago se revolvía con fría intranquilidad.

—Si ustedes fueran humanos… —dijo, vacilante.

—Si lo fuéramos, no estaríamos aquí. El viejo orden cambió. Tenía que empezar en algún momento. Alexander es el primer *homo superior*.

—Pero ¿por qué nosotros? —preguntó Myra.

—Genética. Ambos han trabajado con radiactividad, y determinadas radiaciones de onda corta afectaron al plasma. La mutación ocurrió.

Y sucederá de nuevo a partir de ahora. Pero ustedes son los primeros. Ustedes morirán, pero Alexander seguirá viviendo. Tal vez mil años.

—Este asunto de su venida del futuro… —murmuró Calderon—, ¿dicen que Alexander les envió?

—El Alexander adulto. El superhombre maduro. Es una cultura diferente, por supuesto…, que se encuentra más allá de su comprensión. Alexander es uno de los X Libres. Me dijo, a través de la máquina intérprete, por supuesto: «Bordent, no se me reconoció como súper hasta que cumplí los treinta años. Sólo tuve un desarrollo de *homo sapiens* ordinario hasta entonces. Ni yo mismo conocía mi potencial. Y es una lástima». Es una lástima, ¿saben? Las capacidades completas de un organismo no pueden emerger a menos que se le den todas las posibilidades de expansión a partir del nacimiento. O desde la infancia al menos. Alexander me dijo: «Nací hace unos quinientos años. Elige unos cuantos guías y viaja hasta el pasado. Localízame en mi infancia. Dame entrenamiento especializado desde el principio. Creo que me expandirá».

—¿El pasado? ¿Quiere decir que es plástico? —preguntó Calderon.

—Bueno, afecta al futuro. No se puede alterar el pasado sin alterar también el futuro. Pero las cosas no sufren demasiada variación. Hay una norma temporal, un nivel general. En el sector temporal original, no visitamos a Alexander. Ahora, eso ha cambiado. De modo que el futuro cambiará. Aunque no mucho. No hay eje temporal crucial alguno que esté relacionado, ninguna clave. El único resultado será que el Alexander maduro será más

consciente de su propio potencial.

Llevaron de vuelta a la habitación a Alexander, que sonreía. Quat reemprendió su lección con la batidora de huevos.

—No pueden hacer gran cosa al respecto —dijo Bordent—. Creo que ahora lo comprenden.

—¿Va a parecerse Alexander a ustedes? —preguntó Myra, con el rostro apenado.

—¡Oh, no! Es un espécimen físico perfecto. Nunca le he visto, por supuesto, pero…

—Heredero de todas las edades —dijo Calderon—. Myra, ¿empiezas a comprender la idea?

—Sí. Un superhombre. ¡Pero es nuestro bebé!

—Y así seguirá —intervino ansiosamente Bordent—. No queremos apartarle del beneficioso hogar y la influencia paterna. Son necesarios para un niño. De hecho, la tolerancia hacia los jóvenes es una cualidad evolucionaria dirigida a preparar la aparición del superhombre, igual que el apéndice presto a desaparecer. En ciertas épocas de la Historia, la Humanidad es receptiva a la preparación de la nueva raza. Nunca ha tenido mucho éxito antes… Para entendernos, hubo abortos antropológicos. ¡Cielos, es importante! Los niños son horriblemente irritantes. Durante mucho tiempo están indefensos, y suponen una gran prueba para la paciencia de los padres… Cuanto más baja es la especie del animal, más rápido se desarrolla el infante. Con la Humanidad, hacen falta años para que el joven alcance un estado independiente. Así que la tolerancia paterna aumenta de proporción. En realidad, el superniño no madurará hasta que tenga unos veinte años.

—¿Alexander seguirá siendo un bebé entonces? —preguntó Myra.

—Tendrá los rasgos físicos de un espécimen de *homo sapiens* de ocho años. A nivel mental…, bueno, llamémoslo irracionalidad. No se saldrá de ninguna norma intelectual o emocional. No será más listo que ningún otro bebé. Hace falta tiempo para desarrollar la selectividad. Pero sus cúlmenes estarán muy por encima de, pongamos por ejemplo, ustedes cuando eran niños.

—Gracias —dijo Calderon.

—Sus horizontes serán más amplios. Su mente podrá contener y

asimilar mucho más que la de ustedes. El mundo es, de hecho, su concha. No estará limitado. Pero hará falta tiempo para que su mente y su personalidad se abran paso.

—Quiero otro trago —pidió Myra.

Calderon lo sirvió. Alexander metió su índice en el ojo de Quat y trató de sacárselo. Quat no ofreció resistencia.

—¡Alexander! —exclamó Myra.

—Quédese quieta —dijo Bordent—. La tolerancia de Quat en este asunto está mucho más desarrollada que la suya por naturaleza.

—Si le saca el ojo a Quat —dijo Calderon—, será una lástima.

—Comparado con Alexander, Quat carece de importancia. Y él lo sabe.

Por fortuna para la visión binocular de Quat, Alexander se cansó pronto de su nuevo juguete y volvió su atención a la batidora de huevos. Dobish y Finn se acercaron al bebé y le examinaron. Pero Calderon notó que en aquello había algo más.

—Telepatía inducida —les explicó Bordent—. Hace falta tiempo para desarrollarla, pero la estamos empezando ahora. Les digo que ha sido un alivio dar por fin con el tiempo adecuado. He llamado a ese timbre un centenar de veces al menos. Pero nunca hasta ahora…

—Salid —dijo Alexander con claridad—. Bien. Salid.

Bordent asintió.

—Basta por hoy. Volveremos mañana. ¿Estarán preparados?

—Todo lo preparados que lograremos estar, supongo —respondió Myra, y terminó su bebida.

Se emborracharon bastante aquella noche y discutieron del tema. Sus argumentos quedaban cohibidos por su comprensión de los claros recursos de los cuatro hombrecillos. Ya no dudaban. Sabían que Bordent y sus compañeros habían llegado de quinientos años en el futuro, siguiendo las órdenes de un Alexander que habría madurado para convertirse en un hermoso espécimen de superhombre.

—Sorprendente, ¿no? —dijo Myra—. Ese montoncito de carne del dormitorio va a convertirse en un superchico.

—Bueno, como Bordent señaló, tiene que empezar en alguna parte.

—Y mientras no vaya a parecerse a ninguno de esos duendecillos… ¡Uf!

—Será súper. Deucalion y como-se-llame…, ésos somos nosotros. Los padres de una nueva raza.

—Me siento rara —dijo Myra—. Como si hubiera dado a luz a un alce.

—Eso no podría suceder nunca —consoló Calderon—. Toma otro trago.

—Podría haber sucedido. Alexander es un sualce.

—¿Un sualce?

—Yo también sé hablar ese galimatías de los enanos. Glopita glopito en el vopish receptor. Ya ves.

—Para ellos es un lenguaje.

—Alexander hablará inglés. Tengo mis derechos.

—Bien, Bordent no parece ansioso por infringirlos. Dijo que Alexander necesitaba el entorno de un hogar.

—Esa es la única razón por la que no me he vuelto loca —dijo Myra—. Mientras que él…, ellos…, no nos quiten a nuestro bebé…

Una semana más tarde, quedó claro que Bordent no tenía intención alguna de usurpar los derechos paternos…, al menos, no más de lo necesario, dos horas al día. Durante ese período, los cuatro hombrecillos cumplían las órdenes que tenían de Alexander adulto y le atiborraban de todo el conocimiento que su mente infantil podía asimilar. No se basaban en bloques, rimas cantadas o ábacos. Sus armas en la batalla eran crípticas, futuristas, pero efectivas. Y le enseñaron, no había duda alguna de ello. Cómo la

regada sobre las raíces de una planta la fortalece, las enseñanzas vitamínicas de los enanos cuajaron en Alexander, y su cerebro, potencialmente superhumano, respondió, expandiéndose con brillante y errática rapidez.

Habló inteligiblemente al cuarto día. Al séptimo, podía mantener una conversación con facilidad, aunque sus músculos de bebé, subdesarrollados a nivel lingüístico, se cansaban pronto. Sus mejillas seguían siendo discos regordetes; aún no era humano por completo, excepto en destellos esporádicos. Sin embargo, esos destellos se hacían más comunes, y se acercaban.

La alfombra era un desbarajuste. Los hombrecillos no se

llevaban ya su equipo consigo; lo dejaban allí para que Alexander lo utilizara. El bebé se arrastraba entre los Objetos (no se molestaba mucho en andar, porque podía arrastrarse con más eficacia), seleccionaba algunos, y los ensamblaba. Myra había salido de compras. Los hombrecillos no aparecerían hasta media hora más tarde. Calderon, cansado de su trabajo diario en la universidad, meneaba un vaso de *whisky* con soda y miraba a su retoño.

—Alexander —dijo.

Alexander no respondió. Colocó un artilugio en una Cosa, la insertó de una forma peculiar en Otra y se sentó con aire de satisfacción.

—¿Sí? —preguntó entonces.

Su pronunciación no era perfecta, pero sí inconfundible. Alexander hablaba como un viejo sin dientes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Calderon.

—No.

—¿Qué es eso?

—No.

—¿No?

—Yo lo comprendo —dijo Alexander—. Es suficiente.

—Ya veo —Calderon observó el prodigio con un poco de aprensión—. No quieres decírmelo.

—No.

—Bueno, muy bien.

—Dame de beber —pidió Alexander.

Durante un instante, Calderon tuvo la descabellada impresión de que el niño le pedía *whisky* con soda. Entonces suspiró, se levantó y regresó con una botella.

—Leche —exclamó Alexander, mientras rechazaba la bebida.

—Has dicho que te diera de beber. El agua es una bebida, ¿no?

«Dios mío —pensó Calderon—, estoy discutiendo con el niño. Le trato como… como a un adulto, sin serlo. Es un bebé rollizo, sentado en la alfombra y jugando con un rompecabezas».

El rompecabezas dijo algo con voz muy fina.

—Repítelo —murmuró Alexander.

El rompecabezas lo hizo.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Calderon.

—No.

—¡Maldición!

Calderon se dirigió a la cocina en busca de la leche. Se sirvió otro trago. Era como si de repente le hubieran visitado parientes a los que no veía desde hacía diez años. ¿Cómo demonios se actuaba con un superbebé?

Se quedó en la cocina después de servir a Alexander su leche. Poco después, oyó la llave de Myra en la puerta. El grito que ella lanzó le hizo salir a la carrera.

Alexander vomitaba con el aire de un investigador absorto en un fenómeno fascinante.

—¡Alexander! —lloriqueó Myra—. Cariño, ¿estás enfermo?

—No —contestó el bebé—. Estoy comprobando mi proceso regurgitativo. Debo aprender a controlar mis órganos digestivos.

Calderon se apoyó contra la puerta, con una maliciosa sonrisa.

—Sí. Será mejor que empieces ahora.

—He acabado —dijo Alexander—. Limpiadlo.

Tres días más tarde, el niño decidió que sus pulmones necesitaban desarrollo. Y lloró. Lloró a todas horas, con interesantes variaciones: gemidos, berridos, bufidos y agudos chillidos. No se detuvo hasta que quedó satisfecho. Los vecinos se quejaron.

—Querido, ¿te duele algo? —preguntó Myra—. Déjame que mire…

—Márchate —dijo Alexander—, Eres demasiado cálida. Abre la ventana. Quiero aire fresco.

—S-sí, q-querido. Por supuesto.

Volvió a la cama y Calderon la rodeó con un brazo. Sabía que, por la manaña, habría sombras bajo sus ojos. En su cuna, Alexander siguió llorando.

El asunto continuó. Los cuatro hombrecillos iban a diario y le daban sus lecciones a Alexander. Se sentían contentos con los progresos del niño. No se quejaban cuando Alexander mostraba su idiosincrasia, como golpearles con fuerza en la nariz o hacer pedazos sus ropas de papel. Bordent se palmeó el casco de metal y sonrió, triunfal, a Calderon.

—Ya viene. Se está desarrollando.

—Me preguntaba…, ¿qué hay de la disciplina?

Alexander alzó la cabeza de su trabajo con Quat.

—La disciplina del *homo sapiens* no es válida para mí. Joseph

Calderon.

—No me llames Joseph Calderon. Después de todo, soy tu padre.

—Una necesidad biológica primitiva. No estáis lo suficientemente bien desarrollados para proporcionarme la disciplina que necesito. Vuestro fin es darme cuidados paternales.

—Lo que me convierte en una incubadora —dijo Calderon.

—Pero deificada —le tranquilizo Bordent—. Prácticamente un logos. El padre de una nueva raza.

—Me siento más como Prometeo —comentó el padre de la nueva raza con amargura—. También sirvió de ayuda. Y acabó con un buitre devorándole el hígado.

—Aprenderá mucho de Alexander.

—Él dice que soy incapaz de comprender nada.

—Bueno, eso es cierto, ¿no?

—Claro. Sólo soy el papá pájaro —dijo Calderon, y se hundió en un triste silencio, al tiempo que observaba cómo Alexander ensamblaba un retorcido artilugio de brillante cristal y metal bajo la tutela de Quat.

—¡Quat! ¡Cuidado con el huevo! —exclamó Bordent de repente.

Finn agarró un ovoide azulado justo antes de que la mano regordeta de Alexander pudiera agarrarlo.

—No es peligroso —dijo Quat—. No está conectado.

—Podría haberlo estado.

—Lo quiero —pidió Alexander—. Dámelo.

—Todavía no, Alexander —rehusó Bordent—. Tienes que aprender la forma correcta de conectarlo primero. De lo contrario, podría dañarte.

—Puedo hacerlo.

—Aún no eres lo bastante lógico para equilibrar tus habilidades y carencias. Más adelante, no habrá problemas. Dobish, creo que ahora convendría un poco de filosofía, ¿no?

Dobish se sentó en el suelo y entró en contacto mental con Alexander. Myra salió de la cocina, echó una rápida ojeada al panorama, y se retiró. Calderon la siguió.

—Nunca me acostumbraré a esto ni aunque viva mil años —dijo ella con lento énfasis, recortando el duro borde de una tarta de manzana—. Sólo es mi bebé cuando duerme.

—No viviremos mil años —le dijo Calderon—. Pero Alexander

sí. Ojalá pudiéramos encontrar una criada.

—Hoy he vuelto a intentarlo —repuso Myra, cansada—. Nada. Todas están en las fábricas de material bélico. Menciono un bebé y…

—No puedes hacer todo esto sola.

—Tú me ayudas cuando puedes. Pero también trabajas duro. No durará eternamente.

—Me pregunto si tuviéramos otro bebé…

Myra le miró a los ojos.

—Yo también me lo he preguntado. Pero las mutaciones no serán tan fáciles. Una vez en la vida. De todas formas, no lo sabemos.

—Bueno, ahora no importa. Un bebé es suficiente por el momento.

Myra miró hacia la puerta.

—¿Va todo bien ahí dentro? Echa un vistazo. No me fío.

—Va bien.

—Lo sé, pero el huevo azul… Bordent dijo que era peligroso. Le he oído.

Calderon se asomó por el resquicio de la puerta. Los cuatro enanos estaban sentados frente a Alexander, que tenía los ojos cerrados. Entonces los abrió. El niño miró a Calderon con el ceño fruncido.

—Márchate —pidió—. Estás rompiendo la conexión.

—Lo siento mucho —dijo Calderon, y se retiró—. Está bien, Myra. Tan dictador como siempre.

—Bueno, es un superhombre —vaciló ella.

—No. Es un superbebé. Ahí estriba la diferencia.

—Su último truco son las adivinanzas —dijo Myra, atareada con el horno—. O algo que se les parece. Me siento tan pequeña cuando me supera. Pero dice que es bueno para su *ego*. Compensa su fragilidad física.

—Adivinanzas, ¿eh? Yo conozco también unas cuantas.

—No funcionarán con Alexander —dijo Myra, con sombría seguridad.

No funcionaron. «¿Qué sube una chimenea?» fue tratado con el desdén que merecía. Alexander examinaba las adivinanzas de su padre, las observaba con su mente lógica, analizaba los defectos de

su semántica y su lógica, y las rechazaba. O bien las contestaba, con tal precisión que Calderon se sentía demasiado cohibido para dar las respuestas correctas. Quedó reducido a preguntar «por qué un cuervo se parecía a un escritorio», y, ya que ni siquiera el *Sombrerero Loco* pudo contestar su propia adivinanza, se quedó un poco aterrado al oír una disertación sobre ornitología comparativa. Después de eso, dejó que Alexander le punzara con chistes infantiles sobre las relaciones de los rayos gamma con los fotones, y trató de mostrarse filosófico. Hay pocas cosas tan irritantes como las adivinanzas de un niño. Su burlón triunfo se pulveriza en el polvo en el que vives.

—Oh, deja en paz a tu padre —dijo Myra, que salía de la cocina con el cabello desarreglado—. Sólo intenta leer el periódico.

—Esa noticia carece de importancia.

—Leo los cómics —dijo Calderon—. Quiero ver si los Katzenjammers se vengan del Capitán por colgarles bajo una cascada.

—La fórmula para el humor de un predicamento incongruente… —empezó a decir Alexander, pero Calderon se marchó al dormitorio disgustado.

Myra se reunió con él.

—Otra vez me está preguntando adivinanzas —dijo—. Veamos qué hicieron los Katzenjammers.

—Tienes mal aspecto. ¿Estás resfriada?

—No llevo maquillaje. Alexander dice que el olor le pone enfermo.

—¿Y qué? No es ninguna petunia.

—Bueno —dijo—, se pone enfermo. Pero, desde luego, lo hace adrede.

—Escucha. Ahí está otra vez. ¿Qué querrá ahora?

Lo único que Alexander buscaba era un público. Había descubierto una nueva forma de hacer ruiditos imbéciles con los dedos y los labios. En algunos momentos, las fases infantiles normales resultaban más agotadoras que sus superperíodos. Sin embargo, después de un mes, Calderon sintió que lo peor estaba aún por venir. Alexander había progresado en áreas de conocimiento inexploradas por el *homo sapiens*, y desarrollado el repelente hábito de exprimir el cerebro de su padre en busca de

todos los fragmentos de conocimientos que el pobre hombre poseía.

Lo mismo le sucedía a Myra. El mundo era, en realidad, la concha de Alexander. Tenía una insaciable curiosidad por todo, y ya no había ninguna intimidad en el apartamento. Por las noches, Calderon empezó a echar el cerrojo a la puerta del dormitorio para protegerse de su hijo (la cuna de Alexander estaba en otra habitación); pero sus furiosos llantos le despertaban a todas horas.

A mitad de la preparación de la cena, Myra se veía obligada a detenerse y explicarle a Alexander los misterios caloríficos del horno. Él aprendió todo lo que su madre sabía, pasó a aspectos más abstractos del tema, y desdeñó su ignorancia. Descubrió que Calderon era físico, un hecho que el hombre había ocultado con sumo cuidado hasta ese momento; a partir de ahí, le sacó toda la información. Hizo preguntas sobre geodésica y geopolítica. Preguntó por los monotremas y los monorrieles. Sentía curiosidad sobre las birremes y la biología. Y era escéptico y dudaba de la profundidad del conocimiento de su padre.

—Pero Myra Calderon y tú sois mis puntos de contacto más cercanos con el *homo sapiens*, y eso es un principio. Apaga ese cigarrillo. No es bueno para mis pulmones.

—Muy bien —dijo Calderon. Se levantó con aire cansino, acosado por la sensación habitual que últimamente experimentaba de ser expulsado de una habitación a la otra del apartamento, y fue en busca de Myra—. Bordent está a punto de llegar. Podemos salir a alguna parte, ¿qué te parece?

—Magnífico. —Ante el espejo, ella se recogía el cabello en una trenza—. Necesito hacerme la permanente. Si tuviera tiempo…

—Mañana me tomaré el día libre y me quedaré aquí. Necesitas descanso.

—No, querido. Los exámenes se acercan. No puedes hacerlo.

Alexander gritó. Resultó que quería que su madre le cantara. Sentía curiosidad por el alcance tonal del *homo sapiens* y el probable efecto emocional y soporífico de las nanas. Calderon se sirvió un trago, se sentó en la cocina y se puso a fumar; pensó en el glorioso destino de su hijo. Cuando Myra dejó de cantar, él prestó atención a los quejidos de Alexander, pero no oyó sonido alguno hasta que Myra, algo histérica, entró corriendo; temblaba y llevaba los ojos abiertos como platos.

—¡Joe! —Cayó en brazos de Calderon—. Rápido, dame un trago… o abrázame fuerte… o algo.

—¿Qué ocurre? —Él le puso la botella en las manos; luego, se acercó a la puerta y se asomó—. ¿Alexander? Está tranquilo, comiendo chocolatinas.

Myra no se molestó en usar un vaso. El cuello de la botella sonó contra sus dientes.

—Mírame. Sólo mírame. Estoy hecha un flan.

—¿Qué ha sucedido?

—Oh, nada. Nada en absoluto. Alexander se ha convertido en un mago, eso es todo. —Se desplomó en una silla y se pasó una mano por la frente—. ¿Sabes lo que acaba de hacer ese genio de nuestro hijo?

—Morderte —aventuró Calderon, sin dudarlo ni por un momento.

—Peor, mucho peor. Ha empezado a pedirme chocolatinas; al responderle que no había en casa, me ha dicho que bajara a la tienda. Entonces, le he contestado que tendría que vestirme primero, y que estaba muy cansada.

—¿Por qué no me has pedido que fuese yo?

—No me ha dado esa oportunidad. Antes de que yo pudiera decir esta boca es mía, ese Merlín infantil agitó una varita mágica o algo así… y…, aparecí en la tienda. Tras el mostrador de las chocolatinas.

Calderon parpadeó.

—¿Amnesia inducida?

—No ha habido lapso temporal alguno. Sólo «fuiiit»… y aparecí en la tienda. Con esta porquería de vestido, sin rastro de maquillaje, y con el cabello suelto. La señora Busherman se encontraba también, comprando un pollo… Se mostró bastante amable para decirme que debería cuidarme más. ¡Uuuf! —terminó Myra, furiosa.

—Santo Dios.

—Teleportación. Así es como Alexander lo llama. Algo nuevo que ha aprendido. No voy a seguir aguantándole, Joe. No soy una muñeca.

Estaba medio histérica.

Calderon entró en la habitación de al lado y se puso a observar a su hijo. Tenía toda la boca manchada de chocolate.

—Escúchame, tipo listo —dijo—. Deja a tu madre en paz, ¿me oyes?

—No le he hecho daño —señaló el prodigio, con voz burbujeante—. Sólo he sido eficiente.

—Bien, pues no lo seas tanto. ¿Y dónde has aprendido ese truco?

—¿La teleportación? Quat me lo enseñó anoche. Él no puede hacerlo, pero yo soy un «súper X Libre», así que lo hago. El poder no está disciplinado aún. Si hubiera intentado teleportar a Myra Calderon a Jersey, digamos, podría haberla dejado caer en el Hudson por error.

Calderon murmuró algo feo.

—¿Es eso un derivado del anglosajón? —preguntó Alexander.

—No importa. De todas formas, no deberías de comer tanto chocolate. Te pondrás enfermo. Ya has puesto histérica a tu madre. Y me das náuseas.

—Márchate —ordenó Alexander—. Quiero concentrarme en el sabor.

—No. He dicho que te pondrás enfermo. El chocolate es demasiado fuerte para ti. Dámelo. Ya has comido bastante.

Calderon extendió la mano hacia la bolsa de papel. Alexander desapareció. En la cocina. Myra gritó.

Calderon gimió, desalentado, y se volvió. Como esperaba, Alexander se hallaba en la cocina, encima del horno, y se metía las chocolatinas en la boca. Myra estaba concentrada en la botella.

Vaya casa —dijo Calderon—. El bebé se teleporta por todo el apartamento, tú te emborrachas en la cocina, y yo me encuentro a punto de sufrir un colapso nervioso. —Empezó a reír—. Muy bien, Alexander. Puedes quedarte las chocolatinas. Sé cuándo tengo que reducir estratégicamente mis líneas de defensa.

—Myra Calderon —dijo Alexander—, quiero volver a la otra habitación.

—Vuela —sugirió Calderon—. Ven, te llevaré.

—Tú, no. Ella. Tiene mejor ritmo cuando anda.

—Cuando se tambalea, querrás decir —le corrigió Myra.

Sin embargo, obediente dejó la botella, se puso en pie y tomó a Alexander entre sus brazos. Salió. Calderon no se sorprendió demasiado al oírla gritar un instante después. Cuando se unió a la familia feliz, Myra estaba sentada en el suelo, y se frotaba los

brazos, al tiempo que se mordía los labios. Alexander reía a mandíbula batiente.

—¿Y ahora, qué?

—El-él
me-me
d-dio
una descarga —repuso Myra con voz infantil—. Es como una anguila. Lo
h-hizo
a propósito. Oh, Alexander, ¿quieres dejar de reírte?

—Te has caído —coreó el bebé, triunfante—. Has gritado y te has caído.

Calderon miró a Myra, y su boca se tensó.

—¿Lo has hecho a propósito? —preguntó.

—Sí. Qué gracioso.

—Tú sí que vas a estar gracioso dentro de un minuto. «Súper X Libre» o no, lo que necesitas son unos buenos azotes.

—Joe… —le advirtió Myra.

—No importa. Tiene que aprender a ser considerado con los derechos de los demás.

—Soy un *homo superior* —dijo Alexander, con expresión belicosa.

—Voy a tratar con el *homo* posterior —anunció Calderon, y trató de capturar a su hijo.

Un punzante destello de energía nerviosa recorrió sus órganos; Calderon cayó hacia atrás de manera ignominiosa, y se desplomó contra la pared, golpeándose la cabeza con fuerza. Alexander se echó a reír como un idiota.

—Tú te has caído también —coreó—. Qué gracioso.

—Joe —dijo Myra—. Joe, ¿estás herido?

Calderon dijo amargamente que pensaba que sobreviviría. Sin embargo, añadió, tal vez fuese aconsejable que le llevase unas cuantas tablillas y una bolsa de plasma.

—Por si al niño le interesa la vivisección.

Myra observó a Alexander con mirada de preocupación.

—Espero que estés de broma.

—Eso espero yo también.

—Bueno…, aquí está Bordent. Hablemos con él.

Calderon atendió la puerta. Los cuatro hombrecillos entraron con aire solemne. Sin pérdida de tiempo, se reunieron alrededor de Alexander, sacaron nuevos aparatos de los recovecos de sus ropas de papel, y se pusieron al trabajo.

—La he teleportado unos dos mil quinientos metros —dijo el niño.

—¿Tan lejos? —preguntó Quat—, ¿Te has cansado?

—Ni pizca.

Calderon llevó a Bordent aparte.

—Quiero hablar con usted. Creo que Alexander necesita unos azotes.

—¡Por voraster! —dijo el enano, sorprendido—. ¡Pero es Alexander! ¡Es de tipo «X Libre»!

—Todavía no. Aún es un bebé.

—Pero un superbebé. No, no, Joseph Calderon. Debo decirle de nuevo que las medidas disciplinarias pueden ser aplicadas sólo por autoridades suficientemente inteligentes.

—¿Usted?

—Oh, aún no —dijo Bordent—. No queremos cargarle de trabajo. Hay un límite incluso para un supercerebro, sobre todo en este período formativo. Tiene mucho que hacer, y sus actitudes hacia los contactos sociales no necesitarán formarse hasta dentro de una temporada.

Myra se reunió con ellos.

—No estoy de acuerdo. Como todos los bebés, es antisocial. Puede tener poderes suprahumanos, pero es subhumano en lo que a equilibrio mental y emocional se refiere.

—Sí —accedió Calderon—. Esa cuestión de las descargas eléctricas.

—Se limita a jugar —dijo Bordent.

—¿Y la teleportación? Suponga que me teleporta a Times Square mientras me ducho.

—Sólo se trata de un juego. Aún es un bebé.

—Pero ¿qué hay de nosotros?

—Tienen las características hereditarias de la tolerancia paterna —explicó Bordent—. Como les he dicho antes, Alexander y su raza son la razón por la que se creó la tolerancia en primer lugar. No hace mucha falta con el *homo sapiens*. Quiero decir que hay un

amplio espacio entre la tolerancia normal y la provocación normal. Un bebé ordinario tiene que probar a sus padres unos pocos instantes cada vez, pero eso es todo. La provocación es demasiado pequeña para requerir la tremenda cantidad de tolerancia que los padres poseen. Sin embargo, con los de tipo X Libre, es un asunto diferente.

—Incluso para la tolerancia hay un límite —dijo Calderon—. Me preguntaba si una guardería infantil…

Bordent sacudió su cabeza, cubierta de brillante metal.

—Les necesita a ustedes.

—¡Pero bueno! —dijo Myra—. ¿No pueden enseñarle un poco de disciplina?

—Oh, no es necesario. Su mente es aún inmadura, y debe concentrarse en cosas más importantes. Le tolerarán.

—Ya no es nuestro bebé —murmuró Myra—. No es Alexander.

—Por supuesto que sí. Claro que lo es. ¡Es Alexander!

—Mire, lo normal es que una madre quiera abrazar a su bebé. Pero… ¿cómo puede hacerlo si espera que él la arroje al otro extremo de la habitación?

Calderon meditaba.

—¿Desarrollará más… más superpoderes a medida que crezca?

—Sí, claro. Desde luego.

—Es una amenaza para la vida y la seguridad. Sigo opinando que necesita un correctivo. La próxima vez, usaré guantes de goma.

—Eso no servirá de nada —dijo Bordent, con el ceño fruncido—. Además, debo insistir…, no, Joseph Calderon, no servirá. Usted no puede intervenir. No es capaz de proporcionarle ese tipo de disciplina… que, de todas formas, no necesita.

—Sólo unos azotes —dijo Calderon tristemente—. No como venganza. Sólo para mostrarle que debe tener en consideración los derechos de los demás.

—Aprenderá a considerar los derechos de otros súper X Libre. Usted no debe intentar nada. Unos azotes…; aunque tuviera éxito, algo que dista mucho de ser probable…, unos azotes podrían dañarle psicológicamente. Somos sus tutores, sus mentores. Tenemos que protegerle. ¿Comprende?

—Creo que sí —dijo Calderon con lentitud—. Es una amenaza.

—Ustedes son los padres de Alexander, pero quien importa es él.

Si debo aplicarles medidas disciplinarias, lo haré.

—Bah, olvídelo —suspiró Myra—. Joe, salgamos de aquí y paseemos por el parque mientras Bordent está aquí.

—Regresen dentro de dos horas —dijo el hombrecillo—. Adiós.

A medida que el tiempo transcurría, Calderon no podía decidir si eran más irritantes las fases estúpidas o sus períodos de aguda inteligencia. El prodigio había aprendido nuevos poderes; lo peor de todo era que Calderon nunca sabía qué esperar, o cuándo le caería encima alguna broma sorprendente. Como aquella ocasión en que un puñado de pegajosa miel se materializó en su cama, traída de la tienda por teleportación. Alexander pensó que era muy gracioso. Se rió.

Y, cuando, en una ocasión, Calderon rehusó ir al almacén a comprar chocolatinas porque dijo que no tenía dinero («Y no intentes teleportarme. Estoy sin blanca»), Alexander utilizó energía mental para distorsionar sorprendentemente las líneas gravitatorias. Calderon se encontró colgado cabeza abajo, en el aire, sacudido, mientras monedas sueltas caían de sus bolsillos. Fue a comprar las chocolatinas.

El humor es un sentido desarrollado, que, básicamente, deriva de la crueldad. Cuanto más primitiva es una mente, menos selectividad existe. Es probable que un caníbal se divirtiera profundamente con las sacudidas de su víctima en el caldero. Un hombre resbala con una cáscara de plátano y se rompe la espalda. El adulto cesa de reír en ese punto; el niño, no. Y un *ego* civilizado encuentra el embarazo tan agudamente incómodo como el dolor físico. Un bebé, un niño, un retardado, es incapaz de practicar la empatia. No puede identificarse con otro individuo. Es lamentablemente autista; sus propias reglas son arbitrarias, y la basura arrojada por todo el dormitorio no resultaba nada graciosa ni para Myra ni para Calderon.

Había un pequeño extraño en la casa. Nadie se divertía. Excepto Alexander. Se lo pasaba muy bien.

—No existe la intimidad —dijo Calderon—. Se materializa en todas partes, a todas horas. Querida, me gustaría que fueras al médico.

—¿Qué crees que me recetaría? —preguntó Myra—. Descanso, eso es todo. ¿Te das cuenta de que han transcurrido dos meses

desde que Bordent apareció?

—Y hemos hecho progresos maravillosos —dijo aquél acercándose a ellos. Quat estaba en conexión con Alexander en la alfombra, mientras que la otra pareja de enanos preparaba otro artilugio—. O, más bien, Alexander ha hecho un progreso notable.

—Necesitamos descansar —gruñó Calderon—. Si pierdo mi empleo, ¿quién soportará a ese genio «suyo»?

Myra miró rápidamente a su marido, notando el pronombre posesivo que había empleado.

Bordent mostró preocupación.

—¿Se halla en dificultades?

—El decano me ha hablado una o dos veces. Ya no puedo controlar mis clases. Me irrito demasiado.

—No tiene que aplicar tolerancia a sus estudiantes. Y en cuanto al dinero, podremos suministrárselo. Me encargaré de procurarle algunos bienes negociables.

—Pero quiero trabajar. Me gusta mi trabajo.

—Alexander es su trabajo.

—Necesito una criada —dijo Myra, indefensa—. ¿No pueden hacerme un robot o algo? Alexander asusta a todas las criadas que consigo contratar. No quieren permanecer ni un día en esta casa de locos.

—Una inteligencia mecánica tendría mal efecto sobre Alexander —dijo Bordent—. No.

—Ojalá pudiéramos tener invitados de vez en cuando. O salir de visita. O estar solos —suspiró Myra.

—Algún día, Alexander madurará, y conseguirán su recompensa. Los padres de Alexander. ¿Les he dicho alguna vez que tenemos imágenes de ustedes dos en el Gran Salón de Vejestorios?

—Deben de tener un aspecto terrible —dijo Calderon—. Sé que lo tenemos ahora.

—Sea paciente. Considere el destino de su hijo.

—Lo hago. A menudo. Pero se pone un poco pesado en algunas ocasiones. Y es una forma suave de expresarlo.

—De ahí procede la tolerancia —dijo Bordent—. La naturaleza planeó bien la nueva raza.

—Mm-m-m.

—Ahora trabaja en abstracciones de seis dimensiones. Todo

progresa a las mil maravillas.

—Sí —dijo Calderon.

Se marchó renegando a reunirse con Myra en la cocina.

Alexander trabajaba con facilidad con sus artilugios, sus dedos regordetes eran ya más fuertes y más seguros. Aún tenía una pasión prohibida hacia el ovoide azul, pero, bajo la mirada vigilante de Bordent, sólo podía usarlo en los campos restringidos dispuestos por sus mentores. Cuando la lección terminaba, Quat, como de costumbre, seleccionaba algunos de los objetos y los guardaba bajo llave en un armario. Dejaba el resto sobre la alfombra para proporcionar ejercicios a la ingenuidad de Alexander.

—Se desarrolla —dijo Bordent—. Hoy hemos dado un gran paso.

Myra y Calderon regresaron a tiempo de oírle.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Hemos quitado un bloqueo psíquico. Alexander ya no necesitará dormir.

—¡Qué! —exclamó.

—No le hará falta el período de sueño. De todas formas, es un hábito artificial. La superraza no lo necesita.

—Ya no dormirá más, ¿eh? —dijo Calderon.

Había palidecido.

—Correcto. Ahora su desarrollo será el doble de rápido.

A las tres de la madrugada, Calderon y Myra se encontraban acostados, completamente despiertos, mirando a través de la puerta abierta el remolino de luz donde Alexander jugaba. Visto allí con tanta claridad, como si estuviera en un escenario iluminado, ya no parecía él mismo. La diferencia era sutil, pero existía. Bajo la luz dorada, su cabeza había sufrido un leve cambio de forma, y un algo de inteligencia y determinación había en sus regordetes rasgos. No era un aspecto atractivo. No encajaba allí. Hacía que Alexander pareciera menos un superbebé que un viejo demacrado. Toda la crueldad y el egoísmo de un niño normal (algo perfectamente normal, rasgos naturales en el niño que se desarrolla) fluctuaban por el rostro de Alexander mientras jugaba, absorto, con sólidos bloques de cristal que encajaba unos dentro de otros como si de un rompecabezas se tratara. Era un rostro sorprendente.

Calderon oyó a Myra suspirar a su lado.

—Ya no es nuestro Alexander —murmuró ella—. Para nada.

Alexander alzó la cabeza y su rostro se difuminó de pronto. El aspecto de edad paradójica y degeneración que había en él desapareció mientras abría la boca y lloriqueaba de rabia, arrojando los bloques en todas direcciones. Calderon vio que uno atravesaba rodando la puerta del dormitorio y se detenía en la alfombra, donde expulsaba de su interior una cascada de bloques sólidos más pequeños que rodaba hacia él. Los gritos de Alexander llenaban el apartamento. Al cabo de un instante, las ventanas empezaron a cerrarse al otro lado del patio, y, poco después, el teléfono comenzó a sonar. Calderon fue a responder, suspirando.

Cuando colgó, miró a Myra y sonrió con amargura.

—Bien, nos han dicho que nos mudemos —dijo por encima de los rugidos.

—¡Oh! ¡Oh, vaya! —exclamó Myra.

—Es el colmo.

Guardaron silencio durante unos segundos.

—Nos quedan otros diecinueve años más —dijo, entonces, Calderon—. Creo que podemos irnos preparando. Dijeron que maduraría a los veinte, ¿no?

—Será huérfano mucho antes —gimió Myra—. ¡Oh, mi cabeza! Creo que he pillado un resfriado cuando nos teleportó al tejado antes de cenar. Joe, ¿crees que somos los primeros padres que… tuvieron una cosa como ésta?

—¿A qué te refieres?

—¿Ha habido otro superbebé antes de Alexander? Parece un despilfarro de tolerancia si somos los primeros en necesitarla.

—Nos hará falta muchísima más.

Calderon no dijo nada durante un rato, pero se quedó pensativo, tratando de no oír los rítmicos aullidos de su superniño. Tolerancia. Todos los padres necesitaban bastante. Todos los niños eran intolerables de vez en cuando. Ciertamente, la raza había necesitado amor paternal en grandes cantidades para permitir que sus niños sobrevivieran. Pero ningún padre antes había sido probado con tal consistencia hasta el último grado de tolerancia. Ningún padre antes había tenido que enfrentarse a veinte años de trabajo, día y noche, exprimidos hasta la última gota. El amor paternal es una emoción maravillosa, pero…

—Me pregunto… —dijo pensativo—, me pregunto si somos los

primeros.

Las especulaciones de Myra habían estado divagando.

—Supongo que es como las amígdalas y el apéndice —murmuró —. Su uso ha quedado atrás, pero siguen apareciendo. Esta tolerancia es un vestigio al revés. Ha estado aguantando todos estos milenios, esperando a Alexander.

—Tal vez. Me pregunto… Pero si hubiera habido un Alexander antes de ahora, habríamos oído hablar de él. Así que…

Myra se apoyó sobre un codo y miró a su marido.

—¿Eso piensas? —dijo en voz baja—. No estoy tan segura. Creo que podría haber sucedido antes.

Alexander se calló de súbito. El silencio resonó en el apartamento durante un momento. Entonces una voz familiar, sin palabras, habló simultáneamente en sus cerebros.

—Traedme un poco de leche. Y la quiero tibia, no caliente.

Joe y Myra se miraron mutuamente, sin habla. Myra suspiró y retiró las sábanas.

—Esta vez iré yo —dijo—. Algo nuevo, ¿eh? Yo…

—No pierdas el tiempo —dijo la voz sin palabras.

Myra saltó y emitió un gritito. La electricidad chispeaba audible por la habitación, y oyeron la alborotadora risa de Alexander.

—Supongo que ahora es tan civilizado como un mono bien entrenado —recalcó Joe, mientras salía de la cama—. Yo iré. Vuelve a acostarte. En un año, puede que alcance el grado de un bosquimano. Después de eso, si aún vivimos, tendremos el placer de vivir con un caníbal superpoderoso. Finalmente, tal vez llegue al nivel de bromista práctico. Eso resultaría interesante —salió, murmurando para sí.

Diez minutos después, al regresar a la cama, Joe encontró a Myra frotándose las rodillas y mirando al vacío.

—No somos los primeros, Joe —aseguró ella, sin mirarle—. Lo he estado pensando. Estoy segura de que no lo somos.

—Pero nunca hemos oído hablar de ningún superhombre desarrollándose…

Ella volvió la cabeza y le dirigió una mirada, larga y pensativa.

—No.

Guardaron silencio.

—Ya veo lo que quieres decir —asintió él.

Algo se rompió en el salón. Alexander se rió y el sonido de madera al astillarse resonó con fuerza en el silencio de la noche. Otra ventana se cerró con fuerza en alguna parte.

—Hay un punto de ruptura —dijo Myra en voz baja—. Tiene que haberlo.

—Saturación —murmuró Joe—. Saturación de tolerancia…, o algo así. Podría haber sucedido.

Alexander apareció a la vista, con algo azul entre las manos. Se sentó y empezó a juguetear con los brillantes cables. Myra se levantó de súbito.

—¡Joe, tiene ese huevo azul! Debe de haber roto el armario.

—Pero Quat le dijo…

—¡Es peligroso!

Alexander les miró, sonrió, y dobló los cables en un armazón del tamaño del huevo.

Calderon se levantó de la cama y se dirigió a la puerta. Se detuvo antes de alcanzarla.

—¿Sabes? —dijo lentamente—. Podría hacerse daño con esa cosa.

—Tendremos que quitársela —accedió Myra, y se levantó con cansada reluctancia.

—Mírale —instó Calderon—. Sólo mírale.

Alexander manejaba competentemente los cables, sus manos aparecían a la vista y se perdían de nuevo mientras balanceaba una tesala bajo el armazón. Aquel curioso velo de conocimiento daba a su regordete rostro el extraño aspecto de senilidad que tan bien habían llegado a conocer.

—Esto continuará y continuará, ya sabes —murmuró Calderon —. Mañana será un poco distinto a hoy. La semana que viene, el mes que viene…, ¿qué ocurrirá dentro de un año?

—Lo sé. —La voz de Myra era un eco—. Aun así, supongo que tenemos… —Permaneció descalza junto a su marido, observando—, supongo que el artilugio estará terminado cuando conecte el último cable —dijo—. Deberíamos de quitárselo.

—¿Crees que podríamos?

—Deberíamos de intentarlo.

Se miraron mutuamente.

—Parece un huevo de pascua —dijo Calderon—. Nunca he oído

hablar de ningún huevo de pascua que haga daño a nadie.

—Supongo que, en realidad, le hacemos un favor —añadió Myra en voz baja—. Un niño que se quema teme al fuego. Cuando un crío se quema con una cerilla, se aparta de ellas.

Permanecieron observando, en silencio.

Alexander tardó tres minutos en terminar su diseño, lo que quiera que fuese. Los resultados fueron fenomenalmente efectivos. Hubo un destello de luz blanca, un chisporroteo en el aire, y Alexander desapareció en el resplandor, dejando sólo un leve olor a quemado tras él.

Cuando Calderon y Myra pudieron ver de nuevo, parpadearon sin creerlo ante el espacio vacío.

—¿Teleportación? —susurró Myra, aturdida.

—Me aseguraré.

Calderon cruzó la habitación y encontró una mancha húmeda en la alfombra, con los zapatos de Alexander en ella.

—No —dijo—. Teleportación, no —luego inspiró hondo—. Ha desaparecido. Así que nunca creció y envió a Bordent atrás en el tiempo para que se instalara con nosotros. Nunca sucedió.

—Nunca fuimos los primeros —dijo Myra con voz inestable y confundida—. Hay un punto de ruptura, eso es todo. ¡Cuánto lo siento por los primeros padres que no lo alcancen!

Se volvió de repente, pero no tanto como para que él no pudiera ver que estaba llorando. Calderon vaciló, mientras contemplaba la puerta. Pensó que lo mejor sería que no la siguiera todavía.

CHOQUE

Cuando levantó las narices de su libro, Gregg percibió la cabeza del hombre atravesando el muro de su apartamento; por un instante creyó que se había vuelto loco. Cosas así no suceden jamás a un físico de edad madura y que tiene organizada su vida de modo bien ordenado. Por tanto, tenía que haber un agujero en la pared y un personaje medio desnudo salió de él penosamente.

—¿Quién es usted? —preguntó Gregg, recobrando el uso de su lengua.

El hombre, con un registro tonal extraordinario, hablaba un inglés extraño, confuso, pero reconocible.

—Soy un positronco —anunció, en equilibrio sobre su estómago —. Mi tronco está en… ¿eh?… 1953 y mis posaderas en… *¡uf!*

Se retorció convulsivamente y salió por completo; quedó acurrucado en la alfombra, jadeando.

—¡Caramba con el rincón! ¡La válvula no estaba lo bastante grande! Hay que esforzarse.

Eso apenas era comprensible. Los rasgos densos, leoninos, de Manning Gregg se ensombrecieron. Extendió la mano, empuñó un pesado sujetalibros y se levantó.

—Soy Halison —dijo el recién llegado, ajustándose la toga—. Debemos estar en 1953. Salvo error u omisión.

—¿Quée?

—Dificultura semántica —contestó Halison—. Provengo de hace unos… digamos mil años de su futuro.

La mirada de Gregg enfocó el agujero de la pared.

—¿Habla usted inglés?

—Lo aprendí en 1970. No es ésta mi primera visita al pasado. Pasaba a menudo. Busco algo. Importante… extraimportante.

Empleo la fuerza mental para distorsionar el continuo espacio-tiempo y la válvula se abre. ¿Por favor, me presta usted ropa vieja?

Asiendo siempre el sujetalibros, Gregg se acercó a la pared y miró en la abertura circular; era bastante grande para permitir el paso de un hombre de talla pequeña. No había más que una pared azul, lisa, a algunos palmos de distancia aparentemente. ¿El apartamento vecino? ¡Improbable!

—La válvula crecerá más tarde —dijo Halison—. Se abre de noche. Se cierra de día. Tengo que volver a entrar el jueves. Sicate me viene a ver todos los jueves. ¿Puede usted prestarme ropas? Necesito encontrar una cosa… Hace un condenado tiempo que estoy buscando en el pasado… ¿Tiene la bondad?

Seguía sentado en tierra. Pero él contempló a su extraordinario visitante. Halison era visiblemente un *homo sapiens* 1953. Tenía un rostro puntiagudo, de un rosa vivo, grandes ojos brillantes; su cráneo se había desarrollado normalmente y estaba totalmente calvo. Tenía doce dedos y dos de los pies tenían articulaciones. Temblaba nerviosamente sin parar, como si tuviese alterado su metabolismo.

—¡Gran Dios! —exclamó Gregg, dándose cuenta al fin—. No es una broma, ¿verdad?

—Broma, broma, broma. ¿Qué significa? ¿Positronco era falso? Es difícil conocer el vocabulario que se parecía utilizar en cada época nueva. Carecen ustedes de la más viva concepción de nuestra avanzada cultura. Perdone. Veo difícil ponerme a un plan parecido al de ustedes. La civilización ha avanzado muy de prisa después del siglo éste. No tengo demasiado tiempo. Se hablará de eso más tarde, pero ahora deben prestarme ropas. Es importante.

La nuez subía y bajaba de la garganta de Gregg.

—Sí, pero… espere. Si todo esto no es una…

—Perdóneme mucho —interrumpió Halison—. Busco cierta cosa con mucha prisa. Volveré pronto. El jueves en todo caso, para ver a Sicate. Él me distribuye mucha sabiduría. En el presente, perdóneme por favor —tocó la frente de Gregg.

El físico dijo:

—Hable un poco más despacio, por fa…

Halison había desaparecido.

Gregg registró rápidamente la estancia. Nada. Aparte del agujero

de la pared, que había doblado su diámetro. ¡Cosa singular!

Miró el reloj. Las ocho. Debía de ser casi las siete. Había pasado una hora, según parecía, desde que Halison levantó el brazo para tocarle la frente.

Como ejemplo de hipnotismo eso era sobre todo impresionante.

Gregg buscó un cigarrillo y lo encendió. Aspiró prudentemente el humo, miró la válvula del otro extremo de la estancia y reflexionó. ¿Un visitante venido del futuro? ¡Pues bien…!

Asaltado por un súbito pensamiento, fue a su cuarto y halló que un traje, de cheviot, había desaparecido. Lo mismo que una camisa, una corbata y un par de calcetines. Y la cartera de Gregg seguía en su bolsillo del pantalón.

Volvió a mirar en la válvula, pero no vio nada más que la pared azul. Posiblemente nada había así en el apartamento de Tommy McPherson, el soltero maduro que vivía al lado; éste último había renunciado, por sugerencia de su médico, a los *cabarets* nocturnos, buscando distracciones más tranquilas. No obstante, Gregg salió al rellano y llamó a casa de McPherson.

—Salud, Mac —dijo cuando este último se presentó, el rostro coronado de cabellos castaños cuidadosamente pintados y los ojos medio cerrados por el sueño—. ¿Ocupado? ¿Puedo entrar un momento?

McPherson miró el cigarrillo de Gregg con envidia.

—Seguro, como si estuviera en su casa. Estaba examinando un incunable que me envió mi agente de Filadelfia… y tenía ganas de beber. ¿*Whisky* y soda?

—Si me acompaña usted.

—Bien quisiera —gimió McPherson—. Pero soy muy joven para morir. ¿Qué ocurre?

Siguió a Gregg a la cocina y volvió a inspeccionar cuidadosamente la pared.

—¿Permites?

—Tengo un agujero en mi pared —respondió Gregg—. Pero no desemboca *aquí*.

Lo que demostraba que la abertura quedaba totalmente fuera de sus conceptos. Obligatoriamente cubería desembocar en la cocina de McPherson o… allí.

—¿Un agujero en su pared? ¿Cómo es posible?

—Se la voy a enseñar.

—No siento mucha curiosidad por verlo —observó McPherson —. Telefonee al propietario. Quizás le interese.

Gregg gimió:

—Lo vi en serio, Mac. Quiero que le eche un vistazo… Es… es extraño. Y quisiera que me diera consejo.

—O es un agujero o no lo es —repuso simplemente McPherson —. Nuestro poderoso cerebro, ¿no estará nublado por los vapores del alcohol? Ojalá el mío lo estuviera también…

Miraba con verdadero deseo el bar portátil.

—No me dijo usted nada —repuso Gregg—. Pero me hace falta un testigo. ¡Venga!

Empujó a McPherson, que se resistía, hasta su despacho y le enseñó la abertura. Mac se acercó murmurando alguna cosa a propósito de un espejo y miró por el agujero. Silbó entre dientes. Después metió el brazo, lo más profundo posible y trató de tocar la pared azul. No llegó… le faltó mucho.

—El agujero se ha agrandado todavía más —dijo categóricamente Gregg—, durante estos últimos minutos. ¿Se da usted cuenta también, amigo?

McPherson se dejó caer en un sillón.

—Tomemos una copa —gimió—. La necesito… En todo caso, no es un buen pretexto. Aunque… no nos excedamos —añadió con una prudencia de último instante.

Gregg mezcló dos wiskis con soda y tendió uno a McPherson. Mientras bebían, le contó lo que había pasado. Mac no comprendió gran cosa.

—¿Venía del futuro?

—Felizmente a mí no me ha llegado. Me hubiese vuelto loco.

—Me parece perfectamente lógico —arguyó Gregg, casi para sí —. Ese tipo… Halison… no era visiblemente del modelo 1953.

—Debía parecerse a una combinación de Pogo y Karloff.

—¿Y qué? ¡Usted no se parece en nada a un *neanderthal* o un hombre de *piltdown*! Su cráneo… el de ese Halison… debió tener un cerebro extraordinario. Su I.Q…

—¿Y para qué sirve todo eso, ya que ese tipo no quiso hablarle? —preguntó McPherson con cierta lógica.

Gregg se dio cuenta que estaba ruborizándose.

—A sus ojos le debo parecer un mono —dijo con voz apagada—. Apenas le podía comprender… muy detonante. Pero regresará.

—¿Para el jueves?… ¿Quién es ese Sicate?

—Sicate —repitió Gregg—. Supongo que un amigo. Un… un profesor. Halison decía que le proporcionaba sabiduría. Quizá Sicate sea profesor en una universidad del futuro. No logro poner en orden todo esto. ¿Verdad que usted no se da cuenta de lo que puede implicar, Mac?

—No me la doy —le respondió McPherson, saboreando el licor —. Me siento un poco insatisfecho.

—Trate de pensar racionalmente —aconsejó Gregg—. Es lo que yo voy a hacer —miró de nuevo a la pared—. El agujero se hace verdaderamente grande… Me pregunto si podría pasar…

Se acercó a la abertura. El muro azul estaba siempre allí, mientras que un suelo azul, a un nivel inferior al de su propia alfombra gris, parecía bastante claro. Una bocanada de aire agradable, picante, salió de *lo desconocido*, produciendo una extraña tranquilidad.

—Será mejor que no lo haga —dijo McPherson—. Podría cerrarse a sus espaldas.

Por toda respuesta Gregg desapareció en la cocina y regresó con un rollo de cuerda de tender. Pasó el brazo en torno a su cintura, tendió el otro extremo en McPherson y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—No se cerrará antes del regreso de Halison. O por lo menos, no se cerrará muy de prisa… según espero. Grite si ve que empieza a contraerse. Volveré de cabeza a toda velocidad.

—Completamente chiflado —dijo McPherson.

Gregg, bastante pálido, entró en el futuro. La abertura tenía ya unos cinco palmos de diámetro; su base quedaba a dos palmos del suelo. Gregg tuvo que curvarse para pasar. Se incorporó, acordándose de que debía respirar y, por el agujero, vio el rostro blanco de McPherson.

—Todo va bien —dijo.

—¿Qué hay en el otro lado?

Gregg se apretó a la pared azul. El suelo era suave bajo sus pies. La abertura de cinco palmos parecía un redondel cortado en un caballete instalado en medio de los aires. Veía a McPherson y a su

propio apartamento.

Pero se encontraba en otra pieza, vasta, iluminada por un resplandor frío de ambiente y totalmente distinta a lo que había visto hasta ahora.

Las ventanas, grandes aberturas ovaladas practicadas en los muros azules, fueron lo que primero atrajeron su atención, eran transparentes en el centro, convirtiéndose en traslúcidos por los bordes, fundiéndose en seguida, con la compacidad de los muros afilados.

Dio un paso hacia delante y dudó mirando a McPherson a su espalda.

—¿A qué se parece?

—Voy a ver —dijo Gregg y contorneó la abertura. Desde su lado, era invisible. Quizá las hondas luminosas quedaban deformadas. Lo ignoraba. Un poco asustado dio una breve vuelta para tornar a mirar a McPherson, luego siguió su exploración.

La estancia tenía unos noventa metros cuadrados; se componía de un techo elevado en forma de cúpula y tuvo dificultades para localizar el origen de la luz. El tubo parecía ligeramente luminiscente. Absorción de luz solar, pensó Gregg, como la pintura luminosa. Muy eficaz.

No tenía mucho que ver. Habían dos bajos divanes, sillones acolchados de aspecto funcional, cómodo, con tintes pastel y algunas mesitas neumáticas. Bloc cúbico traslúcido, elástico, grande como un saco de dormir, destacaba en el suelo azul. Gregg no pudo adivinar su utilidad. Al levantarlo, con prudencia vio jugar en su interior algunos instantes colores fosforescentes.

Había un libro en una de las mesitas y se lo guardó en el bolsillo para examinarlo posteriormente. McPherson le llamó:

—¡Manning! ¿Va bien todo?

—Sí. Un momento.

¿Dónde estaban las puertas? Gregg sonrió, haciende una mueca. Tenía la ventaja de su ignorancia con respecto a la tecnología de aquel mundo desconocido. Quizá las puertas se accionasen por la luz, por la pregón o por el sonido. O también por el olor. Un breve examen no reveló nada. Pero la válvula le inquietaba. Si llegaba a cerrarse…

¡Bah!, eso casi no tendría consecuencia, supuso Gregg. Este

mundo futuro estaba poblado por humanos lo bastante parecidos a él mismo. Y serían lo bastante inteligentes para volverle a enviar a su propio sector temporal… La aparición de Halison era la prueba. No obstante, Gregg prefería tener asegurada la salida.

Se acercó a mirar por una ventana. Las constelaciones del cielo púrpura habían cambiado ligeramente… no mucho… en algunos millares de años. Lucecitas irisadas brillaban aquí y allá. Aviones. Perdiendo su nivel, las masas oscuras de los edificios apenas eran invisibles en la sombra. No había luna. Algunas torres se alzaban hasta su propia altura y adivinó las siluetas redondeadas de sus cumbres.

Una de las luces avanzó en su dirección. Antes de poder retroceder, Gregg entrevió una pequeña aeronave… antigravitación, pensó… con un chico y una chica en la cabina. No había hélice. No habían alas. Los dos hombres se parecían a Halison con sus enormes cráneos y sus rostros pequeños, aunque tenían cabellos. Los dos llevaban también una especie de toga.

Y no le parecieron en absoluto extraños. La chica reía y, a pesar de su frente prominente y de sus rasgos ascetas, Gregg la encontró sorprendentemente tranquila. Seguro, estas gentes no podían *querer* hacerle mal. Su vaga aprensión de una superraza inhumana, fría e implacable, se disipó.

Planeó a menos de seis metros de Gregg, mirándole directamente… y no le vieron. Asombrado, el físico tocó la perdida superficie, ligeramente caliente, en el panel. ¡Extraño!

Pero no había nada de luz en los otros inmuebles. Las ventanas debían tener «sentido único» para proteger la intimidad de las personas. Se podía ver hacia fuera, pero no hacia dentro.

—¡Manning!

Gregg se volvió apresurado y cobró la cuerda al acercarse al agujero mural. Le recibió el rostro inquieto de McPherson.

—Me gustaría que regresase. Comienzo a tener miedo.

—Perfecto —dijo amablemente Gregg; penetró a través de la válvula—. Pero no hay ningún peligro. Me he traído un libro. ¡He aquí para usted un superincunable posterior!

Sacó el volumen del bolsillo.

McPherson se lo tomó, pero no lo abrió inmediatamente.

—¿Qué es lo que ha descubierto?

Gregg le proporcionó todos los detalles.

—Es muy remarcable lo que eso sugiere… Una parte minúscula del futuro. Todo me parecía menos extraño cuando me encontraba en el *interior*, pero en este momento me parece anonadador. Mi *whisky* está caliente… ¿quiere otro?

—No… Ejem… sí. Pequeño.

McPherson examinó el libro mientras Gregg estaba en la cocina. Alzó la cabeza para contemplar la válvula. Era un poco mayor, pensó. No mucho. Quizá se aproximaba a su máxima abertura. Regresó Gregg.

—¿Puede leerlo? ¿No? Pues bien, me lo esperaba. Halison decía que se veía obligado a aprender nuestro idioma. Me pregunto qué es lo que buscará en su pasado.

—Y yo me pregunto quién es Sicate.

—Me gustaría encontrarlo. Gracias a Dios, tengo a ocasión. Si pudiese hacerme explicar ciertas cosas por Halison… o por otro, podría eventualmente atisbar los rudimentos de la tecnología futura. ¡Vaya ocasión, Mac!

—¡Si es que acepta!

—Usted es que no lo ha conocido —dijo Gregg—. Era amistoso… aunque me haya hipnotizado. ¿Qué es esto?

Tomó el libro para examinar una ilustración.

—Un pulpo —sugirió McPherson.

—Un croquis. Me pregunto… Esto parece una estructura atómica, pero que yo no la conozco. Me gustaría saber leer estos garabatos infernales. Se diría que es una combinación de birmano y de taquigrafía. El propio sistema numérico es distinto al arábico. ¡Tengo aquí una gran mesa de tesoros y carezco de llave!

—Hummm… Quizá. Pero sigue pareciéndome lo bastante peligroso.

Gregg miró a McPherson.

—Yo no pienso en eso. No hay motivo para presagiar dificultades. Hace usted de cualquier cosa un melodrama, viejo amigo.

—¿Y qué es la vida sino un melodrama? —preguntó sombríamente McPherson; comenzaba a sentirse pasajeramente reconfortado por la bebida a la que ya no estaba habituado.

—Esa es su manera de ver la cosa. Y su manera de vivirla.

El tono de Gregg no era casi amable, principalmente puesto que detestaba la filosofía fatalista y sin esperanza de McPherson.

—Pruebe por una vez el ser lógico. La raza ha hecho progresos, a pesar de los dictadores y de los deformistas profesionales. La revolución industrial ha provocado la aceleración de las mutaciones sociales. Se mezclan en ellas las mutaciones naturales. Esto es progresivo. En los cinco siglos que han de venir cubriremos tanto terreno como en los diez mil años pasados. Eso forma como una especie de bola de nieve.

—¿Y después?

—Entonces el último resultado es lógico —dijo Gregg—, y eso no implica por tanto la aparición de una lógica fría e inhumana. No, puesto que se trata de una lógica humana. Tiene en cuenta las emociones y la sicología. Oh, mejor dicho, las tendrá en cuenta. No habrán grandes cerebros ávidos de conquistar el universo o de servir el resto de la humanidad. Eso, lo hemos visto. Halison… Aceptaba hablar, pero tenía demasiada prisa en aquel momento. Dijo que se explicaría más tarde.

—Todo cuanto sé es que hay un agujero en la pared —afirmó McPherson—. Es una de las cosas que no suelen suceder. Pero el presente se ha producido Perdóneme por haber dejado arrastrar…

—Es su manera de conservar el equilibrio emocional —le dijo Gregg—. Personalmente prefiero conservarlo por medios matemáticos. Reducir la ecuación a la ayuda de factores que conozcamos. La deducción no nos permite comprender gran cosa, pero nos muestra ya la enormidad de lo que tenemos a la vista. Un mundo perfecto…

—¿Cómo lo sabe usted?

Gregg hizo un gesto vago.

—Es lo que me parece. Dentro de varios millones de años la civilización habrá tenido tiempo de aplicar la tecnología y utilizar los matices. Física y mentalmente.

—Ese agujero no crece más —dijo McPherson—. Lo utilicé como referencia en un punto del papel de la pared.

—Tampoco se contrae —dijo Gregg—. Me gustaría saber cómo abrir las puertas de allá detrás. Hay tantas cosas que no puedo comprender solo.

—Tómese otro vaso. Eso quizá le ayude.

No ayudó casi nada… Por miedo de que se cerrase bruscamente, Gregg no se atrevió a franquear de nuevo la válvula y permaneció sentado con McPherson, fumando, bebiendo y discutiendo mientras pasaba la noche. De vez en cuando, examinaban el libro. Lo que no le sirvió para aprender nada.

Halison seguía siempre ausente. A las tres de la madrugada el orificio comenzó a cerrarse. Gregg se acordó de lo que había dicho el hombre del futuro: El agujero se abriría de noche, pero se cerraría durante el día. Presumía que se abriría de nuevo. ¡Si no la ocasión inesperada en un centenar de generaciones se habría perdido!

A los treinta segundos, la abertura había desaparecido por completo, sin dejar huellas en el tapizado mural. McPherson, los ojos un poco vidriosos, regresó a su estudio. Gregg cerró el libro en un cajón de su escritorio y se fue a dormir unas cuantas horas antes de que el despertador le pusiera en pie.

Al vestirse, Gregg telefoneó a Investigación de Havehill para avisar que no iría aquel día. Por si Halison aparecía, quería estar en la casa. Pero Halison no apareció. Gregg pasó la mañana fumando cigarrillo tras cigarrillo y ojeando el libro. Por la tarde lo envió con un recadero a Courtney, en la Universidad, incluyendo una nota pidiendo informes. Courtney, cuyo fuerte eran las lenguas llamó para decir que se sentía derrotado.

Naturalmente se mostró curioso. Gregg pasó cinco minutos difíciles intentando desembarazarse de él y, cuando lo logró decidió ser más prudente la próxima vez. No tenía ganas de revelar su secreto. El mismo McPherson… ¡fiah! En estos momentos no podía hacer nada. Pero se trataba del descubrimiento de *Manning Gregg* y era justo que tuviese ciertos privilegios.

El egoísmo de Gregg no era en absoluto mercenario. Si hubiese analizado los móviles, habría descubierto que tenía hambre de intoxicación intelectual… Ese era el término adecuado. Gregg poseía un buen cerebro, preciso y rápido, y sentía un gran placer en utilizarlo. Precisamente podía disfrutar estudiando los problemas técnicos de la propia embriaguez que sentía el ingeniero ante un plan perfectamente concebido, o el pianista en presencia de una

difícil composición.

No estaba seguro de la perfección de su cerebro, aunque, claro, al fin y al cabo, poco a poco sintió renacer en él una mayor seguridad. Sobre todo cuando la válvula comenzó lentamente a abrirse a las 18 horas.

Esta vez Gregg franqueó la abertura cuando fue lo bastante grande para permitirle el paso. Tenía mucho tiempo. Su búsqueda de una puerta resultó infructuosa. Pero hizo otra clase de descubrimiento: los muros azules eran de hueco, las puertas de inmensos plafones llenos de objetos extraordinarios. Libros, evidentemente, aunque no pudo leerlos. Cuadros tridimensionales y coloristas le fascinaron por su interpretación de la vida del tiempo futuro. Creyó comprender que se trataba de una existencia dichosa.

Aquellos plafones…

Contenían los objetos más incomprensibles; sin ninguna duda, eran familiares a Halison, pero, por ejemplo, ¿qué podía sacar Gregg de una muñeca de sesenta centímetros, parecida a un hombre de la era futura, que recitaba una especie de poema en lengua desconocida? El montaje de las rimas era notable, según lo que entendió Gregg: un contrapunto audaz, complicado, que provocaba un afecto emocional seguro, aunque seguía siendo un lenguaje extraño.

Había otros bloques elásticos, traslúcidos, con luces movibles y estructuras metálicas (Gregg reconoció en una de ellas la reproducción del sistema solar); y un jardín hidropónico, que tenía las cualidades del camaleón; y modelos en plástico y animales sin duda míticos, que podían ser evolucionados y otros animales, que eran resultados de cruces, lo mismo que especies totalmente nuevas, demostración increíble de la genética más pura; y otras cosas, otras. *¡Otras!* Gregg estaba asombrado. Tuvo que ir a las ventanas para tranquilizarse.

Las luces iridiscentes surcaban siempre en la oscuridad. Allá abajo captó estallidos de fuegos intermitentes, parecidos a las explosiones de grandes obuses.

Durante un instante de estupor, pensó en una guerra. Otra explosión, subiendo en haz, le tranquilizó; entonces vio siluetas pequeñas bailando y gesticulando en el aire, en un océano tumultuoso de colores… era quizás un *ballet* librado de la gravedad.

Sí, se trataba de un mundo perfecto.

De pronto se sintió invadido por un intenso deseo de salir de aquella estancia, de emerger en el tumulto luminoso y alegre del exterior. Pero no encontró medio de abrir las ventanas. Y los resortes que controlaban las puertas seguían escapándosele. Ya le había costado mucho trabajo descubrir los botones que maniobraban los plafones.

Gregg pensó divertido en el viejo Duffey, de la investigación, y en las reacciones del hombre si hubiese visto todo *aquello*. ¡Bah, al diablo con Duffey! Más tarde, el mundo entero podría ver, pero él quería… y *merecía*… experimentar la primera sensación estática en esta botella de vino generoso que acaba de descubrir.

Esperaba que alguien entrase en la vivienda de Halison… quizá Sicate. Tendría probablemente algunas dificultades semánticas al principio, al menos que el visitante hubiese aprendido inglés arcaico, lo que no era casi probable, pero esas dificultades no serían insuperables. Si al menos Sicate *pudiese venir*, para mostrar el funcionamiento de los objetos contenidos en los plafones. ¡Qué tesoro para un físico!

Sin embargo nadie apareció y, oyendo ruido, Gregg regresó a su propio sector temporal para encontrarse a McPherson sentado en un sillón, en trance de beber y de mirar la válvula con escepticismo.

—¿Cómo entró usted? —quiso saber Gregg.

—Por la puerta —respondió McPherson—. Estaba abierta. Halison estaba aquí plantado cuando vine a ver lo que pasaba. En efecto, es real.

Sus cubos de hielo tintinearon.

—¿Halison? ¿AQUI?

—Mac, que…

—Calma. Al entrar, le pregunté quién era. Contestó: «Halison. No estaré más que un momento», o algo por el estilo. Yo le dije: «Gregg quiere verle». «Todavía no es tiempo», contestó para añadir: «Busco una cosa. Vendré el jueves próximo por la tarde para ver a Sicate. Diré a Gregg todo lo que quiera saber. Y *puedo* decirle mucho… Estoy catalogado entre los genios». Todo esto en una especie de jerga, pero logré comprender. Después se fue. Corrí tras él. «¿Dónde está Gregg?», grité. Me señaló la… la válvula y marchó escaleras abajo. Pasé la cabeza por el agujero mural, le vi a usted y

me sentí un poco enfermo… Decidí tomarme un *whisky* con soda, luego me senté para esperar. Ese tipo me dejó agotado.

Desconcertado, Gregg se sentó en el diván.

—¡Cáscaras! Acabo de fallar. Por fin… creo que volverá, es un consuelo. ¿Por qué diablos le desconcierta?

—Es que es distinto —contestó simplemente McPherson.

—No hay nada de inhumano ni de extraño. No me diga que ese hombre no es humano.

—¡Oh, sí que es humano, en verdad, pero no es como nosotros! ¡Lo mismo que sus ojos… nos mira como si mirase desde la cuarta dimensión!

—Quizá sea ése el caso —meditó Gregg—. Quisiera… bueno. Entonces le ha dicho que me contara todo cuanto quiera saber, ¿eh? Tomaré un vaso, pues. ¡Qué oportunidad! ¡Y es un genio a su edad! Supongo que es preciso ser genio para dominar esta combinación del Espacio-Tiempo.

McPherson contestó tranquilo:

—Ese es su mundo, Manning, no el de usted. En su lugar, no entraría ahí.

Gregg rió; sus ojos brillaban.

—En otras circunstancias, estaría de acuerdo. Pero de ahora en adelante conozco alguna cosa de ese otro mundo. Por ejemplo, las ilustraciones de los libros. *Es* un mundo perfecto. Sólo que, por el momento, es un mundo más allá de la comprensión. Esa gente queda alejada de nosotros en todos los planos, Mac. Dudo que seamos capaces de comprender todo lo que se encuentra allí. Sin embargo, yo no soy exactamente un cretino. Aprenderé. Mi formación me ayudará. Soy técnico y físico.

—Como usted quiera. Ahora estoy algo ebrio, porque permanecí sentado mirando ese agujero en la pared y preguntándome si iba a cerrarse para siempre.

—Puaf —murmuró Gregg.

Con piernas vacilantes, McPherson se levantó.

—Me voy a acostar. Llámeme si necesita alguna cosa. Buenas noches.

—Buenas noches, Mac. ¡Oh… de hecho hay un detalle! ¿No habrá hablado a nadie de esa persona?

—No. Ni lo haré. Y… los ojos de Halison me han dado miedo,

aun cuando su brillo fuese amistoso. El hombre y el superhombre… ¡Brrrr!

McPherson se alejó en los vapores del *whisky* escocés. Gregg se volvió y cerró cuidadosamente su puerta.

Halison podía ser cualquier cosa, pero no un superhombre. No hubiera llegado todavía a esa etapa, o quizá no había punto de encuentro entre los dos: el *homo sapiens* y el *homo superior*. Faltaba misterio en la cuestión del hombre del porvenir… Su búsqueda enigmática a través del tiempo, por ejemplo… Pero el jueves esperaba Gregg, conocería por lo menos uní parte de la respuesta. Si al menos pudiese dominar sr impaciencia hasta ese día…

Por eso no fue a trabajar al día siguiente. Era martes. Pasó el tiempo preguntándose acerca de los *mecanismos* que había encontrado en el futuro y encontrando un ligero consuelo.

Cuando tuvo mucha hambre decidió comprar un bocadillo en la tienda de la esquina. Después cambió de idea y se fue a comer a un pequeño restaurante rápido desde donde podía vigilar la entrada de su casa.

Vio entrar a Halison.

Lanzó un puñado de monedas al camarero y se precipitó al exterior. En la entrada tropezó y por poco derriba violentamente al asombrado portero. El ascensor…

Gregg maldijo su propia lentitud. La puerta de su estudio estaba abierta. Halison salía.

—He vuelto a por la camisa adecuada —dijo Halison.

—Espere —le contuvo Gregg desesperado—. Quiero hablarle.

—Sigo sin tener tiempo. Continúo buscando… no encuentro nada.

—¡Halison! ¿Cuándo me lo explicará?

—El miércoles por la tarde. Mañana. Volveré entonces para ver el jueves a Sicate. Es más sabio que yo, de hecho.

—¿La válvula no se va a cerrar definitivamente?

—¡Cáscaras! No antes de que se haya utilizado la fuerza mental. Alrededor de unas semanas.

—Tenía miedo de quedarme encerrado en el otro lado…

—Los robots-sirvientes traen comida todos los días, no habría

pasado hambre. Saldría a la noche siguiente, cuando la válvula tornase a abrirse. Nada peligroso. Nadie en mi mundo hace mal a los demás. De ayudar y curar… mala traducción. Su lenguaje… un poco primitivo…

—Pero…

Halison se apartó y desapareció en la escalera. Gregg corrió tras él, pero se quedó fácilmente rezagado. Con la cabeza baja, regresó a su apartamento. ¡Pero esperad… mañana por la tarde!…

¡Mañana tarde!

En todo caso, tenía mucho tiempo para hacer una verdadera comida. Reconfortado por ese pensamiento, Gregg fue a su restaurante preferido y comió escalopes de vaca. Después se reunió con McPherson e informó de su conversación con Halison. McPherson no se mostró entusiasmado.

—Nadie en su mundo hace mal a los demás —dijo Gregg.

—Es lo mismo, yo no sé… sigo teniendo miedo.

—Voy a volver a ver lo que puedo traer.

Y lo hizo. No esperó a que la válvula fuese lo bastante grande y, metiendo la cabeza primero, se dio un golpe contra una mesa. De madera bastante elástica, no tuvo casi consecuencias. El futuro tenía sus ventajas…

Aquella noche fue una repetición de la precedente. La curiosidad de Gregg se hizo ardiente. Que estaba rodeado de secretos de una cultura incomparablemente superior a la suya… Y la llave estaba casi en la punta de sus dedos. Le resultaba difícil aguardar en aquel momento.

Pero estaba *obligado*. No había todavía aclarado el misterio de la puerta y se olvidó de preguntárselo a Halison. Si existía un teléfono o un televisor, estaba oculto en algún rincón secreto que él no podía descubrir. ¡Bah!

El miércoles Gregg fue a trabajar, pero volvió pronto a su casa, febril. McPherson vino a verle un instante. Gregg pudo convencerle para que no se quedase. No deseaba que la conferencia fuese entre tres personas. Se limitó a anotar las preguntas que quería su vecino efectuar a Halison.

A las 18 horas, 45 minutos, la válvula comenzó a abrirse.

A medianoche, Gregg se mordió las uñas.

A las dos de la madrugada, despertó a McPherson y le suplicó que viniese a tomar una copa con él.

—Se ha olvidado —dijo Gregg con tono monocorde, encendiendo un cigarrillo que aplastó casi en seguida—. Quizá le haya pasado alguna cosa… ¡Cielos!

—Hay tiempo —respondió McPherson—. Cálmese. Yo sólo espero que no venga.

Aguardaron mucho rato. La válvula comenzó a cerrarse despacio. Gregg jugaba sin cesar. Sonó el teléfono.

Gregg respondió, habló brevemente y colgó. Tenía los rasgos tirantes cuando se volvió hacia McPherson.

—Han matado a Halison. Un camión. Encontraron mi tarjeta en el bolsillo de su traje.

—¿Cómo sabe usted que era Halison?

—Me lo han descrito. ¡Mac… en esta ocasión! ¡Y ese estúpido de… que se pone delante de un camión! ¡Pudiendo ir…!

—La mano de la providencia —dijo McPherson *sotto voce*. Pero Gregg no le oyó.

—Todavía queda Sicate.

—Quienquiera que sea…

—¡Seguro que es un amigo de Halison! —El tono de Gregg era confiado—. Visitará mañana el apartamento de Halison… mañana jueves. ¡Me pelee cuanto me fue posible contra ese mundo, Mac! ¡No he estado más que de noche! ¡Y no pude salir de la estancia… no logré encontrar las puertas! Pero si mañana estoy ahí a la llegada de Sicate…

—¿Y si la válvula no se vuelve a abrir?

—Halison dijo que se abriría. Que es lógico. La energía mental, como toda energía, debe disminuir lentamente, si no se la cortan con brutalidad. Y la muerte de Halison no la ha cortado en absoluto.

Gregg señaló con la cabeza el orificio que disminuía poco a poco.

—¡En el nombre del profeta! —exclamó McPherson—. No lo haga —fue a prepararse una bebida compuesta casi toda por escocés. Un miedo gélido, invencible, le dominaba.

Hablaron de cosas indiferentes durante un momento. Por último,

Gregg franqueó la válvula. Su rostro apareció allí como un retrato en su cuadro.

—Hasta aquí, todo va bien —declaró—. Le veré mañana, Mac. Y tendré mucho que contarle.

Las uñas de McPherson se le hundieron en las palmas de las manos.

—¿No quiere cambiar de idea? Desearía…

Gregg sonrió.

—En absoluto. *Esta vez, tendrá las respuestas*. Métase eso en la cabeza, Mac, no hay ningún peligro.

—Bueno.

—Entrégueme un vaso. En este lado no hay nada de alcohol… ¡Gracias por la suerte!

—Por la suerte —repitió McPherson.

Aguardó en su sillón. La válvula disminuía a cada instante.

—Dentro de un minuto será demasiado tarde, Manning.

—Ya es demasiado tarde. Hasta la vista, viejo, a las 18 horas y 30 minutos de mañana. Y quizá regrese con Sicate.

Gregg levantó el vaso. La válvula se reducía lentamente. Y desapareció.

McPherson no se movió. Sentado, aguardaba. Tenía miedo, fría, total, incontestablemente y, claro, ilógicamente.

Y después, sin volverse, percibió la presencia de alguien en la estancia.

Halison entró en su campo de visión.

—Demasiado tarde —dijo—. Mañana haré el asunto. Lo que… lamento es que voy a engañar a Sicate.

Los vapores del alcohol se pusieron a dar vueltas en la cara de McPherson.

—El camión —dijo—. El camión. El camión. El accidente.

Halison se encogió de hombros.

—Mi metabolismo es diferente. La catarapsia es frecuente en mí. El choque nervioso me proyecta en ase estado con frecuencia. Me he despertado en… el depósito de cadáveres, me he explicado un poco y me vine aquí. Demasiado tarde. Todavía no he encontrado lo que buscaba.

—¿Y qué es lo que usted busca? —preguntó McPherson.

—Busco a Halison —respondió Halison—, porque se ha perdido en el pasado y Halison no estará jamás completo si no lo encuentro. Un genio necesita estar completo. He trabajado mucho mucho y un día Halison se preparó y partió al pasado. Ahora necesito buscarle.

McPherson notó cómo su sangre la hervía. Se daba cuenta lo que significaba la mirada de Halison.

—Sicate —dijo—. Entonces… ¡Oh, Dios mío!

Halison extendió su mano poridáctila.

—¡Cáscaras! ¡Ya sabe usted lo que se dice! Pero se equivocaban. Me quedé aislado, para curar. También fue un error pero me ha dado tiempo de abrir la puerta al pasado y buscar a Halison allá donde Halison se había perdido. Los robots sirvientes me daban comida y tenía la tranquilidad que siempre ambicioné. Pero los juguetes que me pusieron en mi cuarto no me gustaban. No me han servido demasiado. ¿Juguetes?

—¡Pan, pan, pan! Extremamente ocular… pero las palabras cambian. Lo mínimo para un genio, es duro. Yo no sé lo que dicen. Sicate comprendía. Sicate es un robot. Todos nuestros médicos son robots, efectúan su trabajo con perfección. Pero al principio era duro. El tratamiento… Pan, pan, pan. Era preciso un cerebro poderoso para resistir la cicatrización que me producía. Sicate cada semana. A mí, un genio, eso era… pan, pan, pan y descendían en un siempre pesar atorbellinado…

McPherson dijo:

—¿Qué es lo que era eso? ¿Qué es lo que era, buen Dios?

—No —repuso Halison, que de pronto se agachó sobre la alfombra, tapándose la cara con las manos—. Tormento no, no…

McPherson se inclinó, se inclinó; el vaso se le escapó de la mano derecha.

—¿Qué…?

Halison alzó sus ojos amplios y brillantes.

—El tratamiento de choque de los enajenados —dijo—. La nueva, terrible, larga y eternamente larga cicatrización que el Sicate me producía cada semana, pero que ahora ya no me molesta y eso me place y Sicate se la proporcionará a Gregg en mi lugar y pan, pan, pan y torbellinos…

Así se explicaba todo. Los muebles elásticos, la falta de puerta,

las ventanas que se abrían, los juguetes.

Una celda en un manicomio.

Para ayudar y curar.

El tratamiento de choque.

Sicate. El siquiatra.

Halison se levantó y llegó a la puerta abierta.

—Halison… —dijo.

Los ruidosos pasos decrecieron en el corredor. Su voz se hizo cada vez más débil.

—Halison está en el pasado. Pan, pan, pan y es preciso encontrar a Halison para que Halison esté completo de nuevo, Halison, pan, pan, pan…

Los primeros rayos de sol del jueves atravesaron la ventana.

EL TWONKY

Los cambios de personal en Mideastern Radio eran tan frecuentes que a Mickey Lloyd le costaba acordarse de sus nombres. Constantemente había empleados que renunciaban para trabajar donde les pagaban mejores sueldos. Así que cuando ese hombrecillo cabezón salió distraídamente de un cuarto de almacenamiento, Lloyd le echó una ojeada al uniforme de trabajo pardo provisto por la compañía y dijo con tono mesurado:

—La sirena ha sonado hace media hora. A trabajar.

—¿Trabajar-r-r? —Al hombrecillo le costó articular la palabra.

¿Borracho? Lloyd, como capataz, no podía permitirlo. Tiró el cigarrillo, se acercó y lo olfateó. No, no era alcohol. Examinó la identificación en el uniforme del hombrecillo.

—Dos-cero-cuatro. Ajá. ¿Eres nuevo aquí?

—Nuevo. ¿Eh?

El hombre se frotaba un chichón en la frente; era un individuo menudo y extraño, calvo como un tubo de ensayo, con una carucha arrugada y pálida, y ojos diminutos y desencajados.

—Vamos, Joe. ¡Despierta! —Lloyd empezaba a impacientarse—. Trabajas aquí, ¿no?

—Joe. —Dijo el hombre pensativo—. Trabajar. Sí, trabajo. Yo los fabrico.

Le costaba pronunciar las palabras, como si tuviera una fisura palatal.

Echándole una ojeada a la identificación, Lloyd aferró a Joe del brazo y lo arrastró a la sala de montaje.

—Aquí está tu puesto. A trabajar. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

El otro irguió el esmirriado cuerpo.

—Soy experto… —recalcó—. Los hago mejor que Ponthwank.

—De acuerdo, —dijo Lloyd—. Manos a la obra, entonces.

Y se marchó.

El hombre llamado Joe titubeó. Se masajeaba la magulladura de la frente. El uniforme de trabajo le llamaba la atención, lo examinaba con curiosidad. Dónde… Oh, sí. Estaba colgado en el cuarto donde había aparecido. Sus ropas, por supuesto, se habían desintegrado durante el viaje… ¿Qué viaje?

Amnesia, pensó. Había caído desde el… el algo, cuando la velocidad disminuyó y… se detuvo. ¡Qué extraño era ese cobertizo enorme atestado de maquinaria! No le recordaba nada familiar.

Amnesia, desde luego. Era un obrero. Fabricaba cosas. En cuanto a la extrañeza del lugar, eso no significaba nada. Todavía estaba aturdido. Pronto se despejaría. Ya veía más claro.

Trabajo. Joe se esforzaba por recordar mientras recorría la sala. Había hombres con ropa de trabajo, haciendo cosas. Cosas simples y obvias. Pero… qué infantiles y elementales. Tal vez fuera una guardería…

Poco después, Joe entró en un depósito y examinó algunos modelos terminados de radiofonógrafos. Conque eso fabricaban… Toscos y groseros. Pero a él no le correspondía juzgar. No. Su función era fabricar Twonkies.

¿Twonkies? El nombre le relampagueó en la memoria. Claro que sabía hacer Twonkies. Los había hecho toda la vida. Le habían entrenado especialmente. Ahora se usaba un modelo diferente de Twonky, pero qué diablos, para un obrero capaz, era cosa de niños.

Joe volvió al taller y encontró un banco vacío. Se puso a construir un Twonky. De vez en cuando se escabullía para robar el material que necesitaba. En una ocasión, cuando no pudo encontrar tungsteno, se apresuró en fabricar un pequeño artefacto para elaborar el material, y lo elaboró.

Su banco estaba en un rincón apartado, mal iluminado, aunque había luz de sobra para los ojos de Joe. Nadie reparó en la consola que se estaba construyendo allí. Joe trabajaba muy muy rápido. Ignoró la sirena del mediodía, y a la hora de salir, ya había terminado. Tal vez necesitaba otra mano de pintura; le faltaba el tono-lustre de un Twonky estándar. Pero ninguno de los otros tenía tono-lustre. Joe suspiró, se recostó bajo el banco, buscó en vano un

cojín-de-reposo y se durmió en el suelo.

Despertó pocas horas más tarde. La fábrica estaba desierta ¡Qué extraño! Tal vez hayan cambiado los horarios. Quizá… Joe estaba desconcertado. El sueño le había disipado las brumas de la amnesia, si de eso se trataba, pero todavía estaba aturdido.

Farfullando entrecortadamente, mandó el Twonky al depósito y lo comparó con los otros. En apariencia, era idéntico a un combinado último modelo. Imitando el diseño de los otros, Joe había camuflado y disfrazado los diversos órganos y reactores.

Volvió al taller. Las últimas brumas se le disiparon en la mente. Un escalofrío le sacudió los hombros.

—¡Gran Snell! —jadeó—. ¡Ahora entiendo! ¡He caído en un nudo temporal!

Miró perplejo a su alrededor, corrió al cuarto de almacenamiento donde había aparecido por primera vez. Se quitó la ropa y la colgó del gancho. Después, Joe fue a un rincón, palpó el aire, cabeceó satisfecho y se sentó sobre nada, a un metro del suelo. Luego, desapareció.

—El tiempo es curvo. —Dijo Kerry Westerfield—. De vez en cuando, regresa al mismo punto donde se inició. Eso es la duplicación.

Apoyó los pies sobre una piedra que sobresalía de la chimenea y se estiró, gozoso. En la cocina, Martha hacía tintinear botellas y vasos.

—Ayer a esta hora tomé un Martini. —Dijo Kerry—. La curva temporal indica que ahora tendría que tomar otro. ¿Me escuchas, ángel?

—Lo estoy sirviendo. —Respondió el ángel.

—Entonces has comprendido. Sigo adelante. El tiempo traza una espiral en vez de un círculo. Si llamas «a» al primer ciclo, el segundo será «a más 1», ¿entiendes? Lo que significa que hoy corresponde un Martini doble.

—Sabía en qué terminaría tu explicación. —Repuso Martha, entrando en la sala espaciosa y revestida de roble; era una mujer menuda, morena, con un rostro singularmente bonito y una silueta incomparable. El pequeño delantal de guinga lucía ligeramente absurdo combinado con pantalones y blusa de seda—. Y no fabrican ginebra a prueba de infinitud. Aquí tienes tu Martini. —Agitó el

recipiente y acercó los vasos.

—Muévelo despacio. —Advirtió Kerry—. Nunca lo agites. Eso es. —Aceptó el vaso y lo estudió con mirada apreciativa; el cabello negro y entrecano le brilló a la luz de la lámpara mientras sorbía el Martini—. Bueno, muy bueno.

Martha bebió lentamente, mientras observaba a su marido. Un tipo simpático, Kerry Westerfield. Era cuarentón, agradablemente feo, de boca ancha, y contemplaba la vida con un ocasional destello sardónico en la mirada. Hacía doce años que estaban casados, y eran felices.

El fulgor tenue y tardío del crepúsculo se filtraba por las ventanas, perfilando el gabinete contra la pared, al lado de la puerta. Kerry lo observó satisfecho.

—Nos ha costado bastante, pero…

—¿Qué? Oh, a los hombres les costó bastante subirlo por la escalera. ¿Por qué no lo pruebas, Kerry?

—¿Y tú, no lo has probado?

—El viejo ya era bastante complicado. —Dijo Martha con fastidio—. Esos aparatos me confunden. Me he criado con un Edison. Dabas vueltas a una manivela y salían ruidos raros de una trompeta. Eso llegué a entenderlo. Pero esto… Aprietas un botón y suceden cosas extraordinarias. Ojos eléctricos, selección de tono, discos que se tocan por las dos caras, acompañados por gruñidos y chasquidos exóticos dentro de la consola… Tal vez tú entiendas algo del asunto. Yo prefiero no entender. Cada vez que paso un disco de Crosby en semejante aparato, Bing parece incómodo.

Kerry comió una aceituna.

—Voy a poner Debussy. —Señaló una mesa—. Te he traído un nuevo disco de Crosby. El último.

Martha gesticuló, alegre.

—Puedo ponerlo, ¿no?

—Ajá.

—Pero tendrás que enseñarme cómo.

—Es sencillo. —Dijo Kerry, mirando con orgullo la consola—. Estos bebés son magníficos, ¿sabes? Hacen todo, menos pensar.

—Ojalá lavaran los platos. —Comentó Martha; dejó el vaso, se levantó y entró en la cocina.

Kerry encendió una lámpara y se puso a examinar la radio

nueva. El último modelo de Mideastern, con todas las novedades recientes. Era caro, pero no representaba un lujo para él. Además, el viejo ya estaba bastante maltrecho.

Vio que no tenía enchufe. Tampoco se veían conexiones, ni siquiera el cable a tierra. Algo nuevo, tal vez. Antena y cable a tierra incorporados. Kerry se agachó, buscó un toma corriente y conectó el aparato.

Después abrió las portezuelas y examinó los mandos con absoluta satisfacción. Brotó un haz de luz azulada que le dio en los ojos. En el interior de la consola se oyeron chasquidos tenues y secretos. De pronto, se acallaron. Kerry parpadeó, tocó perillas y palancas y se mordisqueó una uña.

—Patrón psicológico probado y aprobado. —Dijo la radio con voz distante.

—¿Eh? ¿Qué habrá sido eso? —Kerry hizo girar una perilla—. Un radioaficionado… No. A esta hora, imposible. Hmm.

Se encogió de hombros y fue a sentarse al lado de la discoteca. Examinó rápidamente los títulos y los nombres de los compositores. ¿Dónde estaba «El cisne de Tuonela»? Allí, al lado de «Finlandia». Kerry sacó el sobre y lo abrió. Con la mano libre extrajo un cigarrillo, se lo puso entre los labios y tanteó la mesa en busca de los fósforos. El primero se le apagó.

Lo arrojó al hogar. Estaba por encender otro cuando un débil ruido le llamó la atención. La radio se le acercó cruzando la sala. Un zarcillo con forma de látigo salió de alguna parte, recogió un fósforo, lo raspó contra la mesa —como había hecho Kerry— y acercó la llama al cigarrillo del hombre.

Kerry actuó por inercia. Aspiró y, de pronto, soltó el humo entre toses convulsivas. Se arqueó en dos, jadeante y momentáneamente ciego. Cuando recobró la visión, la radio estaba de vuelta en su sitio de costumbre.

Kerry se mordisqueó el labio inferior.

—Martha. —Llamó.

—La sopa está lista. —Dijo ella.

Kerry no respondió. Se levantó, se acercó a la radio y la miró, dubitativo. El cable estaba desconectado. Kerry volvió a conectarlo con cierta aprensión. Se agachó para examinar las patas de la consola. La terminación parecía muy buena. Su mano exploratoria

no descubrió nada raro. Madera… Dura y tensa.

Cómo diablos…

—¡La cena! —llamó Martha.

Kerry arrojó el cigarrillo al fuego y salió lentamente de la sala. Martha observó, mientras depositaba una sopera sobre la mesa.

—¿Cuántos Martinis has tomado?

—Sólo uno, el que me has servido. Creo que me he dormido un minuto. —Dijo vagamente Kerry—. Sí, claro.

—Bien, despierta. —Ordenó Martha—. Y que sea la última vez que te duermes delante del postre. Al menos por una semana.

Kerry buscaba en su billetera con aire distraído. Extrajo un sobre y se lo entregó a Martha.

—Aquí tienes el billete, ángel. No lo pierdas.

—¡Oh! ¡Un compartimiento para mí sola! —Martha guardó el cartón en el sobre y gorjeó de felicidad—. Eres magnífico. ¿Seguro que podrás arreglarte sin mí?

—¿Eh? Sí… Creo que sí. —Kerry tiritaba como si se recobrara de un mareo—. Claro, me las arreglaré. Tú ve a Denver y ayuda a Carol a tener el niño. Todo queda en familia.

—Bien. Mi única hermana… Ya sabes cómo son ella y Bill. —Sonrió Martha—. Locos de remate. Ahora necesitarán de alguien más centrado.

No hubo respuesta. Kerry, meditativo, masticaba el aguacate. Murmuró algo sobre Beda el Venerable.

—¿Qué pasa con él?

—Una disertación, mañana. En cada curso nos ensañamos con Beda el Venerable, por alguna extraña razón. En fin…

—¿Ya tienes preparada la clase?

—Claro. —Dijo Kerry; hacía ocho años que enseñaba en la universidad, y por cierto que a esta altura ya conocía bien las reglas del juego.

Más tarde, mientras fumaban y tomaban café, Martha miró la hora.

—El tren saldrá pronto. Mejor termino de hacer el equipaje. Los platos…

—Los fregaré yo.

Kerry siguió a su mujer hasta el dormitorio, y, aunque quiso ayudarla, no pudo ser muy eficaz. Después, bajó las maletas hasta el

coche, esperó a Martha con el motor en marcha, y ambos partieron hacia la estación.

El tren llegó a tiempo. Media hora más tarde de la despedida, Kerry guardaba el coche en el garaje y entraba en la casa con grandes bostezos… Estaba cansado. Bien. Los platos. Después, una cerveza y a leer a la cama.

Con una mirada aprensiva a la radio, entró en la cocina y se dispuso a limpiar la vajilla. Sonó el teléfono. Kerry se secó las manos con un paño y atendió la llamada.

Era Mike Fitzgerald, que enseñaba psicología en la universidad.

—¿Qué tal, Fitz?

—¿Qué tal? ¿Se fue Martha ya?

—Sí. Acabo de despedirla en la estación.

—¿Tienes ganas de charlar, entonces? Aquí te espera un scotch excelente. ¿Por qué no vienes a casa y hablamos?

—Me gustaría, —dijo Kerry bostezando otra vez— pero estoy muerto. Mañana será un día agotador. Dejémoslo para otra vez…

—Claro. Acabo de corregir monografías y he sentido necesidad de airearme. ¿Qué pasa?

—Nada. Espera un minuto.

Kerry dejó el teléfono y miró por encima del hombro con el ceño fruncido. En la cocina había ruidos. ¿Qué demonios pasaba?

Cruzó la sala y cuando llegó a la puerta de la cocina quedó petrificado ante el espectáculo: la radio estaba fregando los platos.

Al rato, volvió al teléfono.

—¿Pasa algo? —preguntó Fitzgerald.

—Mi nueva radio. —Dijo Kerry con cautela—. Está lavando los platos.

Fitz tardó un momento en responder. Rió en tono de duda.

—¿Ah, sí?

—Te llamo en seguida. —Dijo Kerry, y cortó.

Se quedó inmóvil un instante, mordiéndose el labio. Luego volvió a la cocina y se puso a mirar.

La radio le daba la espalda, por así decirlo. Varios tentáculos de madera manipulaban los platos: los metían en agua caliente y espumosa los frotaban con una esponja, los sumergían en el agua limpia y por último los ordenaban en la bandeja de secado. Esos apéndices eran lo único que se movía. Las patas, al parecer, eran

fijas.

—¡Eh! —dijo Kerry.

No recibió respuesta. Se acercó para examinar la radio con más detalle. Los tentáculos surgían de una ranura bajo uno de los mandos. El cable estaba colgando. No gastaba electricidad, entonces… Pero ¿qué…?

Kerry retrocedió y se puso un cigarrillo en la boca. De inmediato la radio se volvió, encendió una cerilla y se la acercó. Kerry parpadeó mientras estudiaba las patas. No podían ser de madera. Se curvaban con los movimientos, elásticas como goma. La radio se contoneaba de un modo muy peculiar.

Cuando Kerry hubo encendido su cigarrillo, la radio volvió al fregadero para terminar su faena.

Kerry llamó a Fitzgerald.

—No bromeaba, hombre. Pero tengo alucinaciones o algo por el estilo. Esa maldita radio acaba de encenderme el cigarrillo.

—Un momento. —Dijo Fitzgerald, vacilante—. No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

—No. Y tampoco creo que sea una alucinación. Esa cosa cumple con tus deseos. ¿Puedes venir a casa y probarme los reflejos?

—De acuerdo. —Dijo Fitz—. Dame diez minutos. Prepárame un trago.

Colgó. Kerry, después de hacer lo mismo, se volvió en el preciso instante en que la radio regresaba a la sala. El contorno cuadrado y macizo era ligeramente aterrador, como una especie de duende. Kerry tiritó.

Siguió a la radio, que tomaba su posición original, inmóvil e imperturbable. Abrió las portezuelas, examinó la bandeja giradiscos, el brazo del fonógrafo y los otros botones y dispositivos. En apariencia, no había nada anormal. Tocó las patas de nuevo. No eran de madera, al fin y al cabo. Era difícil asegurarlo sin dañar el acabado. Naturalmente, Kerry se resistía a estropear la consola nueva con un cuchillo.

Probó la radio y sintonizó las emisoras locales sin inconvenientes. El tono era bueno. Demasiado bueno, pensó. El fonógrafo…

Escogió al azar La entrada de los boyardos de Halvorsen, puso el disco y cerró la tapa. No se oyó ningún sonido. Al investigar

comprobó que la aguja se deslizaba normalmente a lo largo del surco, pero sin resultado audible. ¿Entonces…?

Kerry sacó el disco cuando sonaba el timbre. Era Fitzgerald, un hombre desgarbado y saturnino, de cara arrugada y correosa y cabello ensortijado gris y opaco. Le extendió una mano grande y huesuda.

—¿Dónde está mi trago?

—Hola, Fitz. Ven a la cocina que prepararé algo. ¿Un *whisky* con soda?

—De acuerdo.

—Bien. —Kerry le hizo entrar—. Pero no bebas todavía. Quiero mostrarte mi nuevo equipo.

—¿El que lava los platos? —preguntó Fitz—. ¿Qué más sabe hacer?

Kerry le alargó un vaso.

—No toca discos.

—Oh, bueno. Un problema menor, si te hace las tareas domésticas. Echémosle un vistazo. —Fitzgerald entró en la sala, escogió La siesta de un fauno y se acercó a la radio—. No está enchufada…

—No tiene la menor importancia. —Le aseguró Kerry.

—¿Baterías? —Fitzgerald puso el disco en la bandeja y ajustó los controles—. Veinticinco centímetros… así. Ahora veremos. —Miró a Kerry con una sonrisa triunfal—. ¿Bien? Ahora toca.

Tocaba.

—Prueba con esa pieza de Halvorsen. Ten. —Dijo Kerry, y le alcanzó el disco a Fitzgerald, que empujó la palanca de expulsión y observó cómo se levantaba el brazo.

Pero esta vez el fonógrafo se negó a tocar. «La entrada de los Boyardos» no era de su agrado.

—Qué raro. —Masculló Fitz—. Es probable que se trate del disco. Probemos con otro.

Con «Dafnis y Cloe» no hubo problemas. Pero la radio dio la callada a tocar «Bolero», del mismo compositor.

Kerry se sentó y señaló una silla cercana.

—Eso no demuestra nada. Ven aquí y observa. Todavía no bebas nada. ¿Te sientes perfectamente normal?

—Claro. ¿Y bien?

Kerry sacó un cigarrillo. La consola cruzó la habitación, recogió una caja de cerillas y le acercó la llama cordialmente. Luego volvió a colocarse contra la pared. Fitzgerald no hizo comentarios. Sacó un cigarrillo y esperó. Pero no ocurrió nada.

—¿Y? —preguntó Kerry.

—Un robot. Es la única respuesta posible. ¿Dónde diablos lo has conseguido?

—No pareces muy sorprendido.

—Sin embargo lo estoy. Pero es que ya había visto algunos. ¿Sabes que Westinghouse los ha lanzado? Sólo que éste… —Fitzgerald se palpó los dientes con una uña—. ¿Quién lo hizo?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —preguntó Kerry—. La fábrica de radios, supongo.

Fitzgerald entornó los ojos.

—Espera un minuto. En realidad, no entiendo…

—No hay nada que entender. Hace unos días compré este equipo. Entregué el viejo. Me lo han traído esta tarde, y…

Kerry explicó todo lo sucedido.

—¿Quieres decir que no sabías que era un robot?

—Exacto. Yo lo he comprado como radio. Y… Y… la maldita cosa me parece casi viva.

—No. —Fitzgerald meneó la cabeza, se levantó e inspeccionó detenidamente la consola—. Es una nueva clase de robot. Al menos… —titubeó—. ¿Qué otra cosa se podría pensar? Sugiero que te pongas en contacto con Mideastern mañana y les preguntes a ellos.

—Abramos el gabinete y miremos dentro. —Sugirió Kerry.

Fitzgerald accedió, pero el experimento resultó imposible. Los paneles, presumiblemente de madera, no estaban atornillados, y no parecía haber modo de abrir la consola. Kerry encontró un destornillador y lo usó, al principio con cautela, después con una especie de furor reprimido. No pudo desgajar un panel ni tampoco raspar la superficie oscura y tersa del mueble.

—¡Demonios! —dijo al fin—. Cualquier conjetura es buena. Es un robot. Sólo que no sabía que podían fabricar algo de este tipo. ¿Y por qué en una radio?

—No me lo preguntes a mí. —Dijo Fitzgerald—. Llama mañana a la fábrica. Ése es el primer paso. Por supuesto, estoy bastante

desconcertado. Si se ha inventado una nueva clase de robot especializado, ¿por qué lo pondrán en una consola? ¿Y el movimiento de esas patas…? No hay ruedas.

—Yo también me pregunto lo mismo.

—Cuando se mueve, parece que las patas fueran de goma… Pero no lo son. Son duras como la madera. O el plástico.

—La cosa me da miedo. —Dijo Kerry.

—¿Quieres pasar la noche en casa?

—No. No, creo que no. El… robot no puede… hacerme daño.

—No creo que se proponga eso. Te ha dado una mano, ¿verdad?

—Sí. —Dijo Kerry, y fue a preparar otro trago.

No llegaron a ninguna conclusión definitiva. Fitzgerald, varias horas más tarde, volvió a su casa preocupado. No estaba tan tranquilo como parecía, pero no quería alterar a Kerry. La irrupción de algo tan imprevisto en la vida normal era bastante perturbadora. Y sin embargo, como él había dicho, el robot no parecía ser peligroso.

Kerry se llevó a la cama una nueva novela policíaca. La radio lo siguió al dormitorio y suavemente le quitó el libro de la mano. Kerry manoteó instintivamente.

—¡Eh! —dijo—. ¿Qué diablos…?

La radio regresó a la sala. Kerry la siguió y vio como guardaba el libro en la biblioteca. Al rato, Kerry se retiró, cerró la puerta con llave y durmió agitadamente hasta el alba.

Tambaleándose, en bata y pantuflas, volvió para echarle un nuevo vistazo a la consola. Estaba otra vez en su lugar, como si nunca se hubiera movido de allí. Kerry, bastante pálido, se preparó el desayuno.

No pudo tomar más que una taza de café. La radio entró, le quitó la segunda taza con aire de reprobación y la vació en el fregadero.

Ya era demasiado. Kerry Westerfield buscó el sombrero y el abrigo y huyó de casa. Tuvo el horrible temor de que la radio lo siguiera, pero, por suerte para su cordura, no fue así. Estaba empezando a preocuparse.

Durante la mañana, se hizo de tiempo para llamar a Mideastern. El vendedor no sabía nada. Era un equipo estándar último modelo. Claro que si no estaba satisfecho…

—No se trata de eso. —Dijo Kerry—. ¿Quién lo ha fabricado? Eso es lo que quiero averiguar.

—Un momento, señor. —Hubo una demora—. Procede de la sección del señor Lloyd, uno de nuestros capataces.

—Póngame con él, por favor.

Pero Lloyd no fue muy útil. Tras mucho cavilar, recordó que el combinado había aparecido en el depósito sin número de serie. Se lo habían agregado después.

—Pero ¿quién lo hizo?

—En realidad no sé. Supongo que podré averiguarlo. Si le parece bien, le llamaré para informarle.

—No lo olvide. —Dijo Kerry, y volvió a sus clases.

La disertación sobre Beda el Venerable no fue lo exitosa que era de esperar.

A la hora de almorzar vio a Fitzgerald, que se alegró de encontrarle.

—¿Has averiguado algo más sobre tu robot? —preguntó el profesor de psicología.

Nadie podía oírles. Kerry suspiró, se sentó a la mesa y encendió un cigarrillo.

—Nada. Es un placer poder hacer esto solo. —Se llenó los pulmones de humo—. Telefoneé a la compañía…

—¿Y…?

—No saben nada. Salvo que no tenía número de serie.

—Eso puede ser importante. —Dijo Fitzgerald.

Kerry le contó los incidentes del libro y el café, y Fitzgerald miró pensativamente su leche.

—Te ha hecho algunos tests psicológicos. No te conviene sobreexcitarte.

—¡Una novela policíaca!

—Admito que exagero un poco. Pero puedo entender por qué el robot ha actuado de ese modo, aunque no sé cómo se las compuso. —Titubeó—. Es decir, sin inteligencia.

—¿Inteligencia? —Kerry se relamió los labios—. No estoy tan seguro de que sea sólo una máquina. Y no estoy chiflado.

—No, claro que no. Pero dices que el robot estaba en la sala. ¿Cómo pudo saber que te disponías a leer?

—Lo único que puedo imaginar es visión de rayos X y poderes

de observación y asimilación increíblemente rápidos. Tal vez no quiere que yo lea nada, no sé. En realidad…

—Todo un comentario. —Gruñó Fitzgerald—. ¿Sabes algo de teoría sobre máquinas de esa especie?

—¿Robots?

—Puramente teóricas… Tú sabes que tu cerebro es un coloide, ¿no? Compacto, complejo, pero lento… Supón que elaboras un artefacto con una unidad radioatómica revestida de material aislante. El resultado es un cerebro, Kerry. Un cerebro con un número tremendo de unidades que interactúan a la velocidad de la luz. Una válvula de radio regula la corriente a razón de cuarenta millones de señales por segundo. Y, en teoría, un cerebro radioatómico del tipo que acabo de mencionar, concentraría percepción, reconocimiento, consideración, reacción y ajuste en una cienmilésima de segundo.

—En teoría.

—De acuerdo. Pero me gustaría saber de dónde ha salido tu radio.

Alguien se acercó para atenderles.

—Señor Westerfield, le llaman por teléfono.

Kerry se excusó y salió. Al volver, arrugaba las cejas oscuras, perplejo. Fitzgerald le miró, inquisitivo.

—Un fulano llamado Lloyd, de la planta de Mideastern. He hablado con él acerca de la radio.

—¿Tuviste suerte?

Kerry meneó la cabeza.

—No. Bien… no mucha. No sabe quién la ha construido.

—Pero ¿fue armada en la planta?

—Sí. Hace dos semanas… Pero no se registró el nombre del operario. Lloyd parecía bastante sorprendido. Si una radio es armada en la planta, tienen que saber quién hizo el trabajo.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Le pregunté cómo abrir el mueble y me dijo que era fácil. Sólo hay que destornillar el panel trasero.

—No hay tornillos. —Dijo Fitzgerald.

—Ya sé.

Se miraron.

—Daría cincuenta dólares por saber si el robot fue de veras

construido hace apenas dos semanas. —Dijo Fitzgerald.

—¿Por qué?

—Porque un cerebro radioatómico requeriría entrenamiento. Aun para cosas tan sencillas como encender un cigarrillo.

—Me vio hacerlo una vez.

—Y siguió el ejemplo. Los platos… Bien, inducción, supongo. Si ese aparato ha sido entrenado, es un robot. Pero si no…

—¿Sí? —le apremió Kerry.

—No sé qué demonios es. Está tan cerca del robot como nosotros del Edippus. Pero sí sé una cosa, Kerry. Es muy probable que ningún científico de hoy tenga los conocimientos necesarios para construir esa… cosa.

—Razonas en círculo. —Dijo Kerry—. La cosa fue construida…

—Ajá. Pero ¿cómo, cuándo, por quién? Eso es lo que realmente me preocupa.

—Bien, tengo una clase dentro de cinco minutos. ¿Por qué no vienes esta noche a casa?

—No puedo. Tengo una conferencia. De todas maneras, te llamaré más tarde.

Kerry salió cabeceando. Trataba de olvidar el asunto. Y lo lograba…, pero esa noche, mientras cenaba en un restaurante, tuvo miedo de volver a casa. Un duende le estaba esperando.

—Brandy. —Le dijo al mozo—. Doble.

Dos horas más tarde, un taxi le dejaba frente a su casa. Estaba absolutamente borracho. Los objetos flotaban delante de sus ojos. Caminó hacia el porche con pasos vacilantes, subió la escalera con excesivo cuidado y entró en la casa.

Encendió una lámpara. La radio le salió al encuentro.

Los tentáculos, delgados pero fuertes como el metal, se le enroscaron suavemente alrededor del cuerpo y le inmovilizaron. Kerry sintió un ataque de pavor. Forcejeó desesperadamente y trató de gritar, pero tenía la garganta seca.

Del panel de la radio brotó un haz de luz amarilla que le deslumbró.

Luego le bajó hasta el pecho. De pronto Kerry sintió un gusto raro bajo la lengua.

Un minuto después, el rayo se apagó, los tentáculos desaparecieron de la vista y la consola regresó a su rincón. Kerry se

tambaleó hasta una silla y se distendió, tragando saliva.

Estaba sobrio. Lo que era de todo punto imposible. Catorce copas de *brandy* infiltran una buena dosis de alcohol en el cuerpo. Nadie podría, ni siquiera con una varita mágica, llegar de inmediato a la sobriedad. Pero era exactamente lo que había ocurrido.

El robot trataba de colaborar. Sólo que Kerry habría preferido seguir borracho.

Se levantó, aprensivo, y se acercó a la biblioteca. Mirando de reojo a la radio, cogió la novela policíaca que intentara leer la noche anterior. Y, como había supuesto, la radio se la quitó de la mano y la puso de nuevo en el anaquel. Kerry, recordando las palabras de Fitzgerald, se miró el reloj de pulsera. Tiempo de reacción: cuatro segundos.

Tomó un volumen de Chaucer y esperó, pero la radio no se movió. Sin embargo, cuando Kerry sacó un libro de historia, el aparato se lo quitó con suavidad de las manos. En seis segundos.

Kerry encontró una historia dos veces más gruesa.

Tiempo de reacción: diez segundos.

Ajá. Así que el robot leía los libros. Eso implicaba visión de rayos X y reacciones rapidísimas. ¡Por Josafat!

Kerry probó con más libros, intrigado por el criterio del robot. Alicia en el país de las maravillas le fue arrebatado de las manos, los poemas de Millay no. Hizo una lista a dos columnas, para futura referencia.

El robot no era, pues, un mero sirviente. Se trataba de un censor. Pero ¿cuáles eran las pautas de comparación?

Poco después recordó su clase del día siguiente y hojeó las notas. Tenía que verificar varios puntos. No sin titubeos, tomó el libro de referencias que necesitaba y, de inmediato, el robot se lo quitó.

—Un momento. —Dijo Kerry—. Lo necesito.

Trató de arrebatarle el libro al tentáculo, pero fue inútil. La consola no le hizo caso. Con toda calma, guardó el libro en el anaquel.

Kerry se mordió el labio. Aquello pasaba de castaño oscuro. El maldito robot era un monitor. Se acercó subrepticiamente al libro, lo agarró y salió de la sala antes que la radio atinara a moverse. Pero la cosa lo seguía. Oyó las blandas pisadas de esos… pies. Kerry

se escurrió en el dormitorio y cerró la puerta con llave. Esperó, con el corazón en la boca, mientras el pomo se movía suavemente.

Un zarcillo delgado como un alambre se metió por la rendija de la puerta y tanteó el cerrojillo. Kerry brincó hacia adelante y lo echó. Pero no sirvió de mucho. Las herramientas de precisión del robot —las antenas especializadas— lo volvieron a su lugar; y luego la consola abrió la puerta, entró en la habitación y se acercó a Kerry.

Sintió un acceso de pánico. Dio un respingo y le arrojó el libro a la cosa, que lo apresó en el aire. Al parecer, era todo lo que buscaba, pues la radio se volvió y salió, meciéndose torpemente en las patas gomosas, con el volumen prohibido. Kerry maldijo entre dientes.

Sonó el teléfono. Era Fitzgerald.

—Bien. ¿Cómo te las arreglas?

—¿Tienes un ejemplar de la Literatura social de Cassen?

—Creo que no. ¿Por qué?

—Entonces lo buscaré mañana en la biblioteca de la universidad.

Kerry le explicó lo sucedido; Fitzgerald soltó un silbido.

—Entrometido, ¿verdad? Humm. Quién sabe…

—Le tengo miedo.

—No creo que se proponga hacerte daño. ¿Dices que te curó la borrachera?

—Sí, con un rayo de luz. No es muy lógico.

—Tal vez sí. El equivalente vibratorio del cloruro de tiamina.

—¿La luz?

—Claro. Tú sabes que la luz solar contiene vitaminas… Eso no es lo importante. Te está censurando las lecturas… Y parece que lee los libros con reacciones rapidísimas. Ese aparato, sea lo que fuere, no es un robot.

—Cuéntamelo a mí. —Dijo amargamente Kerry—. Es Hitler.

Fitzgerald no rió.

—¿Por qué no vienes a pasar la noche en mi casa? —sugirió con cierta seriedad.

—No. —Dijo Kerry con tozudez—. Ninguna radio va a echarme de mi propia casa. Antes la partiré a hachazos.

—Bueno, supongo que sabes lo que haces. De todos modos, si

pasa algo…, telefonéame.

—De acuerdo. —Dijo Kerry, y colgó.

Entró en la sala y miró a la radio con frialdad. ¿Qué demonios era y qué intentaba hacer? Por cierto, no se trataba de un mero robot. Y por cierto que no estaba viva, en el sentido en que está vivo un cerebro coloide.

Apretando los labios, se le acercó y jugueteó con mandos y palancas. El compás errático y bullicioso de una orquesta bailable surgió de la consola. Sintonizó la banda de onda corta. Nada extraordinario allí. ¿Entonces?

Entonces nada. No había respuesta.

Poco después se fue a acostar.

Al día siguiente, a la hora de almorzar, le mostró a Fitzgerald la Literatura social de Cassen.

—¿Qué tiene de particular?

—Mira. —Kerry hojeó el libro y señaló un pasaje—. Esto, ¿significa algo para ti?

Fitzgerald leyó.

—Sí. La idea esencial parece consistir en que el individuo es esencial para producir literatura. ¿Correcto?

—No lo sé. —Dijo Kerry, mirándole.

—¿Eh?

—Estoy confundido.

Fitzgerald se acarició el cabello gris, entornó los ojos y observó a Kerry con atención.

—Empieza de nuevo. No te…

—Esta mañana —dijo Kerry, al borde de la impaciencia— fui a la biblioteca y busqué esta referencia. La leí, pero no significaba nada para mí. Sólo palabras. ¿Has visto cuando estás embotado por haber leído mucho? Tropiezas con una frase llena de proposiciones subjuntivas y no logras comprender… Bueno, era así.

—Léela ahora —dijo calmadamente Fitzgerald mientras deslizaba el libro encima de la mesa.

Kerry obedeció, y alzó la vista con una sonrisa huraña.

—Es inútil.

—Lee en voz alta. Lo interpretaré contigo, paso a paso.

Pero no sirvió de nada. Kerry parecía incapaz de asimilar el sentido del pasaje.

—Bloqueo semántico, quizá. —Dijo Fitzgerald, rascándose la oreja—. ¿Es la primera vez que te ocurre?

—Sí. No lo sé.

—¿Tienes clases esta tarde? Bien. Vayamos a tu casa.

Kerry corrió su plato a un lado.

—De acuerdo. No tengo apetito. Cuando gustes.

Media hora después, estaban mirando la radio. Parecía absolutamente inofensiva. Fitzgerald desperdició un rato tratando de arrancar un panel, pero al fin desistió de esa tarea inútil. Buscó un lápiz y un papel, se sentó frente a Kerry y se puso a formular preguntas.

En un momento se interrumpió.

—Eso no lo habías mencionado hasta ahora…

—Quizá se me habrá olvidado, y…

Fitzgerald se golpeteó los dientes con el lápiz.

—Ajá. La primera vez que la radio actuó…

—Me dio en el ojo con una luz.

—Eso no. Me refiero a… lo que dijo.

Kerry parpadeó.

—¿Qué dijo? —titubeó— «Patrón psicológico probado y aprobado», o algo por el estilo. Creí que había sintonizado alguna emisora y captaba parte de un programa de preguntas y respuestas o algo así. Quieres decir…

—¿Las palabras eran fáciles de comprender? ¿Buen inglés?

—Ahora que lo recuerdo, no. —Kerry frunció el ceño—. Se arrastraban bastante. Las vocales eran duras.

—Ajá. Bien, sigamos. —Intentaron un test de asociación verbal, y, finalmente, Fitzgerald se reclinó en el respaldo de la silla con aire preocupado—. Quiero cotejar este material con los últimos tests que te he tomado. Me parece extraño… Endemoniadamente extraño. Me sentiría mucho mejor si supiera con exactitud qué es la memoria. Hemos trabajado bastante en mnemótica…, memoria artificial. Sin embargo, puede que no tenga ninguna relación.

—¿Eh?

—Esa máquina. O bien tiene una memoria artificial altamente entrenada, o está ajustada para un medio y una cultura diferentes. Te ha afectado… bastante.

Kerry se relamió los labios.

—¿Cómo has dicho?

—Implantándote bloqueos en la mente. Aún no he establecido las correlaciones. Cuando lo haga, quizá podamos elaborar alguna respuesta. No, esa cosa no es un robot. Es mucho más que eso.

Kerry extrajo un cigarrillo; la consola se le acercó para encenderlo. Los dos hombres la observaron con un ligero estremecimiento de horror.

—Mejor que pases la noche en mi casa. —Sugirió Fitzgerald.

—No. —Repuso Kerry con un escozor de terquedad.

Al día siguiente, Fitzgerald buscó a Kerry durante el almuerzo, pero el hombre más joven no apareció. Telefoneó a la casa, y Martha atendió la llamada.

—¡Hola! ¿Cuándo has vuelto?

—Hola, Fitz. Hace una hora. Mi hermana se adelantó y tuvo el bebé sin mí, de modo que he regresado a casa. —Se calló, y el tono de su voz alarmó a Fitzgerald.

—¿Dónde está Kerry?

—Aquí. ¿Puedes venir, Fitz? Estoy preocupada.

—¿Qué le pasa?

—No… No sé. Ven en seguida.

—De acuerdo. —Dijo Fitzgerald, y colgó mordiéndose el labio; estaba preocupado.

Cuando un rato después pulsó el timbre de los Westerfield, descubrió que tenía los nervios totalmente crispados. Pero al ver a Martha se tranquilizó.

La siguió por la sala. Ante todo, Fitzgerald observó la consola, que estaba como siempre, y luego a Kerry, sentado al lado de la ventana, inmóvil. Su rostro tenía una expresión ausente y tensa. Las pupilas estaban dilatadas, y parecía que le costaba reconocer a Fitzgerald.

—Hola, Fitz. —Dijo.

—¿Cómo te sientes?

—Fitz, ¿qué ocurre? —interrumpió Martha—. ¿Está enfermo? ¿Llamo al médico?

Fitzgerald se sentó.

—¿Has notado algo raro en la radio?

—No. ¿Por qué?

—Entonces escucha.

Le contó toda la historia, y pudo observar como el escepticismo forcejeaba con una reticente credulidad en la cara de Martha.

—Me parece realmente… —dijo ella al fin.

—Si Kerry se pone un cigarrillo en los labios, esa cosa se lo enciende. ¿Quieres ver cómo funciona?

—No, no. Supongo que sí. —Martha tenía los ojos desorbitados.

Fitzgerald le dio un cigarrillo a Kerry. Sucedió lo que era de prever. Martha no dijo una palabra. Cuando la consola volvió a su lugar, Martha temblaba; luego, ella se acercó a Kerry, que la estudió con mirada vaga.

—Necesita un médico, Fitz.

—Sí.

Fitzgerald no mencionó que un médico podía resultar inútil por completo.

—¿Qué es esa cosa?

—Es más que un robot. Y ha reacondicionado a Kerry. Te he contado lo ocurrido. Después de cotejar los patrones psicológicos de Kerry, he descubierto que estaban alterados. Ha perdido casi toda la iniciativa.

—Nadie pudo haber logrado eso…

Fitzgerald frunció el ceño.

—Eso pensaba yo… Parece que se trata del producto de una cultura muy evolucionada, muy diferente de la nuestra. Marciana, tal vez. Es un objeto tan específico que encaja de forma natural en una cultura compleja. Lo que no entiendo es por qué es exacta a una consola de Mideastern. Martha tocó la mano de Kerry.

—¿Camuflaje?

—Pero ¿por qué? Eras una de mis mejores alumnas en psicología, Martha. Considera esto con lógica. Imagina una civilización donde se utiliza un artefacto como éste. Razona inductivamente.

—Lo intento. No puedo pensar muy bien, Fitz. Estoy preocupada por Kerry.

—Me encuentro bien. —Dijo Kerry.

Fitzgerald unió las yemas de los dedos.

—No es tanto una radio como un monitor. En esta otra civilización quizá cada hombre posee uno, o quizá sólo unos pocos…, los que lo necesitan. Los mantiene en línea.

—¿Y destruyen la iniciativa?

Fitzgerald hizo un ademán de impotencia.

—¡No lo sé! Así ha sucedido en el caso de Kerry. En otros…, no sé.

Martha se levantó.

—Creo que perdemos el tiempo. Kerry necesita un médico. Después podremos seguir discutiendo sobre eso. —Y señaló la consola.

—Sería una lástima destrozarla, pero… —dijo Fitzgerald mirando significativamente el aparato.

La consola se movió. Salió del rincón contoneándose acompasadamente y caminó hacia Fitzgerald. Cuando él se levantó, los tentáculos surgieron y lo apresaron. Un rayo pálido alumbró los ojos del hombre.

Se disipó casi de inmediato; los tentáculos se retiraron y la radio regresó a su lugar. Fitzgerald quedó paralizado. Martha se incorporó con la mano en la boca.

—¡Fitz! —dijo con voz trémula.

Él titubeó.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¿Te sientes bien? ¿Qué te ha hecho?

Fitzgerald esbozó una sonrisa.

—¿Eh? Sí, me siento bien…

—La radio. ¿Qué te ha hecho?

Fitzgerald miró la consola.

—¿Tiene algún problema? Me temo que no entiendo mucho de reparaciones, Martha…

—Fitz. —Ella se le acercó y le aferró el brazo—. Escúchame.

Le habló rápidamente: la radio, Kerry, la discusión…

Fitzgerald la miraba atónito, como si no entendiera nada.

—Supongo que estoy idiotizado. En realidad, no entiendo de qué me hablas.

—La radio… ¡Tú sabes! Dijiste que ha alterado a Kerry.

Martha se interrumpió y se quedó mirándole.

Fitzgerald estaba totalmente perplejo. Martha se comportaba de un modo raro. Qué extraño. Siempre la había considerado una muchacha bastante sensata. Pero ahora sólo decía sandeces. Al menos, él no podía desentrañar el significado de sus palabras. No

tenían sentido.

¿Y por qué hablaba de la radio? ¿No le satisfacía? Kerry había dicho que era una buena adquisición, con un tono adecuado y los complementos más modernos. Por un instante, Fitzgerald se preguntó si Martha se había vuelto loca.

En todo caso, tenía clases y se le hacía tarde. Se despidió. Martha no intentó detenerle. Estaba blanca como el papel.

Kerry sacó un cigarrillo. La radio se le acercó con una cerilla encendida.

—¡Kerry!

—¿Sí, Martha? —dijo él con voz muerta.

Ella miró fijamente la… radio. ¿Marte? Otro mundo… ¿Otra civilización? ¿Qué era? ¿Qué quería? ¿Qué intentaba hacer?

Martha salió de la casa y entró en el garaje. Regresó empuñando un hacha pequeña con mano firme.

Kerry observó. Vio como Martha se acercaba a la radio blandiendo el hacha. Brotó un haz de luz, y Martha desapareció. A la luz del sol de la tarde quedaron flotando unas motas de polvo.

—Destrucción de forma de vida hostil. —Dijo la radio, resbalando sobre las palabras.

El cerebro de Kerry sufrió un vuelco. Se sentía mareado, aturdido y espantosamente vacío. Martha…

Su mente era un torbellino. El instinto y la emoción luchaban con algo que las sofocaba. De repente, los diques se derrumbaron, los bloqueos desaparecieron, las barreras cedieron. Kerry gritó de forma ronca, inarticuladamente, y se incorporó de un brinco.

—¡Martha! —aulló.

No estaba. Kerry miró a su alrededor. ¿Dónde…?

¿Qué había ocurrido? No podía recordar.

Se desplomó de nuevo en la silla, se frotó la frente. Sacó un cigarrillo con la mano libre, una reacción automática que provocó una respuesta instantánea. La radio se le acercó con una cerilla encendida.

Kerry carraspeó y saltó de la silla. Ya recordaba. Recogió el hacha y se abalanzó sobre la consola, mostrando los dientes en un rictus grotesco.

El haz de luz brotó de nuevo.

Kerry desapareció. El hacha cayó en la alfombra.

La radio volvió a su lugar y permaneció inmóvil una vez más. Chasquidos tenues brotaron del cerebro radioatómico.

—Sujeto básicamente inadaptable. —Un momento después—. Ha sido necesario eliminarle. Clic. Disposición total para el próximo sujeto.

—Nos la quedamos. —Dijo el joven.

—Oh, no se arrepentirán. —Sonrió el agente—. Es tranquila, aislada, y con un precio muy razonable.

—No tanto. —Dijo la muchacha.

—Pero es justo lo que estábamos buscando. —Completó el joven.

—Claro, una propiedad sin amueblar sería más barata. —Dijo el agente, encogiéndose de hombros—. Pero…

—Nos casamos hace poco, —replicó el joven, al tiempo que abrazaba a su esposa— y no hemos tenido tiempo de comprar muebles. ¿Te gusta, amor?

—Hmm. ¿Quién vivía antes aquí?

El agente se rascó la mejilla.

—Veamos. Un matrimonio llamado Westerfield, creo. Me la dieron para alquilar hará cerca de una semana. Un bonito lugar. Si no tuviera mi propia casa, ya le habría echado el ojo.

—Bonita radio. —Dijo el muchacho—. Último modelo, ¿no?

Y se acercó a la consola para examinarla.

—Ven. —Llamó la muchacha—. Miremos de nuevo la cocina, ¿quieres?

—Sí, amor.

Salieron de la sala, de donde llegaba todavía el sonido de la voz tersa del agente, cada vez más remota. El cálido sol de la tarde penetraba oblicuamente por las ventanas. Por un momento hubo silencio. Luego…

¡Clic!

DE PROFUNDIS

El obstáculo son las palabras. El obstáculo es… es que sólo un demente puede adquirir esto. Porque *esto* sólo puede ocurrírsele a un demente. Y la barrera es difícil de franquear. Quiero decir la barrera que se eleva en torno a mi personalidad real. Puedo pensar claramente, pero nunca sé cuándo va a sobrevenirme el *impulso*, y entonces otras palabras se forman en el papel.

ES UNA TRAMPA MORTAL SIN ESPERANZA

Alto. A pesar de todo debo de tratar de ser coherente. He de intentar adquirir esto de forma convencional. Quisiera escribirlo al revés, de abajo arriba, y como un palimpsesto, y cubriendo el papel de esa manera. Pero debo hacerlo comprender. Yo soy el único que puedo distinguir entre la alucinación y la realidad, pero, evidentemente, no puedo hacérsela distinguir a los demás. El obstáculo es que ellos se deslizan en medio de mis alucinaciones y se disfrazan como ilusiones.

Además, esto es duro, *igual para mí*. No tengo el puerto de la razón para refugiarme. Sé que estoy enfermo, es decir, sé que soy semirracional. Cuando me encuentro en un tobogán, rio me queda más que esta prisión abrumadora, este infierno descuidado…

Ficha: WILLIAMS ROGERS, 35 años, raza blanca, soltero, precozmente neurótico y acomplejado.

Hay algo así como eso en mi tarjeta. No me acuerdo de gran cosa del pasado. Ya estuve en un asilo. Recuerdo que eso ocurrió ya cuando era niño. Mi memoria no funciona muy bien, sobre todo después de que el tiempo se ha deformado un poco para dejar pasar

a los visitantes.

Los visitantes no son alucinaciones. Son realidades entre todas mis ilusiones. No han venido más que recientemente. Eso sí que lo sé. Me lo han explicado todo, con mucha claridad. Nadie más puede verlos u oírles. Han dicho que si yo quisiese, podría decírselo a los médicos. Los doctores me escucharon con simpatía y me hicieron preguntas y no me creyeron. Alucinaciones auditivas y visuales. Dios sabe que yo las tuve en cantidad suficiente al principio.

A veces veo a la Nube y veo a los demonios. Pero eran en cierto modo tan convencionales que sabía que resultaban irreales, lo mismo que cuando hablaban diciendo que había pecado. Eso fue mucho antes de la llegada de los visitantes. Estos son reales, vienen de otro continuo espacio-tiempo. Quieren visitar y observar. Ustedes podrían creer que buscan un tipo como Einstein, pero no es eso. No quieren que nuestro mundo los conozca. Puedo adivinar el por qué. No se puecí observar un electrón sin arrancarle de su circuito normal. Un animal no actuará naturalmente si sabe que es observado. ¿O quizás hay otras razones?

Los visitantes son horribles de ver.

Su lenguaje es la telepatía, aunque a menudo les escucho sónicamente. Sus procesos de pensamientos ser tan diferentes de los nuestros, que en ocasiones eso parece un galimatías y en otras matemáticas trascendentales.

Las palabras se desplazan y cambian y no puedo ordenar los acontecimientos en un sistema coherente, creo que «*un tigre, dos tigres, tres tigres*».

NO.

Tengo tendencia a enredarme. ¿Es mi escolaridad? Supongo que poseo la impresión de que, llenando mi cerebro de palabras sin significado, eso impedirá que pasen los visitantes y los otros…

Todos los otros. Las voces irreales que después he escuchado siempre. Toda mi vida algo ha campaneado vagamente. Quería hacer algunas cosas y no podía decir el por qué. Como el día que coleccioné pañuelos sin motivo. Y todas las voces en mi cuarto.

Williams Rogers avanzó hacia la ventana —murmuraban ellas—. Va a caer por la ventana. No, no caerá, sino que descenderá por la escalera, entonces tropezará y se romperá la espalda. Sabe demasiado para vivir. Nosotros intervendremos para que no viva.

Eso era una alucinación auditiva.
DEBO… CONTENERME…

De acuerdo. Fue una época asquerosa. Sabía que no eran reales, pero lo parecían, todos esos insectos con colores vivos que saltaban sobre mi pijama… Una vez me habían obligado a gritar. El interno de guardia acudió. Tuve miedo de tener que volver al baño, pero cerré los ojos y les *dejé* trepar y en algunos instantes esto cesó. El interno preguntó qué es lo que me pasaba. Dije que en aquel momento ya me sentía bien otra vez.

Pero tenía orden de darme un sedante en caso de necesidad. Continué siempre aquí en observación. Los doctores no han podido determinar la naturaleza de mi sicosis. Hay factores que se complican. Sé cuáles son. Al principio yo tenía una sicosis ordinaria, pero de inmediato los visitantes vinieron y todo lo han trastocado. El giróscopo de mi cerebro gira terriblemente.

Ciertas personas nacen con un factor hereditario peligroso, otras se ven desarreglados por su medio ambiente. Yo tengo las dos cosas. Carezco de memoria y no me gusta en absoluto tratar de acordarme. No resulta agradable. Además, acontecimientos importantes ocurrieron *después* de estar ya del todo enfermo. Los visitantes son malignos. Se disfrazan como alucinados y no aparecen más que al hombre que ya las ha tenido…

Pero yo no conocía en absoluto… el terror… antes de la llegada de los visitantes.

Hasta aquel momento, tuve por lo menos una cierta defensa para sostenerme, alternando con la profunda desesperación y las voces… A veces ellas decían que me protegían. En otras ocasiones me amenazaban. A menudo me decían que había pecado y que tenía que ser castigado.

Pequé. Claro. No sé por qué. Pero es preciso que haga penitencia. Las voces…

De pronto vinieron las alucinaciones táctiles. Era horrible tocar el vaso o rozar ligeramente la piel. Horrible saber que mi cutis estaba cubierto por una gelatina glacial. Después de que se me trajo aquí, *ellos* miran cosas infectas en mis alimentos. Ya no como.

Hay una masa sombría en el fondo de mi cerebro Siempre supe

cuándo ella se acercaba. Es informe y extraña. No proviene… de nada. De ninguna dirección que pueda concebir y se hincha, se hincha y vuela en *mi* dirección. Pero nunca me toca. Me mira solamente. Le llamo la Nube. Jamás pude palparla, gustarla o sentirla, como las *otras*. Y no podía verla en el sentido adecuado del término. Eso hace ahora mucho tiempo que no ha aparecido, aunque las otras cosas no me abandonan jamás. Pero las voces quedan *veladas* cuando vienen los visitantes.

Ocurrió así.

Se produjo poco después de mi llegada a este lugar. Primero los médicos me habían hecho pasar un largo período de baños y de cuidados y algunas veces con dosis de camisa de fuerza; esta última era terrible, porque encontraba dificultades para respirar y los insectos coloreados se paseaban por mi cara. Aprendí, al cabo de cierto tiempo, a aceptar esas cosas. Aquí las personas me miraban con aire familiar de alerta y amistosa vigilancia. Las voces hablaban en mi cabeza y varias veces la Nube echó un vistazo y luego se encogió y desapareció. Y esto duró mucho tiempo.

Entonces vi a los visitantes.

Les noté buscar. Aquella noche hubo gresca en el asilo. Un paciente homicida escapó de la sección de los peligrosos. Se doblaron los sedantes. Eso parecía la cumbre de un ciclo. De hecho, eran los visitantes que buscaban un contacto.

La demencia no entraña necesariamente el debilitamiento de las percepciones. A menudo he podido contemplar la vida desde un punto de vista crítico, destacado, porque no formo parte de ella. Podía ver cómo una trama en el caos de los acontecimientos mundiales. La humanidad lucha por alcanzar una meta desconocida. Pero esa lucha carece, quizá, de guías. Yo podría ver que alguna cosa ocurría. Cierta nueva y distinta. Quizás algo que sirviese de mejora.

Nunca pensé que tal cosa pudiese ser extraterrestre.

Estaba solo en mi cuarto aquella noche. La puerta estaba cerrada con llave. Contemplaba el vidrio enrejado, esperando la visita del médico. Entonces noté cómo una cosa se deslizaba dentro de mi cabeza, se extendía, se alejaba y volvía. Durante unos instantes creí

que sería la Nube, pero la Nube es informe, tranquila, atenta. Nunca me molesta. *Esto* me molesta. Noté una fuerte tensión, una fuerte excitación.

Vinieron de lejanías deformadas y se plantaron en el aire ante mí. Un claroscuro les envolvía; aquello no era exactamente oscuridad, porque a través veía los uniros de la estancia. Eran tres. Parecían hombres, pero deformes, pequeños, y sus cabezas enormes cubiertas de venas azules, que latían. No me pisotearon, no podían hacerlo con aquellas piernecitas.

Flotaban en el aire, se desplazaban con dificultades y me miraban. Sus almas hablaban.

—Puede convenir. Su inteligencia está por debajo del medio normal. Su sicosis es aceptable.

Supe en seguida que no eran alucinaciones. Me levanté para llamar al interno. Me hicieron acostarme en la cama. Abrí la boca para gritar, pero paralizaron mi garganta.

—No te haremos ningún mal.

Yo contesté mentalmente.

—Entonces sois reales. Sois reales. Sois reales.

—Somos reales. No te haremos mal. Queremos utilizarte para…

En aquel momento todas las voces se agruparon en mi cabeza para gritar:

—Has pecado, has pecado, has pecado.

Grité y grité.

Los visitantes volvieron más tarde. Pero necesité tiempo para poder hablar con coherencia. Una vez el doctor entró mientras ellos estaban allí, pero se contentaron con permanecer quietos, flotando en el claroscuro y no notó nada. Después de su partida:

—¿Sois invisibles?

—No nos encontramos enteramente en tu plano de espacio-tiempo.

—¿Qué queréis de mí?

—Al mercado, al mercado para comprar un cerdo gordo…

—¿Qué?

No pudieron explicarse. Eso parecía incomprensible. Les pregunté de dónde venían.

—De más allá de las colinas y de muy lejos. Tiempo, Porvenir, extrañamos nuestro mundo.

—Pero yo casi nunca salgo de este cuarto.

—Inútil. Eso no tiene importancia —las venas azules latían en sus frentes—. Tu espíritu nos da la… —Vino aquí una palabra sin significado—, para permitirnos alcanzar todos los puntos de tu vector temporal. Tú eres el catalizador.

Me tocaron unos dedos. Una cosa roja y horrible, salió penosamente del suelo. Las voces rieron todas juntas. Cerré los ojos y grité. Me puse a dar vueltas, a girar y girar.

Este período de crisis terminó; más tarde, regresaron los visitantes.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me habéis elegido?

—Necesitamos un contacto. Tú eres particularmente indicado. Habíamos buscado durante mucho tiempo antes de encontrarte.

—¿Pero por qué?…

—Tú era está situada en una encrucijada. Han sido descubiertas grandes fuerzas. Los planos de probabilidad se desplazan. Esta época es de una importancia enorme. Hay numerosos tipos de realidades. Nosotros tenemos que ojear el pasado para encontrar lo que es la verdadera realidad y, si es preciso, modificar este pasado.

Yo no podía comprender.

—No arriesgas nada. Tu mundo no arriesga nada. Todos los cambios que provoquemos parecerán naturales.

—Yo no puedo soportarlo. Emplead a otro.

—No.

—Pero sois horribles.

Por eso eran tan extraños. Del todo diferentes a nosotros, todavía más de lo que sugería su apariencia.

Sus pensamientos emprendían caminos diferentes. Sus cuerpos eran distintos, bajo todos los puntos de vista. Su estructura nerviosa era diferente. Notaba ya la energía que manaba de ellos. Esa tensión era insoportable. Cada vez que se quedaban mucho tiempo me proponía a gritar.

Los médicos estaban desconcertados. Me interrogaban a menudo. Yo les hablaba de los visitantes, pero se limitaban a mirarse entre sí.

—¿No había visto usted jamás a estos visitantes antes de estos últimos tiempos?

—No. Nunca les había visto.

—¿Se parecen a esa Nube que usted mencionó?

—No. La Nube está conmigo desde hace muchos años. Nunca me ha molestado.

—¿Se parecen a las voces? ¿Hacen los mismos ruidos que las voces?

—No. Las voces no tienen cuerpos. Los visitantes hablan sin palabras de hecho. Me han dicho que no creían ustedes en su existencia.

—¡Oh, no piense así! Si me siguiese hablando un poco de eso…

Cerdo inmundo, no crees una palabra de lo que yo le digo. Maldito seas.

Pero los médicos habían tratado de ayudarme. Estaban desanimados. Hasta la llegada de los visitantes se mostraron optimistas; habían previsto un tratamiento de choque, creo, que esperaban que fuera eficaz. Pero los visitantes aportaban un factor nuevo y transformaban mi sicosis en un sentido distinto y no diagnosticado.

Luego, durante un período, los visitantes dejaron de venir. Creo que intentaban explicarme por qué, pero no pude comprender. Después de su partida, no quedaron más que las voces y algunos otros horrores. Y los médicos comenzaron el *tratamiento de choque*. Era violento, pero resultaba.

Mi espíritu comenzó a aclararse. No recuerdo cuánto tiempo duró esto. Los médicos eran muy reservados cuando me hablaban y podía sentir en la atmósfera una nueva esperanza.

Me llevaron a un servicio *abierto*. Eso era mucho más agradable. Pasé tres buenos días. Fue entonces cuando regresaron los visitantes.

—Investigaciones suplementarias.

—No. ¡Por favor! ¡Iros! ¡No puedo soportarlo!

—No te haremos el menor mal.

—Pues me lo hacéis. Noto… la… tensión que mana de vosotros. Me oprime. Me hiere el cerebro. Me…

—Curioso. No es más que un *homo sapiens* ordinario, claro, pero es anormalmente receptivo. Probablemente una causa de sus sicosis. La glándula pineal y el tálamo… al son de nuestro… el arzobispo de Constantinopla lo quieren desarzobispoconstantinopolizar…

Las palabras, no comprendía las palabras. Nuestro único medio de comunicación formaba una verdadera barrera.

—Iros. Marchaos, dejadme solo. No puedo soportarlo.

—Ese contacto personal es necesario. Debemos mantener nuestro consciente de energía para conservar contacto con tu sector temporal. Se ha hallado que era anormalmente perceptivo.

—¿Vais a quedaros mucho tiempo?

—Numerosos ciclos. Nos lanzamos ahora a una reorganización profunda de nuestro plan espacio-tiempo.

—¿Qué pasa, Rogers?

Era la voz del interno.

—Han regresado.

—¿*Quién* ha regresado?

—Dos visitantes. No quieren marcharse. *¡Hágales que se vayan!*

—Enfermera, vea lo que tiene Rogers.

—No te haremos ningún mal. De momento nos extendemos en una dimensión mental para estudiar los aspectos subásicos del ridículos, ridículos, ridículos.

—¡Buen Dios! ¡Dejadme en paz, *malditos*!

Volví al aislamiento.

No había esperanza. Estaba loco. El muro había sido reconstruido, el muro que me enclaustraba fuera de la humanidad. Los médicos abandonaron toda esperanza. La catatonía, la esquizofrenia podían tener el tratamiento del choque, pero aplica un factor variable de turbulencia al giróscopo y es casi prácticamente imposible devolver el equilibrio y hacerlo funcionar normal, regularmente. Las voces retornaron. Los insectos de colores vivos treparon. Los alimentos tomaron un gusto nauseabundo y mi

cama fue como un cubil abierto con labios espantosos y blancos prestos a devorarme…

Un día recobré la consciencia. Los visitantes lo hacían exprofeso. No querían que curase. Su sola presencia me mantenía en estado de sicosis. Y mientras estuviese loco podrían venir a mí en cualquier momento y tendría importancia que hablase.

¡Eran tan *extraños*! Yo no era nada para ellos. Era una subespecie. Ellos, eran… alguna cosa que podía evolucionar por la Tierra. Pero una especie de tierra en un futuro posible. Si me sentaba y pensaba en ese minúsculo punto luminoso en ese tiempo, en ese espacio, ese planeta. Y en ese desconocido gigantesco que les rodeaba, sólo Dios podía imaginar lo que ocurriría.

Y yo no era más que un hombre solo y desfallecido desde el principio.

Los médicos habían abandonado toda esperanza.

Aquella noche lloré un poco en mi cama. No tenía ninguna salida. Noté la quemante tensión que aumentaba en mi cabeza y supe que llegaban los visitantes. Me sentía solo y sin socorro, desesperadamente y totalmente solo; nadie conoce la soledad más que los enfermos mentales.

Vinieron. Les supliqué que me dejasen. Me miraron con sus ojos fríos. Las venitas azules latiendo en sus sienes.

—¿Vivirá mucho tiempo?

—El suficiente.

—Yo no quiero venir —les contesté—. Llévenselo todo. Tengo miedo de moverme. Siento que en este momento mismo algo malo de vosotros. Quizá sea lo que os mantiene con vida, pero estoy demasiado derrotado para soportarlo. Dejadme morir.

—Tú no eres importante. Tú eres un instrumento útil.

Dejé de escuchar. Algo comenzaba a producirse.

Pequeña y tranquila, en el trasfondo de mi espíritu, la Nube empezó a crecer. Me sentí contento. Amueblaba un poco mi soledad. Por lo menos, la Nube me era familiar, y jamás me enojaba. Después de meses que llevaba sin sentir su presencia, ahora aparecía. Tras la venida de los visitantes. Su movimiento bien conocido, dulce, giratorio, se hinchó en mi cabeza, y súbitamente la Nube estuvo allí, más circunspecta que nunca. Era como un viejo amigo.

Hubo un súbito movimiento entre los visitantes. Parecieron vacilar un poco, suspendidos como estaban en su claroscuro.

—¿Qué es eso? Responde. ¿Qué es eso?

—La Nube. Estoy contento.

Crecía, crecía. Todo en mi cabeza. Cada cosa resultaba vaga y confusa.

—¿La Nube? ¿Qué significa? ¿Qué es? No…

¡Cretinos, ese hombre es mío!

La voz de la Nube. Pero la Nube no podía hablar.

Los visitantes gritaron basculando en su oscuridad flotante. ¡Cómo vibraban sus grandes cabezas! La Nube se extendía sobre ellos y les volvía locos. Locos como yo. En aquel momento la Nube les envolvió y sus gritos se apagaron.

Grité. El interno de guardia abrió la puerta. Entró. Llamó a unos enfermeros. No vieron la Nube. No vieron a los visitantes. Pero ya la veía. ¡Yo *veía*!

La Nube también se había servido de mí, al igual que lo hicieron los visitantes. Quizá yo era un instrumento en verdad útil. Quizá nuestra era es un momento crucial. Esos enviados de lugares extraños me habían examinado, pero la Nube era mucho más astuta que los visitantes. No tenían necesidad de hacerme mal para emplearme como contacto.

Y él era mucho más *extraño* que los visitantes. Su lucidez era también extraño. Le rozó con sus energías misteriosas, venidos de un tiempo, de un espacio y de una probabilidad increíblemente lejanos y los visitantes se acurrucaron y se volvieron locos mientras que yo les veía gritar y perderse en una dirección que no pude seguir ni comprender.

Ellos tampoco podían hacerme mal. Yo pertenecía a la Nube. Ella defendía su bien.

Entonces noté cómo iba extendiéndose por mi cuerpo. Oí las viejas voces familiares gritar más allá de los muros. Noté perfumes desconocidos y tuve una nueva sensación en mi mente y la Nube y allá en el cuarto del hospital y del mundo y el infinito más allá, y atorbellinó la blanca oscuridad y no volvió jamás, jamás.

La semana pasada, curado, salí del asilo. El tratamiento había

durado muchos meses. Pero finalmente el consejo me declaró sano de espíritu. No lo podía comprender.

Han dicho que me habían curado. Muy bien. Por lo menos, los visitantes no han vuelto jamás. ¿Cómo iban a poder?

En cuanto a la Nube…

Como los visitantes, venía del espacio del tiempo, de la probabilidad para examinar nuestro mundo, pero era más *extraña* que los visitantes y más poderosa. Suficientemente poderosa.

La Nube, por razones ocultas, no es más que un observador.

Me han declarado *sano*. Evoluciono por el mundo exterior y miró a los hombres luchar por el porvenir pero *sé* que no estoy sano. He dado las justas respuestas a los siquiatras. Mis reacciones son las de un hombre normal. Pero esas no son *mis* reacciones. No era yo quien dio las respuestas. Es otra persona. Otra cosa. Es por qué…

POR QUÉ
POR QUÉ
POR QUÉ
POR QUÉ

Es difícil de describir la verdad, difícil de franquear esta barrera en mi alma y de hacerme comprender por qué mi verdadero *yo* está todavía sumergido en las sombras, en el éter, en la silueta, en el vapor, en el cúmulo, en…

No. Yo parezco ser *yo*, finjo estar curado mientras que el verdadero *yo* sigue siempre abandonado.

BAJO LA
NUBE
NUBE
NUBE

EL DIABLO QUE CONOCEMOS

Durante días las finas e imperativas convocatorias habían estado susurrándose profundamente en el cerebro de Carnevan. Eran mudas y apremiantes y le gustaba que su mente se pareciese a la aguja de una brújula que giraría, inevitablemente, hacia el punto magnético más próximo. Bastante fácil enfocar su atención en el asunto del momento, pero resultaba, como descubrió, bastante peligroso relajarse. La aguja oscilaba y giraba imperceptiblemente, mientras que el grito insonoro se hacía más fuerte, batiendo a la ciudadela de su consciencia. Sin embargo, el significado del mensaje seguía siéndole desconocido.

No había la más remota posibilidad de locura. Gerald Carnevan era neurótico como la mayoría y lo sabía. Poseía varios grados y era socio menor de una floreciente empresa publicitaria de Nueva York, contribuyendo con la mayor parte de las ideas. Jugaba al golf, nadaba y era un buen compañero en el *bridge*. Tenía 37 años, con el rostro fino y duro de un puritano, cosa que ni por asomo era, y estaba siendo chantajeado, con suavidad, por su amante. Eso no le sabía mal, en especial porque su mente lógica había evaluado las posibilidades, llegando a la conclusión definitiva de que valía la pena para olvidarse de inmediato del asunto.

Y sin embargo, no se había olvidado. En lo más profundo de su subconsciente permaneció el pensamiento y ahora amaneció para Carnevan. Eso, claro podía ser la explicación de la… la… de la «voz». Un deseo reprimido de resolver el problema completamente. Parecía encajar estupendamente bien, considerando el reciente compromiso de Carnevan con Phyllis Mardrake. Phyllis, de una estirpe bostoniana, no pasaría por alto los amores de su prometido… si es que llegaban a descubrirse. Diana, quien no

conocía el recato pero que era adorable, no dudaría en descubrirlo si se le pasaba por la cabeza.

La brújula volvió a estremecerse, giró y se detuvo en un punto tenso. Carnevan, que estaba trabajando horas extraordinarias en su despacho aquella noche, gruñó furioso. Siguiendo un impulso se arrellanó en su silla, tiró un cigarrillo por la ventana abierta y aguardó.

Deseos reprimidos, según las enseñanzas de sicología, deberían aparecer al descubierto, en donde se los pudiese dejar inofensivos. Con esto en la cabeza, Carnevan borró toda expresión de su fina y dura cara y aguardó. Cerró los ojos.

A través de la ventana venía el rugiente murmullo de una calle neoyorquina. Disminuía y se apagaba casi imperceptiblemente. Carnevan trató de analizar sus sensaciones. Su subconsciencia parecía cerrada en una caja hermética, tensándose toda en una dirección. Dibujos luminosos se esfumaron en sus párpados cerrados mientras la retina se ajustaba a la nueva oscuridad voluntaria.

Mudo, el mensaje llegó a su cerebro. No podía comprender. Era demasiado extraño… incomprensible.

Pero por último se formaron las palabras. Un nombre. Un nombre que oscilaba en el borde de la oscuridad, nervioso, incardinado. *Nefert. Nefert.*

Ahora lo reconocía. Recordaba la época de la semana pasada, cuando asistió con Phyllis porque ella se lo pidió. Había sido una reunión tosca y ordinaria, trompetas y luces, y voces susurrando, el médium efectuaba sesiones tres veces por semana, en un viejo caserón de piedra parda cerca de Columbus Circle. Se llamaba Madame Nefert… o así lo pretendía, aunque parecía más irlandesa que egipcia.

Ahora Carnevan supo que la orden muda era: *Ver a Madame Nefert.*

Carnevan abrió los ojos. La habitación no había cambiado en absoluto. Eso era lo que se había esperado. Ya se había formado en su mente una teoría, germinando en una cólera de enojo al pensar que alguien le había estado trasteando con su posesión más exclusiva… *su yo*. Era, pensó, hipnotismo. De alguna manera

durante la sesión, Madame Nefert logró hipnotizarle y su reacción curiosa de las pasadas semanas era debido a la sugestión posthipnótica. En cierto modo, resultaba bastante tomado por los pelos, pero no imposible.

Carnevan, como publicitario, inevitablemente seguía ciertas líneas de pensamientos. Madame Nefert hipnotizaría a un cliente, ese cliente volvería a ella preocupado y sin comprender lo que había pasado. Y la médium probablemente le anunciaría que los espíritus le iban a echar una mano. Cuando el cliente estuviese adecuadamente convencido —es el primer paso en una campaña de publicidad—, Madame Nefert mostraría sus cartas, indicando el precio de lo que tenía que vender.

Era la primera etapa del juego. Hacer que el cliente necesite algo; luego vendérselo.

Estaba muy bien. Carnevan se levantó, encendió un cigarrillo y se puso la americana. Ajustándose la corbata ante el espejo, examinó de cerca su cara. Parecía gozar de perfecta salud. Sus reacciones eran normales Sus ojos muy controlados.

El teléfono sonó bruscamente. Carne van lo tomó.

—¿Hola? ¿Diana? ¿Cómo estás, querida? —A pesar de las actividades chantajistas de Diana, Carnevan prefería mantener sus relaciones sin roces ni mal entendidos para que por lo menos no se complicasen más. Así que sustituyó por «querida» otro epíteto que le vino a la cabeza—. No puedo —dijo por fin—. Tengo que hacer esta noche una visita importante. Ahora, espera… ¡No te dejo plantada! Esta noche te enviaré un cheque por correo.

Esto pareció satisfacerle. Carnevan colgó. Diana todavía ignoraba su próximo matrimonio con Phyllis. Él se sentía algo preocupado por cómo su amante reaccionaría ante la noticia. Diana, con todo su cuerpo glorioso, era muy estúpida; al principio, Carnevan encontró ese atributo relajante, dándole una sensación ilusoria de poder en los momentos que estaban juntos. Ahora, sin embargo, la estupidez de Diana podía convertirse en inconveniente.

Ya cruzaría ese puente más tarde. Primero que todo estaba Nefert. Madame Nefert. Una sonrisa maliciosa asomó a sus labios. Pasase lo que pasase, el título. Siempre había que buscar la marca comercial, impresionar al consumidor.

Sacó su coche del garaje del edificio de oficinas y condujo por la

ciudad siguiendo la avenida, girando a Columbus Circle. Madame Nefert tenía una sala de estar situada en la parte delantera y unos cuantos cuartuchos atiborrados de cosas que nadie vio jamás, puesto que probablemente contenían su equipo. Una placa en la ventana proclamaba la profesión de la mujer.

Carnevan subió los escalones y llamó. Entró al oír el sonido de un zumbador, giró a la derecha y empujó una puerta entreabierta que se cerró a su espalda. Las cortinas habían sido echadas sobre las ventanas. La estancia estaba iluminada por el resplandor rojizo y escaso de las lámparas de las esquinas.

Estaba todo desnudo. La alfombra había sido corrida a un lado. En el suelo se habían trazado detalles con tiza luminosa. Un cacharro ennegrecido se encontraba en el centro de un pentágono. Eso era todo y Carne van sacudió la cabeza disgustado. Tal escenario impresionaría a los más crédulos. Sin embargo, decidió seguir la corriente hasta que llegase al fondo de aquel asunto publicitario tan peculiar.

Una cortina se apartó revelando una alcoba en la que Madame Nefert estaba sentada sobre una silla dura y plana. La mujer ni siquiera se había molestado en realizar su acostumbrada mascarada. Eso lo vio Carne van. Con su rostro goyuno y colorado y su pelo lacio, parecía una mujer de hacer faenas salida de cualquier comedia sawiana. Llevaba un batín floreado, que se abría para revelar una ropa interior sucia y blanca, especialmente en la parte correspondiente a su generoso escote.

La luz roja destellaba en su cara.

Miró a Carnevan con ojos vidriosos e inexpresivos.

—Los espíritus están… —comenzó y de pronto guardó silencio, un gemido profundo y sofocado en su garganta. Todo su cuerpo se retorció convulsivo.

Reprimiendo una sonrisa, Carnevan dijo:

—Madame Nefert, me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

Ella no contestó. Hubo un largo y pesado silencio. Al cabo, Carnevan inició un movimiento hacia la puerta, pero la mujer siguió sin moverse.

Ella estaba llevando el juego hasta el máximo. Carnevan miró a su alrededor. Vio algo blanco dentro del cacharro ennegrecido y se acercó para mirar en el interior. Luego sintió una violenta náusea.

Sacó un pañuelo y, apretándoselo sobre la boca, giró para enfrentarse a Madame Nefert.

Pero no pudo hallar palabras. La cordura le volvió. Aspiró profundamente; comprendió que una imagen hecha con cartón-piedra, había casi destruido su balance emocional.

Madame Nefert no se había movido. Estaba inclinada hacia adelante, respirando en estertores roncos. Un hedor débil e insidioso, penetró por las narices de Carnevan.

Alguien dijo con viveza.

—¡Ahora!

La mano de la mujer se movió en un gesto de tanteo inseguro. Simultáneamente, Carnevan se dio cuenta de la presencia de un recién llegado a la habitación. Giró, para ver, sentado en medio del pentágono, una figura pequeña, acurrucada, que le miraba con firmeza.

La luz roja era escasa. Todo lo que Carnevan pudo ver fue una cabeza y un cuerpo informe ocultos por una capa oscura, mientras el hombre o niño o muchacho estaba en cuclillas. Sin embargo, la visión de aquella cabeza fue bastante para que su corazón saltara con excitación… porque no era enteramente humana. Al principio Carnevan pensó que era una calavera. El rostro era delgado, con una piel pálida y traslúcida del más fino marfil puesta ligeramente sobre el hueso y con la parte de la cabeza completamente calva. La forma total era triangular, delicadamente aguda en los bordes, sin los salientes feos en los pómulos que hacen que los cráneos humanos sean tan a menudo repugnantes. Los ojos con toda seguridad resultaban inhumanos. Estaban decantados casi hasta donde debiera haber estado la línea del cabello, si aquel ser lo hubiese poseído. Eran de un color nublado, gris verdoso, como de piedra, salpicados con lucecitas opalescentes danzarinas, ahora pintadas de rojo por la iluminación de la sala.

Era un rostro singularmente hermoso, con la clara y desapasionada perfección del hueso pulimentado. El cuerpo no pudo verlo Carnevan, oculto como estaba por la capa.

¿Era aquella cara extraña una máscara? Carnevan supo que no. Por la sutil e inconfundible sacudida de su ser físico total, supo que estaba mirando algo horrible.

Con un reflejo automático sacó un cigarrillo y lo encendió. El ser

no se había movido mientras y Carnevan, abruptamente, se dio cuenta de que la aguja de la brújula de su cerebro había desaparecido.

El humo ascendió en volutas desde su cigarrillo. Él, Gerald Carnevan, estaba plantado en aquella habitación iluminada con escasa luz rojiza, con una falsa médium, presumiblemente en falso trance y… «algo» agazapado a pocos pasos de distancia. Fuera, a una manzana más allá, se encontraba Columbus Circle, con sus luminosos eléctricos y el tráfico.

Luces eléctricas significan publicidad. Una clave que asqueó en el cerebro de Carnevan. *Haz que el cliente se maraville*. Y en este caso él parecía ser el cliente. La aproximación era infernal en los vendedores y en sus tácticas previstas, Carnevan comenzó a caminar directamente hacia el ser.

Los suaves labios rojos infantiles se separaron.

—Aguarda —ordenó una voz singularmente gentil—. No cruces el pentágono, Carnevan. De todos modos no puedes, pero podrías iniciar un incendio.

—Eso lo estropea todo —observó el hombre casi riendo—. Los espíritus no hablan inglés vulgar. ¿Cuál es el plan?

—Bueno —dijo el otro sin moverse—. Para empezar, puedes llamarme Azazel. No soy un espíritu. Soy bastante más que un demonio. En cuanto al inglés vulgar, cuando entro en tu mundo, naturalmente, me ajusto a él… o me ajustan. Mi propia lengua no se puede oír aquí. La hablo, pero tú oyes su equivalente en inglés. Queda automáticamente ajustado a tus capacidades.

—Está bien —contestó Carnevan—. ¿Y ahora qué? —expelió el humo por la nariz.

—Eres un escéptico —dijo Azazel, aún inmóvil—. Podía convencerte en un momento abandonando el pentágono, pero no puedo hacerlo sin tú ayuda. De momento, el espacio que ocupo existe en el espacio de nuestros mundos, coincidentemente. *Soy* un demonio, Carnevan y quiero hacer un trato contigo.

—Espero que en cualquier momento se produzca el resplandor de los *flashes*. Pero puedes falsificar cuantas fotos quieras, si es ese el juego. No pagaré nada por ellas —contestó Carnevan pensando en Diana y efectuando una reserva mental.

—Lo harás —observó Azazel y contó una breve y

malintencionada historia acerca de las relaciones de aquel hombre con Diana Bellamy.

Carnevan notó que se ruborizaba.

—Basta —dijo secamente—. Es chantaje, ¿verdad?

—Por favor, déjame que te explique… desde el principio. Entré primeramente en contacto contigo en la primera sesión de la semana pasada. Es increíblemente difícil para los habitantes de mi dimensión establecer contacto con seres humanos, pero en esta ocasión lo logré. Implanté ciertos pensamientos en tu subconsciente cien y te retuve por ellos.

—¿Qué clase de pensamientos?

—Gratificaciones —dijo Azazel—. La muerte de tu socio mayor. El traslado de Diana Bellamy. Riqueza. Poder. Triunfo. Secretamente te he cebado los pensamientos y así se estableció un lazo entre nosotros. No lo bastante sin embargo, porque no pude realmente comunicarme contigo hasta que trabaje sobre Madame Nefert.

—Sigue —dijo tranquilo Carnevan—. Es una charlatana, claro.

—Claro que sí —sonrió Azazel—. Pero es celta. Un violín no sirve de nada sin violinista. Yo logré controlarla y le induje a hacer los preparativos necesarios para poderme materializar. Luego te traje hasta aquí.

—¿Y esperas que te crea?

Los hombros del otro se agitaron intranquilos.

—Ahí está la dificultad. Si me aceptas, te serviré bien, muy bien, en verdad. Pero no lo harás hasta que creas.

—Yo no soy Fausto —contestó Carnevan—. Aun cuando creyese en ti. ¿Por qué te imaginas que iba a…?

Se detuvo.

Durante un segundo reinó el silencio. Carnevan, furioso, dejó caer el cigarrillo y lo aplastó.

—Todas las leyendas de la historia —murmuró—. Folklore… todo folklore. Tratos con demonios. Y siempre a un precio. Pero soy ateo, o agnóstico. No estoy seguro de lo que soy. Un alma… no puedo creer que la tenga. Cuando muera, se acabó todo.

Azazel le estudió pensativo.

—Naturalmente que tiene que haber un precio —una expresión curiosa cruzó el rostro del ser. Había burla en ella y miedo también. Cuando volvió a hablar lo hizo presuroso—: Puedo servirte, Carnevan. Puedo complacer tus deseos… creo que todo.

—¿Por qué me elegiste a mí?

—La sesión me atrajo. Es el único presente con quien podía establecer contacto.

Apenas halagado, Carnevan frunció el ceño. Era imposible para él creer. Por último dijo:

—No me importaría… si pensase que esto no era sólo una simple añagaza, un truco. Cuéntame más. Sólo lo que podrías hacer por mí.

Azazel habló con mayor detenimiento. Al terminar, los ojos de Carnevan brillaban.

—Incluso un poco de eso…

—Resulta bastante fácil —apremió Azazel—. Todo está preparado. La ceremonia no cuesta mucho y yo te guiaré paso a paso.

Carnevan chasqueó la boca sonriendo.

—Ahí está. No puedo creerlo. Digo… a mí mismo que no eres real. En lo más profundo de mi cerebro trato de encontrar la explicación lógica. Y todo es muy fácil, demasiado. Si estuviese convencido de que tú eres lo que dices y que puedes…

Azazel le interrumpió.

—¿Sabes algo acerca de teratología?

—¿Eh? Oh… lo que cualquier hombre vulgar.

El ser se levantó despacio. Llevaba, según vio Carnevan, una voluminosa capa de algún material oscuro, opaco, tornasolado.

—Si no hay otro modo de convencerte —dijo el ser—, y puesto que no puedo dejar el pentágono… debo emplear estos medios.

Una premonición enfermiza cruzó por Carnevan mientras vio las delicadas y esbeltas manos operando en los cierres de la capa. Azazel le apartó a un lado.

Casi en un instante envolvió la prenda en su torno. Carnevan no se había movido. Pero un reguero de sangre le caía por la barbilla.

Luego, silencio hasta que el hombre intentó hablar; un ruido áspero y crujiente sonó en la habitación. Carnevan por fin pudo encontrar su voz.

Inesperadamente sus palabras le salieron en un semichillido.

Con brusquedad gritó y se fue a un rincón en donde se quedó plantado, con la frente apretada contra la pared. Cuando regresó, tenía el rostro más compuesto, aunque el sudor relucía en él.

—Sí —dijo—. Sí.

—Este es el camino… —comenzó Azazel.

A la mañana siguiente Carnevan estaba sentado en su escritorio y hablaba tranquilo con un demonio, que estaba instalado cómodamente en un sillón invisible para todos excepto para un hombre y con la voz igualmente oculta. La luz del sol entraba de soslayo por la ventana y una fría brisa llevaba entre sus alas el apagado clamor del tránsito. Azazel parecía increíblemente real allí, sentado, su cuerpo oculto por la capa, su hermosa cabeza como la de una calavera creada por la luz solar.

—Habla en voz baja —le avisó el demonio—. Nadie puede oírme, pero pueden oírte. Susurra… o simplemente piensa. Para mí estará claro.

—Está bien —Carnevan se frotó la mejilla recién afeitada—. Será mejor que tracemos un plan. Ya sabes que has de ganarte mi alma.

—¿Eh? —Durante un segundo el demonio pareció perplejo; luego rió por lo bajo—. Estoy a tu servicio.

—Primero no debemos despertar sospechas. Nadie creería la verdad. Pero no quiero hacerles pensar que esté loco… aunque quizá lo esté —Carnevan continuó lógicamente—. Pero ahora no consideraremos ese punto. ¿Qué hay de Madame Nefert? ¿Cuánto sabe ella?

—Nada en absoluto —contestó Azazel—. Se encontraba en trance y yo la controlaba. No recordó nada cuando despertó. Sin embargo, si prefieres, la puedo matar.

Carnevan levantó la mano.

—¡Calma! Ahí es donde las personas como Fausto cometieron sus errores. Se volvieron déspotas, borrachos por el poder, hasta que ya no pudieron más. Cualquier asesinato que podamos cometer tendrá que ser necesario. ¡Vaya! ¿Hasta cuánto control tengo sobre ti?

—Una buena cantidad —admitió Azazel.

—¿Si te pidiese que te matases tú mismo… lo harías?

Por toda respuesta el demonio cogió un cortapapeles del

escritorio y lo hundió profundamente en su capa. Recordando lo que había debajo de aquella prenda. Carnevan apartó la vista apresuradamente.

Sonriendo, Azazel volvió a colocar el cuchillo en su sitio, diciendo:

—El suicidio es imposible en el demonio.

—¿Es que no se te puede matar?

Hubo un corto silencio. Luego Azazel aclaró:

—Por lo menos tú no puedes hacerlo.

Carnevan se encogió de hombros.

—Estoy estudiando todas las posibilidades. Quiero saber qué terreno piso. Pero, sin embargo, debes obedecerme. ¿Es eso cierto?

Azazel asintió.

—Bueno. Ahora no me interesa un millón de dólares en oro, que caiga sobre mi regazo como solías hacer. De cualquier forma el oro es ilegal y la gente haría preguntas. Cualquier ventaja que consiga debe venir de manera natural; sin despertar la más ligera sospecha. Si Eli Dale muriese, la firma se quedaría sin socio mayor. Yo conseguiría el empleo. Eso entraña bastante dinero para mis propósitos.

—Puedo convertirte en la fortuna mayor del mundo —sugirió el demonio.

Carnevan rió un poco.

—¿Y qué? Todo sería demasiado fácil para mí. Yo quiero experimentar las cosas por mí mismo… con alguna ayuda tuya. Si uno hace trampas mientras se divierte jugando a los solitarios, la cosa es distinta de falsear todo el juego. Tengo mucha fe en mí mismo. Y quiero justificarla, construir mi ego. La gente como Fausto se equivocó. El rey Salomón debió haberse muerto de aburrimiento. Nunca utilizó su cerebro y apuesto a que se le quedó atrofiado. ¡Fíjate en Merlin! —Carnevan sonreía—. Estaba tan acostumbrado a convocar a los diablos para que hiciesen lo que deseaba que un joven zoquete le sacó cuanto quiso sin ninguna dificultad. No, Azazel… quiero que muera Eli Dale, pero de manera natural.

El demonio miró sus esbeltas y pálidas manos.

Carnevan se encogió de hombros.

—¿Puedes cambiar de forma?

—Claro.

—¿Convirtiéndote en cualquier cosa?

Por toda respuesta Azazel se transformó, en rápidas sucesiones, en un gran perro negro, en un lagarto, en una serpiente de cascabel y en el propio Carnevan. Finalmente adoptó su forma y volvió a relajarse en la silla.

—Ninguno de esos disfraces te ayudaría a matar a Dale —gruñó Carnevan—. Tenemos que pensar algo de lo que no se sospeche. ¿Conoces lo que son los gérmenes de la enfermedad, Azazel?

El otro asintió.

—Lo conozco gracias a tu mente.

—¿Podrías transformarte en toxinas?

—¿Por qué? Si conozco la que deseas, localizaría una muestra, duplicaría su estructura atómica y entraría en ella con mi propia fuerza vital.

—Meningitis vertebral —dijo pensativo Carnevan—. Es bastante fatal. Lanzaría a un hombre de la condición senil de Dale a la tumba. Pero te diré si es un germen o un virus.

—Eso no importa —dijo Azazel—. Localizaré algún portaobjetos que tenga muestras del género… En cualquier hospital habrá y luego me materializaré dentro del cuerpo de Dale como la misma enfermedad.

—¿Será lo mismo?

—Sí.

—Perfecto. La toxina se propagará, supongo, y eso será el fin de Dale. Si no resulta, probaremos otra cosa.

Volvió a su trabajo y Azazel desapareció. La mañana transcurrió muy despacio. Carnevan comió en un cercano restaurante, preguntándose lo que estaría haciendo su demonio y se mostró bastante sorprendido al descubrir que tenía mucho apetito. Durante la tarde telefoneó a Diana. Ella, así lo parecía, había descubierto el compromiso de Carnevan con Phyllis; y había telefoneado a Phyllis.

Carnevan colgó reprimiendo su rabia violenta. Después de un breve instante marcó el número de Phyllis. No estaba en casa, le dijeron.

—Díganle que iré a verla esta noche —gruñó y colgó con fuerza el receptor. Fue casi un alivio ver de repente la forma desmadejada de Azazel en el sillón.

—Hecho está —dijo el demonio—. Dale tiene meningitis

vertebral. Todavía no lo sabe, pero la toxina se propaga muy rápidamente. Un experimento curioso, pero resultó.

Carnevan trató de enfocar su mente. Estaba ahora pensando en Phyllis. Se había enamorado de ella, claro, pero la chica era tan condenadamente rígida, tan increíblemente puritana… Había dado un resbalón en el pasado. A ojos de ella, eso podría bastar. ¿Rompería el compromiso? Seguramente no. En esta época los pecadillos amorosos se daban poco más o menos como sentados, incluso ante una chica que se ha criado en Boston. Carnevan se estudió las uñas.

Al cabo de un momento pidió una excusa para ver a Eli Dale, pidiendo su consejo sobre algún problema poco importante del negocio y escrutó con atención el rostro del viejo. Dale estaba encarnado y con ojos brillantes, pero por otra parte parecía normal. Sin embargo, sobre él estaba impresa la marca de la muerte. Carnevan lo sabía. Aquel hombre moriría, el cargo de socio ejecutivo de la firma recaería sobre otra persona… y se había dado el primer paso en el plan de Carnevan.

En cuanto a Phyllis y Diana… ¡Oh, después de todo, poseía un demonio particular! Controlando sus poderes resolvería también ese problema. Claro que Carnevan no sabía aún cómo lo conseguiría; los métodos ordinarios, pensó, deberían utilizarse primero en cada caso. No debía depender demasiado de la magia.

Despediría a Azazel en aquel momento y condujo su coche aquella noche hasta casa de Phyllis. Pero antes se detuvo en el apartamento de Diana. La escena fue breve y tormentosa.

Morena, esbelta, furiosa y adorable, Diana dijo que no le permitiría que se casase.

—¿Por qué no? —quiso saber Carnevan—. Después de todo, querida, si es cuestión de dinero te lo puedo solucionar.

Diana dijo cosas desagradables acerca de Phyllis. Tiró un cenicero al suelo y lo pisoteó.

—¿Así es que no soy bastante buena para que te cases? ¡Pero ella sí, ¿no?!

—Siéntate y cállate —sugirió Carnevan—. Trata de analizar tus sentimientos…

—¡Tú, pez inmundo de sangre fría!

—… y fíjate qué terreno pisas. No estás enamorada de mí. El manejarme como una marioneta te hace experimentar la sensación de poder y posesión. No quieres que otra mujer me tenga.

—¡Compadezco a la mujer que te tenga! —gritó Diana, eligiendo otro cenicero. Era bastante bonita, pero Carnevan no estaba de humor para apreciar la belleza.

—Está bien —dijo—. Escúchame; si no armas escándalo, no te faltará dinero… ni nada… Pero si tratas de crearme problemas, lo lamentarás.

—No se me asusta fácilmente —repuso Diana—. ¿Dónde vas? Supongo que a ver a ese espantapájaros rubio, ¿no?

Carnevan la favoreció con una sonrisa imperturbable. Se puso el abrigo y desapareció. Condujo hasta la casa de la espantapájaros rubia, donde encontró dificultades no imprevistas. Por último convenció a la doncella y fue conducido a enfrentarse con un bloque de hielo sentado silenciosamente en el diván. Ese bloque de hielo era la señora Mardrake.

—Phyllis no desea verte, Gerald —dijo ella. Su boca puritana parecía morder las palabras.

Carnevan se apretó los calzones, metafóricamente hablando, y comenzó su discurso. Habló bien. Tan convincente fue su historia, que casi se convenció a sí mismo de que Diana era un mito, de que todo el asunto había sido preparado por un enemigo personal. La señora Mardrake, por último capituló, después de una lucha interna de cierta consideración.

—No debe de haber escándalo —dijo por último—. Si creyese que había una palabra de verdad en lo que esa mujer dijo a Phyllis…

—Todo hombre de mi posición tiene enemigos —continuó Carnevan, recordando a su anfitriona que, maritalmente hablando, era un pez digno de ser pescado. Ella suspiró.

—Muy bien, Gerald. Pediré a Phyllis que te vea. Espera aquí.

Salió de la estancia y Carnevan reprimió una sonrisa. Sin embargo, sabía que no sería tan fácil convencer a Phyllis.

Su prometida no apareció inmediatamente. Carnevan imaginó que la señora Mardrake encontraba dificultades en convencer a su hija de la buena fe del novio. Recorrió la habitación paseando,

sacando la pitillera, y luego, guardándosela otra vez. ¡Qué casa más victoriana!

Una gruesa Biblia familiar en su atril le llamó la atención. Como no tenía otra cosa que hacer se acercó a ella, abriéndola al azar. Un pasaje pareció destacar.

»Si cualquier hombre adora a la bestia y a su imagen y recibe su marca en la frente o en su mano, beberá el vino de la ira de Dios».

Fue quizás una reacción instintiva lo que hizo que Carne van alzase la mano para tocarse la frente. Sonrió con desdén. ¡Superstición! Sí… pero habían demonios.

En aquel momento Phyllis entró con el aspecto de Evangeline en Acadia, con la mismísima expresión de mártir que debió adoptar la heroína de Longfellow. Reprimiendo un poco galante el impulso de darle una patada, Carnevan trató de cogerla de las manos, fracasó y la siguió hasta el diván.

El puritanismo y la educación ya tienen sus desventajas, pensó. Eso se hizo más evidente cuando pasados diez minutos, Phyllis continuó sin convencerse de la inocencia de Carnevan.

—No se lo dije todo a mi madre —afirmó ella tranquila—. Esa mujer dijo cosas… Bueno, me di cuenta de que decía la verdad.

—Te amo —afirmó Carnevan de manera inconsecuente.

—No. O jamás te habrías enredado con esa mujer.

—¿Incluso aun cuando ocurriese antes de conocerte?

—Podría perdonar muchas cosas, Gerald, pero no eso —continuó tozuda la muchacha.

—Tú no quieres un marido —observó Carnevan—. Tú quieres la imagen de un santo.

Era imposible romper la calma rígida de la muchacha. Carnevan perdió el dominio de sí mismo. Discutió y suplicó, despreciándose por así hacerlo. De todas las mujeres del mundo tenía que enamorarse de la más estricta y puritana de todas. El silencio de ella tenía la cualidad de enfurecerle casi hasta el punto de la histeria. Sintió ganas de gritar obscenidades en aquella habitación tranquila, en aquella atmósfera casi religiosa. Sabía que Phyllis le estaba humillando terriblemente y lo más hondo de su ser algo se agitó de manera cruda bajo los latigazos que no podía impedir cayeran sobre esa cosa.

—Te amo, Gerald —fue todo lo que quiso decir ella—. Pero tú

no me quieres. No puedo perdonarte eso. Por favor, vete antes de que se pongan peores las cosas.

Salió de la casa, vibrando de_ furia, acalorado y enfermo al darse cuenta de que había fracasado al mantener su pose. ¡Phyllis, Phyllis, Phyllis! Un iceberg imperturbable… Ella no conocía nada de humanidad. Las emociones jamás existieron en su pecho, a menos que estuviesen también educadas, envueltas en una red de encajes. Una muñeca de porcelana esperando que el resto del mundo también lo fuese. Carnevan se quedó plantado junto a su coche, temblando de rabia, deseando más que nada en el mundo herir a Phyllis como él mismo había sido herido.

Algo se agitó dentro del coche. Era Azazel, la capa envolviendo su oscuro cuerpo, el rostro blanco, huesudo, sin expresión.

Carnevan extendió un brazo señalando a la casa.

—¡La chica! —dijo con aspereza—. Ella… ella.

—No necesitas hablar —murmuró Azazel—. Leo tus pensamientos. Haré lo que deseas.

Se fue. Carnevan saltó al coche, colocó la llave en el encendido y puso el motor en marcha con furia. Mientras el vehículo empezó a moverse oyó un grito fino y cortante saliendo de la casa que acababa de abandonar.

Detuvo el coche y volvió corriendo, mordiéndose el labio.

El dictamen del médico avisado rápidamente, decía que Phyllis Mardrake había sufrido una fuerte impresión nerviosa. El motivo resultaba desconocido, pero presumiblemente tenía algo que ver con su entrevista con Carnevan, quien nada dijo para disipar tal suposición. Phyllis simplemente yacía y se retorcía, con los ojos vidriosos. En algunas ocasiones sus labios formaban palabras.

—La capa… bajo la capa…

Y luego alternativamente reía y gritaba hasta que el cansancio se apoderaba de ella.

Se recuperaría, pero necesitaría algún tiempo. Mientras, Phyllis fue enviada a una clínica particular, en donde caía histérica cada vez que veía al doctor Joss que resultó ser un hombrecito calvo. Sus murmullos sobre capas se hicieron menos frecuentes y ocasionalmente se le permitió a Carnevan visitarla… porque ella

preguntó por él. La pelea había sido olvidada y Phyllis reconoció que se había equivocado en sus opiniones.

Cuando estuviese del todo bien se casaría con Carnevan. Pero no habría más resbalones.

El horror que había visto quedaba profundamente cerrado en su cerebro, emergiendo tan sólo durante el delirio y en sus frecuentes pesadillas. Carnevan se sentía agradecido de que no se acordase de Azazel. Pero sin embargo veía él mucho al demonio aquellos días… porque estaba preparando un cruel y maligno plan.

Comenzó poco después del ataque de Phyllis, cuando Diana siguió telefoneándole al despacho. Al principio Carnevan hablaba poco con ella. Luego se dio cuenta de que la mu jar era en realidad la responsable de la casi enajenación mental de Phyllis.

Resultaba claro que tenía que sufrir ella. No la muerte. Cualquiera podía morir. Eli Dale, por ejemplo, ya estaba fatalmente enfermo con su meningitis vertebral. Pero era necesaria una forma más sutil de castigo… una tortura tal como la que estaba sufriendo Phyllis.

El rostro de Carnevan adoptó una expresión que no era agradable de ver mientras convocaba al demonio y le daba instrucciones.

—Violenta, gradualmente, ella ha de volverse loca —dijo—. Se le concederá tiempo para que se dé cuenta de todo lo que ocurre. Proporciónale… retazos, por hablar así. Una serie acumulativa de acontecimientos inexplicables; te daré los detalles completos cuando los elabore. Ella me dijo que no se asusta fácilmente —terminó Carnevan y se levantó para servirse una bebida. Ofreció otra al demonio, pero se la rechazó.

Azazel estaba sentado en un rincón oscuro del apartamento, ocasionalmente mirando por la ventana, desde donde veía, muy abajo, Central Park.

A Carnevan le asaltó un súbito pensamiento:

—¿Cómo reaccionas ante esto? Se supone que los demonios son malos. ¿Te causa placer… lastimar a la gente?

El hermoso rostro del cráneo se volvió hacia él.

—¿Sabes lo que es el mal, Carnevan?

El hombre añadió un poco de sifón en el vaso.

—Comprendo. Cuestión de semántica. Claro, es un término

arbitrario. La humanidad ha creado sus propios niveles de…

Los ojos oblicuos y opalescentes de Azazel brillaron.

—Eso es un antropomorfismo moral, un egotismo. No habéis considerado el medio ambiente. Las propiedades físicas de vuestro mundo causan el bien y el mal, como ya sabéis.

Era la sexta bebida de Carnevan y sintió ganas de discutir.

—Lo que no entiendo del todo; la moralidad viene de la mente y de las emociones.

—Todo río tiene su fuente —repuso Azazel—. Pero hay una gran diferencia entre el Mississippi y el Colorado. Si los seres humanos hubiesen evolucionado, en… bueno, en mi mundo, por ejemplo… todo el molde completo del bien y del mal habría sido distinto. Las hormigas tienen una estructura social. Pero no es como la vuestra. El medio ambiente es distinto.

—Hay diferencia también entre hombres e insectos.

El demonio se encogió de hombros.

—No somos parecidos. Menos parecidos que tú y una hormiga. Pero ambos tenéis básicamente dos instintos comunes. El de autoconservación y el de la propagación de las especies. Los demonios no se pueden propagar.

—La mayor parte de las autoridades están de acuerdo con eso —admitió Carnevan—. Posiblemente ello explica el motivo también de los cambios. ¿Cómo es que hay tantísimas clases de demonios?

Azazel le interrogó con los ojos.

—O… ya sabes. Gnomos y duendecillos, hombres lobos, vampiros…

—Hay más clases de demonios de las que conoce la humanidad —dijo Azazel—. La razón resulta muy evidente, vuestro mundo tiende hacia un molde fijo, un estado de éxtasis. Ya sabes lo que es la entropía. La última mira de vuestro universo es la unidad. Inmutable y eterna. Vuestras ramificaciones de la evolución se encontrarán finalmente y permanecerán en un único tipo fijo. Tales desviaciones, como el dinornis y el alca, morirán como murieron los dinosaurios y mamuts. Al final vendrá el éxtasis. Mi universo tiende hacia la anarquía física. En el principio había sólo un tipo. En el fin habrá el caos más profundo.

—Vuestro universo es como una copia en negativo del mío —meditó Carnevan—. ¡Pero… espera! ¡Dices que los demonios no

pueden morir! Y tampoco pueden propagarse. ¿Entonces cómo progresan?

—Dije que los demonios no se pueden suicidar —apuntó Azazel —. La muerte les puede llegar, pero desde una fuente exterior. Esto también se aplica a la procreación.

Era todo demasiado confuso para Carnevan.

—Debéis tener emociones. La autoconservación implica miedo a la muerte.

—Nuestras emociones no son las vuestras. Clínicamente puedo analizar y comprender las reacciones de Phyllis. Ella se creyó con mucha rigidez y subconscientemente ha resentido esa opresión. Nunca reconoció incluso para sí su deseo de libertarse. Pero tú eres un símbolo para ella; secretamente te admiraba y te envidiaba, porque era un hombre, y como se imaginaba, capaz de hacer lo que querías. El amor es un falso sinónimo para la propagación, como el alma es un deseo de recubrir la creación que nace a la autoconservación. Nada existe. El cerebro dé Phyllis es una masa de inhibiciones, miedos y esperanzas. El puritanismo para ella, representa la seguridad. Por eso no pudo perdonarte tu asunto con Diana. Fue una excusa para retirarse a la seguridad de su antiguo sistema de vida.

Carnevan escuchaba interesado.

—Sigue.

—Cuando aparecí ante ella, la sorpresa física fue violenta. Su subconsciente la gobernó durante un momento. Por eso se reconcilió contigo. Es una escapista; su antigua seguridad pareció fracaso, así que cumple su misión de escape y su deseo de protección accediendo a casarse contigo.

Carnevan se preparó otra bebida. Recordó algo.

—Acabas de decir que el alma no existe… ¿verdad?

El cuerpo de Azazel se agitó bajo la ancha capa.

—Me entendiste mal.

—No lo creo —repuso Carnevan, sintiendo un frío e inmortal horror bajo el cálido torpor del licor—. Nuestro trato era que te serviría a cambio de mi alma. Ahora implicas que yo no tengo alma. ¿Cuál fue tu verdadero motivo?

—Tratas de asustarte a ti mismo —murmuró el demonio, sus extraños ojos alerta—. A través de la historia se ha fundado una

hipótesis de que existe el alma.

—¿De veras?

—¿Y por qué no?

—¿Cómo es un alma? —preguntó Carne van.

—No podrías imaginarlo —repuso Azazel—. No hay punto de comparación. A propósito, Eli Dale murió hace dos minutos. Eres ahora socio mayor de la firma. ¿Puedo felicitarte?

—Gracias —asintió Carnevan—. Cambiaremos de conversación si gustas. Pero intento descubrir la verdad tarde o temprano… Si no tengo alma, tú preparas alguna otra cosa. Sin embargo… volvamos con Diana.

—Tú deseas que se vuelva loca.

—Yo deseo que tú la vuelvas loca. Ella es del tipo esquizofrénico, esbelta y de largos huesos. Tiene una clase estúpida de confianza en sí misma. Ha construido su vida con los cimientos de cosas que conoce que son reales. Hay que arrancar esas cosas.

—¿Y bien?

—Teme a la oscuridad —dijo Carnevan y su sonrisa era del todo desagradable—. Se sutil, Azazel. Ella oirá voces. Verá gente que la siga. Ilusiones de persecución. Uno a uno sus sentidos comenzarán a fallar. O mejor, a engañarla. Olerá cosas que nadie percibe. Oirá voces. Tendrá sabor de veneno en su comida, comenzará a sentir sensaciones… desagradables. Si es necesario, puede, por fin… tener visiones.

—Eso es malo, supongo —observó Azazel levantándose de la silla—. Mi interés es puramente clínico. Puedo discernir que tales asuntos son importantes para ti, pero no iré más lejos.

Sonó el teléfono. Carnevan se enteró de que Eli Dale había muerto… Meningitis vertebral.

Para celebrarlo se sirvió otra copa y brindó hacia Azazel, que había desaparecido para visitar a Diana. El rostro delgado y duro de Carnevan estaba ligeramente enrojecido por el licor que había consumido. Se plantó en el centro del apartamento y giró despacio, mirando los muebles, los libros, el diván. Tendría que encontrar pronto otra vivienda, más grande y mejor. Una casa adecuada a una pareja recién casada. Se preguntó cuánto tiempo tardaría Phyllis en recuperarse por completo.

Azazel… ¿Qué es lo que buscaba aquel demonio?, se preguntó.

Ciertamente su alma no. ¿Y entonces qué buscaba?

Una noche, dos semanas después, llamó al timbre de la puerta del apartamento de Diana. La voz de la muchacha preguntó quién era y abrió una rendijita antes de dejar pasar a Carne van. Se quedó sorprendido al ver los cambios sufridos por la mujer.

La alteración de su cara era poco tangible. Diana se mantenía bajo un control de hierro, pero su maquillaje era demasiado espeso. Eso en sí ya era revelador. Constituía un símbolo del esfuerzo mental que trataba de erigir contra la invasión síquica. Carnevan preguntó solícito:

—Gran Dios, Diana, ¿qué te pasa? Por teléfono parecías histérica. Ya te dije anoche que vieses a un médico.

Ella buscó un cigarrillo vacilante, temblándole ligeramente las manos cuando Carnevan lo encendió.

—Lo hice. No… me fue de mucha ayuda, Gerald. Me alegro de que no estés furioso conmigo.

—¿Furioso? Vamos, siéntate. Te preparé algo de beber. No sobrepasé mi enfado; nos llevamos bien juntos y Phyllis… bueno, no pudimos cortar nuestro pastel y comérnoslo. Está en un asilo, ya sabes y pasará mucho antes de que se recupere. Incluso quizá puede ser una demente toda la vida… —Carnevan dudó.

Diana se echó hacia atrás el pelo negro y se volvió para mirarle en el diván.

—Gerald, ¿crees que me estoy volviendo loca?

—No. No —contestó él—. Creo que necesitas descanso o un cambio.

Ella no le escuchaba. Tenía la cabeza inclinada a un lado como si escuchase alguna voz muda.

Mirando de reojo, Carnevan vio a Azazel plantado a la otra parte de la estancia, invisible para la chica pero aparentemente no inaudible.

—¡Diana! —gritó con viveza.

Ella abrió los labios. Su voz era insegura mientras le miraba.

—Lo siento. ¿Qué decías?

—¿Qué dijo el médico?

—Casi nada —no deseaba seguir discutiendo aquello. En su

lugar tomó la bebida que Carnevan le había preparado, la miró y tomó un sorbo. Luego dejó el vaso.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó el hombre.

—No. ¿Qué gusto tiene para ti?

—Bueno.

Carnevan se preguntó qué es lo que había gustado Diana de su bebida. Quizás almendras amargas. U otra de las ilusiones maestras de Azazel. Pasó los dedos por el pelo de la chica, sintiendo un escalofrío de poder mientras lo hacía. Una odiosa especie de venganza, pensó. Es raro que la pena de Diana no le conmoviese en lo más mínimo. Sin embargo, no era básicamente malo, eso lo sabía Carnevan. El viejo, antiquísimo problema de las normas arbitrarias… El bien y el mal.

Azazel dijo y sus palabras las oyó únicamente Carnevan.

—Su control no puede durar mucho más. Creo que mañana se derrumbará. Una maniática-depresiva puede suicidarse, así que trataré de evitarlo. Cada arma peligrosa que toque parecerá quemarla.

Abiertamente, sin previo aviso, el demonio desapareció. Carnevan lanzó un gruñido y acabó su bebida. Por el rabillo del ojo vio algo que se movía.

Lentamente volvió la cabeza, pero eso ya no estaba. ¿Qué fue? Como una sombra negra, informe, indecisa. Sin motivo las manos de Carnevan temblaban. Profundamente sorprendido dejó el vaso y contempló el apartamento.

La presencia de Azazel jamás le había afectado de ese modo antes. Probablemente era una reacción; sin duda, había estado manteniendo un rígido control sobre sus nervios, sin advertirlo. Después de todo, los demonios *son* sobrenaturales.

Por el rabillo del ojo de nuevo vio la brumosa oscuridad. Esta vez no se movió mientras trataba de analizarla. La cosa oscilaba al borde del alcance de su visión. Imperceptiblemente sus ojos se movieron un poco y eso también había desaparecido.

Una nube negra, informe. ¡Informe! No era, pensó, en forma de huso inmóvil y rígido sobre su eje. Las manos le temblaban más que nunca.

Diana le miraba.

—¿Qué te pasa, Gerald? ¿Te estás poniendo nervioso?

—Demasiado trabajo en la oficina —dijo—. Ya sabes que ahora soy el nuevo socio principal. Me marcharé. Será mejor que vuelvas a ver al médico mañana.

Ella no contestó, limitándose a mirarle mientras salía del apartamento. Conduciendo hacia su casa, Carnevan de nuevo captó levemente la forma negra y brumosa. Ni una sola vez pudo verla con claridad. Oscilaba precisamente al borde de su visión. Notó, aunque no pudo ver, ciertos rasgos imprecisos aplicados a ella. Como eran no lo pudo ni deducir. Pero le temblaban las manos.

Fría, furiosamente, su inteligencia luchó contra el terror irrazonable de su estructura física. Se enfrentó a la cosa extraña. O… no… no se enfrentó; siempre se escapaba y desaparecía. ¿Azazel?

Invocó el nombre del demonio, pero no tuvo respuesta. Marchando hacia su apartamento, Carnevan se mordió el labio inferior y pensó con ahínco. Cómo… por qué…

—¿Qué había tan horripilante, razonable en… esta… aparición?

No lo sabía, a menos que fuese, quizás el vago atisbo de los rasgos en la negrura que no le permitían ver nunca la cara. Notó que esos rasgos eran indescriptibles y sin embargo la perversa curiosidad de contemplarlos directamente. Una vez a salvo en su apartamento de nuevo, volvió a ver el huso negro, al borde de su visión, próximo a la ventana. Giró rápidamente para enfrentarse con élˆ; se desvaneció. Pero en aquel momento un choque de horror se apoderó de Carne van. Un sentimiento mortal, enfermizo, de que *podía* ver aquello, hizo que todo su ser físico se revolviese.

—Azazel —llamó en voz baja.

Nada.

—¡Azazel!

Carnevan se sirvió una bebida, encendió un cigarrillo y buscó una revista. No tuvo más molestias hasta cuando se acostó. La noche la pasó tranquila. Pero por la mañana, nada más abrir los ojos, algo negro y en forma de huso sé alejó mientras miraba en su dirección.

Telefoneó a Diana; parecía mucho mejor, según dijo. Aparentemente, Azazel no estaba trabajando. A menos que la cosa negra fuese… Azazel. Carnevan marchó apresurado a su despacho, hizo que le subiesen café y luego bebió leche en vez de tomar el

negro brebaje. Sus nervios necesitaban tranquilidad más que un estimulante.

Dos veces aquella mañana apareció la cosa negra en el despacho. En cada ocasión se produjo aquel terrible conocimiento de que si Carnevan lo miraba directamente, los rasgos le parecían claros. Y a su pesar intentó mirarlo. Vanamente, claro.

Su trabajo se resintió. Al poco salió y fue hasta el sanatorio para ver a Phyllis. Estaba mucho mejor y habló del próximo matrimonio. Las palmas de las manos de Carnevan estaban húmedas, mientras el huso negro se retiraba apresuradamente a través de la soleada y agradable habitación.

Lo peor de todo, quizás es darse cuenta de que si *lograba* mirar fijamente al fantasma se volvería loco. Pero quería hacerlo. Eso lo sabía perfectamente bien. Su reacción física e instintiva así se lo decía. Nada que perteneciese a este Universo o a cualquier otro remotamente emparentado, podría producir un vacío tan profundo en su cuerpo, una sensación sorprendente de que su estructura celular trataba de encogerse intentando alejarse del huso.

Volvió con el coche a Manhattan, evitando por poco un accidente en el puente George Washington mientras cerraba los ojos para no ver lo que no estaba allí cuando los volvía a abrir. Era pasada la puesta del sol Las torres brillantes de Nueva York se alzaban contra un cielo púrpura. Su limpieza geométrica parecía carente de calor, inhóspita y poco servicial. Carnevan se detuvo en un bar, se tomó dos wiskis y se fue, cuando una madeja negra pasó corriendo por el espejo cruzándolo de parte a parte.

De regreso a su apartamento se sentó con la cabeza entre las manos durante casi cinco minutos. Cuando levantó la cara, tenía una, expresión dura y maligna. Sus ojos destellaban ligeramente; luego se reprimió.

—Azazel —dijo… y luego con voz más alta—. ¡Azazel! ¡Soy tu amo! ¡Aparécete!

Su pensamiento sondeó, decidido, duro como el hierro. Detrás yacía un terror informe. ¿Era Azazel la madeja negra? ¿Se le aparecería por completo?

—¡Azazel! ¡Soy tu amo! ¡Obedéceme! ¡Yo te convoco!

El demonio se plantó ante Carnevan materializándose de la nada. El rostro hermoso de color hueso pálido estaba inexpresivo; las pupilas enormes de aquellos ojos oblicuos y opalescentes parecían impasibles. Bajo la capa negra, el cuerpo de Azazel se estremeció una vez y se quedó inmóvil.

Con un suspiro, Carnevan se hundió en su silla.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué te propones ahora? ¿Cuál es tu plan?

Azazel contestó tranquilo.

—Volví a mi propio mundo. Me hubiese quedado allí de no haberme llamado tú.

—¿Qué es esa… qué es esa cosa en forma de huso?

—No es de tu mundo —dijo el demonio—. Tampoco del mío. Me persigue.

—¿Por qué?

—Vosotros tenéis historias de hombres que han sido hechizados. A veces por demonios. En mi mundo… yo he sido hechizado.

Carnevan chasqueó los labios.

—¿Por esa cosa?

—Sí.

—¿Y por qué?

Los hombros de Azazel parecieron unirse.

—No lo sé. Excepto que es muy horrible y me persigue.

Carnevan alzó las manos y se apretó con fuerza los ojos.

—No, no. Es demasiada locura. *Algo* hechizando a un demonio. ¿De dónde vino?

—Conozco mi universo y el vuestro. Eso es todo. Esa cosa vino de fuera de ambos de nuestros sectores temporales, creo.

Con un súbito fogonazo de visión interna, Carnevan dijo:

—Por eso ofreciste servirme.

El rostro de Azazel no cambió.

—Sí. La cosa se me acercaba más y más. Pensé que si entraba en tu universo podría escapar. Pero me siguió.

—Y no podías entrar en este mundo sin mi ayuda. Todo ese hablar acerca de mi alma fue un cuento.

—Sí. Esa cosa me seguía. Hui, regresando a mi universo y no me persiguió. Quizá no podría hacerlo. Puede que pudiera moverse en una sola dirección… desde su mundo al mío, y luego al tuyo, pero

no en el otro sentido. Se quedó aquí, lo sé.

—Se ha quedado —dijo Carnevan muy pálido—, para hechizarme.

—¿Siente el mismo horror que yo hacia eso? Me lo preguntaba. Somos tan diferentes físicamente…

—Nunca he podido verla de lleno. ¿Tiene rasgos?

Azazel no contestó. El silencio pendía en la habitación.

Por fin Carnevan se inclinó hacia adelante en su sillón.

—La cosa te hechiza. A menos que vuelvas a tu propio mundo. Entonces me hechiza a mí. ¿Por qué?

—No lo sé. Es algo extraño para mí, Carnevan.

—¡Pero eres un demonio! Tienes poderes sobrenaturales…

—Sobrenaturales para ti. Hay poderes sobrenaturales para los demonios.

Carnevan se sirvió una bebida. Tenía los ojos con traídos.

—Muy bien. Tengo bastante poder sobre ti para mantenerte en este mundo, o no habrías regresado cuando te convoqué. Así que estamos en un punto muerto. Mientras permaneces aquí, esa cosa te perseguirá. No dejaré que vuelvas a *tu* mundo, porque entonces me perseguiría a mí… como lo ha estado haciendo. Aunque parece haberse ido ahora.

—No se ha ido —dijo Azazel sin la menor expresión.

El cuerpo de Carnevan se estremeció incontrolablemente.

—Mentalmente me puedo ordenar el no tener miedo. Físicamente la cosa es… es…

—Es horrible incluso para mí —terminó Azazel—. Recuerda, la he visto directamente. Eventualmente me destruirá, si me mantienes en ese mundo tuyo.

—Los humanos hemos exorcizado a los demonios —destacó Carnevan—. ¿No hay algún modo que puedas exorcizar a esa cosa?

—No.

—¿Un sacrificio sangriento? —sugirió Carnevan nervioso—. ¿Agua bendita? ¿Campanas, libros y velas? —Notó lo estúpido de sus proposiciones nada más hacerlas.

Pero Azazel se quedó pensativo.

—Nada de eso. Pero quizá la fuerza vital —la capa oscura se estremeció.

Carnevan dijo:

—Según el folklore los seres elementales han sido exorcizados. Pero primero es necesario hacerlos visibles y tangibles. Darles ectoplasma, sangre… no sé.

El demonio asintió despacio.

—En otras palabras, trasladando la ecuación a su mínimo común denominador. Los humanos no pueden luchar contra un espíritu sin cuerpo, pero cuando ese espíritu queda confinado en un recipiente de carne, resulta sujeto a las leyes físicas terrestres. Creo que ése es el camino, Carnevan.

—¿Quieres decir…?

—La cosa que me persigue es del todo extraña. Pero si puedo reducirla a su mínimo común denominador, la podré destruir. Como pude destruirte a ti de no haber prometido servirte. Bien, claro, si tu destrucción me ayudase. Pongamos que ofrezco a esa cosa un sacrificio. Debe, por cierto tiempo, participar de la naturaleza de la cosa que asimile. La fuerza humana vital lo haría…

Carnevan escuchaba ansioso.

—¿Resultaría?

—Creo que sí. Daré a esa cosa un sacrificio humano. Se convertirá previa y parcialmente en cosa humana y un demonio puede destruir con facilidad a un ser humano.

—Un sacrificio…

—Diana. Será más fácil, puesto que realmente ya he debilitado la fortaleza de su consciencia. Debo derribar todas las barreras de su cerebro… un sustituto síquico del cuchillo sacrificial de las religiones paganas.

Carnevan apuró de un trago el contenido de su vaso.

—¿Entonces puedes destruir a esa cosa?

Azazel asintió.

—Esa es mi creencia. Pero lo que quedará de Diana no será humano de ninguna manera. Das autoridades te harán preguntas, pero sin embargo, trataré de protegerte.

Y se desvaneció antes de que Carnevan pudiese objetar algo. El apartamento estaba mortalmente tranquilo. Carnevan miró a su alrededor, esperando a medias ver la madeja alejándose para evitar su mira directa. Pero no había rastros de nada sobrenatural.

Aún seguía sentado en la silla media hora más tarde, cuando sonó el teléfono. Carnevan respondió:

—Sí… ¿quién? *¿qué?* ¿Asesinato?… No, yo iré en seguida.

Volvió a colgar el aparato y se incorporó, los ojos brillantes. Diana estaba… estaba muerta. Asesinada, horriblemente y había ciertos factores que confundían a la policía. Bueno, se encontraba a salvo. Quizá le rozasen las sospechas, pero nada se podría probar jamás. En todo el día no había estado cerca de Diana.

—Te felicito, Azazel —dijo en voz baja Carne van. Aplastó el cigarrillo y se volvió para buscar en el armario su abrigo.

La madeja negra había estado esperando tras él. Esta vez no se alejó cuando la miró.

No huyó. Carnevan la vio. La vio distintamente. Advirtió cada rasgo de lo que erróneamente imaginó que era un huso de niebla negra.

Lo peor de todo es que Carnevan no se volvió loco.